LOS PEQUEÑOS POEMAS ...

Ramón de Campoamor

Digitized by Google

C.G.
3169
.2
.359
(RECAP)

Library of

Princeton University.

Elizabeth Foundation.

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY LIBRARY
DEC 2 1899

Digitized by Google

UNIVERSITY LIBRARY,
DEC 2 1899
PRINC

Digitized by Google

LOS PEQUEÑOS POEMAS

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE «EL FOLLETÍN»

LOS PEQUEÑOS POEMAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

ADMINISTRACION
FUENCARRAL, 119, PRIMERO, MADRID
1893

Digitized by Google

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

Digitized by Google

EL TREN EXPRESO

POEMA EN TRES CANTOS

Al Ingeniero de Caminos, el célebre autor

D. JOSÉ ECHEGARAY

Su admirador y amigo,

EL AUTOR

CANTO PRIMERO

LA NOCHE

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso:
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado,

TRECAP
3169
1359
121669
Digitized by Google

al arrancar el tren, subió á mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, á una voz de mando
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación lanzó un gemido
la máquina, que libre se veía,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
aquel tren que corría como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
—¿Sois español?—Y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que aun ahora
al recordarlo sólo me embelesa,
—Soy español—le dije—¿y vos, señora?
—Yo—dijo—soy francesa.
—Podéis—la repliqué—con arrogancia
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia

Digitized by Google

un país tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio—me dijo—es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores:
no os podeis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores.—
Y después de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras, es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
veía allá á lo lejos desde el coche
agitarse sin fin cosas obscuras,
y en torno cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes, con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juego de llamas y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina

esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!.
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
Y entre el humo del tren y las tinieblas
aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V

¡Cosa rara! Entretanto,
al lado de mujer tan seductora
no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
más fué inútil empeño:
admiraba á la joven y es sabido
que á mí la admiración me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado,
y como un ser prendado de la luna,
miró al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugaz estrella,
—¡Ved un alma que pasa!—me decía.

VI

—¿Vais muy lejos?—con voz ya conmovida
le pregunté á mi joven compañera.
—¡Muy lejos—contestó;—voy decidida
á morir á un lugar de la frontera!—

Digitized by Google

Y se quedó, pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraída,
cual se mira en la noche un sitio obscuro
donde fué una visión desvanecida.
—¿No os habrá divertido—
la repliqué galante—
la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
—¿Lo traéis vos?—me dijo con tristeza.
—Todo en París lo hace olvidar, señora—
le contesté—la moda y la riqueza.
Yo me vine á París desesperado,
por no ver en Madrid á cierta ingrata.
—Pues yo vine—exclamó—y hallé casado
á un hombre ingrato á quien amé soltero.
—Tengo un rencor—la dije—que me mata.
—Yo una pena—me dijo—que me muero.—
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba:
así el lector no estrañará que, tierno
cuidase de su bien más que del mío,
pues hacía un gran frío, tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
con el cuerpo aterido,
—¡Tengo frío!—me dijo dulcemente

Digitized by Google

con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué á contemplar su hermosa frente,
y os juro por el cielo
que, á aquel reflejo de la luz escaso,
la joven parecía hecha de raso,
de nácar, de jazmín y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
le tapé aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de la sombra las danzas misteriosas!...
¡La joven, que acostada traslucía
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía
un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas,
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que á tener cruzadas
por la oración habitüal tendía!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á obscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!

Digitized by Google

¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
la celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
del techo que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa contínua sucesión de cosas
que así en el corazón como en la mente
acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salía
del techo de aquel coche, que tenía
la forma de la tapa de una tumba!...
¡La visión triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacían traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despuntar la aurora,
una estación, que en feria convertía
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente,
y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estación entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

Digitized by Google

Digitized by Google

CANTO SEGUNDO

—

EL DIA

I

Y continuando la infeliz historia,
que aun vaga, como un sueño, en mi memoria,
veo al fin á la luz de la alborada
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresión del todo religiosa,
como llevando á cabo algún misterio,
despues de un—¡ay, Dios mío!—
me dijo señalando á un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frío!—

II

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
verdura y aridez, calor y frío;

Digitized by Google

andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estación á otra estación sucede

III

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
á pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy de prisa el amor á los treinta años.
Y—dónde vais ahora?—
pregunté á la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero—
me respondió sincera—
á esperar el olvido un año entero.
—Pero, ¿y después—le pregunté—señora?
—Después—me contestó—¡lo que Dios quiera!—

IV

Y porque así sus penas distraía,
las mías le conté con alegría,
y un cuento amontoné sobre otro cuento,
mientras ella, abstrayéndose, veía
las gradaciones de color que hacía
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire
ó, como dicen ellos, en España,

Digitized by Google

la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
pintando mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroínas francesas y de ensueños,
había cada llama
capaz de poner fuego al mundo entero;
y no faltaba nunca un caballero
que por gustar solícito á su dama
la sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fueseel aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma:
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida
que un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el edén de nuestra vida.

V

Como en amor es credo,
ó artículo de fe que yo proclamo,
que en este mundo de pasión y olvido,
ó se oye conjugar el verbo *te amo,*
ó la vida mejor no importa un bledo;
aunque entonces, como hombre arrepentido,
el ver á una mujer me daba miedo,
más bien desesperado que atrevido,
—y ¿un nuevo amor—la pregunté amoroso
no os haría olvidar viejos amores?—
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,

Digitized by Google

contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.—

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo
y en confusión extraña
parecen confundidos tierra y cielo
monte la nube, y nube la montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte
por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica turba de un pantano;
ya entrando por el hueco
de algún túnel que horada las montañas,
á cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco
y hace vibrar los muros de granito,
extremeciendo al mundo en sus entrañas:
y dejando aqui un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos,
se vuelven hacia atrás en el instante
que nosotros pasamos;
y conforme va el tren hacia adelante,
parece que desandan lo que andamos:
y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en raudo movimiento

Digitized by Google

los postes del telégrafo, clavados
en fila á los costados del camino;
y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento
el humo con la luz un remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana,
que así el ramblizo como el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo
los picos de las rocas decapita,
que levanta la tierra,
formando un terraplén sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas antes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que en su ambición, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX

Corría en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin, por la ribera;
y al descender á un llano,
sitio infeliz de la estación postrera,
le dije con amor:—¿Sería en vano

Digitized by Google

que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
alcanzar á la luna con la mano?—
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué mas quereis—me preguntó—que os diga?
Y, bajando al andén, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena
con la gente que entraba y que salía;
pues la estación del pueblo parecía
la loca dispersión de una colmena.

X

Y, con dolor profundo
mirándome á la faz, desencajada,
cual mira á su doctor un moribundo,
siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
ó aquí me encontrará dentro de un año,
ó allí...— me dijo señalando al cielo.
Y enjugando después con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba á sus labios amarillos,
el tren (cual la serpiente que escamosa
queriendo hacer que marcha, y no marchando,
ni marcha ni reposa)
mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo que ella y yo, la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,

Digitized by Google

la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hacia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.

Digitized by Google

Digitized by Google

CANTO TERCERO

—

EL CREPÚSCULO

I

Cuando un año después, hora por hora,
hacia Francia volvía,
echando alegre sobre el cuerpo mío
mi manta de alamares de Zamora,
porque á un tiempo sentía,
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frío;
al minuto final del año entero,
á la cita acudí cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
más al llegar á la estación aquella
que no quiero nombrar, porque no quiero,
una tos de ataúd sonó á mi lado,
que salía del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje;
me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
y echándome un papel por la ventana,
—¡Tomad—me dijo—y continuad el viaje!—
Y cual si fuese una hechicera vana
que, después de un conjuro, en la alta noche
quedase entre la sombra confundida,
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza

Digitized by Google

cual niebla entre la luz desvanecida,
al punto en que, llegando, con presteza
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza,
que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza:

II

—«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy que, por gustaros,
jugó á estar viva á vuestro lado un día.
»Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
»Por no dar fin á la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
»Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
»Me revelo á morir, pero es preciso...
¡El triste vive, y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
»¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.
»Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;

Digitized by Google

¡Juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!
»Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡Yo os hubiera también amado tanto!...
»Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida á la estación postrera.
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.
»Pues yo desde ella os estaré mirando,
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.
»¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...
»¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdon al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
mas sufrí por más tiempo todavía!
»¡Adios, adios! Como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero.
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba, y que me muero!»—

III

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera

Digitized by Google

en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que á un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza,
á la anciana busqué desesperado;
más fué esperanza vana,
pues lo mismo que un ciego deslumbrado,
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche, maldecía
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, día por día,
con mi gran inquietud y poco seso,
sin alma y como inútil mercancía,
me volvió hasta París el tren expreso.

FIN

Digitized by Google

LA NOVIA Y EL NIDO

POEMA EN TRES CANTOS

Dedicado por el autor á su amigo y compañero

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

CANTO PRIMERO

—

EN NIDO.

I

Ya el mes de Abril á la sazón corría,
y con sus tibias y rosadas manos
la primavera hospitalaria abría
sus puertas á los pájaros lejanos.
Era el mes en que, eternas peregrinas,
después que el frío del invierno pasa,
todos los años, al tranquilo techo
del cuarto de Isabel, dos golondrinas
van á anidar como en su propia casa.

Digitized by Google

II

Isabel, que era un ángel que pasaba
en leer y rezar horas enteras
cual si fuese educada en un convento,
al florecer sus quince primaveras
ni una hoja en su noble pensamiento
á su corona virginal faltaba;
y aunque va á ser esposa
cuando del mal de amor nada recela,
tomando el novio que escogió su abuela,
estaba decidida á ser dichosa;
y ajena á tentaciones y deseos
con respecto á casados y casadas,
sólo sabe haber visto en los paseos
las vides con los olmos enlazadas;
pues era para ella un casamiento
reducir á verdad un sueño hermoso,
ser más querida, realizar un cuento,
y hacer un viaje al Rhin con un esposo.
Así, en ciega ignorancia,
Isabel, tan sencilla como hermosa,
aun pensando de un hombre en ser la esposa,
continuaba en su amor su santa infancia.

III

Pasa los días, sin contar las horas
que como sombras huyen,
mirando con afán cómo construyen
su nido aquellas aves charladoras,
que añadiendo canciones á canciones,
entre ansias dulces y amorosos píos
unen hojas y granzas y vellones

con el gluten y el limo de los ríos;
y, cuanto más curiosa,
mirando hacer el nido, se reía,
entreabierta su boca, parecía
la luz tomando el fresco en una rosa.

IV

—¿Para que sirve un nido?—con sorpresa
se pregunta Isabel: cuestión obscura,
que ocurre á la vaquera y la princesa,
y que una y otra de inquirir no cesa,
pero que en vano resolver procura
la que el tiempo pasó casi en clausura
entre el rezo, las pláticas, la mesa,
la música, el paseo y la lectura.
—¿Para qué sirve un nido?—Al ver delante
tan honda obscuridad se confundía,
y, por más que pensaba, no sabía
cómo ella, que es tan viva y penetrante,
y lee tantos idiomas de corrido
y sabe tantas cosas de hortelana,
¡oh ciencia inútil de la vida humana!
no alcanza á comprender lo que es un nido.

V

Viendo el nido y pensando en su himeneo,
lanza ardiente á los pájaros que vuelan
las confusas miradas que revelan
ya inocencia, ya miedo, ya deseo;
pues ya mujer, sin serlo todavía,
ante el hondo misterio de aquel nido,
en sus ojos azules se encendía

Digitized by Google

poco á poco un fulgor desconocido;
y una vez que presiente algo de cierto,
con singular pudor frunce las cejas,
quedando sus mejillas pudorosas
con mucho más calor y más hermosas
que las guindas que cuelga á sus orejas
cuando alegre corriendo por el huerto,
coje lirios y caza mariposas.

VI.

Como nunca guardada
se ha podido tener ninguna cosa
detrás de unas pupilas transparentes,
mostrando candorosa
en la ráfaga azul de su mirada,
que brilla entre sonrisas inocentes,
esa inquietud profunda y misteriosa
que causan en las vírgenes los nidos,
Isabel, más que inquieta, consternada
al ver la turbación de sus sentidos,
como un niño que al brillo de una espada
se tapa con terror ojos y oídos,
se juzga una inocente pecadora,
y se santigua y reza, y casi llora,
y entra el aire á raudales en su pecho,
y hallando el sueño, pero no el olvido,
se cayó desplomada sobre el lecho
preguntando al dormir:—¿qué será un nido?—

CANTO SEGUNDO

—

EL AMOR.

I

Disipada la noche por la aurora,
la agitada Isabel, desde su lecho
que un sol de Mayo dora,
descorriendo las finas
colgaduras de encaje de Malinas,
busca otro vez el nido y mira al techo,
como accediendo al familiar reclamo
de aquellas habladoras golondrinas
que nunca acaban de decirse «te amo».

II

—¿Para qué sirve un nido?—He aquí el problema.
La novia al despertar vuelve á su tema;
pues cuando va una niña á ser esposa,
en prueba de inocencia,
es capaz de cortar por lo curiosa
una rama del árbol de la ciencia.
¿Para qué habrán servido
los nidos todos que en el mundo han sido?
Saber lo que es un nido es cosa grave,
pues, según Isabel, nadie ha sabido,
y lo que es más aún, ninguno sabe
por qué se junta un ave con otra ave
y juntas con amor hacen un nido.

Digitized by Google

III

Temblando de pesar y de contento,
cual la rama agitada por el viento,
de nuevo el nido mira;
y, aunque nunca manchó su pensamiento
la pureza del aire que respira,
sin darse cuenta de ello, es aquel nido
demonio tentador que habla á su oído:
y dudando, turbada,
si tiene aún su espíritu dormido,
cual se rompen las nubes en el cielo,
de sus dudas sin fin se rompe el velo;
pues en trances de amor, es cosa cierta
que un nido, un beso, un cuento, una moneda,
en un alma inocente rompe el hielo,
y á un corazón que duerme le despierta.

IV

¡Sagrada obscuridad! Como cruzaban
por su frente las sombras á montones,
viendo el nido, sus ojos titilaban
como el cristal que esparce oscilaciones.
Y dudas van y pensamientos vienen;
y haciendo que lo mira distraida
(habilidad que las mujeres tienen
desde el día primero de su vida),
acaba por saber que es aquel nido
edén por el misterio protegido;
y hallando en él impresos
los signos de una boda concertada
por dos seres dichosos,
con malicia entendida y saboreada,

Digitized by Google

sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,
ve en las aves del nido dos esposos,
y en su canto una música de besos.

V

Porque en saber se empeña
para qué sirve un nido
que así el amor le enseña
lanzada en pleno cielo, sueña y... sueña...
y aguarda á que el misterio incomprensible
le baje á descifrar, compadecido,
algún viajero azul de lo invisible;
y á una malicia, en risa transformada,
que en su mirada virginal destella,
se queda avergonzada
como sale, al salir de una enramada,
después del primer beso una doncella;
y á un brillo entre diabólico y divino,
pensando en el misterio del problema,
tanto mira Isabel, que al fin vislumbra
en yo no sé qué lúgubre penumbra,
que un nido es el misterio del destino,
que es de la vida la explosión suprema;
y ya, como mujer apasionada,
mirando á su pesar en lo invisible,
se perdió vagamente su mirada
en la luz infinita é indefinible;
y como, al fin, la juventud ligera
no sabe, al estudiar lo que son nidos,
que hay peligro en jugar con los sentidos
en un día de sol de primavera,
á Isabel, ya febril, le parecía
que alguna mano que en la luz flotaba
el velo misterioso descorría,

Digitized by Google

y en rededor la tierra se le andaba.
Era su alma una noche sin aurora;
nada distinto oía ni veía;
la cabeza se le iba y le zumbaba,
y sentía una sed devoradora;
y comentando grave y resignada
el secreto á sí misma sorprendido,
—se conoce—pensaba—que es forzoso
dar la mano á un esposo;
querer y ser querida;
hacer como los pájaros un nido;
cantar á Dios y bendecir la vida.—

CANTO TERCERO

—

LA NOVIA

I

Como el amor primero es tan ardiente
y despierta á las niñas tan temprano,
Isabel se despierta con el día;
y al apartar de su divina frente
un raudal de cabellos, con la mano
que en un vapor de encajes se perdía,
halla su tez de nieve, nunca hollada,
tan fresca como el agua de verano
en el fondo de un pozo serenada.

II

De su lecho de pluma
salió Isabel cual Venus de la espuma;
después mirando al techo,
vibró su corazón dentro del pecho
al ver la golondrina que cubría
en forma de abanico á sus hijuelos,
y al padre que en el pico les traía
pan de la tierra y besos de los cielos.
Tan grande amor su corazón inflama;
y en sus ojos, con fuego inusitado,

Digitized by Google

arde una pura y transparente llama
al ver en los hijuelos desatado
el nudo misterioso de aquel drama.
Espantada, el misterio comprendiendo,
casi vuelve á gemir y casi reza;
y unas veces rezando, otras gimiendo,
entrando de repente en la tristeza,
ya marchitas sus puras alegrías,
la niña acaba y la mujer empieza;
y más cuando la tímida nidada
de aquel nido, asomándose á la entrada,
parece que le dice:—¡buenos días!—
y más aún, cuando á los hijos viendo,
suspirando responde:—¡ya lo entiendo!—
y encendido su rostro, cual la frente
de una mujer culpable y candorosa,
sobre sus ojos pudorosamente
deja caer sus párpados de rosa.

III

Como el amor es cosa
que, cual voz de eco en eco repetida,
palpita en la crisálida metida,
y brilla al convertirse en mariposa,
ve Isabel con encanto
que es un nido la copa misteriosa
donde está la embriaguez desconocida;
y así, pasando de capullo á rosa,
tan turbada se ve y enternecida,
que llora, aunque riendo bajo el llanto,
porque hay seres que ríen cuando lloran
con la risa común de los que ignoran
que en llorar y reir se va la vida.

Digitized by Google

IV

Y cuando, en aquel día,
convirtiendo en historia la novela,
al altar de himeneo fué llamada
la gracia de la casa de su abuela,
¡ay! ¡cuál quedó anublada
aquella llama azul de su mirada!
¡cómo llora y su madre la consuela!
y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,
se mira en los espejos á hurtadillas,
y en ellos viendo de su boda el traje
se ríe con la risa de la aurora,
y abisma su mirada en resplandores,
mostrando pensativa y seductora
sus dientes y sus labios, maridaje
de las perlas casadas con las flores!

V

Ya va y viene Isabel, y baja y sube,
agitándose aérea y diligente
con una vaga odulación de nube;
y aunque era á su belleza indiferente,
con natural gracejo
hoy aprende delante del espejo
á conocer lo hermoso de su frente;
y ora se juzga amada y ora amante,
y haciendo con el traje un ruído de alas,
circula como un duende por delante
de los grandes espejos de las salas;
y al verse retratada, la doncella
lleva por sí la admiración tan lejos,

Digitized by Google

que á fuerza de mirarse en los espejos,
siente ya el goce de saber que es bella.

VI

Al volver de jazmines coronada
como una campesina desposada,
sintiendo accesos de calor y frío,
tiembla el alma en su boca seductora
como tiembla á los rayos de la aurora
sobre una flor la gota de rocío.
Los ojos Isabel, desconcertada,
tanto abre para ver, que no ve nada;
la estatua del asombro parecía,
y no pudiendo respirar apenas,
un no sé qué de eléctrico en sus venas
en generosa transfusión corría.
Aunque casi educada en un convento,
ya sentía en su noble pensamiento
algo más que ilusión y confianza,
ignorancia y candor, fe y esperanza;
pues al mirarse de su alcoba enfrente,
del abismo de amor dulce pendiente,
la sangre que á su rostro se arrebata
la pone del color de la escarlata...
Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo
que aquel resumen de la vida toda
con su deliquio y sus misterios cuente...
Yo quisiera contarlo, más no puedo,
pues donde hay sueño virginal, ó boda,
según Góngora, un ángel sonrïente
pone gentil sobre la boca un dedo.

FIN

LOS GRANDES PROBLEMAS

POEMA EN TRES CANTOS

Al ilustre polemista

EL SR. D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO

CANTO PRIMERO

EL IDILIO

I

El cura del Pilar de la Oradada,
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay mas grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
lleva paz de alquería en alquería;
y siendo indiferente
á la necia ambición de los honores,
se ocupa de los grandes solamente
cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo y vestido de sotana,

Digitized by Google

cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
pardas las medias de algodón que lleva,
y en todo el magisterio de su vida
sólo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
que cría los rosales y el centeno,
y llama sus orgías á las cenas
en que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,
ve á una mujer, y como pueda, escapa,
dispuesto desde joven, por ser puro,
á hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
las almendras que lleva en los bolsillos,
y les da un golpecito en las mejillas
más dulce que una almendra á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
que nació, sin plantarla, en donde quiera;
y si al vérselos dar uno por uno
—¿qué guardas para tí?—le dice alguno,
responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el Grande:—¡La esperanza!—
Así con tanto amor y pudor tanto,
el cura del Pilar de la Oradada
es, según viene la ocasión rodada,
ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II

Está el pueblo fundado sobre un llano
más grande que la palma de la mano,
y á falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío

otro ninguno iguala;
de agua muy buena, si tuviese río,
de agua de pozo, á la verdad muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
que tiene ante la iglesia una plazuela,
iglesia que es más grande que la escuela,
y escuela que es más chica que un granero.

III

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
que no puede beber más que agua pura,
la divina Teodora,
de rodillas postrada ante el anciano,
con un ramo de flores en la mano,
ramo cogido al despuntar la aurora,
mostrando al sonreirse, nacaradas,
en dos filas iguales,
todas sus perlas justas y cabales
en un coral prendidas y engarzadas;
inventando aquel día,
por no haberlos sufrido todavía,
mucho dolor y muchos desengaños,
antes de hacer su comunión primera,
confesándose está como si fuera
una gran pecadora á los diez años.

IV

Teodora, que es mujer desde la cuna
cual todas las mujeres,
despierta ya, y durmiendo todavía
á la luz misteriosa de una luna
que hace en su alma de sol de mediodía,
mira una inmensa flotación de seres,

Digitized by Google

sueños de sombra y sombras de unos sueños
opacos una vez y otras risueños.
Gracia infantil y gracia adolescente,
de niña y de mujer confusos lados,
ya ve en el porvenir desde el presente
el mundo real y el ideal mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
compuestas de verdad y de otra cosa,
mira, desvanecida,
llegar la realidad confusamente,
y á los diez años, como todas, siente
su inmersión en las brumas de la vida.

V

Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas
que hundiese del anciano en la conciencia,
fué haciéndole la niña unas preguntas,
como ésta, por ejemplo,
capaz de hacer estremecer al templo:
—Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?
—Yo de todo, hija mia, estoy al cabo—
respondió el sacerdote con premura;
lo cual no era verdad, más lo creía,
porque el breviario con afán leía
á la luz de un candil colgado á un clavo.

VI

Y del amor ya viendo lontananzas
con sus ojos tan llenos de esperanzas,
en su candor intrépido del todo
sigue ella preguntando de este modo:

—El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—
De confusión y de sorpresa lleno,
se turbó el cura, como el hombre que antes
de haber cazado un pájaro, lo vende,
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende,
el cazador corrido,
el comprador burlado,
y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
buscando la respuesta en las estrellas,
mas como nada le dijeron ellas,
el cura del Pilar no dijo nada.

VII

Con misterio después ella se inclina
hacia el cura, que la oye fascinado,
y prosigue:—Me ha dicho mi madrina
que el que bese á mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado
que él me habrá de besar, pese á quien pese,
pues cree que á mí me gusta que me bese.
Mas como oigo decir que se propasa,
escapándome de él, toda la casa
ayer y antes de ayer y todo el año
corrí desde la cueva hasta el granero;
siempre quiere él, señor; yo nunca quiero;
miradme bien, veréis que no os engaño.—
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
para enseñarle el alma á aquel levita,
echa al cura una ojeada inoportuna
aquella virgen, pero virgen de antes
que en la primer visita

Digitized by Google

el ángel le anunciase cosa alguna,
y le dejó corrido y colocado
del rubor en la cúspide suprema,
de un modo tal, que dijo colorado:
—¡primera confesión, primer problema!—

VIII

—Acúsome—la niña proseguía—
que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro día,
con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela;
sólo en la misa me entretiene el canto;
y escucho con más gusto una novela
que el trozo de la vida de algún santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
huir, si puedo, de él; pero os prevengo
que al mirar á mi primo, siempre tengo
la voluntad de parecer divina.—
Al ver salir el cura, atropellados,
con risa de bondad mal reprimida,
tan enormes pecados
de aquellos labios de carmín, untados
con la leche primera de la vida,
dice á la niña, de indulgencia lleno,
con singular ternura:
—No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mía, más cordura.
Bien; adelante: vamos adelante.—
Y por no hablar más claro, el pobre cura
jugaba con enigmas al volante,
y no queriendo darle con prudencia
la más leve lección de adolescencia,
muy peligrosa en almas inocentes,

sólo después de estas ligeras riñas,
se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
—Son el diablo estos ángeles de niñas.—

IX

Y como todo viejo, y más si es cura,
de todo niño es natural abuelo,
con más amor que religioso celo,
le dijo á aquella hermosa criatura:
—Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
y entrarás sin rodeos en la gloria;
reza una salve, toma agua bendita,
y cómete esta almendra en mi memoria.—
Y después que la niña se confiesa,
la mano al señor cura
en la actitud de un oficiante besa;
se levanta gentil, con la soltura
de un querubín que hacia los cielos pesa,
y ante el altar, con adorable gracia,
entre un corro de gente pecadora
se arrodilló Teodora
más grave que un alumno en diplomacia.

X

Después supo el obispo de Orihuela,
por cierta confesión de cierta abuela,
de puro religiosa, condenada,
que, faltando á los cánones sagrados,
castiga con almendras los pecados
el cura del Pilar de la Oradada.

Digitized by Google

CANTO SEGUNDO

—

LA ÉGLOGA

I

Fué creciendo, creciendo,
y pasaron diez años; y Teodora
cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
que veinte años cuenta hoy exactamente,
tiene pupilas de horizontes llenas,
voluptuoso reir en casta frente;
y deja ver su cutis transparente
cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
con flores todo el año en sus cabellos,
arrollándolos bien, forma con ellos
detrás de la cabeza un canastillo.

II

—Decidme, mi querido señor cura—
decía confesándose Teodora:
—¿No es una gran locura
que esté tan decidida
á que me case ahora
la pobre madre á quien debí la vida?

Digitized by Google

¿No es un gran desatino
casar con otro á quien tan sólo piensa
en... ya sabéis, mi primo, aquel marino
que tiene el alma, como el mar, inmensa?—
Mientras la escucha atento
—es muy común—el cura se decía
entre burlas y veras—
que todas las muchachas costaneras
dediquen de un marino al pensamiento
veinticuatro horas largas cada día.--

III

—Mi primo... ya sabéis,—siguió Teodora—
que vive hoy una vida de pesares
en Londres, un lugar donde está ahora,
más allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
pues sin poderlo remediar, suspiro
cuando se nubla el horizonte y miro
por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo, es aquel primo que, algún día,
os confesé que alegre me besaba;
le amé niña, más yo no lo sabía;
ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre fantástico el deseo
me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
que me habla de él y su venida, creo,
el monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
siempre estoy esperando,
y hasta las aves de la mar, pasando,
parece que me dicen:—¡le hemos visto!

IV

—Mas sepamos primero—
dijo el cura prudente y reservado:—
de amaros y volver, ¿él os ha dado
su palabra de honor de caballero?
—Me juró que amaba y volvería—
fué diciendo Teodora—
cuando el sol por la tarde se ponía,
y al despuntar la aurora,
y alguna vez también al mediodía;
y alguna, y más que alguna,
por la noche á las rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado
que en Mayo y en Abril me lo ha jurado
por todos sus jazmines y azucenas;
por los árboles todos, en estío;
por todos sus cristales, junto al río;
cerca del mar, por todas sus arenas.—

V

Mientras Teodora hablando proseguía,
como era, á fuerza de candor, profundo,
el cura por lo bajo repetía:
—(¡cómo trae el amor revuelto al mundo!)
—Mi madre quiere que á la fuerza quiera
á un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
como es el que me espera
para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada más me da tristeza;
él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
tiene favor, honores y riqueza,

Digitized by Google

talento, juventud y un nombre honroso...
Mas ¡si viérais al otro, señor cura,
con gorra de oro y sable á la cintura!...
¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!...
Mientras éste de aquí, que va á ser mío,
tiene una gracia sepulcral y extraña;
donde quiera que entra él, siento yo frío.
—Pues señor, se conoce—piensa el cura—
que en la misma inocencia,
para agotar de un cura la paciencia,
transformado en hermosa criatura
coloca Satanás su residencia.—

VI

Y ella siguió:—Vuestro favor imploro;
prestadme ayuda en tan difícil paso:
de uno me río, y por el otro lloro;
éste me hiela, y por aquél me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro,
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?—
Mirando á un Cristo viejo
por ver si le inspiraba algún consejo,
el cura se callaba,
y del candor en la embriaguez suprema,
al ver que el Cristo nada le inspiraba,
por lo bajo entre dientes murmuraba:
—¡Segunda confesión, otro problema!—
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
El viejo que era un niño venerable,
no cayó en que Teodora
buscaba, tan sutil como traidora,
en la doblez de sus astutos planes
el apoyo moral del cristianismo:

Digitized by Google

maniobras de los grandes capitanes
que ponen de su parte el fanatismo.

VII

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
y para herirse al corazón se apuntan;
y cruzan de uno á otro, bien dispuestas,
como un choque de espadas, las respuestas:
—Me muero, si me caso, os lo confieso.
—Ilusión nada más de los sentidos.
—Hay voces que en el aire me hablan de eso.
—Eso será que os zumban los oídos.
—Bien, lucharé; pero seré vencida.
—No volverá tal vez.—¿Y si volviera?
—Ese hombre os ha hechizado: ¡estáis perdida!
—Así tendrá que ser como él lo quiera.
—Tras vana agitación tendréis reposo;
yo rezaré por vos, seréis dichosa:
¡Dichoso aquel que os tenga por esposa!
—Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
—¿De qué sirve creer en lo increible?
—Más sabe el corazón que la cabeza.
—¿Que podrá suceder?—¡Todo es posible;
yo amo con fe y espero con firmeza!—
Al verla discutir tan bien y tanto,
siente un temblor de espanto,
cual si tuviese frío,
al comprender el santo
que aquel tipo cabal de las mujeres
era el más bello y, ¿lo diré, Dios mio!
el más inobediente de los seres.

Digitized by Google

VIII

Teodora, ardiente y viva,
filósofa sutil y positiva,
que no pasó, cual yo, velada alguna
en cuestiones ociosas,
buscando la razón de muchas cosas
que no tienen jamás razón ninguna,
añadió, de su plan desesperada,
disparando al huir á sangre y fuego,
y haciendo una brillante retirada
mejor que en Asia Jenofonte el griego:
—Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
y no queriendo á este hombre, os lo prevengo,
como soy tan fantástica, no tengo
la condición de una excelente esposa.
Mas lo mandan mis padres, y adelante;
yo quiero á toda costa ser honrada,
mas no sé si, vivaz y enamorada,
podré ser buena esposa y buena amante.—
Hablaba así Teodora, y de repente
callando unos momentos,
con un silencio diestro y elocuente
una pausa llenó de pensamientos.
Reticencia tan vil y calculada
al pobre cura de terror inmuta...
ante el saber de una mujer astuta
Cicerón y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
la raza no mejora.
Porque no oye solícito sus quejas,
anuncia astuta males sobre males:
yo recuerdo muy bien que eran iguales
las jóvenes de antaño que hoy son viejas.

Digitized by Google

Y así serán y han sido
las que están por nacer ó ya han nacido,
lo mismo en todo el orbe que en España;
las madres miserables y opulentas,
las hijas titulares y harapientas,
las abuelas del trono y la cabaña.

IX

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!
¿No veis que rara vez—le dice el cura—
la vida nos enseña
que esos sueños de niña muy pequeña
los puede realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,
porque siempre nos ven desconocidos,
dos ojos desde el fondo del espacio!
Ayudando á llevarla á su destino,
cual se lleva una oveja al matadero,
pensó el cura ponerla en el camino
de lo bueno, lo justo y verdadero;
y después que ella vió desvanecida
la poética imagen de su vida,
puestas en cruz las manos y llorosa,
recibió con la frente prosternada
la bendición del cura, arrodillada;
besó su mano en actitud piadosa,
con la fe de una santa resignada,
y se marchó, si no más consolada,
menos triste tal vez, y siempre hermosa.

Digitized by Google

Digitized by Google

CANTO TERCERO

LA TRAGEDIA.

I

Porque triste, muy triste se moría
llena de desengaños,
el cura del Pilar, en cierto día
en su postrera confesión oía
á una joven anciana de treinta años.
—¡Ha venido—decía
la vieja que era joven todavía—
aquel hombre á quien amo con locura!
Y debo confesaros, en conciencia,
que tengo, desde entonces, señor cura,
necesidad de sueños de inocencia.
—¿Y es pura todavía vuestra llama?—
pregunta el cura á la doliente esposa.
—La cama de mi madre es esta cama—
le respondió;—pues por mi madre os juro
que soy materialmente virtuosa;
sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.—

II

—¡Pues valor—dijo el cura,
á fuerza de candor siempre profundo—
que la mayor tribulación del mundo

Digitized by Google

la guarda Dios para la edad madura!
—¡Valor, valor!—la enferma respondía;—
¡lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!
resistir á su encanto no podría,
¡yo que siento en mí misma una energía
capaz de levantar una montaña!
—¡Luchemos, hija mía—
el cura repetía
de Dios y de su fe siempre seguro;—
no hay grito de dolor que en lo futuro
no tenga al fin por eco una alegría!—
Y luego añade de la Biblia lleno,
satisfecho de Dios y de sí mismo:
—¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
hay luchas en el puente del abismo!—

III

En querer consolar las grandes penas
de una mujer tan firme y tan amante,
era aquel pobre confesor un ciego,
sabiendo que corría por sus venas
la sangre de las viñas ds Alicante
que crian una sabia como el fuego.
El cura no sabía
que el no amar es muy bueno, pero es frío;
y por eso á Teodora le decía,
derramando en sus llagas el rocío
de una piedad sincera:
—Van á cumplir veinte años
que, ajena de pasiones ó de engaños,
vuestra sagrada comunión primera
fué por vos de mi mano recibida;
¡sed digna del honor de vuestra historia!

Digitized by Google

¡reanimad el valor con la memoria
de los años primeros de la vida!
—¡Quince años hace escasos—
Teodora murmuró—que el dulce ruído
que levantaron al marchar sus pasos
quedó como una música en mi oído!
Y hace veinte—añadió con torvo ceño
mirando al cielo en ademán de queja—
que es él de mi alma y mis sentidos dueño;
¡veinte años que pasaron como un sueño!
¡Tenéis razón; no me creí tan vieja!...
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida.—
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
cuando la causa de su mal confiesa,
como suele temblar la mariposa
que siente el alfiler que la atraviesa;
y el pobre confesor, que no sabía
que si es bueno no amar, es cosa fría,
cual sintiendo en la piel la ardiente huella
de un diablo que abrasándole le toca,
mira á la enferma con pavor, y en ella
halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
—no soy loca, es que estoy enamorada—
siguió la esposa—y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo:
si le amo, vivo; si no le amo, muero;
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?—
Aguzando el oído,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruído,
el cura sorprendido
dice cayendo en postración extrema:
-¡Tercera confesión; tercer problema!...-

Digitized by Google

Dudando en su fatal desconfianza
qué haría y qué diría,
por no romper el hilo todavía
que enlaza la mujer á la esperanza,
el cura del Pilar, quedando inerte,
sangre en vez de agua, el desdichado suda;
pues á sí mismo con dolor se advierte
que es, en los actos del deber, la duda
una pregunta vil que hace la muerte.

IV

Ahogando la emoción de su ternura
en un áspero y recio resoplido,
añadió en el umbral de la locura:
—¡O viva en el del otro, señor cura,
ó muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazón tierno,
sufrir eternamente esta cadena?
¿hay un Dios que nos salva y nos condena,
ó eso también es un problema eterno?—
Oyendo esta herejía,
creyó el cura que en ella traslucía
la cara de Luzbel, oliendo á infierno;
y siendo encantadora,
y aunque era un ángel de piedad Teodora,
y el cura lo sabía,
como todo hombre bueno, algo indeciso,
oyéndola decir lo que decía,
en su faz la tristeza se veía
con que Eva dejó un día el Paraiso.

V

Y al cura que azorado la veía,

Digitized by Google

y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,
después le repetía,
aceptando, Teodora, resignada
la paciencia que lleva á la agonía:
—¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!—
y el cura respondía:
—Pero pensad en Díos, la hora es sombría;
¡ved que estáis en peligro de la muerte!—
Y enfermo de terror y sentimiento,
su rostro, que tapó con ambas manos,
se cubrió de ese tinte amarillento
que da tanta tristeza en los ancianos.
—Ya veis que sé morir como es debido—
siguió Teodora con siniestra calma.—
Decidida á partir, tan solo os pido
que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
él su memoria, su piedad el cielo,
vos el perdón, la humanidad su olvido,
la tumba su pudor, la muerte un velo!—

VI

Pasan después unos momentos llenos
de calma aterradora,
y entre tanto, ¿qué hacía
en alocada expectación Teodora?
¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.
Con las manos el pecho se oprimía
queriendo hacerse el corazón pedazos.
Se incorpora después, alza los brazos,
estrecha en ilusión alguna cosa
en medio de la fiebre que la abrasa,
y dice con sonrisa voluptuosa
dejándolos caer:—¡Es él que pasa!—

Digitized by Google

Al ver aquel amor inexorable,
á su buen Dios el cura inconsolable
la encomienda en sus santas oraciones;
y al oir, espantado,
salir de la culpable
aquella interminable
tempestad gutural de aspiraciones,
una oración sobre otra le prodiga,
y exclama el sacerdote horrorizado:
—¡El ángel llega tarde, y sólo espiga
lo que ya Satanás dejó segado!—
Y así el buen cura exclama,
porque ya con dolor ha comprendido
que es imposible á semejante llama
oponerse á un amante que es querido,
y entregarse á un marido que no se ama;
y aunque algo tarde, á conocer empieza
que es más fuerte el amor que los deberes,
pues rinde de los hombres la firmeza
y hasta el débil poder de las mujeres.

VII

Llegando al fin de su terrible suerte
la enferma medio muerta tiempo hacía,
después de un gran silencio en que se oía
muy cercana de allí volar la muerte,
mirando fijamente, sin ver nada,
tiende una mano ardiente y descarnada,
busca con ella al infeliz anciano
que por su dicha ruega,
y el rostro le tocó como una ciega
que tuviese los ojos en la mano:
se ponen azuladas sus mejillas;

Digitized by Google

sale un hondo ronquido de su pecho;
el cura la bendice de rodillas;
después... ¡después era una tumba el lecho!

VIII

Más muerto que la muerta el pobre cura,
cuando luego miraba
el alma triste y bella
de aquella esposa fiel, culpable y pura
flotar sobre una estrella,
—¡perdonadla, Dios mío!—murmuraba.
¿Cómo Dios negaría su indulgencia
á una mártir que, fiel á otros amores,
á fuerza de sentido y de paciencia
el luto de su hogar cubrió de flores?
Cuando el cura veía
aquella alma flotar sobre una estrella,
y su perdón pedía,
es porque no sabía,
héroe feliz de una tranquila historia,
que cuando muere una mujer como ella,
toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

IX

Y cuando el cura, de su buen consejo
el término funesto contemplaba,
llorando como un niño el pobre viejo
sobrecogido de terror oraba.
—¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—
gritaba el infeliz, desesperado,
quejándose de sí como un malvado
que asesina á la vuelta de un camino.
Mas, fiel á su destino,

Digitized by Google

conociendo después, más serenado,
que así á volverse loco un hombre empieza,
con honor exclamó:—¡Fuera flaqueza!—
Y valerosamente
reanimando uno á uno sus sentidos,
á brillar comenzó su noble frente
con la luz de los seres elegidos.
—¡Hago el bien, y suceda lo que quiera!—
dice tranquilo y con la frente erguida.—
¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
que es el deber primero que la vida!—
Pasó después un siglo de un momento;
murmuró otra oración, y de repente
azotó con los pies el pavimento
y con las manos se azotó la frente:
Miró á la puerta con viril firmeza,
y á repetir volvió:—¡Fuera flaqueza!—
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
rendido el cuerpo y destrozada el alma,
después de un negro batallar tan rudo,
á recoger volvió su santa calma
como recoge el gladiador su escudo.

FIN

Digitized by Google

DULCES CADENAS

POEMA EN CUATRO CANTOS

Á mi fraternal amigo

EL SR. D. RAMÓN CAMPOS Y DOMENECH

CANTO PRIMERO

I

Joven, bella, adorada y poderosa,
tan rubia como el sol del mediodía,
y tan fresca además como una rosa,
Jacinta, cuidadosa,
hasta el dichoso día
en que va á ser una feliz esposa,
en un cuarto atestado de primores,
y en una jaula de oro envuelta en flores,
cierto canario hospeda,

Digitized by Google

cuya pluma remeda
casi, casi, del iris los colores,
y un poco los reflejos de la seda.

II

En un día de Marzo, húmedo y frío,
al pasar del antiguo al nuevo estado,
Jacinta, esclavizando su albedrío,
prefiriendo al ajeno su cuidado,
y el gozo celebrando de aquel día,
suelta con alegría
al canario que cuida con cariño,
y con el cual, como si fuera un niño,
en inocente intimidad vivía.
Saca al esclavo de la jaula de oro,
lo acaricia llorando y sonriendo,
se acerca á la ventana, y luego abriendo
la mano, con la cual se enguja el lloro,
viendo al ave feliz que va siguiendo
del aire el insondable itinerario,
como acerada espina
un dardo de pesar extraordinario
su corazón traspasa,
pues siempre es un canario,
después de la sociable golondrina,
el ave favorita de una casa.

III

Libre, alegre, inscontante, casi loco,
como bebiendo luz emprende el vuelo
el pájaro, que invade poco á poco

Digitized by Google

la inaccesible soledad del cielo.
Por no verle partir, Jacinta cierra
sus ojos de insondables horizontes,
y en posesión le pone de la tierra
con sus mares, sus valles y sus montes.
Entregado al calor, y expuesto al frío,
el pájaro, que siendo prisionero
prefería su jaula al mundo entero,
fué puesto en posesión de su albedrío
como el manso arrastrado al matadero,
Y volando, volando,
se alejaba y volvía,
y de su inútil libertad gozando,
—¿adónde voy?—parece que decía.
Y Jacinta, llorando,
y llena al mismo tiempo de alegría,
al pájaro dejando
para volar también tras del esposo,
mandándole un adiós muy cariñoso
al ver que una tras otra recorría
las colinas cubiertas de viñedos,
con expresiones de cariño extremas,
tocándose los labios con las yemas,
le envió un beso en las puntas de los dedos.

IV

Como dijimos antes,
era en Marzo, la aurora del estío,
y en uno de esos días inconstantes
en que alterna el bochorno con el frío.
Con santa devoción, casi á la orilla
del Manzanares, su paterno río,
para unir á Jacinta en casto nudo
con el hombre más noble de la villa,

Digitized by Google

como si fuera un celestial saludo
por su madre escuchado y por su abuela,
en torno del altar de la capilla
el himno sube y el incienso vuela.
Y Jacinta, entretanto,
cuya gracia inocente
se convertía en pensativo encanto
y en la expresión de amor más hechicera,
hacia el altar avanza
con la alegre esperanza
y la planta ligera
de quien lleva, al andar, sobre su frente
el cántaro inmortal de la lechera.

V

Así aquel ángel que á mujer subía,
la virgen que iba á convertirse en diosa,
con el tierno candor que en Dios confía
camina, á fuerza de ventura, hermosa,
como una niña grande honrada y pura
que sueña en ser feliz, pues no sabía
que, cual la flor del cactus, la ventura
esperada cien años, dura un día.

CANTO SEGUNDO

—

I

El canario después, desorientado,
explorando horizontes y horizontes,
voló al fin por los valles y los montes
como si fuese un pájaro escapado;
hasta que ya rendido,
de su fuerza en volar menos seguro,
con el miedo que da lo indefinido
halló en la claridad algo de obscuro.
Sintiendo luego el malestar incierto
que se llama el mareo del desierto,
y después que el canario
recorrió el horizonte ebrio de gozo,
le parecía, al verse solitario,
el universo entero un calabozo.
Y conforme caía
dentro del mar el día,
y se aumentaba con la sombra el frío,
solo vió estupefacta su mirada
la tenebrosa estancia del vacío,
y aquel horror que dice: «aquí no hay nada!....»

II

Cuando todo en la sombra era indistinto,

Digitized by Google

sintió una sensación vertiginosa;
después, con el instinto
natural en un ave cariñosa,
esperando, inocente,
que la prisión su dueña le abriría
y en trance tan cruel le ampararía
á su casa volvió cuando inclemente
ya sus alas el frío entumecía;
y volando después difícilmente,
como ni huir ni guarecerse sabe,
de las tinieblas á la luz escasa,
alrededor girando de la casa,
más parece un espíritu que un ave.

III

Como no hay duda que era
una noche muy buena, por lo fría,
para asar en alegre compañía
castañas al rescoldo de una hoguera,
de miedo ya á las olas mugidoras
de una espantosa tempestad cercana,
y al fastidio y horror de aquellas horas,
se lanzó de su dueña á la ventana,
guarnecida de plantas trepadoras.
Mas ¡ay! que ya casada, y siempre pura,
pensando con vergüenza en su ventura,
Jacinta, con espanto verdadero,
hallando todo ruido inoportuno,
todo rayo de luz cosa liviana,
la ventana cerró con tanto esmero
que no dejó á la luz resquicio alguno,
pues en noche de boda una ventana
es la nube de sombra con que Homero
cubrió á veces á Júpiter y á Juno.

Digitized by Google

IV

Cuando el pájaro, hastiado
de aquella inútil libertad del cielo,
á su prisión volvía, enamorado,
ya había el polo norte desatado
un recio temporal de escarcha y hielo.
Cada vez más corrientes,
y cada vez más fríos,
los arroyos de viento se hacen ríos
y los ríos después se hacen torrentes.
Directa y reflejada,
y después toda unida,
contra aquella ventana tan cerrada
lloviendo más, sobre la ya llovida,
chisporrotea el agua ametrallada.
Cuando están á su dueña regalando
realidades tan dulces como sueños,
quejándose el canario, está píando
como pían los pájaros pequeños.
Mientras dentro, amorosa,
ve en verdad convertida su quimera
en éxtasis profundo,
por la parte de afuera
píar á media voz oye la esposa
á un ser que no parece de este mundo.
Matándolo á golpazos
la nieve sobre el pájaro se apiña,
y mientras él se queja y da aletazos,
Jacinta, de su esposo entre los brazos,
le habla con voz del tiempo en que era niña.
Y así al pobre canario,
sirviéndole la nieve de sudario,
de la ventana contra el duro suelo

Digitized by Google

lo sueldan vivo el hielo
y la escarcha y la nieve endurecida.
¿Qué hará Dios cuando mira desde el cielo
los injustos dolores de la vida?

Digitized by Google

CANTO TERCERO

—

I

Ya estaba el sol muy alto, y aun dormía,
y tras de un sueño largo y retardado,
sin más cuidado ya que aquel cuidado,
como sin duda eternizar quería
la inocente ilusión de su deseo,
Jacinta, placentera,
estando el sol á la mitad del día,
cual Julieta á Romeo
le decía á su esposo:—¡Espera, espera;
que no llega la aurora todavía!—

II

La heroina feliz de nuestra historia
miró al fin por la luz desvanecida
esa noche que deja en la memoria
el recuerdo más grande de la vida.
De su lecho nupcial se alza ligera,
y con un aire entre terrestre y santo,
muestra en su cara el religioso espanto
de la casada de hoy y ayer soltera.
Se echó con un pudor algo tardío
un traje negligente de mañana,
corrió á abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mío!

Digitized by Google

al canario encontró muerto de frío
metido en el rincón de la ventana.
¿Verdad, lector amado,
que el querer ser feliz casi es locura?
Jacinta olvida en su reciente estado
todo antiguo cuidado:
celebrando su amor y su ventura,
á soltar su canario se apresura,
y se le muere helado:
pasa además un día y otro día,
y un rosal que tenía
se le seca olvidado.
¡Pobre Jacinta mía!
¡por el ingrato amor que tanto quiere,
cuanto ama, en causa de dolor se trueca;
tiene un ave que suelta, y se le muere;
tiene un rosal que olvida, y se le seca!

III

Traspasada de pena,
viendo muerto por ella á un inocente,
piensa Jacinta, de ternura llena,
que es un tirano *amor* que dulcemente
ata al pie del esclavo la cadena.
Y así al pájaro muerto le decía,
con acento el más tierno y doloroso
(y aunque el pájaro muerto nada oía,
la esposa bien sabía
que la oía á su lado el tierno esposo):
—Buscar en el amor ventura y calma,
sólo es variar de penas:
el querer libertad para nuestra alma,
es cambiar solamente de cadenas.
Como al pájaro, al hombre le es preciso

Digitized by Google

esclavizar con libertad su llama,
porque ser el esclavo de quien se ama
es tener por prisión el paraíso.—

IV

Hablando de esta suerte
profundamente tierna y conmovida,
besó al pájaro muerto enternecida;
y después de pensar cómo la muerte
en lo mejor nos llega de la vida,
fué á darle con ternura
al pie de un limonero sepultura,
y esto grabó con la mayor tristeza
del árbol siempre verde en la corteza:
—Murió un pájaro aquí de pesadumbre,
porque alejado de su dueña un día,
rotas ya sus cadenas, no comía
el pan de la dichosa servidumbre.—
Y cuando esto escribía,
besándolo al grabarlo, tiernamente,
es la pura verdad que ella gemía:
aunque es verdad también que al mes siguiente
ya este recuerdo era una cosa fría.

Digitized by Google

Digitized by Google

CANTO CUARTO

—

I

Seis meses, y algo menos, van pasados
y ya Jacinta, abandonada, prueba
el rigor de los hados;
ya de sus ojos á su boca lleva
dos surcos por las lágrimas trazados
pues el dejar de amarse dos casados
es una historia vieja, siempre nueva.

II

Pasan las ilusiones,
y más las ilusiones amorosas,
y en esa confusión de confusiones
en que parecen ya todas las cosas
una grande humareda de visiones,
la buena de Jacinta, que creía
que el Etna ante su amor se apagaría,
que tuvo en este valle de amarguras
la suerte natural de las mujeres
(rebaño de apacibles criaturas
que llenando la tierra de placeres
recogen á su paso desventuras),
tan noble y religiosa como bella,
en su inmenso dolor se vuelve al cielo,
porque, un poco olvidada, empieza en ella

Digitized by Google

de la ilusión el lúgubre deshielo;
más, reina superior á su caida,
haciendo frente á las pasiones malas,
en su honradez se siente sostenida,
cual se sostiene el águila en sus alas.

III

Y aunque el amor ahora
es, como antiguamente,
un duelo en que hay traidor precisamente,
y alguna vez tambien en que hay traidora,
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,
y á veces, por variar, llora y escribe;
y aquella antigua rosa, hecha azucena,
se muere de dolor, porque no vive
atada al eslabón de su cadena;
solitaría, las lágrimas que vierte,
del fondo de aquel mar perlas preciosas,
las vierte silenciosas
para que nadie entienda
cuál es la causa de su triste suerte;
porque es de esas mujeres valerosas
que del deber por la terrible senda
van al través del fuego y de la muerte

IV

Desde el funesto día
en que ya de su amor perdió el encanto,
si alguna vez reía,
su risa, más que risa, parecía
la amarga contracción próxima al llanto:
y siempre enamorada
cual estarlo pudiese esposa alguna

Digitized by Google

por su esposo olvidada,
de su pena y su amor arrebatada;
ya escribía canciones á la luna.
Sin rosal, sin canario y sin amores,
su propia historia convirtiendo en cuento,
temblaba sus dolores
volviendo á oir cantar los ruiseñores,
gemir la fuente y suspirar el viento
y hermosa, rica, perspicaz, honrada,
sola, triste, benévola, estudiosa,
poetisa, mujer y abandonada,
tanto y también lloraba y escribía,
que de su amor y su dolor retumba
el eco todavía
en esta corta y lúgubre elegía
que se halló en sus memorias de ultratumba.

V

«A un canario infeliz porque era mío,
la inútil libertad le dí insensata,
y á buscarme volvió; pero yo, ingrata
cerré el postigo, y se murió de frío.
»El esclavo que es fiel nos acusa hastío,
y amamos al tirano que nos mata:
siempre es y fué la libertad más grata
tener presa en otra alma el albed río.
«Libre correr, para humillar la frente
cambiando de cadena; he aquí el calvario
de todo libre ser que vive y siente.
«El hombre, prisionero voluntario,
dará su libertad eternamente
por vivir en prisión como el canario.»

FIN

Digitized by Google

Digitized by Google

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina

LA SRA. DOÑA ELVIRA IRULEGUI DE GARCIA CABALLERO

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A... porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR.

CANTO PRIMERO

ESCRIBIRÉ MAÑANA

I

Del mar junto á la orilla
está Vega, lugar que, aunque pequeño
para ser una villa,
casi es un Londres para ser aldea;

Digitized by Google

y allí vive, en el punto más risueño,
tejiendo y destejiendo Dorotea
la tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña que aun vive
con la fe de esas almas tan honradas
que creen que las promesas son sagradas
y un ángel en el cielo las escribe!

II

No lo extrañéis, espíritus amantes,
si veis que el autor llora
al recordar ahora
memorias que no tienen semejantes!
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
sofocan los recuerdos de la infancia!..
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

III

Nuestra bella heroína
cumplía quince abriles aquel año,
y, lo que es increíble por lo extraño,
se murió sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
aunque yo ya soy tan viejo,
que con aire modesto y distraído
se peinase de espaldas al espejo;
y eso que era envidiada
por todas las muchachas casaderas,
cuando, admirablemente despeinada,
llevaba, entre ondas de oro sepultada,

Digitized by Google

cubierta con el pelo las caderas.

IV

Creía mucho en Dios, y hasta creía
como todas las almas candorosas,
que Dios suele matar por muchas cosas
por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
honraba de sus padres la nobleza,
teniendo una belleza incomparable
y un alma superior á su belleza;
y pura, como el día
que recibió las aguas del bautismo,
no entendía el misterio de los nombres
de esas cosas de que habla el Catecismo,
que una joven llamó «pecados de hombres»

V

Nuestra hermosa de Vega
á Justo amó; pero le amó tan ciega,
que ajena de dobleces y de engaños,
en todos sus quince años
no pensó ni un momento
que es una gran locura,
que nunca tiene en las mujeres cura,
eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio,
todos, todos, de Justo aseguraban
que ya empezaban *á aborrecer el vicio*
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
amaba la moral que profesaban
como buenos y cómodos varones
los Horacios, los Riojas y Leones.

Iba por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido;
y seguía las huellas
de esos nobles bribones
que hablan mal y desprecian sus pasiones,
y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI

Pero Justo ¿qué hacía,
que prometió escribir á Dorotea,
y la carta aguardada no venía?
¿Qué hacía?—Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
se iba el tiempo marchando y no volvía,
y de este modo Justo y Dorotea
mientras ella esperaba, él no escribía;
pues aunque en ansia de escribir ardía,
en su alma, entre española y mahometana,
pudo más la pereza que la gana,
y así pasaba un día y otro día
diciendo siempre:—escribiré mañana.—

VII

Y ¿qué hombre, menos él, no hubiera escrito
á aquel ser adorable y no adorado,
viendo en sus ojos el color sagrado
del violeta azul de lo infinito?..

VIII

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
tomó un día la pluma...

Digitized by Google

después de tomada...
decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
se fué pasando una semana entera:
Lunes; me siento enfermo.
Martes; ¡es tan mal día!
Ya es *Miércoles*. ¿Qué sol? La tarde es fría.
Jueves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *Viernes* me da susto:
será mucho mejor, á fe de Justo,
que mañana, que es *Sábado,* la escriba,
y el *Domingo,* que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
cuando el domingo llega,
mientras él, con la calma que tenía,
—Mañana escribiré—se repetía,
en el puerto de Vega,
ya presa de mortal melancolía,
ella decía:—¡escribirá mañana!—

IX

Ya un día entusiasmado
al papel y al tintero se abalanza,
mostrando en su semblante alborozado
la alegre animación de la esperanza,
Y—¡oh Dios, cuánto la adoro!—
decía enamorado...
Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro,
mas no falta quien crea
que no escribió á la pobre Dorotea
la carta deseada,
porque ¡oh maldad del corazón humano!
el día aquel se lo estorbó la mano
de una cierta coqueta retirada.

Digitized by Google

X

Otra vez que, exaltado y medio loco,
quiso escribir (pero ¿escribió?; tampoco:)
como un niño pequeño
es echó enfadado y se durmió tranquilo;
que es el cansancio material un hilo
que tira de nosotros hacia el sueño:
y como á los veinte años que tenía,
el dormir bien no es una cosa rara,
ya á más de la mitad del otro día
dijo, brillando en su apacible cara
la risa del candor que en Dios confía:
—Por voluntad del cielo soberana,
mañana podré estar ó muerto ó vivo;
pero, lo que es mañana,
lo juro por mi honor, muero ó escribo.—

XI

¡Siempre igual! Esperando la venida
del mañana maldito,
¡cuántas cartas, Dios mío, en esta vida
debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...
las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!
Y al mismo tiempo ¡cuántas
sin deber ser escritas, se escribieron!

Digitized by Google

CANTO SEGUNDO

—

MAÑANA ESCRIBIRÁ

I

Mientras él en Madrid, que es donde vive,
piensa sólo en la carta que no escribe,
ella, encerrada en Vega,
sólo espera la carta que no llega.

II

Tan eterna tardanza,
ya la inquieta de modo,
que siente intermitencias de esperanza:
y cual la pobre gente
que es muy poco feliz y es inocente,
ya cree que el cielo se entromete en todo,
y que, probablemente,
en castigo tal vez de algún deseo,
la mano del Señor secretamente
le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿qué cosa habrá, por frívola que sea,
por lo cual, imitando á Dorotea,
no hagan votos secretos las mujeres?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene

Digitized by Google

la natural superstición del que ama,
si canta un gallo en el jardín, exclama:
—Esa es señal de que mañana viene.—
Para todas las luces y los ruídos,
sus ojos multiplica y sus oídos.
Oye un rumor y dice:—es el cartero;—
y llega á ser este héroe callejero
la más dulce tal vez de sus manías,
pues firme en el balcón como una roca,
abre, al verle llegar todos los días,
el corazón, los ojos y la boca.

III

Tanto era lo que amaba,
que daba por muy justas y muy buenas
sus muchísimas penas
si la carta llegaba;
y darle prometió, si se casaba,
á San Antonio un ramo de azucenas.
¡Ay! la pobre ignoraba
que en materias de amor y matrimonio,
por muy triste que sea,
puede más que los santos el demonio...
Por eso no veía Dorotea
lo mal que se portaba San Antonio.

IV

Era tal la inocencia
que á su amorosa obcecación se unía,
que haciendo penitencia,
de rodillas y en cruz, pasaba el día;
y acabando su historia
en la esperanza y la virtud cerrada,

más que en el mundo al fin pensó en la gloria;
siendo su fe tan pura y tan ardiente,
que se puso á pan y agua solamente
como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías
y dispuesta á hacer frente á los reveses
de tantos desengaños,
como dió fin un mes de treinta días,
un año se pasó de doce meses.
y pasaría un siglo de cien años;
siendo ya tan completo
su triste estado de ascetismo inerte,
que, para ser de veras esqueleto,
ya no faltaba allí más que la muerte.

V

Como ella por su médico sabía
que se suele morir cuando amanece
(suspirando una tarde, en que parece
que da un adios al sol, padre del día),
en su cara preciosa
más bien que iluminada, luminosa,
mostrando la expresión de un grande espanto,
sacó del pecho, humedecido en llanto,
aquella llavecita sigilosa
que todas las mujeres guardan tanto;
llave de honor, bajo la cual había
dejado, á no dudarlo, bien cerradas,
la cien contestaciones que tenía
á la carta no escrita preparadas.

VI

¡Cuántas madamas Sevignés habría

Digitized by Google

si saliesen á luz los borradores
de las cartas de amores
que en el seno del alma se conciben,
y se escriben después, ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños
que dan los hombres de malicia llenos,
matan todos los años
un millón de Eloísas por lo menos!

VII

Pues, como antes decía,
entre risueña y grave,
así le habló á una amiga que tenía:
—Si mañana me muero,
me esconderás aquí, junto á esta llave,
una carta que espero.—
Y ya cumplido este deber postrero,
el más caro tal vez de sus deberes,
vuelve á guardar la llave
(que sólo Dios lo que encerraba sabe),
en aquel pecho hermoso,
ese rincón de cielo misterioso
donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria
y la carta esperada no venía,
—¡cuánto siento—añadía—
morir sin aprenderla de memoria!—
Y acabada esta frase,
sintiendo ya acercarse su agonía,
la carta que pensaba que llegase
la estrujó entre sus manos todo el día.

Digitized by Google

VIII

Mientras su alma enervando
se iba al calor de su divino fuego,
fué su cuerpo acabando
primero el hambre y la tristeza luego;
y de tal penitencia aniquilada,
como ni ver ni articular podía,
ya en lo eterno infinito se perdía
lo mismo que su acento su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
de una manera lúgubre tosía,
y como lentamente
se iba haciendo su tez más transparente,
su espíritu divino parecía
que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX

Hasta que al fin un día, un triste día,
la cabeza inclinando,
que una gorra de encajes envolvía
sujeta por debajo de la barba,
se oye un tartamudeo de agonía;
con los dedos las sábanas escarba;
distribuye unos éxtasis mirando;
se cubre de una sombra su semblante;
y en su lucha tenaz de agonizante
vuelve á caer y alzarse, y titubea;
una oleada de frío serpentea;
y hundiéndose de pronto su martirio
en la inmersión de un celestial delirio,
en el último instante de su vida
ve en un fondo de luz desconocida

Digitized by Google

lo que al morir, como al vivir, desea,
y es una carta, en su ilusión fingida,
en cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

X

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
el triste fin de la que fué su encanto,
sentía, como Dante, aquel deseo
de suspirar y de morir de llanto.
—¿Ha muerto?—el pobre Justo preguntaba
en el tono más alto del lirismo;
—¡qué desgracia!—exclamaba—
¡yo que la iba á escribir mañana mismo!—

XI

—Nunca escribió la carta deseada,
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho
ni ha sido más predicho,
ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco;
mas ¿qué culpa tenía el inocente
si siempre, como á mí, le faltó un poco
para ser diligente?
El caso es que lloraba sin consuelo,
porque era bueno, bueno, y, lo repito,
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito
¡oh fiel imagen de las cartas mías!
tan cierto es como Dios está en el cielo,
que, amándola infinito,
él pensaba escribir todos los días.

XII

Y era su pena tanta,
que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente,
é implorando el auxilio de este modo
del Ser que en todas partes lo ve todo,
pidiéndole perdón por sus agravios,
en oración mental mueve los labios;
y hasta, en medio de un bíblico arrebato
casi escribir promete el insensato
aquella carta que quedó en idea,
cuando mira entre luz á Dorotea,
que desde el cielo le decía:—¡ingrato!

FIN

Digitized by Google

EL QUINTO NO MATAR

POEMA EN UN CANTO

Carta escrita à la niña

PEPITA SANDOVAL Y KRUS

con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina

I

Conque ¿imperiosamente
me mandas en tu carta peregrina
que te diga á tí cosas y te cuente
la historia de mi ahijada Guillermina?
En cuanto á tí, á quien amo tiernamente
te diré, ¡qué sé yo! que eres divina;
y con respecto al ángel de pureza
de unos ojos tan grandes y tan bellos
que se veía en ellos
cuanto más grandes eran, más tristeza,
te contaré que es tan fatal mi suerte,
que soy como aquel bardo de la historia
que, mientras tuvo voz, arpa y memoria
cantó á una niña *ausente por la muerte.*

Digitized by Google

II

Con un mirar muy dulce y concentrado,
la pobre ahijada mía,
como el tuyo, tenía
un aire serio, encantador y honrado.
Tú sola eres tan bella;
tú eres como ella el sol más hechicero;
y tú también, como ella,
eres un ser que con el alma quiero.
Sus pestañas llevaban
el pudor y la sombra cobijados,
y, con serena majestad, sombreaban
sus ojos, por modestia algo asustados;
y como, en torno de ellos, se sentía
la seducción que viene desde adentro,
donde quiera que estaba, ella era el centro
de un grande remolino de alegría
Mórbida y gruesa con igual encanto,
era airosa aun cubierta con un manto;
y de salud y de bondad modelo
se parecía al serafín de un cielo;
pues, cual si un ángel de Murillo fuera,
á la luz de un candor inextinguible,
aquella niña buena y hechicera
parece que podría, si quisiera,
ser impalpable, es más, ser invisible.

III

Un día aquella niña candorosa,
avezada á las tiernas efusiones,
con cierta ortografía caprichosa

me escribió estos renglones
(que los copió, dictándoselos ella,
otra *Licurga* grande y menos bella),
cuyas letras, cual notas musicales,
en fantásticas formas dibujadas,
recordaban, en grupos desiguales,
los dedos misteriosos de las hadas:
—«Padrino, ven, ó moriré de espanto:
de veras te lo digo.
como en un mes he padecido tanto,
tengo un hambre voraz de hablar contigo
«¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,
que mi madre, formando mis delicias,
me solía probar que yo era buena
con razones de abrazos y caricias!
»¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!
¿Recuerdas que, al traerme á este convento,
porque hacía en el coche mucho frío,
los pies me calentabas con tu aliento?
»Ven pronto á que te cuente
la causa que mis males ocasiona;
y después, francamente,
me dirás si una tórtola es persona.
»¡Lo que está aquí pasando es hasta impío.
Me tratan de manera
como si yo, á mi edad, ya no supiera
que *el quinto es no matar,* padrino mío»!

IV

¿El quinto no matar? ¡Virgen María!
en mi interior decía.
¿Si aquel coro adorable
de angelitos de Dios, allí metido,
habrá por inocencia cometido

Digitized by Google

alguua atrocidad inconfesable?
Pero luego pensé, Pepita amable,
que el ser mala, á tu edad, es ser divina;
y abrigué la esperanza inapreciable
de que la gran culpable
lo fuese mi adorada Guillermina,
porque, lo mismo á mí que á todo viejo,
en materias de gracia femenina
me hace feliz el género diablejo.
Y al convento marché sin mucha pena,
pues fuí compadeciendo
á la niñez que, de inocencia llena,
va de un grano de arena
una montaña haciendo;
hasta que, el tiempo andando,
por un gentil error de óptica extraña,
su tamaño achicando,
llega por fin bajando,
á ser grano de arena la montaña.

V

Llegué y reinaba en el asilo santo
un silencio profundo,
hijo sin duda del terrible espanto
que he de contar, aunque se asombre el mundo.
Es el caso, que un día
las pensionistas con horror supieron
que, cuanto ellas pensaban, se sabía;
y, además, advirtieron
que cuando alguna averiguar quería
quién era la habladora
que á las niñas vendía,
—todo, todo—la anciana directora—
me lo cuenta á mí un pájaro—decía

E irritadas, al pájaro buscando
con febril movimiento,
las niñas conspirando
un plácido rumor iban formando
de hojas de flor movidas por el viento;
hasta que, al fin, llegando
el terrible momento,
una niña valiente
—¡esa es!—gritó con varonil acento,
señalando á una tórtola inocente
que amaba con pasión la directora;
y luego otra oradora
todavía más fiera y elocuente,
aseguró que, decididamente
la tórtola era mala y habladora,
y juzgándola autora de sus males,
á morir á la tórtola condena
aquella reunión de criminales
que imitaba, afilando sus puñales,
el ronco despertar de una colmena;
y siguiendo á la vaga teoría
la insurrección armada,
al ave calumniada
que en el convento había
(y que por viuda y tórtola tenía
la desdicha de ser dos veces triste),
aquella desalmada compañía,
con la gracia á que nada se resiste,
no la volvió ya á echar, desde aquel dia,
migas de pan revueltas con alpiste.

VI

Poco después el pájaro inocente
murió; más claramente

Digitized by Google

adivinar se deja
que, por otras cuidada, dulcemente
la tórtola feliz murió de vieja.
Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mía!
en términos fatídicos y obscuros,
la anciana directora, que creía
que es digna de castigo la alegría,
á aquellos seres puros
los acusó de corazones duros;
pues creen algunas, de ternura ajenas,
que á las muchachas, ángeles sin alas,
aunque les cause penas,
para que sean buenas
es forzoso decirles que son malas;
y por eso, con aire pensativo,
ya no alegraron el retiro santo
con el candor nativo
de aquellas risotadas sin motivo
que de las niñas son la voz y el canto;
y era tal el espanto
que de noche sentían,
por si en la sombra aparecer veían
el espectro del pájaro ofendido
que despiertas, de miedo que tenían,
se hacían compañía haciendo ruído.

VII

Mas tú preguntarás: y, ya pasadas
esas tristes jornadas
que de un hombre honrarían el denuedo,
¿qué hacían las terribles conjuradas?
como siempre, espantadas,

rezar juntas, llorar y tener miedo;
y más cuando la niña tan valiente,
acobardada ahora,
se atrevió á preguntar tímidamente:
—¿Las tórtolas, señora,
tienen lo mismo que nosotras, alma?—
Y, admirando el candor la directora
—¡vaya si tienen!—respondió con calma.
Y al oir tal sentencia,
lo mismo que unas pobres golondrinas
temblarían de un buitre en la presencia,
aquella sociedad de Catilinas
sintió remordimientos de conciencia.

VIII

Y hasta aquella preciosa criatura
que, objeto de mis ansias más constantes,
llegué á abrazar poco antes
de empezar su postrera calentura,
al hallarme á su lado, tiernamente
suspiró, mas qué dijo, lo siguiente:
—Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas;
y continuó, mirándome de frente
con unos ojos grandes, todo niñas:
—porque apurada ya nuestra paciencia
dejamos morir de hambre
á una tórtola bruja y habladora,
la madre directora
á todos asegura
que somos un enjambre
de niñas sin conciencia,
sin más Dios que el placer y la nermosura.
—Cuenta, cuenta, hija mía,
lo que de tí la tórtola decía—

Digitized by Google

dije á la pecadora
que confesaba, trémula y sumisa,
la muerte de la tórtola habladora
con una turbación que daba risa;
y poniendo en su voz el tono amante
que hace divina la palabra humana,
sigue así, mientras brilla su semblante
con toda la hermosura del mañana:
y ¡oh, qué grato es oir cómo les cuenta
sus muchos desengaños
una boca de miel de pocos años
á unos torpes oidos de cincuenta!
—Cuando yo me dormía—
la niña proseguía—
la tórtola mirándome á la frente,
todo cuanto soñaba me veía,
por más que, con cuidado
al dormirme, acostándome de lado,
con el brazo hasta el pelo me cubría.
Por aquella habladora,
cuya muerte hoy á todas nos aqueja,
supo la directora
que por ser, cual mi madre, una seño
tengo yo mucha prisa de ser vieja:
y no falta quien jura
que le dijo que yo, por no ser buena,
la lectura amo más que la costura,
y que cualquiera música que suena
me gusta mucho más que la lectura;
que soy tan vanidosa,
que, si cojo una luz, de amor avara,
me la acerco á la cara
para que vean bien que soy hermosa;
que tengo sentimientos inhumanos,
porque á veces, muy pocas, se me olvida

besar el pan que, estando distraída,
se me suele caer de entre las manos;
que el semblante risueño
acostumbro á poner por cualquier cosa,
y los dientes enseño
porque, estando resuelta á ser graciosa,
nunca sé desistir de tal empeño;
que el ser pobre me pesa,
y que tal fe la vanidad me inspira,
que sueño que soy reina, y es mentira,
porque suelo soñar que soy princesa;
y en fin, que soy tan loca,
que sólo pienso en cosas imposibles...—
Y diciendo otras gracias indecibles
con un beso después cerré su boca.
Y mientras yo estrechaba
sus manos con las mías,
y ella en seguir contando se empeñaba
su serie de preciosas niñerías,
ya á perturbar su clara inteligencia
la fiebre comenzaba,
y exaltada la niña, en su inocencia,
á intervalos serena prorrumpía:
—Si escuchase estas cosas, ¿qué diría
mi padre, que es tan bueno, y me enseñ
la piedad, el perdón y la paciencia?—

IX

Como á la estancia aquella
un extenso jardín la circundaba,
junto á la niña enferma se aspiraba
un perfume de flor que se ignoraba
si procedía del jardín ó de ella.
Crecía con el mal la calentura;

Digitized by Google

y, ya oraba la pobre criatura,
ya uniendo las ideas con trabajo
me acariciaba hablándome muy bajo;
y cuando ya, inconexos, terminaban
los rezos que sus labios dedicaban
á su padre, á su madre y sus hermanos,
poniéndolas en cruz, se acariciaban
cual dos palomas sus redondas manos.
Y en el postrer momento
fué la tórtola viuda
su gran remordimiento,
pues eran tal su horror y sentimiento,
que el alma de aquel pájaro sin duda
inquietaba al morir su pensamiento.
¡Así, niña querida,
á aquella criatura
cuya memoria pura
tendrá fin con mi vida,
después de tan horrible calentura,
llegó la muerte y la llevó dormida,
mientras yo, inconsolable,
cuando su almita desplegaba el vuelo,
por la parte del cielo
oía cierta música inefable!...

X

De este modo llegó, como jugando,
El más largo y más hondo de mis duelos.
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando
sueños del hombre y nubes de los cielos!
Y ¿nunca más, alma del alma mía,
he de volver á verte?
¡Cuánta razón tenía
la antigua poesía

Digitized by Google

que puso al lado del placer la muerte!
¡Adios, días serenos,
que, hundiéndoos de la noche en el abismo,
dejáis mis ojos de tinieblas llenos!
¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¿Siempre lo mismo!
¡Una tristeza más, y un sueño menos!

XI

¡Llora por mí, Pepita encantadora;
y hoy que el pesar mi corazón traspasa,
ven, por piedad, á reemplazar ahora
á aquella ave cantora
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!
Tu mano compasiva
cierre mi herida para siempre abierta,
porque es muy justo que la niña viva
me alivie de la pena de la muerta.
Y evitando el atroz remordimiento
de no ser fiel al *quinto mandamiento,*
te ruego, por lo mucho que me quieres,
hada, como ella, buena y hechicera,
que mientras seas niña, como hoy eres,
no ofendas á una tórtola siquiera:
y teniendo presente la experiencia
de aquella criatura
de quien fué el torcedor de su conciencia
un pájaro, que es sólo en la Escritura
emblema del candor y la inocencia,
cuando llegues á ser en adelante
más amada que amante,
como una mujer bella es tan terrible,
¡honor de Portugal, gloria de España!
al poner esos ojos en campaña
no mates á ninguno, si es posible.

Digitized by Google

XII

¡Santo Dios! ¡Quién creería
que, antes que yo, á la tumba bajaría
la que, templando de mi edad las penas,
junto á la mar un día y otro día,
rebosando alegría,
después de coger conchas y azucenas
mecida en mis rodillas se dormía!
¡Adelante, ansias mías, adelante!
Muramos con la niña idolatrada.
Mas ¡ay! si para el pobre caminante
es larga todavía la jornada,
¿no habrá un recuerdo amante
de mi vida pasada
que á aligerar constante
venga el dolor de mi alma destrozada?...
¡Gracias, gracias, espíritu radiante
de mi madre adorada,
porque al verme llorar, desconsolada,
has venido á abrazarme en este instante!

FIN

LA CALUMNIA

POEMA EN DOS CANTOS

Dedicado à mi querido amigo y paisano

EL SEÑOR DON CAYETANO SÁNCHEZ Y BUSTILLO

CANTO PRIMERO

DICEN QUE DICEN...

I

Es Marcela una esposa honrada y bella;
pero Jorge, su esposo,
ó por falta de juicio, ó por celoso,
ve con despecho gravitar sobre ella
el peso de un enigma misterioso.
Aunque Marcela ignora,
como alma casi exenta de pecado,

Digitized by Google

qué causa le ha robado
el corazón del hombre á quien adora,
esa innoble y común maledicencia
que añade á lo entrevisto lo inventado,
con reticencias viles
va trazando, trazando, de ella en torno
los siniestros perfiles
de unas vagas sospechas sin contorno;
y siendo una beldad tan candorosa,
y de pureza tanta,
que apostar se podría cualquier cosa
á que, más que mujer, es una santa,
ya siente una tristeza sin objeto,
pues sabe que en la vida
se hace verdad mentira repetida;
y aunque lleva en sí misma su respeto,
para arrancar del corazón humano
la dicha y el reposo,
basta el aire sutil de un dicho vano,
como basta un gusano
para perder el fruto más hermoso

II

Lo cierto es que Marcela, que era buena
llegó á saber con pena
que su nombre llevaba
el sello de un destino misterioso,
y á creer comenzaba
que una fuerza invisible la arrastraba
envuelta en un torrente cenagoso,
pues una vez que con su airoso talle
de algunos hombres la atención se atrajo,
dijo uno de ellos, al volver la calle:
—Tiene esa joven...—y se hablaron bajo.

III

Y en sitios y ocasiones diferentes,
escuchando á esas gentes
que de todo maldicen,
con terror este diálogo oyó un día:
—Dicen que dicen...—una voz decía.
—Pero ¿qué dicen?—¿Qué? Dicen que dicen...—
Así era su virtud inmaculada
poco á poco empañada,
con ese vago modo
conque acostumbra á suponerlo todo
el que no sabe nada;
pues es cosa probada
que la calumnia astuta
crece también entre la gente honrada
como en un bosque virgen la cicuta.

IV

Mas ¿por qué Jorge, que á sentir comienza
un malestar no exento de vergüenza,
sabiendo que Marcela es inocente
y siendo él además tan buen marido,
de noble y de galán se ha convertido
en un hombre vulgar é inconveniente?
¿Por qué Porque en calumnia convertida
cualquier maligna chanza,
la más serena vida
llega á ser un infierno sin salida,
sin amparo, sin luz, sin esperanza.
Y como de ella al corazón herido
cada vez más la duda la exaspera,
ya mira á su marido

Digitized by Google

con un poco de lástima altanera;
y el desdichado esposo,
con rostro enjuto y aire desdeñoso,
teniendo al qué dirán un miedo horrible,
duda, observa, medita, y meditando
si alguna acción perjura
es posible en Marcela ó no es posible,
á intervalos consigo mismo hablando
á media voz monólogos murmura,
que esta es la presunción inevitable
de una lógica impura:
mujer posible, es tentación probable;
mujer probable, es tentación segura.

V

Pero ¿qué causa había
para dudar de honor tan acendrado?
No sé por qué sería;
mas debo confesar, como hombre honrado,
que todo el mundo en el lugar sabía
que Marcela tenía
un precioso lunar en un costado;
lunar que, oculto, era una hermosa gloria
pero que, ya sabido y comentado,
fué el principio terrible de una historia;
historia que fue en cuento convertida,
y hecho el cuento después noticia grave,
siempre á Marcela unida
la siguió todo el resto de su vida.
¿Adrede ó sin querer? Nadie lo sabe.
Sólo es cosa sabida
que, en el flujo y reflujo de la vida,
para cualquier galán, aun siendo hidalgo,
saber que hay un lunar, ya es saber algo;

y al contarlo, del modo más sencillo,
la noticia primero corre y corre...
y después sube y sube...
y así sobre el lunar se alza un castillo,
y sobre éste después se alza una torre...
la torre se circunda de una nube,
y, deshecha en torrentes,
la nube arrastra un nombre por el lodo,
nombre que infaman las odiosas gentes,
que, siempre maldicientes,
encuentran algo que decir de todo.
Por eso Jorge, con el alma herida,
siente un tósigo arder en sus arterias;
pues, más que en desengaños, en la vida
consisten en las dudas las miserias;
y siempre receloso,
el desdichado esposo
tornando á su dolor no halla la calma,
pues vuelve al fin, cuando se está celoso,
como á la playa el mar, la pena al alma.

VI

Teniendo ya Marcela, casi loca,
una arruga imborrable entre las cejas,
y pálida, además, aquella boca
que engañaba en el campo á las abejas,
en una idea fijo
su, hasta entonces, espíritu perplejo,
—entre la muerte y la deshonra—dijo—
¡morir!—y del gran trágico al consejo,
más de virtud que de arrogancia llena.
á la muerte después marchó serena;
porque ninguno sabe
la abnegación magnánima que cabe

en un alma sencilla, honrada y buena.

VII

A Marcela, el esposo enamorado
sin quererla matar como un malvado,
la deja que se muera poco á poco.
Pero, Jorge ¿es un loco?
Es que la ama tan mal el desdichado,
que, hablándola una noche de ese modo
con que habla siempre el que no sabe nada,
le dijo de improviso:—¡Lo sé todo!—
Pero ella, hasta los ojos colorada,
le replicó con sencillez honrada:
—¡Mientes! ¡mientes! y ¡mientes!...—
Y al decirlo en tres tonos diferentes,
se elevó á la expresión de una inspirada

VIII

Llora un día Marcela... y de repente,
con ceño entre las cejas permanente,
coge un vaso con mano temblorosa,
y fija ante una idea tenebrosa,
pidiendo á Dios perdón alzó la frente,
y, después de beber no sé qué cosa,
con un aire sublime de paciencia,
mirando á su marido,
que matarse la ve con indolencia
como un juez por el opio adormecido,
—¡adios!—le dice—¡adios! Como no puedo
dejar de amar lo que olvidar quisiera,
en prueba del perdón que te concedo
pediré á Dios por tí cuando me muera.—
Y hablando de esta suerte

por el mortal licor desvanecida,
sintiéndose morir ve que es la muerte
mucho menos terrible que la vida.
Ya fría y con los labios azulados,
fué adquiriendo por uno de sus lados
su boca esa angustiosa curvatura
con que un sabio marcó los desahuciados.
Y sin alzar más queja,
y en secreto llorando,
su voz se fué apagando
cual la voz de un viajero que se aleja:
los grandes ojos, que abre enajenada,
algo invisible en contemplar se aferran:
su sien deja caer sobre la almohada,
y ven sus ojos, que al morir se cierran,
antes luz, después sombra y luego nada.

IX

Marcela, virtuosa y sin consuelo,
murió así; pero Dios está en el cielo:
y Jorge, tan celoso como amante,
no templando la muerte sus enojos,
el cabello apartó de aquel semblante:
no la dió un beso, la cerró los ojos;
y mientras en tal día,
con mezcla de pesar y de alegría,
de su deshonra, que juzgaba cierta,
el término veía,
¡una lágrima fría
corrió por el semblante de la muerta!

X

Por vergüenza, y por orden del esposo,

Digitized by Google

en la fosa común después fué echada.
¡De este modo el celoso
perder hizo en la sombra ilimitada
el cuerpo más hermoso
de la mujer más buena, que muriendo
olvidó sus agravios,
y noble, á su verdugo bendiciendo
como las santas espiró, teniendo
el perdón en el alma y en los labios!

CANTO SEGUNDO

—

ERA MENTIRA

I

No hay en la vida modo
de guardar un secreto,
que el tiempo, ese grandísimo indiscreto,
acaba al fin por revelarlo todo;
y por eso hoy, sin discreción, revela
que, cuando era Marcela
la pequeña mimada de la casa,
su cuerpo entero hizo pintar su abuela
cubierto con el velo de una gasa;
pero Jorge el esposo
nada de esto sabía,
hasta que el triste, de la abuela un día
recibió aquel retrato misterioso
envuelto en un papel que así decía:
«Por si esto te consuela—
la abuela le escribía—
te remito el retrato de Marcela
de cuando era muy niña todavía.»
Mira Jorge el retrato, y ve un querube
que á través de una tela trasparente
se destaca gentil y sonriente
como el Amor que sale de una nube;

Digitized by Google

y á Marcela contempla que, hechicera,
un pintor de la escuela sevillana
la retrató con luz de la mañana,
lo mismo exactamente que si fuera
la Asunción de Murillo en carne humana.
y entre la luz sombría
de burbujas de gasa como espuma
que á la niña cubría,
en un lado un lunar se traslucía
en lo interior de una sagrada bruma;
bello lunar, fatal para Marcela,
pues fué á propios y extraños,
urbi et orbi, enseñado por su abuela,
candorosa mujer de sesenta años.

II

Cuando Jorge, aterrado,
vió esta ventana abierta de repente
que arrojaba una luz tan refulgente
sobre el cuerpo de un ser idolatrado,
ante el lunar fatídico, suspira,
pensando en su injusticia del pasado;
y los ojos con saña,
como buscando un arma, en torno gira,
pues claro ya por el retrato mira
que es más vil la calumnia que con maña
ingerta en la verdad una mentira,
y ve cómo la ruin maledicencia,
dibujando en lo noble lo execrable,
de Marcela adorable
tendió sobre la cándida inocencia
esa niebla sutil de lo probable,
niebla que, ora subiendo, ora bajando,
se espesa poco á poco, y, desplegando

el imperio terrible de la sombra,
por su interior impuros circulando,
de la humilde virtud hacen alfombra
para verter sobre ella su veneno
los monstruos de las sombras y del cieno!

III

¡Sí! ¡Sí! Cuando contempla de Marcela
aquel bello lunar en el costado,
maldice, enamorado,
el funesto capricho de su abuela:
pues ve ya claro que en la humana vida
va la calumnia á la virtud asida
como al olmo la hiedra,
que crece luego al viento, desprendida,
con savia en los alientos recogida,
se alimenta, se agranda, crece, medra,
y el aire en hondas repetidas hiende,
como el agua en que cae alguna piedra
en círculos concéntricos se extiende!

IV

Y esta vez, por lo menos, razonable
reconoce, sus dudas recordando,
que un celoso es un ser insoportable;
y de pronto, soltando
de su dolor el dique,
con inmensa ternura contemplando
aquella atroz calumnia echada á pique,
besa con arrebato
de Marcela el retrato,
y con la fe de un alma visionaria
mira al cielo un gran rato,

Digitized by Google

como el que hace á una santa una plegaria;
y piadoso una vez y otra irascible,
pide perdón con humildad terrible
á la esposa inocente,
aquella á quien rodeó constantemente
la vaga hostilidad de algo invisible;
á aquella esposa, de honradez modelo,
que, si él tal vez la asesinó celoso,
seguro está que á cuantos van al cielo
pregunta con afán si es muy dichoso

V

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera
que había encanecido en una hora,
y mira en derredor como una fiera,
y al verse solo, se maldice y llora,
se retuerce las manos, y con ellas
se cubre una y mil veces el semblante
¡Oh tú, Marcela amante,
que con divinos pies los astros huellas,
bien vengada estarás, si en este instante
desde lo alto le ves de las estrellas!

VI

Y ya de rabia y de amargura lleno
volviendo á ser tenaz, conciso y frío,
si la dicha primero le hizo bueno,
la desdicha después le volvió impío;
pues desde el día aquel, siempre que advierte
que algún impuro aliento
suelta una chanza al viento
que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,
y que la chanza en dicho se convierte,

se transforma después el dicho en cuento,
éste en calumnia y la calumnia en muerte,
mirando al cielo, exclama inconsolable:
—¡Señor! ¿en dónde está tu Providencia?—
¡Es, por Dios, una cosa abominable
lo que el cielo consiente en la apariencia!

VII

El desdichado esposo
pide el olvido al sueño, pero en vano;
y como el buen celoso
coge cizaña aunque se siembre grano,
cruzando el cementerio eternamente
tras el cuerpo inocente
de una mujer tan buena,
inquiere, busca... pero inútilmente
de tumba en tumba va como alma en pena,
porque aquella calumnia tenebrosa
de ella pesó también sobre la losa;
pues Marcela, ya muerta y deshonrada,
en la fosa común siendo lanzada
como una mala esposa,
fué por siempre perdida,
tan infeliz en muerte como en vida.
¿Hubo en la tierra un ser más desdichado?
¡Después que fué su nombre calumniado,
siguiéndola hasta el fin su mala suerte,
su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...
¡El rayo á la calumnia comparado,
es comparar al sueño con la muerte!

FIN

Digitized by Google

DON JUAN

POEMA EN DOS CANTOS

Al más constante de mis amigos.

DON ECEQUIEL ORDOÑEZ

CANTO PRIMERO

LAS MUJERES EN LA TIERRA

I

Cuando el Don Juan de Byron se hizo viejo,
pasó una vida de aprensiones llena
mirándose la lengua en un espejo
prisionero del reuma en Cartagena.
Este gran desertor de las orgías
conoce, al fin de sus postreros días,
que, conforme envejece,

Digitized by Google

sin ser más respetable es más risible,
porque es lo más alegre, en lo terrible,
ver un antiguo Adonis que encanece;
y, aunque viejo, es un viejo tan amable
que, hablando sin rebozo,
aun después que acabó de ser buen mozo,
todavía es un tonto razonable;
y si tomando del placer consejo,
la juventud de su vejez prorroga,
y cree como de joven, siendo viejo,
que tiene la virtud algo que ahoga,
este hombre, libertino á sangre fría,
que jamás se mató por sus pasiones,
soporta con más pena cada día
el miedo que le dan las sensaciones;
y, ansiando bienes y esquivando males,
se parapeta sólo en su egoísmo
y se hace el más feliz de los mortales,
perdiendo por lo mismo
de condenarse por amor las ganas,
pues, después que se extinguen las pasiones,
yo he visto sorprendentes conversiones
á la verdad y á la virtud cristianas.

II

Como era el caballero
franco por genio y por carácter doble,
aunque era, en mi opinión, un bandolero,
solía ser un bandolero noble;
y, como hombre colmado
de cien felicidades por lo menos,
siendo, cual buen galan afortunado,
falaz despreciador que dice amores,
por quedar como bueno entre los buenos

se quiso despedir con cuatro flores
de algunas cuyos nombres no ha olvidado;
é hilvanando recuerdos mal cosidos,
con poca fe y escaso sentimiento
(porque aquel gran rival de los maridos
cultivó demasiado sus sentidos
para ser muy sensible al pensamiento),
un borrador trazó con mil ternuras,
y escribió cinco cartas
á otros cinco hermosuras,
todas bellas, ardientes y maduras,
nunca de amor aunque de amantes hartas:
»Deja (*aquí el nombre*) que en mi triste estancia
recordándote llore;
que te vea á mil leguas de distancia;
qne me postre á tus pies y que te adore.
»El recuerdo feliz de tu inocencia
ennoblece el martirio
del que está repartiendo su existencia
entre la tos, la fiebre y el delirio.
»Además de lo mucho que te quiero
(*aquí el nombre*) ¡oh querida!
déjame que te diga, cuando muero,
que era tu amor el centro de mi vida.
»No me mata el dolor que me ha postrado;
quien me mata es tu ausencia:
pues, sin tu amor, de mí se ha apoderado
un horror increíble á la existencia.
»¡Es la pena mayor que estoy sintiendo
el dolor de no verte!
¡Te juro que por eso voy teniendo
más miedo á la locura que á la muerte!
»¡Fuente de amor! ¡Tú fuiste en mis dolores
el único consuelo!
¡Sí! ¡Tú echarás sobre mi tumba flores!

Digitized by Google

¡Tengo en tí tanta fe como en el cielo!
»El ser que más te ha amado y qne más te ama,
te dice adios, querida!
¡No puedo más! ¡Adiós! ¡Caigo en la cama,
que he dejar tan sólo con la vida!»

III

Y escribe cinco copias, y galante
remite la primera
á *Catalina Ariosto*, que, radiante,
lleva en sus ojos de su patria el cielo,
y tiene una mirada más brillante
que el lustroso azabache de su pelo.
Por ingenio pagana,
sigue amando los ídolos caídos,
y aunque es, como italiana,
católica, apostólica, romana,
es su culto el amor de los sentidos;
mas, de pureza y santidad modelo,
como es al acostarse un poco atea,
envuelve á la Madona con un velo
por devoción y porque no la vea.
Esta hermosa italiana
que en Venecia algún día
á espaldas de otro necio y su marido
con mucha gracia con Don Juan vivía,
suele tener desde su amor primero
un sistema nervioso tan somero,
que el sol de Italia con furor reseca,
y que ¡ay! aunque es para el placer de acero.
como un cristal lo rompe la jaqueca.
Por eso, aunque anhelante
no dirige suspiros á la luna,
es capaz, en un caso interesante,

de abandonar su casa y su fortuna
por seguir á los montes á un amante.

IV

Y decidido á despachar de prisa,
con la perfidia en sus amores propia,
mandó Don Juan, después de cierta risa,
á *Fanny Moore* la segunda copia
Fanny, una inglesa de afecciones tiernas,
que no quiso marido
después que por Don Juan hubo sabido
que las lunas de miel no son eternas;
que es para amar más dura que los bronces,
pues, aunque fué sensible,
menos cuando se quema, como entonces,
se juzga una mujer incombustible;
que sólo enamorada
de una cosa sin nombre,
después que por un hombre fué engañada,
ya, más que amar á un hombre, amaba al hombre
Fanny Moore, ya tarde arrepentida,
después de conocer muchos ingratos,
sacó por consecuencia que en la vida
valen más que el amor unos zapatos.
Mujer á los quince años Byroniana,
y á los treinta rabiosa luterana,
se fué haciendo devota
al ver su juventud algo remota.
Con cierto aire de cisne fatigado
un ropón, muy estrecho y mal cortado.
suele colgar de sí cuando se viste
y, después que Don Juan la hubo olvidado,
como único recurso se hizo triste.
Alta, seca, angulosa de estructura,

Digitized by Google

glacial y de linfática blancura,
con tono magistral y algo altanera,
aspirando á ser cuákera en lo austera,
una infanta de España parecía,
pues, sin ser una reina, se aburría
con el mismo interés que si lo fuera.
Mas la grave doctora
si se hubiese casado, hubiera sido
casta, firme y leal á su marido,
inmutable en su hogar y pensadora:
pues, recatada ahora,
siempre mira á las Venus de soslayo
en gracia á su pudor intransigente,
y, con ver un Cupido solamente,
se pone azul, se irrita hasta el desmayo,
y entre otras muchas cosas
después que *Miss* á envejecer empieza,
lavirtud se le sube á la cabeza
y siente congestiones religiosas.

V

El ingenio después Don Juan agu?
para escribir con letra más galana
á *Julia Calderón,* que era andaluza,
y allá va lo más grave, sevillana;
que, de sus quince en los primeros meses,
ya amó para casarse al fin del año,
y, lo que es más extraño,
que encantó á los catorce á dos ingleses.
Julia, mujer amable,
de corazón ardiente,
que al amor y á la iglesia juntamente
se consagra con celo infatigable,
sintiendo en la espansión de algún sentido

no sé qué de resuelto y atrevido,
despreciando el amor de cierto conde
por irse con Don Juan, yo no sé dónde,
dejó de ser mujer de su marido.
A esta alma tan sensible,
caprichosa y amante,
á veces le acomete un imposible,
que es el dejar de ser interesante.
Sin ser mala, tenía distracciones,
y como todos, todos la encontraban
muy leal á sus nuevas afecciones,
todos, todos después la perdonaban
la insigne buena fe de sus traiciones.
Con flores de naranjo en la cabeza,
la produce el azahar vértigos tales,
que, enemiga de amores ideales,
habla en ella esa gran naturaleza
que impele á hacer mil cosas naturales.

VI

A *Margarita Goethe* escribió luego;
una alemana hermosa
muy sabia y muy curiosa,
repleta de latín, llena de griego;
un serafín de Rubens colorado,
de ojos azules que el candor agranda,
que muestra en su conjunto redondeado,
con un aire indolente y ocupado,
bajo un rostro que duerme, un cuerpo que anda
Es, en lo humano, esta mujer divina
con espalda de cisne, blanca y gruesa,
una hermosa princesa palatina
que hace sudar al verla tan obesa;
y haciendo vulgarmente esta princesa

Digitized by Google

ciertas exploraciones
en un viaje ideal de sensaciones,
á Don Juan vió una vez desde un convento,
y como era su guía el sentimiento,
llegó á lo real por medio de ilusiones.
Hija octava, pero hija interesante,
de una flamenca agricultura y bella,
que echó tierra en la boca de su amante
para criar un tulipán en ella,
mas de amor tan sincero y tan profundo
que, á pesar de caprichos tan extraños,
llegó á tener diez hijos en ocho años
con la mayor serenidad del mundo.

VII

Riendo con los labios solamente
Don Juan, la quinta copia, impertinente,
manda á *Luisa Chenier,* mujer amante
que pone seductora
en relación lo bello y lo elegante,
y que, aunque algo chafada por delante,
es, vista de perfil, encantadora.
Aunque Luisa encanece,
es por eso tal vez menos coqueta,
pues, cual vieja veleta,
se fija más conforme se enmohece.
Ninguna otra mujer como ella sabe
modular el acento,
para que suene en el mejor momento
entre voz de mujer y canto de ave.
Sólo ella acierta de agradar los modos,
pues, con gracia, y graciosa para todos,
va causando un motín por donde pasa.
Baila con arte, y charla por lo codos

Vivaracha y afable,
y ubicua y perspicaz, hace en su casa
los honores con gracia inimitable.
Pérfida y melindrosa,
á disgustos matando á su marido,
ama viuda al esposo que ha perdido;
y, deliciosamente,
hasta por ser donosa,
se la echa de inocente
lo mismo que una Lady vaporosa.
Para todo ligera,
no siempre hace pensar, mas siempre encanta,
y aunque algo aprisa y de cualquier manera
caza, pinta, enamora, ríe y canta;
y artista de placer, de ingenio llena,
con astucia discurre
que más que un Juan que desdeñado pena
sufre un Don Juan hastiado que se aburre.

VIII

Y después que don Juan remitió artero
las cinco copias á las cinco bellas,
exclamó placentero:
—Ya he cumplido con ellas.—
y á su oficio volvió de caballero,
que era hace tiempo el de vaciar botellas.
A impulso del Montilla que le inflama,
cayó cual un cadáver en el hoyo,
y al fin del mes se despertó en la cama
como un Baco en el medio del arroyo;
y con ojos que apenas se entreabrían,
miró cinco respuestas
en la mesa revuelta en que yacían,
y después de exclamar:—¿Qué dirán éstas?—

Digitized by Google

abrió las cinco cartas, que decían:
—Voy—contestó la inglesa;
y—voy—le contestaba la italiana;
y sus ojos atónitos miraron
que, en pos de la española y la francesa,
también se lo decía la alemana,
y, maldiciendo la ternura humana,
aquellos cinco «*voy*» le consternaron.
Al contemplar el trasnochado amante
aquella muestra general de aprecio,
quedó Don Juan en tan supremo instante
con todo el aire necio
de un poeta que busca un consonante;
pues decir de Don Juan se me olvidaba,
que el amor que á las cinco profesaba
es como cierto cuento que una abuela
me solía contar con sentimiento,
y que, aunque el crimen confesar me duela,
no me acuerdo ya de ella ni del cuento.

IX

Afortunadamente
la inglesa y la italiana,
la francesa después y la alemana,
tardaron en llegar por lo siguiente:
Aunque fuese más casta que Diana,
como era el corazón de la italiana
mezcla del genio griego y del latino,
todo el mundo asegura
que, en un lugar á Castellón vecino,
se detuvo á mirar á un campesino
que era igual á un Apolo en la figura;
y yo lo creo así, porque no ignoro
que ella hacía las cosas más extrañas

por religión, por arte, por decoro,
por buscar en las ruínas un tesoro,
por huir *del mal de ojo* á las montañas,
por bondad natural de sus entrañas,
y por lucir sus arracadas de oro.

X

Y la inglesa ¿qué hacía?
La inglesa, á quien un Lord la llamaría
«mujer de distinción y de modales»,
aunque ya no es muy joven, todavía
quiere tener encuentros infernales.
Y los tiene; si bien en ocasiones
le gusta mucho parecer bisoña,
como toda mujer de pretensiones
que necesita amar y es muy gazmoña;
y ama, como quien siente
haber sido una vez condescendiente,
pues con respeto á amores
ya ha visto, con perdón de sus deberes,
las cadenas de flores
que los hombres traidores
enlazan á los pies de las mujeres.
Como su honor es joya
que guarda, con dos vueltas, bajo llave,
lo que ama en Dios lo apoya,
que el abandono por mayor no cabe
en la instrucción de una mujer que sabe
que fué el amor la perdición de Troya.
Mas como al fin su pecho es pecho humano,
con la Biblia en la mano
(que la suele entender sabe Dios cómo)
camina cual un plomo,
porque á un joven é incrédulo marino

Digitized by Google

que encontró en el camino,
silbando inglés le enseña á ser cristiano;
y Fanny de esta suerte,
volviendo al cuerpo de un papista el alma,
caminando con calma,
como es tan desgraciada, se divierte.

XI

Su paso la francesa deteniendo,
como quien va con ansia descubriendo
en el azul del cielo un millonario,
se encontró con el caso extraordinario
de que hirió á un oficial un bandolero,
y ella al bandido desarmó primero,
y al oficial después curó la herida,
porque Luisa Chiener, como ya he dicho,
beneficencia, amor, gracia, capricho,
ligereza y amor, tal es su vida.

XII

Muy detrás de la inglesa y la italiana
camina la alemana
leyendo un gran latino, y hasta creo
que estudiando botánica en Linneo
(porque entre otras rarezas que tenía,
criar la rosa azul fué su manía),
y al llegar á Valencia,
la ciudad de más ciencia
en materia de rosas y de amores,
se detuvo á estudiar filosofía
con un joven muy docto, que sabía
que un musgo es una pléyade de flores:

mas la dejo estudiar, porque aseguro
que no hará más que acciones decorosas
su tierno corazón, que salió puro
de diez ó doce intrigas amorosas.

XIII

Al «voy» de aquellas fieles hermosuras,
infiel Don Juan, premeditó una huída,
pues la mucha tensión de sus venturas
ya ha roto los resortes de su vida;
y lo mismo que el que huye de una hiena,
abandona Don Juan á Cartagena
con la esperanza vana
de que ninguna en su excursión le siga;
pero Julia, ardorosa y sevillana,
era española, y la nobleza obliga:
y le sigue, y le sigue, y entretanto
que ella corre eficaz tras del amante,
él, escapando de ella con espanto,
mientras mira hacia atrás, sigue adelante.
Y á su edad, bien comprendo
que por andar huyendo
del fulgor de unos ojos españoles,
fuese Don Juan capaz de andar corriendo
diversas tierras y diversos soles.

XIV

Caminando Don Juan sin rumbo cierto,
vió á la derecha el sol, y ya orientado,
de Torrevieja hacia el estéril puerto,
por el terror llevado,
corrió como escapado
lo mismo que Mazeppa hacia el desierto;

Digitized by Google

mas, como es la mujer un torbellino
de tul, de terciopelos y de encajes,
oyó Don Juan tras sí por el camino
el rumor peregrino
que harían al moverse unos ramajes;
y con la prisa y el terror de un ciervo,
cruzó del Pinatar la antigua aldea,
y al llegar por la *Rambla de la Glea*
á la *Peña del cuervo*,
Don Juan, ya fatigado,
respira, toma aliento;
y después, apoyado
contra el tronco de un árbol corpulento,
digno de ser por Títiro cantado,
no lejos del edén de *Matamoros,*
vió, en el sitio de que hablo,
una cueva en la cual enterró el diablo
al último rey godo y sus tesoros:
y al verla tan oculta entre dos cerros,
huyendo del amor, que ya le aterra,
en ella se escondió bajo la tierra,
cual liebre que se escapa de los perros.

XV

Cuando oculto Don Juan (más divertido
que al lado de la joven más risueña),
se encontraba metido
como un sapo en el hueco de una peña,
Julia á la cueva se asomó entretanto
por cima de una loma,
como aquella paloma
que trajo á Clodoveo el óleo santo;
y antes, mucho antes, que Don Juan la viese,
con furia le da abrazos y le besa

con la gracia del tigre que extendiese
las garras por encima de su presa;
y al mirar que no hay medio
de evadir su existencia del asedio
de una mujer tan bella,
Don Juan siente junto á ella
la angustia complicada con el tedio:
y es que, habiendo querido con vehemencia,
su corazón gastado estaba frío.
Vuelve el amor del odio y de la ausencia,
pero no del desprecio y del hastío.

XVI

Al ver amor tan tierno,
Don Juan contiene por vergüenza el lloro,
y con dolor—¡misericordia!—exclama,
cuyo gemir sonoro
tan sólo encontró un eco en el infierno:
y Julia repitiéndole—¡te adoro!—
le envuelve de sus ojos en la llama,
y con piedad inmensa,
con los labios cubriéndole la boca,
su último aliento aspira, y le sofoca;
y Don Juan sofocado
dirige al cielo una mirada extensa,
y por Julia, al morir, acariciado,
de su amor le dedica en recompensa
una lúgubre risa de forzado.

XVII

La pobre Julia luego,
por un impulso de cariño extraño,
le dió un beso de fuego

Digitized by Google

que matándole al fin le hizo un gran daño.
Y viajó después mucho, hasta que un día,
pensando en sus amores,
brotó de su tristeza la alegría
como se crían en las tumbas flores.
Con respecto á Don Juan no pasó nada:
sólo se habló del tétrico homicidio
de un cierto inglés á quien mató el fastidio
de un barranco á la entrada;
y como, por las señas,
era, más bien que un loco,
un bribón escapado de presidio,
ninguno fué á llorarle, ni tampoco
su cadáver sacó de entre las breñas,
al cual se lo comieron poco á poco
las aves que habitaban en las peñas.
Muerto el gran amador, de puro amado,
fué por su mala suerte
comido por los cuervos y olvidado....
Como todo buen mozo jubilado,
su vida hizo más ruído que su muerte.

CANTO SEGUNDO

—

LAS MUJERES EN EL CIELO.

I

Muerto Don Juan por fin, y muertas ellas,
el linde al trasponer del otro mundo
(según refiere un teólogo profundo
que sabe lo que pasa en las estrellas),
conforme iban entrando,
un ángel grave, de equidad modelo,
fué sus almas pesando
en medio del vestíbulo del cielo.
Y mientras con delicia
ve el angel de la gracia y la justicia
que por su grande amor y su esperanza,
pesaban de ellas más en la balanza
los días buenos que las malas horas,
y con risa inefable
el ángel á las cinco pecadoras
les promete la gloria perdurable,
ve Don Juan con espanto
que sus muchos pecados pesan tanto
que lo pintan, como es, abominable.
Pero él al fallo del Señor sumiso
aguarda esperanzado, porque sabe
que aquellas cinco hermosas

Digitized by Google

que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,
aunque sea robando alguna llave
á espaldas de San Pedro, generosas
las puertas le abrirán del paraíso.

II

Y la fe que tenía
en sus pobres amantes, ya gloriosas,
era justa, á fe mía,
porque ¿quién lo creería?
aquellas cinco víctimas piadosas
que Don Juan tantas veces ha vendido,
al cielo le han pedido
que salve del bribón el alma impía,
y Dios, por excepción, ha permitido
que Don Juan pueda ser en aquel día
por los méritos de ellas redimido.
¡Oh encantadores seres
del alma humana incomprensible abismo!
¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,
sabe menos quizás de las mujeres!
¡Por eso yo, que indago su destino,
y el alma humana en estudiar me afano,
veo en el hombre el corazón humano
y en la mujer el corazón divino!
¡Y por eso por ellas,
en mis locos amores,
del mundo entero devasté las flores,
y descolgué del cielo las estrellas,
y por eso jamás el alma mía,
pintándolas un día y otro día,
pudo agotar sus gracias por escrito,
porque pintar una mujer sería
verter lo inagotable en lo infinito!

III

La entusiasta italiana que veía
perder un alma que salvar quería;
que, siempre seductora,
á aquella luz de un alba sin aurora,
como era tan morena, parecía
una flor colonial encantadora,
viva, arrebatadora,
sobre el platillo que Don Juan vencía
este mérito echó que le sobraba,
y es la alta acción de que jamás cantaba
una canción de frases muy picantes
que aprendió siendo joven, y mucho antes
de saber la malicia que encerraba.
Mas con tristeza viendo
la poca gravedad de tal presente,
fué echando en el platillo lentamente
todas las penas que sufrió, teniendo
una jaqueca, á ratos, persistente;
y viendo que tampoco estos dolores
alcanzaban para él el paraíso,
echó después sus méritos mejores,
que son los de hacer caso á sus mayores
en tanto que quisieron lo que quiso.

IV

Vió este inútil afán, y en el momento
la alemana, radiante de contento,
alza su cara roja
y en el platillo arroja
el caso peregrino
de que, odiando el alcohol, siempre aguó el vino.

Digitized by Google

Y viendo que no alcanza
á inclinar del platillo la balanza,
por más que echó á montones
las muchas ocasiones
en que quieta y pastosa su belleza
sacrificó el placer á la pereza,
también, con vano intento,
echó por fin el bello sentimiento
de que fué muy honrada
el tiempo en que encerrada
estuvo tras las verjas de un convento.

V

Pero, de pronto, lleno
el corazón de Luisa de esperanza,
al ver que no se inclina la balanza
ni un ápice hacia el lado de lo bueno,
mira á Don Juan con tierno coquetismo
y en el platillo del opuesto lado
echa el inmenso afán que le ha costado
el raspar su partida de bautismo.
Después, enternecida,
el mérito arrojó de que en su vida,
atenta al bien de su razón tan solo,
prefirió el dios millón al dios Apolo,
y méritos y méritos echando
(siempre á Don Juan mirando),
lanzó en el fondo del platillo Luisa
la acción dudosa de venir amando
los huesos de su esposo á lo Artemisa.

VI

Como eterna rival de la francesa

Fanny Moore, la inglesa,
que, entre muchas acciones honorables,
siempre había tenido
el dolor impagable de haber sido
víctima de perfidias adorables,
el mérito mayor que le sobraba
lánguida echó sobre el rebelde plato,
y era el tierno relato
de un antiguo amador que ella no amaba,
al que oyó tan arisca como un gato;
añadiendo un tratado de exorcismos
que ella escribió, repleto de aforismos.
Mas viendo que era inútil su cuidado,
en el platillo echó de la balanza
las horas de fastidio en que no ha amado
y aquellas en que amó sin esperanza;
y hasta con aire altivo y pudibundo,
volviendo al cielo de extrañeza loco,
echó después el mérito profundo
de que, estando en el mundo,
solamente en la edad mentía un poco.

VII

Mirando Julia el invencible peso
que el alma inicua de Don Juan hacía,
se sintió acometida de un acceso
de antigua y renovada idolatría;
y como ama con fe todo lo que ama,
y siempre, amando, hasta el delirio toca
(cual una indiana cuerda que está loca
y se quema al morir su viejo Brahama),
al mirar á su amante condenado,
pensando en su ternura del pasado,
calcula resignada

Digitized by Google

que ir por él condenada
al infierno es preciso...
Mas ¿qué importa? para ella el paraíso
es el ser bella, amar y ser amada.
Julia, por ver al punto rescatado
aquel bribón dichoso,
nunca cautivo y siempre enamorado,
ya el semblante de cólera amarillo,
juntando con lo altivo lo gracioso,
en cuerpo y alma se arrojó al platillo;
y así, perdiendo su alma la española,
el alma redimió del caballero
con tal valor, que el peso de ella sola
hubiera redimido al mundo entero.

VIII

Y es esto tan verdad, que el cielo siente
una ternura á nada comparable
mirando tristemente
caer desde el empíreo á la inocente
en el abismo del amor culpable,
y al ver que, tan resuelta como bella,
la española, esa caña inquebrantable,
el noble fin de sus amores sella
salvando del infierno á un miserable.
¡Oh, cuán cierto es que en pechos como el de ella
el amor imposible es el probable!
Mas ¿por qué, cielo santo,
esa hermosa á Don Juan ha de amar tanto
que él se lleve el honor y ella el castigo,
siendo ella la virtud y él el infame?...
Dice San Agustín:—Dadme uno que ame
y veréis cómo entiende lo que digo.—

IX

Viendo el amante celo
de esta especie de Cristo,
de amor terreno y redención modelo,
resonó en el vestíbulo del cielo
cuanto tiene el asombro de imprevisto:
y cuando Julia, altiva,
al sacrificio su locura eleva,
á sus rivales maliciosa y viva
les echa una mirada de hija de Eva;
y al ver á tan sublime visionaria,
quedando como heridas por el rayo,
la contemplan las otras de soslayo
con cierta estimación involuntaria:
rápida la francesa
con ojos la miró de envidia llenos;
y prorrumpió la inglesa
—*veriwell, veriwell,*—que son dos buenos;
y callando humillada la italiana,
se admiró en una frase la alemana
de treinta consonantes por lo menos:
pues era en aquel día
del cielo el entusiasmo tan ardiente,
que hasta Don Juan gritó:—¡Perfectamente!
¡Si fuera yo mujer, lo mismo haría!—

X

Julia, en momentos tales,
se encuentra tan divina,
que perdonar no quieren sus rivales
la grande admiración que las domina;

Digitized by Google

y las cuatro, frenéticas de celos,
ven que cuanto ella mira se alboroza
(pues lo mismo en la tierra que en los cielos
era técnicamente buena moza);
y, á pesar de la augusta
caridad de San Pablo,
como nunca á la envidia le disgusta
ver cómo á un alma se la lleva el diablo,
como es la más genial y peregrina
imagen de la raza femenina,
celosa la italiana en tal momento
unos hondos suspiros lanza al viento;
después la inglesa, con sonrisa amarga,
echa hacia arriba una mirada larga;
y con faz tan divina como humana,
sin repetir su interminable frase,
paciente la alemana
parecía una estatua que llorase;
y la francesa, que con ojos mira
de un color, entre blanco y azulado,
que daba á su mirada un aire frío,
hasta llegó á decir, siendo mentira,
que en Sevilla una vez mató con ira
á otra cierta mujer en desafío;
y las cuatro rivales
no notaron jamás, hasta aquel día,
que la española, al parecer, tenía
los ojos un poquito desiguales:
y aunque eran, como Julia, todas bellas,
por su belleza era la envidia tanta,
que bajando la voz, dijo una de ellas:
—Se va al infierno por fingirse santa.—

XI

Pero ¿qué vil conjuración es ésta
contra un ser tan paciente?
Es la mujer tortuosa que detesta
por celos del oficio á la serpiente.
Ser rival es odiar y ser odiada.
Hasta la misma sombra condenada
cuando, al andar, con cadencioso talle,
y al ver el no sé qué de su mirada
las almas al pasar le abrían calle,
sin respeto tal vez al lugar santo,
humilla á sus rivales con encanto,
porque estos bellos seres,
aunque se ocupan de los hombres tanto,
se ocupan mucho más de las mujeres.

XII

Y ¿qué era de Don Juan? Don Juan tranquilo
dos lágrimas soltó de cocodrilo:
y porque al cielo su elegancia asombre,
mira en torno con plácido cinismo,
con aquel aire fanfarrón de un hombre
que tiene una alta idea de sí mismo;
y cuando entra en los cielos insensible,
su pobre redentora despreciada
con ojos de limpieza irresistible
le acaricia al pasar con la mirada;
pero él, exagerando pretencioso
la parte teatral de su manera,
volviéndole la espalda, ni siquiera
dejándose adorar fué generoso;
y en tanto que los buenos serafines

Digitized by Google

ancho paso le abrían,
sus miradas decían:
—Vedme bien; soy Don Juan. ¡Sonad clarines!—
Y la española, aunque contiene el llanto,
de mirar tal desprecio casi loca,
á juzgar por los ayes que sofoca
nunca mártir alguno sufrió tanto;
porque ¡oh Dios! ¿quién creyera
que aquel hombre galán y degradado
dejase á Julia, sin mirar siquiera
á una mujer tan noble y hechicera,
que, si volviese á verle desgraciado,
su propia sangre á su salud bebiera?
Pero aquella alma vana,
probando que era cierta
la expresión italiana
de—pensamiento oculto en cara abierta,—
deja á Julia, sabiendo
que queda su ex querida
de alma y cuerpo perdida,
y en el cielo se entró como diciendo:
—Que Dios os dé salud y larga vida.—
Y dolor afectando,
las rivales le siguen, ocultando
su rabia y sus enojos;
y entran con él las pérfidas mostrando
rabia en el corazón, llanto en los ojos.

XIII

Cuando Julia después ya no veía
al león que la había fascinado,
y en su aire consternado
revelaba el martirio que sufría,
la madre Eva, saliendo de repente

del fondo de la gloria,
le dijo á Julia cariñosamente:
—aun vive en tí el honor de mi memoria;—
y, abrazando á la sombra despreciada,
—¡Hija mía! ¡hija mía!—
nuestra madre primera le decía,
y cien veces, teniéndola abrazada,
—¡Eres tan hija mía!...—entusiasmada
Eva le repetía.
Y contemplando en Julia al tipo eterno
de esas almas benditas
que tornan por lo que aman el infierno
en un sueño de dichas infinitas,
la madre universal de las naciones
cuando deja del cielo las regiones,
más que por propios, por ajenos vicios,
llena á Julia de santas bendiciones
en nombre de los buenos corazones
que comprenden los grandes sacrificios.
¡Ay! ¡Aunque os jure la estulticia humana
que una mujeres todas las mujeres,
yo os juro por el padre de los seres,
que aquella alma infeliz no tiene hermana!

XIV

Viendo á Julia que marcha resignada
del cielo azul hacia las puertas de oro,
todo el celeste coro
suspira por la sombra desterrada,
y de Julia las huellas
sigue con paso incierto
por las regiones bellas,
donde se ven, como en un libro abierto,
poemas cuyas letras son estrellas

Digitized by Google

Y cuando Eva doliente,
al volverla á decir:—¡pobre hija mía!—
la atrajo hacia su pecho dulcemente,
de Julia un gran torrente
de luz apocalíptica salía;
y cuando Eva así exclama,
y aquellas almas buenas
ven ir hacia el infierno, por el que ama,
á la noble mujer por cuyas venas
no circulaba sangre sino llama,
por algunos momentos
reinó por las regiones bonancibles
uno de esos terribles
silencios que rebosan pensamientos.

XV

Julia después, con altivez suprema,
con el velo arrollado
por la frente, á manera de diadema,
lo mismo que una reina que ha abdicado,
para seguir con paso reverente
de su calvario la desierta vía,
su vestido de luz graciosamente,
como un ave sus alas, recogía;
y un serafín que de los cielos vino,
y que, admirado á su pesar lloraba,
de la sombra el camino
con su espada de fuego le mostraba;
y al ir andando la heroína aquella,
que al coro de los ángeles asombra,
la luz dió fin en palidez de estrella,
y quedándose fueron ellos y ella
los unos en la luz y ella en la sombra!

FIN

LAS TRES ROSAS

POEMA EN TRES JORNADAS

A mi invariable y afectuoso amigo

EL SR. D. TOMÁS PÉREZ ANGUITA

en prueba de reconocimiento y cariño.

CAMPOAMOR.

PERSONAJES

ROSA, *madre de*
ROSAURA, *madre de*
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, *marido de Rosaura.*
DANIEL, *novio de Rosalía.*
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.
TITÁN, *perro de Terranova.*
SATANÁS.

Google

ROSA

JORNADA PRIMERA

—

ESCENA PRIMERA

Los dos miedos

JULIO—ROSA

I

Al comenzar la noche de aquel día,
ella, lejos de mí,
—¿por que te acercas tanto?—me decía;—
¡tengo miedo de tí!—

II

Y después que la noche hubo pasado,
[illegible] dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!

ESCENA II

La última palabra

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA

Cuando yo con el alma te quería,
¿quién presumir pudiera
que á despreciar ¡infame! llegaría
en ti y por ti la humanidad entera?...

ESCENA III

A rey muerto rey puesto

JULIO.—ROSA

Murió por tí; su entierro al otro día
pasar desde el balcón juntos miramos,
y espantados tal vez de tu falsía,
en tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *resquiescat* se oía. Al verte triste,
yo la trenza besé de tus cabellos,
y—¡traición! ¡sacrilegio!—me dijiste.
Seguía el *de profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
y al ver luego la luz, cuando salimos,
—¡Qué vergüenza!—exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la obscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

Digitized by Google

ESCENA IV

Hastío

JULIO.—ROSA

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

ESCENA V

Las dos copas

UN MÉDICO.—ROSA

I

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral.
»Yo, aunque el método condene,
lo dulce en lo amargo escondo:
esta copa es la que tiene
dulce el borde, amargo el fondo.
»Y por si quiere esa boca
cumplir una vez mi encargo,
tiene esta segunda copa
dulce el fondo, el borde amargo.
»Dios, sin duda, así lo quiso,

y esto siempre ha sido y es:
tomar lo amargo es preciso,
bien antes ó bien después.»—

II

Rosa luego, de ansia llena,
dice en su amoroso afán:
—«Mezclados cual dicha y pena
lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
ve, aunque tarde, mi razón
que aquello que es dulce al labio
es amargo al corazón.
»Yo, que hasta el postrer retoño
agosté en mi edad primera,
brotar no veré en mi otoño
flores de mi primavera.
»Fuí dejando, por mejor,
lo amargo para el final,
y esto, según el doctor,
sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo:
tú, copa segunda, ven,
pues tomar antes lo amargo,
si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
que cura de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral!»—

Digitized by Google

ESCENA VI

Un drama de familia

JULIO.—ROSAURA.—ROSA *(oculta)*.

I

Siendo Rosa Valdés, según mi cuenta,
(si bien por excepción un poco rara),
una mujer hermosa de cuarenta
que no tiene veinte años en la cara,
casi es su otoño una estación florida,
lo mismo que lo fué su primavera;
que es más bella tal vez que la primera
la juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,
que, cual si fuese un velo,
cuando lo suelta al viento, toda entera
la oculta la madeja de su pelo;
pelo que todavía
un torrente sería
del ébano más puro, si no fuera
porque á veces, si lo ata ó lo desata,
tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
unos hilos de plata
que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
de buena fe aseguro
que si á los quince abriles encantaba,
y á los veinte admiraba,
seguía á los cuarenta mereciendo,

pues toda la ciudad aseguraba
que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
que solía perder, envejeciendo.

II

Pero la pobre Rosa
es más que desgraciada, está celosa;
y ya á la languidez de sus miradas
se une de día en día
en su rostro de madre una sombría
palidez de facciones fatigadas;
pues de cierta ilusión roto ya el prisma,
su pena, más que pena, es un martirio,
y vive en una especie de delirio
en que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
pues aunque nunca se la oyó una queja,
por momentos notaba
que el amor de los otros la dejaba,
aunque el que ella sintió jamás la deja...
¡Nada á madame Sevigné curaba
del inmenso dolor de hacerse vieja!

III

Mas como ya sabemos
que los años que cuenta,
aunque parecen veinte, son cuarenta,
haciendo Rosa de dolor extremos,
asegura que Julio es un infame
porque la va olvidando... Mas ¡Dios mío!
después de mucho tiempo, aun cuando se ame,
en el fondo de todo ¿no hay hastío?

Digitized by Google

¡Sí! Y por eso, á pesar de sus traiciones,
es, ha sido y será Julio Montero
un gentil y cumplido caballero,
que vive según Dios y sus pasiones.

IV

Como es Julio una débil criatura
que en sus varios amores
gustaba del amor por sus favores,
como hombre que cree sólo en la hermosura
(como se cree en la esencia de las flores),
olvida después que ama,
y ama después que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
dulce ley que fué el norte de su vida,
pues poco escrupuloso en sus deberes,
practicando esa máxima sabida
de que es fuerza adorar á las mujeres,
después que á Rosa amó con fanatismo
adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
que á quien más tienta el diablo es á los santos.
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
ve Julio que es la hija hasta divina,
y, en consecuencia, á Rosa
con Rosaura reemplaza,
pegándose aquel hombre á aquella raza,
como se pega el muérdago á la encina.

V

Rosaura, hija de Rosa,

como niña nacida entre las flores,
además de ser bella, era graciosa,
pues no sé en qué botánico he leído
que una hermosa mujer, cuando ha nacido
en medio de un jardín, es más hermosa.
Morena verdadera,
¡cuán morena sería,
que bien seguro estoy que pasaría
por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(si se peca por eso)
por demasiada gracia su hermosura,
produce la dulzura
de su voz musical tanto embeleso,
que el que la oye suspira,
y hermosa hasta el exceso,
en los labios de todo el que la mira
casi se ve cómo palpita un beso.

VI

Perdidas y enterradas
en Rosa sus primeras emociones,
en la joven Rosaura recobradas
volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
á Rosaura miraba embelesado,
casándola de pronto honradamente,
la eliminó con honra de su lado;
y así fué la infeliz casada en frío
con un joven galán de mucho brío,
que, como un Lord, de sus haciendas vive;
que aunque se llame Blas, es muy celoso;
que toca, baila, canta y hasta escribe
muy poco y mal como cualquier esposo;

Digitized by Google

y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
puso por el momento
entre Julio y Rosaura una barrera.

VII

De todos los encantos
que Rosaura tenía,
era el mayor, aunque tenía tantos,
que á través de sus ojos todavía
sólo cruzaban pensamientos santos,
y por eso, entregada
á nobles expansiones,
aunque mujer casada
es una niña grande tan honrada
que no piensa en las malas intenciones;
y de Julio Montero, que la amaba,
ella el amor oía
con un cierto candor que enamoraba,
pues casada de prisa, se creía
libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII

Estando Julio de Rosaura al lado
en una noche, al acabarse el día,
bajo el fresco rincón de un emparrado
que entre la casa y el jardín había,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
poniendo en no ser vista un gran cuidado,
se arrastró del jardín hasta la puerta,
y dejándola á obscuras y entreabierta,
se puso á oir en alevoso acecho.

IX

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
con los ojos devora
lo hermoso que nos causa calentura,
muestra Rosaura, de abandono llena,
aquel rostro en la flor de su hermosura,
y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,
en la cual las ideas son pasiones,
en que ostentan las flores sus botones
con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
en la que en sombras, en rumor y flores,
y en cánticos de amor de ruiseñores,
se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
de una dicha sensual y candorosa,
encienden el ardor de sus sentidos
los magnéticos ruídos
que, electrizando la campiña toda,
en blando movimiento,
pasando por los nidos,
los va arrastrando y dispersando el viento,
¡cantor eterno de la eterna boda!

X

Entre la sombra de la noche aquella
en que ambos frente á frente se miraron,
y sus almas los dos se derramaron,
ella en el pecho de él, él en el de ella,
se dijeron amores

Digitized by Google

como se abren las flores,
como un ave es cantora,
como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
como en todo lugar y á cualquier hora
alegre y bullidora
coge el placer la juventud al vuelo;
mientras Rosa, escondida y desalada,
oía cada frase
cual si sintiese el frio de una espada
que su pecho á traición atravesase.

XI

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
el ardor que circula por las venas
cuando se aspira una templada brisa
que es en lo dulce un céfiro de Atenas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
bajan enamorados
la pendiente hechicera,
por la cual nos empuja arrebatados
la noche, nuestro amor, la primavera...
¡Aquel dosel tan bello
que forma lo gentil del emparrado!...
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!...
¡Lo obscuro y lo nupcial de todo aquello!...
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
y acá fe y esperanza!...
¡A una parte deseos y ternura,
por otro lado el odio y la venganza,
y aquí y allí los débiles quejidos
que murmuran los pájaros dormidos!...
¡Oh imagen de la vida,
la dicha siempre á la desdicha unida!...
¡Vértigo que formaron combinados,

la tierra, los abismos y los cielos,
eternos remolinos encontrados,
bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII

Viendo Rosa llegar el gran instante
en que á su fin camina
la audacia habitual de todo amante
que conoce la ciencia femenina,
á un ruído de suspiros que hizo el viento
como el vago rumor de una arboleda,
exhaló un rudo acento,
cual si en aquel momento
se hallase en el suplicio de la rueda;
y cuando Rosa con furor repara
que ya llega el instante de la hora
en que se hunde aquel puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora,
al pie de la vidriera
de la puerta que daba á la terraza
mira más... mira más... se desespera,
y cae desmayada, cual si fuera
una estatua que el rayo despedaza.

XIII

Cuando Rosa caía sin sentido,
cual si hubiese sufrido
un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la culpa, con nobleza
casta retrocedía,
pues cuando ya perdía
su corazón la calma
de un modo que no sé cómo aquel día,

Digitized by Google

sin saber lo que hacía
no añadió el don del cuerpo al don del alma,
al corazón venció con su cabeza,
pues, aun envuelta en fuego,
sabía con certeza
que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
á hacer guardar del deshonor su vida,
y sabiendo además que es más seguro
que arrostrar las pasiones
poner en ocasiones
entre el deber y el corazón un muro,
se lanzó hacia la estancia,
santuario de los juegos de su infancia.
Del jardín á la puerta se avecina,
y, viendo que no cede, empuja airada,
y encendida, jadeante, fatigada,
pisa un bulto, se inclina,
vuelve á erguirse, y camina
como si el bulto aquel no fuese nada;
y la enferma, que á su hija huyendo mira,
siente, al verse pisada,
unas ráfagas de ira
de toda madre al corazón extrañas;
y, más rival que madre, entonces Rosa
al tocarla aquel pie, sintió celosa
el dominio del odio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
del fuego que la abrasa,
corre ciega, y corriendo
sobre su madre moribunda pasa,

Digitized by Google

al umbral de la puerta,
de sorpresa y terror petrificado,
—¡Rosa!...—exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
la cabeza, que á intérvalos levanta,
como cortada con un hacha gira;
va á contestar, pero su angustia es tanta,
que entre sus labios la respuesta espira;
vuelve á querer hablar y se atraganta,
y al fin, más que decirlo, así suspira:
—Me asesinaste, adiós; duerme si...— Muere,
y el «si puedes», que apenas lo profiere,
se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entonces muestra
su disco ensangrentado,
y una espantosa lividez siniestra
echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII

Mal de muchas

EL MÉDICO.—ROSAURA

—¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—¿Pues de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

Google

ROSAURA

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Bodas celestes.

JULIO.—ROSAURA

Te ví una sola vez, sólo un momento;
mas lo que hace la brisa con las palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son, aunque ausentes, nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento.

ESCENA II

Las dos esposas.

ROSAURA.—BLAS—.SOR LUZ

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello!—se decía,
¡Pero el mío lo es más!—
Luego, en la esposa del mortal miraba
la risa del amor,

Digitized by Google

y, sin poderlo remediar, lloraba
la esposa del Señor!

ESCENA III

Madrigal.

JULIO.—ROSAURA

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
de su primer amor, y en el momento
volando un angel, con fervor divino,
para guiarla al bien del cielo vino,
mientras un diablo del infierno, ardiendo,
para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella
angel y diablo, enamorados de ella,
divinizado el diablo, se hizo bueno,
y el angel se impregnó de amor terreno;
y al ser transfigurado de este modo,
por voluntad del que lo puede todo,
fué el angel al infierno condenado,
y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
mujer que con mirar salva ó condena?

ESCENA IV

Memorias de un sacristán

JULIO—ROSALÍA

I

Dos de Abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
el nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
todos se ríen y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo y al salir se arrima
un primo á la mujer, y él á una prima.

III

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.

Digitized by Google

¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

ESCENA V

La gran noche lúgubre

JULIO.—ROSAURA. *(muerta)*—BLAS.—TITÁN

I

Imagen de su madre á los veinte años,
Rosaura, hija de Rosa,
no murió con los mismas desengaños;
mas, como ella, murió triste y hermosa.
Poco feliz, como tan mal casada,
fué la mujer más buena entre las buenas,
y aunque al amor de Julio encadenada,
derramó en torno suyo, siempre honrada,
casta, noble y altiva,
ejemplos de virtud á manos llenas;
hasta que al fin, rompiendo sus cadenas,
la muerte con amor, caritativa,
la libró de la carga de sus penas.

II

Mujer tan infeliz como adorable,
aunque era su virtud inquebrantable,
su amor á Julio, de pureza lleno,
fué inspirando al marido

uno de esos rencores sin olvido
que se arman del puñal y del veneno.
Pero el esposo, á medias ofendido,
alcanzó, más dichoso que temido,
hacer en ella respetar su nombre,
y la amó, aunque la amó sin esperanza
de ser jamás querido.
Muerta Rosaura, aun le quedó á aquel hombre
un objeto en la vida: ¡la venganza!

III

Julio Montero, en tanto,
fiel de Rosaura la memoria adora,
pues si fué en vida su terrestre encanto,
su dulce nombre le parece ahora,
unido ya á la muerte, grande y santo.
Y como él, además de su tristeza,
es amor de los pies á la cabeza,
todo el mundo repara
que morirá por consunción de cierto,
pues desde el día en que Rosaura ha muerto,
su cara es el cadaver de una cara.
Y aspirando, en su inmenso desconsuelo
á gozar á ella unido
trasportes de la tierra allá en el cielo,
aunque está inconsolable,
no pide al cielo olvido;
pues como todo ser que se ha querido
al morir se dilata en lo impalpable,
su mal no tiene cura,
porque, ausente su imagen hechicera,
á la tumba bajando intacta y pura
ya era, mas que una muerta, una quimera.
Y como siempre el que ama está celoso,

Digitized by Google

y aquel que está celoso es desgraciado,
para hallar en la vida algún reposo,
pensó en abrir con el mayor cuidado
un hoyo en el rincón del cementerio,
y el cuerpo de Rosaura, cariñoso,
trasladar á aquel hoyo con misterio
y secreto dejar lo misterioso;
y de su vida en el postrero día
ser con ella enterrado, y de esta suerte,
dormir por fin con la que más quería
descansando en los brazos de la muerte.

IV

Cuando con gran misterio
camina Julio á trasladar la muerta
á otra tumba, que abierta
tenía en un rincón del cementerio,
torpes volando, lúgubres gemían
los pájaros nocturnos por el cielo,
y rastreando amarillas por el suelo
lucecillas de fósforos corrían.
Mas venciendo impasible
esas negras visiones
que, aterrando á los bravos corazones,
suele el miedo sacar de lo invisible,
hacia la tumba de Rosaura avanza
con pie seguro y cauteloso oído,
aunque no había en torno un solo ruído
que no fuese un terror ó una esperanza;
y á Rosaura exhumando, en el instante
que descubrió con ansia verdadera
su rostro de alabastro,
el color de aquel lívido semblante

alumbró el cementerio, cual si fuera
la luminosa palidez de un astro.

V

Cuando Julio veía,
á la espectral penumbra que salía
de la lívida faz de aquella muerta,
que su boca entreabierta
respirar parecía,
creyó su pensamiento
que alguna hada, tal vez compadecida,
tomándola, al morir, con mucho tiento
en el sueño del último momento,
se la llevó al sarcófago dormida;
y acercando su boca,
besar quiso su frente;
mas viendo un Crucifijo
de su cuello pendiente,
con la misma dulzura con que toca
la golondrina el agua con sus alas,
besó piadosamente
con sus labios amantes
el Cristo de marfil lleno de galas,
que tenía por lágrimas diamantes
y sangre de rubíes en la frente.

VI

Coge en brazos la muerta,
que estrecha convulsivo contra el pecho,
y al caminar derecho
hacia la tumba por su mano abierta,
Blas (que en pérfido acecho
con ojos de serpiente

velaba oculto entre la sombra incierta)
con expresión furiosa de alegría
desenvaina un puñal, y de repente,
clavándole en el bulto que veía,
de los brazos de Julio derribada,
cayó la pobre muerta asesinada;
pues con tan mala suerte
blandió el arma, furioso,
qne el marido celoso
en su mujer apuñaló la muerte.

VII

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,
que es menester herir ó ser herido,
hace frente, de cólera azulado,
al vengativo esposo,
que le sigue, tornándose, celoso,
blanco, rojo y después amoratado;
y cuando Blas airado á Julio alcanza,
uno del otro asidos,
por todas sus potencias y sentidos
respiran el placer de la venganza.
Sigue á un golpe mortal otro más recio;
la rabia los trasporta hasta la furia;
se devuelven desprecio por desprecio,
y es cada golpe una mortal injuria;
la lucha, más que lucha, es un tanteo;
se repelen, se abrazan, se sofocan,
y cada vez que contra el suelo tocan
adquieren nueva fuerza, como Anteo.
Se espían el marido y el amante,
uno de ellos sagaz y otro siniestro,
hasta que cae en el supremo instante
sobre el hombre feroz el hombre diestro;

pues el ciego marido
hacia atrás impelido
como una mole por el rayo herida,
resbalando en la tierra removida,
cayó de espaldas en la tumba abierta.
Julio después, amontonando activo
sobre él la tierra que á cojer acierta,
entierra al hombre vivo,
dejando así sin enterrar la muerta.

VIII

Después Julio, aterrado
ante la inmensa atrocidad del hecho,
viendo al vivo enterrado
é insepulta la muerta,
tres veces hizo, con la boca abierta,
el signo de la cruz sobre su pecho.
Luego volvió los ojos espantado,
con la mirada incierta,
como un tigre enjaulado
que busca para huir cualquiera puerta;
pues ya era entonces su cuidado tanto,
que creyó que la muerta se movía,
y en su mortal quebranto
con evidencia tal Julio creía
que hacia sí algún fluído la atraía,
que á la salida del retiro santo
ya fué miedo el cuidado que tenía,
y el miedo al fin se convirtió en espanto;
y huyendo de Rosaura y del marido,
cuanto más presto corre, más se asombra,
al notar que al huir se ve seguido
de un sudario que andaba precedido
de algo negro, más negro que la sombra,

Digitized by Google

IX

Y al escapar, del miedo que sentía
cual teniendo alas en los pies volaba,
y el sudario arrastrando le seguía,
y en su horror se fingía
mil ruídos inauditos que escuchaba,
mil cosas invisibles que veía;
y cuanto más corría,
viendo aquella blancura
por una cosa negra arrebatada,
dudando si existía ó no existía,
pensaba en su locura
si aquella forma pálida y oscura
ya del mundo hasta el fin le seguiría,
pues al cruzar por montes y laderas,
la muerta parecía
que, tendiendo la mano, le decía:
—¡Siempre te seguiré; ve donde quieras!—

X

Y á un cielo que parece, aunque estrellado,
de ceniza cubierto,
viendo el campo desierto,
y el desierto de espectros erizado,
cual si á danzar surgieran á su lado
las fantásticas momias del *Roberto,*
corre á campo traviesa, perseguido
por cien deformidades misteriosas;
y aunque sólo entreve, desvanecido,
los vagos lineamentos de las cosas,
mira el cadaver que le sigue amante,
y el bulto negro que entreve delante

lanzándole miradas horrorosas;
y conforme le sigue, él huye y huye,
y la tierra, entretanto, rueda y rueda,
y viendo cuanto en torno le circuye
sumido en una lúgubre humareda,
ya ver le parecía
en un abismo el universo hundido;
pues rendido, jadeante,
viendo siempre delante
el negro azul, la inmensidad sombría,
es tal su estado de visión completa,
que cree en su desvarío
que el mundo se ha volcado en el vacío,
y que él pasó de un salto á otro planeta.

XI

Aunque ya para Julio se convierte
en visión lo visible y lo invisible,
como siempre, invencible,
aun flota en aquel caos de la muerte
de su ser la conciencia insumergible:
y al ver brillar un río, que parece
un espejo de acero,
que líquido ondulando fosforece,
arrebatado al fin Julio Montero,
con varonil firmeza
se echó aterrado al agua de cabeza.
Mas cuando ya indolente
se dejaba arrastrar por la corriente,
en medio de su horrible desvarío
sintió que le agarraba alguna cosa,
y una mano invisible y poderosa
le iba sacando con afán del río.

Digitized by Google

XII

Volviendo Julio en sí pausadamente,
se halló echado á la orilla del torrente;
y estando ya de su razón seguro,
á la margen del río, al pie de un cerro,
de la noche y del agua al claro obscuro,
entre la muerta y él mira su perro
que fija en él tranquilas,
pardas, cual las del buho, sus pupilas.
Y, como el ebrio que sacude el sueño,
entonces se da cuenta poco á poco
de que el perro, fielmente,
á la muerta arrastrando hasta el torrente,
fué volviendo á su dueño
feroz de miedo y de pavura loco.
Y repentinamente
—¿Qué haré?—se preguntó. Dudó un momento,
y entrando en posesión de su existencia,
pasó del pensamiento á la conciencia,
después de la conciencia al pensamiento,
y al fin con la entereza del espanto
echa el cadáver de Rosaura al río,
y arrepentido ya de amarla tanto,
más que en su cuerpo, en su alma siente frío.

XIII

Avezado á su noble servidumbre,
Titán, el perro fiel de Terranova,
echándose tras ella por costumbre,
lucha por ver si al agua el cuerpo roba
que su dueño arrojó sin pesadumbre;

mas Julio, indiferente y alelado,
que lo que antes amó detesta ahora,
sube al cerro empinado,
donde se sienta triste y casi llora.
Y allí puesto en alerta,
y presumiendo que jamás sería
la huella de su crimen descubierta,
desde lo alto del cerro
mira con alegría
de Rosaura el entierro
que en el agua va á hallar tumba sombría;
y al perro y al cadaver contemplando,
arrastrados los ve por la corriente
que flotaban dejando
el rastro de una luz fosforecente;
y con ojos abiertos
por el terror desmesuradamente,
ve al perro que, luchando sin descanso,
ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo,
pide auxilio, gimiendo,
hasta que al fin, del río en lo más manso,
se cumplió su destino,
pues al llegar á un pérfido remanso
se los sorbió á los dos un remolino.

XIV

Todo esto lo ve Julio dosde el cerro
con el cuerpo aterido, el alma yerta...
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro
ni siquiera al morir soltó á la muerta.

Digitized by Google

ESCENA VI

El anónimo.

JULIO—UN ANÓNIMO

Sobre la tumba de ella escribió un día:
«¡por darte vida á tí me mataría!»
Y al otro día, por autor incierto
con lapiz al final se vió añadido:
«Si ella hubiese vivido,
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.»

ROSALÍA

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Madrigal

JULIO—ROSALÍA.

Hay un rincón maldito en el infierno
desde el que, en vaga y celestial penumbra,
para aumentar el sufrimiento eterno,
otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
la hermosa luz de tu semblante alumbra,
si es mirarse en tus ojos retratado
hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II

El almez

JULIO.

I

Junto á este mismo almez á *Rosa* un día
hice votos de amarla eternamente.

Digitized by Google

Se está oyendo en el aire todavía
de mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
esclavo de otra fe nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
mas no pasa el amor.

II

Otro día, á *Rosaura* encantadora,
al pie del mismo almez juré lo mismo,
y recuerdo que entonces, como ahora,
cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
vinieron á cantar á otra hermosura;
porque se van amados y amadores,
pero queda el amor.

III

Después, al pie de este arbol he sentido,
extático mirando á *Rosalía*,
momentos de emoción, en que he perdido
para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
uno mismo el amor!

IV

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;
de amores, que aun vendrán, altar querido;
que enciendes, recordando mi pasado,
de mi sangre el ardor...

Digitized by Google

Tú morirás, cual muere nuestra llama,
y otro árbol nacerá de tu semilla,
porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
es eterno el amor.

V

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
y se oiga en las regiones estrelladas
del orbe entero el último crujido
en inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
de ella hará otros almeces y otros mundos,
é irá un hervor universal diciendo:
—¡amor! ¡amor! ¡amor!... —

ESCENA III

¡Así!

ROSALÍA.— DANIEL.

I

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡no me mires así!—

II

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes

ya no se clavan con ardor en mí;
si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: ¡*así*!—

ESCENA IV

Las églogas modernas

ROSALÍA.—JULIO MONTERO.—DANIEL.—LA LUNA
EL POETA

I

Ya había poca luz en la montaña
y era casi de noche en las honduras,
viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,
bajo un monte con luz, valles á oscuras.
En uno de los valles de esta sierra
se halla un jardín oscuro y pintoresco
que parece olvidado de la tierra;
y del jardín en el rincón más fresco,
un cenador formado por almeces,
donde no se ve luz ni se oyen ruídos,
y hay tanta paz en su interior, que á veces,
hacen en él los pájaros sus nidos.
Contándose los dos esos secretos
que suelen escuchar los cenadores
cuando á oídos discretos
se acercan unos labios habladores,
están al fin de este apacible día
en aquel cenador, sin luz ni ruídos,
sobre un banco, Daniel y Rosalía,
deshojando unas flores distraídos.

II

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalía, entre flores confundida,
sobre el banco, que el musgo aterciopela,
á Daniel escuchaba embebecida
cuando tenía apenas
la edad en que ya corre por las venas
el alma confundida con la vida.
Además de ser bella,
se admiraban en ella
los lindos pies y las pequeñas manos,
y su cutis tenía
ese matiz que se llamó algún día
el *bético color* por los Romanos.
Pasando en Avilés por gaditana,
en Cádiz se decía
que era prima del sol y perüana,
pues siendo tan morena, Rosalía,
con la tez de su abuela competía
su tez de cuarterona de la Habana.

III

Nuestro Julio Montero,
que á Rosalía con furor amaba,
recuerda cuando Rosa le juraba
que es el último amor el verdadero,
con respeto profundo
cumplía como noble sus deberes,
y á no encontrar morenas en el mundo
sería una Escipción con las mujeres.
Pero ignorando yo por qué razones
á su ardoroso seno

en el color moreno
le enviaba Satanás mil tentaciones,
fué una tras otra, y en creciente, amando
tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,
las tres morenas y las tres hermosas;
y por eso con honda simpatía
fué en su pecho reinando
la bella dinastía de las Rosas.
Sólo tuvo en el mundo tres amores,
ligero uno, otro grave, otro profundo;
positivo y equívoco el primero;
casto, ardiente y fantástico el segundo;
y ultra-amante y platónico el tercero;
y, según la sentencia del profeta,
—*como los hombres para amar son ciegos*—
halló Julio en sus sueños de poeta,
en la abuela, en la hija y en la nieta
toda la gracia antigua de los Griegos:
y amante, á su pesar, de Rosalía,
estaba tan celoso, tan celoso,
que el pobre, un poco viejo, no sabía
pensar en Luís catorce, que decía:
—A mi edad, mariscal, nadie es dichoso.—

IV

Era tanta la fe con que quería,
que ¡perdonad la execración, Dios mío!
el lecho de su madre quemaría,
si los viese con frío,
por calentar los pies de Rosalía.
No hay crimen ni bajeza
que no cometa un hombre, si celoso
tiene un horno encendido por cabeza;
por eso el día aquel, Julio, envidioso,

siendo más bién que un necio un insensato,
¡oh inocente candor de los sesenta!
quiere escuchar un rato
lo que Daniel á Rosalía cuenta;
y como antes ya dije que tenía
el bello cenador por ambos lados
asientos de granitos desgastados,
en uno de los cuales aquel día
juntos están Daniel y Rosalía
con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con seníl terneza
y era más bien demente que culpable,
poco antes sacudiendo la cabeza
como un loco incurable,
queriendo ver y oir el miserable
lo que había en su amor de misterioso,
exaltada su ardiente fantasía
se escurrió cauteloso,
cual si fuese un reptil, bajo el asiento
en que estaban Daniel y Rosalía...
Julio en aquel momento,
siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V

Mientras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
sentados en el banco, que tenía
por la lluvia el cimiento socavado,
bajo el asiento echado,
y oculto en situación tan vergonzosa,
se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
cual de un eco lejano del pasado;
y agolpársele siente,
ya arrepentido de su mal consejo,

Digitized by Google

el rubor á la frente,
pues tarde ve que, desdichadamente
sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,
pues cree que encima del asiento imitan
del tormentoso amor la ardiente lucha
las ramas que se agitan...
Y es que para un celoso, cuando escucha,
los silencios parece que palpitan.
Mas ¿qué hacen esas almas encantadas
de corazón tan joven como ardiente?
Nonadas nada más, simples nonadas;
lo que se suele hacer naturalmente
cuando brota el amor de dos miradas;
lanzar ayes de amor que hacen un ruído
como de santa intimidad de nido;
esas cosas henchidas de placeres
que, cuando se aman hombres y mujeres,
se dicen muy cerquita y al oído;
lo que se dice en víspera de boda,
por lo cual Rosalía hablando quedo,
murmura como todas
las que van á casarse:—¡Tengo miedo!

VI

¡Pájaro fascinado, que aturdido
en la boca cayó de la serpiente,
ve Julio, arrepentido,
que nada oye ni ve, pues solamente,
como si fuese el aura,
la hija encantadora de Rosaura,
haciéndole cosquillas en la frente,
le roza sin querer con el vestido!
Y á aquel roce magnético, sintiendo

Digitized by

los celos de la carne acres y extraños,
sin poder oir nada, estuvo oyendo
diez minutos más largos que diez años;
y unos ojos abría
cual los que abre un ahogado en su agonía
en el fondo del agua;
mas ni el pie vió siquiera á Rosalía,
porque un doblez de encaje de la enagua,
como á un astro una nube, lo cubría;
y su amor maldiciendo,
echa al cielo, gimiendo,
con un resto de juicio,
la mirada de un hombre que está viendo
que en el fondo se echó de un precipicio,
en tanto que despiden á porfía
los ojos de Daniel y Rasalía
relámpagos de luz y de deseos
al rumor de los tiernos cuchicheos
de pájaros nacidos aquel día.

VII

¡Ay! una vez que de gentil manera
dió un salto sobre el banco Rosalía
como una cervatilla en la pradera,
Julió vió que el asiento se bajaba
y al grave peso de los dos cedía...,
y al verlo, su cabello se erizaba,
y ahogándose, el aliento retenía,
y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
á resistir el peso maldecido
con el valor de un Hércules comienza,
y ya en su hueco de reptil metido
para oir á Daniel y á Rosalía,

Digitized by Google

ni pudo articular ningún sonido,
ni moverse del sitio en que yacía;
y al fin, cuando repara
que si el banco á la base mal sujeto
baja algo más lo aplasta por completo,
toma de Julio la siniestra cara
un color de cabeza de esqueleto.

VIII

Julio, echando hacia arriba
la mirada de un lobo encadenado,
con temor infinito
ve que el cimiento en que el asiento estriba,
por el tiempo y la lluvia descarnado,
deja correr hasta el nivel del suelo
el banco de granito
como si fuese un témpano de hielo;
y aunque ahora, como antes,
creen oir los amantes
en lo profundo de la sombra un ruído
parecido al rumor de unas congojas,
creyendo que habrá sido
el dulce remolino de unas hojas,
siguen quietos Daniel y Rosalía,
mientras Julio sentía
un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡oh, mil veces miserable!
¡qué escena tan cruel parecería
si nos pintasen con su ardiente estilo
situación de dolor tan lamentable
el fiero Dante ó el potente Esquilo!

IX

Quejoso Julio de su suerte inicua,
tiende hacia el cielo una mirada oblicua,
y al través de la trémula enramada
ve la luna plateada
que alzándose, cual nunca placentera,
con su luz entre blanca y azulada
cree que le viene á hablar de esta manera:
—Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¿Qué suerte adversa á sostener te trajo,
vil Sísifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba, y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere: esta es la vida.
¡Asesino de Rosa,
por quien Rosaura se murió de pena,
ya ves que es esta vida una cadena
en que nace una cosa de otra cosa,
y por eso sin duda al cielo plugo
que sea en esta noche tan serena
Dios tu juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,
une el fin y el principio de tu vida.
¡Adios! Se hunde la losa; gime y reza;
aprovecha piadoso
el último momento luminoso
que nos presta al morir naturaleza.
¡Adios! ¡Adios! Tu amor era un delirio.
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
llegó á la expiación por el martirio!—
Y al soñar que la luna así le hablaba,

metido en aquel lecho de Procusto
el semblante de Julio ya tomaba
la térrea y fría palidez de un busto,
diciendo, porque á Rosa recordaba,
en vez de blasfemar:—¡El cielo es justo!—
Y al trasponer la cima de un vallado,
la luna parecía
que recordando á Julio su pasado
—¡La expiación!...—cruel le repetía.

X

Y en tanto que seguía indiferente
la luna su camino,
y que arriba y abajo eternamente
marchaba cada cosa á su destino,
ni sentados ni en pie, medio apoyados
para contarse el fin de algún secreto
derriban los amantes por completo
del banco los cimientos socavados.
¡Y en el fatal momento
en que al peso insufrible del asiento
los poros de sus miembros aplastados
brotaban un sudor sanguinolento,
á tientas Rosalía y vacilante
para hacer más graciosa una postura,
sobre el rostro de Julio agonizante
con el pie se asegura;
pisa, se afirma, la sedienta boca
del moribundo con el pie sofoca;
suena un ruído, la losa desprendida
aplasta á Julio en su mortal caída;
y siendo á un tiempo muerto y enterrado,
besó el pie que le ahogaba, el desdichado,
con el último aliento de su vida!

ESCENA V

El alma en venta

JULIO.—SATANÁS

Así con Satanás Julio habló un día:
—¿Quieres comprarme el alma?—Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daría.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mía.

FIN

DICHAS SIN NOMBRE

POEMA EN UN CANTO

Al popular escritor

EL SR. D. RAMON DE NAVARRETE Y LANDA (*Asmodeo*).

su antiguo amigo y compañero

EL AUTOR

I

Lo tengo bien presente.
La quinta de Pombal, honra del Tajo,
se encuentra río abajo, río abajo,
saliendo de Lisboa hacia el Poniente.
En Portugal los sueños son pasiones;
y en el bello jardín que os he nombrado,
hecho por algún sabio enamorado
del arte de avivar las tentaciones,
un día, el más hermoso de mi vida,
niñas bellas y jóvenes rendidos,
jugamos á escondernos, y en seguida
á volvernos á hallar bien escondidos.

Digitized by Google

II

¡Cuánta divina cosa
se agolpa á arrebatarnos el reposo
en esa edad dichosa
en que es encantador lo peligroso!
Así una inglesa, hasta dar miedo, hermosa,
en aquel día para mí dichoso,
merced á la bondad de cierta prima
que me dió cierta fama de poeta,
al verme se animó, como se anima
al soplo del Abril la violeta;
y siendo aquella vez la vez primera
que del amor la música escuchaba,
la niña me miraba
poniendo en su mirada el alma entera;
pues su candor, que era su grande encanto,
era tan ultra-inglés, que todavía,
teniendo ya quince años, no sabía
por qué los hombres la miraban tanto;
y sin saberlo, ardiente,
no os engaña mi lengua si os confiesa
que en sus labios tenía, aunque era inglesa,
los mortales perfumes del Oriente.

III

Yo la miré también con vivo fuego,
y, después de mirarnos,
corrimos á escondernos: si bien luego
jugamos, escondidos, á adorarnos,
que en el mundo el amor siempre está en juego.
Y, mientras llena de inquietudes ella,
de un rincón del jardín tomó el camino,

más rápida y más bella
que una fúlgida estrella
que corre por los cielos sin destino,
yo la seguí atrevido
sintiéndome exaltado
por el vapor caliente y colorado
que arroja el Tajo por el sol herido;
y en un cierto rincón que parecía
á trechos arenal y á trechos prado,
se escondió bien á espaldas de un vallado
para que yo la hallase si quería.
Mas lo que es una infamia, es que aquel día
me dijo ella su nombre y lo he olvidado;
y no encuentro manera,
por más que la conciencia me remuerde,
de recordarlo ahora, que era... que era...
Ya lo diré después cuando me acuerde.

IV

No sé bailar como se baila hoy día;
mas llegué hasta bailar con elegancia
cuando yo, á los veinte años, escribía
mis versos para el uso de la infancia;
y hoy todavía entiendo,
que á correr (no á bailar) nadie me gana,
aunque ya voy teniendo
bastante edad para morir mañana.
Por eso corrí tanto, aunque sentía
mis nervios por el rayo sacudidos,
cuando al irse á esconder ella corría
como una cierva al escuchar ladridos.
¿Si por estos pueriles devaneos
me mirará algún día el cielo airado,
como miran los jueces á los reos?

Digitized by Google

¿Por qué el tener amor será pecado?
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

V

Y aunque es fama que, ardiente y seductora,
coge el saber la adolescencia al vuelo
y mira con placer, cuando lo ignora,
cuánta ciencia se aprende en una hora,
si es la hora marcada por el cielo,
echando entonces del pudor el vèlo
ni de una sola esquina
tiraron mis amantes inquietudes,
pues siempre, entre ella y yo, la muselina,
haciendo una aspillera de virtudes,
levantó una muralla de la China.

VI

Sólo una vez, al estrechar su mano,
robó de mis entrañas el sosiego
un poco de aquel fuego
que ha enterrado á Pompeya y á Herculano.
Víctima del mutismo
que da el amor cuando en la fiebre toca,
se quedó en celestial sonambulismo;
y no pudiendo hablarme con la boca,
me hablaba con los ojos, que es lo mismo.
¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...
Mas ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...
¿Echarán nuestros nombres en olvido,
lo mismo que los hombres, las mujeres?
Si olvidan, como yo, los demás seres,
este mundo, lector, está perdido.

VII

Después quiso el destino
que por un claro enorme que tenía
aquel vallado pérfido de espino,
se asomase una faz que parecía
conservada en espíritu de vino;
y era la cara extraña
de la madre dichosa de la inglesa,
que á aquel sol, que es igual al sol de España,
tomaba esa apariencia de la araña
pronta siempre á caer sobre su presa,
y que, creyendo un crimen descubierto,
me parecía con la boca abierta
la hiena que olfatea carne muerta
en el viento que sopla del desierto;
mas la joven, prudente,
fingió serenidad con tanta gracia
ante el horror de la acritud materna,
que me hizo ver que, cuando se ama y siente,
en materias de amor y diplomacia
cualquiera niña es *la mujer eterna*.

VIII

Mientras la madre á su malicia atenta
me echaba unas miradas de soslayo,
miradas mitad sal, mitad pimienta,
la niña, traspasada
como quien siente el látigo de un rayo,
se volvió del jardín hacia la entrada,
velados de estupor sus ojos bellos,
roja la frente, pálida la boca,
y además lleno de heno los cabellos,

Digitized by Google

aunque no, como Ofelia, por ser loca;
y mirándonos fuímos á hurtadillas,
cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,
nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,
un coche empavesado de sombrillas.
Y, en tanto que la eléctrica corriente
de sus calores vírgenes se ahogaba,
besaba con mis ojos santamente
á la niña gentil, que se llamaba...
¡Oh malhadado olvido!
para sacar del fondo de mi historia
su nombre en mis entrañas escondido,
en vano reavivando mi memoria,
con mi tambor, por la metralla herido,
toco llamada á mi perdida gloria!

IX

Y cuando el hado adverso
me arrebató hacia España al otro día,
lo mismo que Rousseau, cuando sentía,
me ahogaba en la extensión del universo.
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!
aunque olvidé su nombre,
de pensar si habrá amado á algún otro hombre
casi frunzo las cejas como Otelo.
¿Se habrá casado? ¡Oh, pensamiento horrible!
¡Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible:
¡los niños muy precoces viven poco!

X

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
de aquella imagen de serena frente,

con uno de esos rostros candorosos
que hacen pecar á un hombre mortalmente?
¿Acaso en este crítico momento
mandará un regimiento
de héroes futuros, cual su madre, hermosos,
como una valerosa coronela,
sorda al ruído del fuego y de las balas?
Y como el tiempo vuela,
¿formará entre las viejas generalas?
¡Generalas!... esto es, ¿será ya abuela?
¿Será abuela la niña encantadora
que... (esperad que me acuerde) se llamaba...
¡Diera un millón por recordar ahora
su nombre... que acababa... que acababa...
no sé bien si era en *ira* ó si era en *ora!*

XI

Estoy desesperado
al ver cuánta lectora,
viendo mi olvido, exclamará:—¡malvado!—
¡Malvado! Sí, señora;
pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
Mas ¿seré el primer hombre
que se olvidó de una mujer querida?
¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre
es la eterna vergüenza de mi vida.
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!
¡que me arranque á puñados el cabello!
¡soy un infame, sí, soy un infame!
¡ahórcame, lectora: hé aquí mi cuello!

XII

Mas si he de ser ahorcado

Digitized by Google

por alguna mujer que, consecuente,
el nombre de un amor no haya olvidado,
entonces, confiado,
aún pudiera vivir eternamente.
Pero quiero morir, ¡oh rabia! ¡oh mengua!
¡No hay tormento más grande para un hombre
que el no poder articular un nombre
que se tiene en la punta de la lengua!
¡Oh tú, mi antiguo fiador, el viento!
Dí á todos, pues lo sabes,
cuántas veces mi amor de pensamiento
la remitió memoria por las aves.
Recuérdale á mi oído,
canoro ruiseñor de la enramada,
el mágico sonido
de aquel nombre olvidado, aunque querido.
¿Era Sara?... ¿Era Emma?... Nada, nada.
¡No sale, aunque lo tengo aquí escondido!

FIN

LAS FLORES VUELAN

POEMA DRAMÁTICO

PERSONAJES

CLARA, *viuda.*
JUSTINA, *su doncella.*
SIMONA, *su planchadora.*
EL CONDE DEL ESPLIEGO.
ALEJO, *su ayuda de cámara.*
GUSTAVO, *poeta.*
MÁSCARAS, etc.

LUGAR DE LA ESCENA

El teatro representa la galería de un baile de máscara. La música se oirá más ó menos distintamente durante toda la representación.

Digitized by Google

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

GUSTAVO.—SIMONA

Los actores se pondrán ó quitarán la careta, según lo exija la necesidad de la representación

SIMONA

¡El baile está esplendente!

GUSTAVO

Me avergüenzo de verme entre esta gente.
Vertida aquí la población entera,
rueda como si fuera
una tromba marina,
dando y llevando, al ir por donde quiera,
los codazos que daba Mesalina.

SIMONA *(aparte)*

(¡Qué joven tan sabido!
No extrañaré en conciencia
que después de estos trozos de elocuencia
tenga un rato de tos muy merecido.)

GUSTAVO

Aunque es ya mi pobreza tan visible,
con este dominó no se ve nada
de mi frac de color indefinible.

SIMONA

Vuestra casaca nueva está aviejada.

GUSTAVO

Lo malo es que la vieja está inservible.
¡Sentir la inspiración, ser caballero,
y no tener un céntimo, Dios mío!

SIMONA

Es verdad: el talento, sin dinero,
es un horno sin fuego, que da frío.
Pero no ha de faltar quien os proteja
mientras puedan planchar las manos mías.

GUSTAVO

Tenéis razón, sois cariñosa y franca.
De vos mi gratitud no tiene queja;
os debo el hospedaje de unos días;
me plancháis con primor la ropa blanca,
y me volvéis muy bien la ropa vieja.

SIMONA *(Aparte)*

(¡Es buen muchacho! Y mi postrer maniobra

Digitized by Google

será hacerle mi esposo,
porque, aunque tiene ingenio que le sobra,
es mucho más ingenuo que ingenioso.)

GUSTAVO *(aparte mirando hacia el salón.)*

(Tan sólo una esperanza
en su miseria mi talento alcanza.
La busco inútilmente hace una hora.
Tal vez sea el remedio de mis males
el hada encantadora
que escucha con piedad las ansias mías,
y que va á hacer un mes y algunos días
que la colmo de amor y madrigales.)
Conque á bailar, Simona, y con prudencia,
no sea que algún pillo...

SIMONA

¿Dónde hay pillo mayor que mi inocencia?
(Aparte) (Es tan casto y sencillo,
que tiene un mal recuerdo en su existencia,
porque me vió una vez hasta el tobillo.)

GUSTAVO

Os digo esto...

SIMONA

Es inútil vuestro empeño,
porque soy tan honrada,
que si encuentro una cosa, busco al dueño
y se la vuelvo, aunque no valga nada.

GUSTAVO

Es en un baile tan continuo el roce...

Digitized

SIMONA

¿Estoy acaso en Babia?
Yo soy, aunque ninguno lo conoce,
menos en la gramática, una sabia.

ESCENA II

GUSTAVO, SIMONA.—Después CLARA.—Sucesivamente ALEJO, el CONDE y JUSTINA

(Los actores se colocarán entre otras máscaras, formando una especie de semicírculo del modo siguiente: Gustavo á la derecha del espectador, Clara, el Conde, Justina, Alejo y Simona que, delante del proscenio, ya estará cerca de Gustavo.)

(En un grupo)

GUSTAVO

¡Mi Clara!

CLARA

¡Mi poeta!

GUSTAVO

Ya junto á vos, mi corazón reposa.

CLARA

Perdonad, se me cae la careta...

Digitized by Google

GUSTAVO

Distracción excusable en una hermosa.

CLARA

Pronto me vísteis

GUSTAVO

Sí, por los reflejos.

CLARA *(aparte)*

(Echo reflejos... ¡ay!... no lo sabía.)

GUSTAVO

Os conocí al miraros desde lejos,
cual se conoce al sol del mediodía.

(*En otro grupo.*)

ALEJO

¿Simona?

SIMONA

Por venir más disfrazada
vengo vestida de beata honrada;
y aquí no me llaméis «Simona mía».
Hoy mi nombre de guerra es «Atalía».

ALEJO

¿Quién es el que os hablaba?

SIMONA

Es el poeta.

ALEJO

¡Ah! sí, vuestro pupilo: el poetastro

SIMONA

Va á buscar, como un perro, por el rastro
virtudes con olor á violeta.

(En otro grupo)

JUSTINA

¿Quién soy?...

CONDE

Una mujer divina

JUSTINA

Soy Tina, abreviatura de Justina.

CONDE

Estoy de eso, y de todo, en el arcano.
¡Sublime criatura!
¡qué virtud! ¡qué candor! ¡qué pie! ¡qué mano!
y todo en la mayor abreviatura.

JUSTINA

Tenéis conmigo un proceder ambiguo;
y sé muy bien, y no por experiencia,
que se ama más lo nuevo que lo antiguo.
Dudando si me amáis, á veces lloro.

CONDE

Clarísima doncella,
vuestra ama es rica, y me uniré con ella.
Pero á vos, aun casándome, os adoro.
¿Quién habla de llorar á estas alturas?
Tina, y Tina querida,
¿no sabéis, como yo, que se halla el oro
en el fondo de todas las pinturas

de todas las escenas de la vida?

(En otro grupo)

CLARA *(aparte)*

(Ni siquiera imagino
cómo existe á su edad tanta inocencia.)

GUSTAVO

Ha sido vuestra entrada en mi existencia
la llegada de Dios á mi destino.

CLARA *(aparte, mirando hacia el grupo en que está el Conde.)*

(Me alegro; el Conde allí. Veré si ahora
en la carnada de los celos muerde,
y en su pecho de viejo, y viejo verde,
deslizo alguna duda roedora.)

GUSTAVO *(sacando una camelia del sombrero)*

Doy esta flor que guardo en el sombrero
á la mujer del mundo á quien más quiero.

CLARA

¡La guardáis para mí? Mi dicha alabo,

GUSTAVO

Os juro que vos sola
sois digna de este honor.

CLARA

Y á vos, Gustavo,
¿qué flor os negaría su corola?

Digitized by

GUSTAVO

Os la doy en memoria...

CLARA

Sí, ya entiendo, en memoria de aquel día...

GUSTAVO

Tomad, mi gloria.

CLARA *(tomando la flor)*

Hasta después, mi gloria.

(Se aleja mirándole)

GUSTAVO

¡Oh ventura! Me ha dicho ¡gloria mía!

(*En otro grupo*)

ALEJO

¿De dónde es ese mozo?

SIMONA

Un provinciano.
Debe ser un gallego algo asturiano.

ALEJO

Y el pillastre no es feo.

SIMONA

Es tan guapo y tan listo,
que cuando escribe versos, y los leo,
me recuerda unas cosas que no he visto.

Digitized by Google

ALEJO

¡Cuidado!

SIMONA

¡Es tan afable!...

ALEJO

Mira que los poetas no son buenos.

SIMONA

Como tengo esta fama de impecable,
nadie me dice nada, ó poco menos.

GUSTAVO (*mirando de lejos á Clara.*)

¡Con qué bondad tan bien acentüada
me acarició, al partir, con la mirada!

ALEJO (*aparte, poniéndose un cigarro en la boca y acercándose á Justina.*)

(Por si al hablar con Tina, cual presumo,
me pongo de vergüenza colorado,
me ocultaré la cara tras el humo
de este habano imitado.)

JUSTINA (*aparte, viendo acercarse á Alejo.*)

(Si ha conocido á su amo, y se me enfada...
No ha conocido nada.
¡Oh, qué hombres tan sencillos!
¡Todo ha degenerado, hasta los pillos!)

ALEJO

¿Pensáis en Dios, hermosa?

JUSTINA

No pienso en Dios, que pienso en otra cosa.

ALEJO

¿En qué pensáis?

JUSTINA

Como futura esposa,
pensando en nuestros cortos intereses,
tengo *spleen,* como dicen los ingleses.

ALEJO

Lo ahorrado ya...

JUSTINA

No es tren que corresponde
á la ayuda de cámara de un Conde.

ALEJO

¿Pensabais algo más, Tina querida?

JUSTINA

Pensaba que, en estando establecida,
á todo halago de los hombres sorda,
pasaré entretenida,
como muchas señoras, esta vida
pensando en no ser flaca ni ser gorda.

ALEJO

¿Y en qué más, y en qué más?...

JUSTINA

Pensaba, en suma,

Digitized by Google

que me voy á casar probablemente
con un bribón del género corriente
que jura, bebe, juega...

ALEJO

Fuma...

JUSTINA

Y fuma.

(En otro grupo.)

CONDE

¿Clara? No hay quien os vea.

CLARA

No me he vestido bien; estaré fea.
os traía esta flor... *(Dándole la camelia.)*

CONDE

¡Oh, don divino!
Yo estoy loco de amor.

CLARA

¡Ah! no imagino
que el Conde del Espliego llegue á loco.
(Aparte.) (Veo por el olor que no agua el vino.
Como es tan gran señor, beberá un poco.)

CONDE

Tengo celos.

CLARA

¿De veras?

Y ¿de quién?

CONDE

De ese joven que está enfrente.

CLARA

¿De aquel adolescente
que aún se corta las barbas con tijera?

CONDE

¿Dónde habéis á ese joven conocido?

CLARA

Es un pobre estudiante
que una moza que plancha ha recogido,
que me hizo un madrigal muy divertido
del género llorón y suplicante.

CONDE

Algo más os haría...

CLARA

Es verdad; cierto día
me ha escrito el inocente
otros versos un poco subversivos,
y en ellos me decía
que me adoraba interminablemente
añadiendo unos puntos suspensivos.

(*En otro grupo.*)

SIMONA (*á Gustavo*)

La que hablásteis, Gustavo, es la señora.
Yo soy su planchadora.

GUSTAVO

Pues planchádnosla bien.

SIMONA

Os daré gusto.
¡Mucho almidón, y mucho fuego!...

GUSTAVO

Justo.

CLARA (*aparte, alejándose del Conde*)

(A este viejo Narciso
hay que asirle con uñas afiladas.
Inquietarle con celos es preciso.
Está más indeciso
que un zorro entre dos puertas entornadas.)

CONDE (*mirando alejarse á Clara*)

¡Si viese Clara bella
que regalo esta flor á su doncella!...

CLARA (*mirando al Conde*)

(¡Cómo mira! Si no es aprensión mía,
se ablandará el ingrato.
Ya está el Conde lo mismo que estaría
viendo un nido de tórtolas un gato.)

GUSTAVO

Por caridad os ruego
que tanto amor vuestra bondad no irrite.
¿Cuándo no amó la luz un pobre ciego?

CLARA (*aparte*)

(¡Qué humildad! ¡Qué pasión! Esto derrite.)

(*En otro grupo.*)

CONDE

Tomad la vida como Dios la ha hecho.

JUSTINA

Estoy celosa como buena amante.

CONDE

Poned, Justina, esta camelia al pecho,
y juntaréis lo hermoso á lo elegante.

JUSTINA

Gracias mil. ¿Conque tengo mejor cara
que mi ama doña Clara?

CONDE

Sí.

JUSTINA

Pero es rica, y tiene tanta suerte,
que á los hombres que la aman con delirio
en santos los convierte.

CONDE

¿Cómo?

JUSTINA

Está claro; dándoles martirio.
(*Aparte.*) (Dejando al Conde muerto de sensible,
daré esta flor á su criado Alejo.
Con estos dos tunantes me manejo
con una diplomacia irreprensible.)

Digitized by Google

CONDE *(aparte)*

(Habla mucho, y muy mal: esto es que debo
tener su lengua entre sus pies sujeta.
La enredaré, para que esté bien quieta,
en la inmensa amplitud de un traje nuevo.)

ALEJO *(viendo acercarse á Justina)*

¡Oh, qué flor y en qué manos seductoras!

JUSTINA

¿Esta flor? Esta flor os la he comprado
en cambio del relój que me habéis dado,
y que es capaz de señalar las horas.

ALEJO

Esto me prueba...

JUSTINA

Que esa criatura
nunca debió soñar en la ventura
de conquistar una mujer como ésta,
que cree, lo mismo que si fuese un cura,
que vale la virtud lo que nos cuesta.

ALEJO *(aparte)*

(Es una santa, como soy Alejo).

JUSTINA *(aparte)*

(El día en que se case mi ama Clara),
al conde me lo dejo,
y me caso con éste hecha una fiera.
¡Vamos, no sé, si yo no me casara,

adónde pararía mi carrera!)

(*En otro grupo*).

GUSTAVO

¡Qué sea eternamente bendecida
esa mirada que mi ser redime,
decidiendo del resto de mi vida!

CLARA (*aparte*)

(No lo entiendo esto bien, pero es sublime.)

GUSTAVO

Os amaré, lo juro,
como vos, sin doblez y sin engaños.
Para toda alma pura, todo es puro.

CLARA *(aparte)*

(¡Oh abril encantador de los veinte años!)

GUSTAVO

Es para mí el amor cosa tan santa,
que en tan loca embriaguez y en dicha tanta
os consagro mi vida y mi albedrío...

CLARA (*aparte*)

(¡Después de esto, la mar! ¡la mar! ¡Dios mío!)

GUSTAVO

Sólo por vos, sería mi deseo

Digitized by Google

ser rico, ¡ser muy rico!...

CLARA (*aparte*)

(De veras que este chico,
visto con buena voluntad, no es feo).
¡Ay Gustavo! El tener no importa nada.
Yo soy viuda... porque fuí casada;
mi marido tenía,
y me hizo, sin embargo, desgraciada.

GUSTAVO

Lo siento.

CLARA

Fué un bolsista acreditado,
de aplastada nariz, de sien enjuta,
de candidez astuta,
terrible variedad del hombre honrado;
mas cuando iba á empezar su vida honrada,
se murió de una fiebre mal curada.
¡Ah! perdonen los cielos
á aquella alma metálica y piadosa
que, al juzgarme capaz de cualquier cosa,
cayó en el prosaismo de los celos!

GUSTAVO

¡Qué aprensión!

CLARA

El ha muerto, pero al cabo
no ha de faltar quien consolarme pueda.
En amor y en política, Gustavo,

Digitized by Google

se muere un rey, pero la patria queda.
¡Adios! *(Aparte)*. (Veré si el Conde, como pienso,
siendo mío por fin, quiere ser rico,
antes que esté mi corazón propenso
á hacer con este chico
de expresiones de amor un gasto inmenso).

(En otro grupo).

ALEJO

Viéndoos todos los días,
por semanas os daré siete alegrías.

SIMONA

De celos, esa Tina del infierno
el corazón me abrasa.

ALEJO

¡Ay Simona!... ó Atalía, el tiempo pasa,
pero no pasa en vano.
En la vejez es menester pan tierno,
y el invierno se va, vuelve el verano,
y cuando éste da fin, vuelve el invierno.
Toma. *(Dándole la camelia)*.

SIMONA

¡Ay qué flor!...

ALEJO

Si Tina lo recela,
como tiene un humor tan iracundo...

SIMONA

No tengáis miedo; en cosas de este mundo
alcanzo tanto ya como mi abuela.

ALEJO

En cuanto aquel galán, tened presente
que me fastidia soberanamente.

SIMONA

El es tan bueno como vos ingrato.

ALEJO

Pues casaos con él.

SIMONA *(aparte)*

(¡Ay! de eso trato)

(En otro grupo)

CLARA

¿Conque sabéis amar?...

CONDE

Con fanatismo.

CLARA *(aparte)*

(Seré condesa; llevaré su nombre.
Y eso que está para casarse este hombre

mucho peor de lo que piensa él mismo.)

(En otro grupo.)

SIMONA

Señor Gustavo, aunque es una locura,
recordaros quisiera
que ocupada hace tiempo en mi ternura,
se me olvidó casarme, y soy soltera.

GUSTAVO

Gracias por la noticia.

SIMONA

Lo digo, no sin falta de malicia.

GUSTAVO

¿Una malicia?

SIMONA

Sí; y en su memoria
os regalo esta flor: tomad, mi gloria.

GUSTAVO (*con extrañeza al tomar la camelia*).

¡Calle! ¡Mi flor! ¿No es mi presente? El mismo.
¡Oh juego vil de la perfidia humana!
¡entró como el Guadiana en un abismo,
y volvió á salir de él como el Guadiana!

SIMONA (*aparte*)

(¿Luego ha dado esa flor á otra primero
y después vino á mí? ¡Mal caballero!)

Digitized by Google

GUSTAVO

A este golpe fatal de la experiencia,
todo el palacio de mis sueños cae.
Doy á aquélla una flor, y ésta la trae.
¡Esto enciende una luz en mi conciencia!

CLARA (*aparte, mirando al Conde*)

(Ya dió el Conde mi flor, más no me quejo).

CONDE (*mirando á Justina*)

(Ya no tiene Justina mi presente).

JUSTINA (*mirando á Alejo*)

(¿Y la flor que dí á Alejo?)

ALEJO (*mirando á Simona*)

(Simona dió mi flor. ¡Ah, delincuente!)

GUSTAVO (*á Clara, escondiendo la camelia*)

El presente que os dí corrió instantáneo
un largo derrotero subterráneo.
¿No es bien que—¡infame!—con razón os llame?
(*Le vuelve la espalda*)

CLARA (*haciendo que busca la camelia*).

Dejadme ver.... (¿Qué haré? No sé lo que haga).

(*Pasando rápidamente por el lado del Conde como buscando la camelia*).

Conde, sois un infame. (*Le vuelve la espalda*).
(*Aparte*). (Si se casa conmigo, me la paga).

CONDE (*haciendo también como que busca la flor*)

Sí, sí, dejadme ver... (No sé lo que hago.
Si me caso con ella, se la pago).
(A Justina.) Tina, por más que os ame,
os tengo que decir que he descubierto
que sois...

JUSTINA

¿Muy consecuente?

CONDE *(volviéndole la espalda).*

Muy infame.

JUSTINA *(aparte)*

Esto me irrita mucho, porque es cierto.
Más ¿quién será el traidor? Alejo ha sido.
(*A Alejo.*) ¡Infame seductor, me habéis vendido!
(*Le vuelve la espalda*).

ALEJO (*aparte*)

Son tan justas sus quejas,
que ya siento el rubor en las orejas.
Mas ¿quién me habrá vendido?
¿Si habrá sido Simona? Por si ha sido,
bueno es que en ella mi rencor derrame.
(*A Simona*). ¡Me habéis vendido, seductora infame!
(*Le vuelve la espalda*).

SIMONA

¿Yo una infame? ¡Qué escucho!
Oir esta verdad me duele mucho.
¿Qué extraño es que venganza al cielo clame?
¿Señor Gustavo?

Digitized by Google

GUSTAVO

¿Qué?

SIMONA

¡Sois un infame!

GUSTAVO

¿Qué escucho? Esto es para que el juicio pierda.
Mando una flor ufano
diciendo—gloria—por la diestra mano,
y—gloria—y flor me vuelven por la izquierda.
Luego un—infame—suelto,
¡y es como un eco á mis oidos vuelto!
¡La voz como la flor cruzó el abismo!

CLARA *(aparte, mirando al conde)*

(El conde es siempre el mismo).

CONDE *(mirando á Justina)*

(¿Quién me diera saber á qué persona?...)

JUSTINA *(mirando á Alejo)*

(Estoy de celos llena.)

ALEJO *(mirando á Simona)*

(¿A quién daría aquella flor Simona?)

SIMONA *(mirando á Gustavo)*

(¡Bribón!)

ALEJO *(mirando á Simona)*

(¡Bribona!)

Digitized by Google

JUSTINA (*mirando á Alejo*)

(¡Oh, qué bribón!)

CONDE (*mirando á Justina*)

(¡Bribona!)

CLARA (*mirando al Conde*)

(¡El Conde es un bribón!)

GUSTAVO (*mirando á Clara*)

(Clara no es buena.)

CLARA (*mirando al Conde*)

(¡Hombres falsos!)

(Conde mirando á Justina)

(¡Mujeres perniciosas!)

JUSTINA (*mirando á Alejo*)

(¡Miserable!)

ALEJO (*mirando á Simona*)

(¡Coqueta!)

SIMONA (*mirando á Gustavo*)

(¡Miserable!)

GUSTAVO (*reflexionando*)

¡Todo esto es un enigma indescifrable!
¡La vida es el misterio de las cosas!
Y, pues ama á los pérfidos tan poco,
aunque me llamen loco,

Digitized by Google

pondré en claro este arcano, porque, en suma,
más que al mismo huracán temo á la bruma.
(*A Clara*). ¿Y mi flor?

CLARA

Voy á ver... Se habrá perdido...

(*Haciendo como que la busca se acerca al Conde con disimulo*).

¿Conservaréis mi flor?

CONDE

¿La habrán robado?...
(*A Justina*). ¿Qué ha sido de mi flor?

JUSTINA

No sé que ha sido.
(*A Alejo*). ¿Y mi flor? ¿Y mi flor?

ALEJO

¡Ay, la he olvidado!...
(*A Simona*). ¿Tenéis ahí mi flor?

SIMONA

Sí, la he temido...
(*A Gustavo*). Devolvedme mi flor.

GUSTAVO

¿Quién os la ha dado?

SIMONA

Me la ha dado... no sé... se me ha olvidado.

GUSTAVO

¿Y quién os la ha pedido?

SIMONA

No sé... me la pidió... me la ha pedido...

GUSTAVO (*aparte*)

Voy á hacer otra prueba.
(*Dando la flor á Simona*). Tomad.

SIMONA

¡Gracias!

GUSTAVO (*aparte*)

(La flor de nuevo envío
para observar qué viento se la lleva.)

SIMONA (*despues de ocultar la camelia bajo el manto se la da á Alejo con disimulo*)

La camelia, bien mío.

GUSTAVO (*sin separar la vista de Simona*)

Pronto veré si sube como baja.

ALEJO (*á Justina*)

Mi bien, tomad la alhaja.

SIMONA (*aparte*)

¡Cómo mira! Es que ignora
que el que más mira menos ve...)

GUSTAVO (*aparte*)

(¡Traidora!

Digitized by Google

No te pierdo de vista.
Terco á esa flor la seguiré la pista).

JUSTINA

Tomad, conde, la flor.

CONDE

¿La flor? ¡Qué he oído!

JUSTINA

La tenía enredada en el vestido.

SIMONA (*mirando con disimulo á Gustavo*)

(Llegó, como celoso, al triste estado
de un hombre que, espiando, es espiado).

CONDE (*á Clara*)

Tomad la flor.

CLARA

Conde, ¡me maravillo!...

CONDE

La metí distraído en el bolsillo...

CLARA

¿Y la hallásteis al cabo?...
Muy bien, Conde, muy bien...

(*Mientras Gustavo permanece con la vista fija en Simona, Clara le coloca la camelia en la mano izquierda*).

Tomad, Gustavo.

GUSTAVO

(¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!)

SIMONA (*aparte*)

(Ya á Alejo contenté, ¡no es poca suerte!)

AJEJO (*aparte*)

(¡Ya sonríe la pícara Justina!)

JUSTINA (*aparte*)

(A ese tuno de Alejo,
si la flor no me vuelve, me lo dejo).

CONDE

(Pues es muy fiel, aunque es muy raro, Tina).

CLARA (*aparte*)

(Es, como todos, regular el Conde).

(*Se acerca á hablar con él*)

GUSTAVO (*reflexionando*)

La flor que fué, volvió. ¿Cómo?... ¿Por dónde?...

(*Vuelve á guardar con rabia la flor en el sombrero.*)

CLARA (*al Conde*)

¿Es decir que he de ser precisamente
poetisa ó Condesa?

CONDE

¿Poetisa decís? ¿Qué cosa es esa?

CLARA

Poetisa es casarse con Apolo,
buen mozo que toca como él solo.

CONDE

Pues escoged: al conde, ó al poeta.

CLARA

Entre él y vos ¿quién á dudar se atreve?
Yo soy una completa
filósofa del siglo diecinueve.

CONDE

Pues le voy á decir...

CLARA

¡Qué bobería!
yo le hablaré, pues soy quien le abandona.
Hablarle vos, podría
comprometer un poco mi persona.
¿No veis que eso sería,
como se dice hoy día,
dejar en descubierto á la corona?

GUSTAVO (*viendo acercarse á Clara*)

(Ella vuelve hacia aquí).

CLARA (*aparte*)

(¡Firme en la brecha!)

Digitized by Google

GUSTAVO (*á Clara*)

¡Podré saber por medio de qué arcano,
lo mismo que una flecha
volvió á su dueño por la izquierda mano
la misma flor que os dí por la derecha?

CLARA

¡Ah! ¿Conque fué, y volvió?...

GUSTAVO

Sí.

CLARA

¡Quién creyera
que un objeta robado así volviera!
La ida es natural, mas la venida...
Vamos, parece un sueño.

GUSTAVO

Llamadle una ilusión desvanecida.
¿Qué corriente esta flor volvió á su dueño...?

CLARA

¡Qué sé yo! La... corriente de la vida.
Decís bien; ¿quién creyera
que huyesen con tan rápida carrera
á hurtadillas las flores?
Aunque hay cosas mejores y peores
que dan de esa manera
al círculo social la vuelta entera.

GUSTAVO

Pero un don del amor...

Digitized by Google

CLARA

Precisamente
es el dar una flor, indiferente.

GUSTAVO

¡Una camelia, Clara, tan bonita!...

CLARA

Pero escasa de olores.
Dar una flor, aun al mayor tunante,
eso, ni da ni quita.
Tan solamente es símbolo el diamante
de los firmes amores.
Después de todo, joven estudiante,
al amor, el amante
es lo que al verso el ripio;
el amor, no el amado, es lo importante;
el príncipe no es nada ante un principio.

(*En otro grupo.*)

ALEJO (*á Simona*)

¡Cuidado! Si te encuentras oprimida
por un tropel de gente...

SIMONA

No hay cuidado, que yo toda mi vida
he tenido un pudor intransigente.
Sois un impertinente
en encargarme nada,
pues yo, naturalmente,
todo el tiempo que quiero soy honrada.

(*En otro grupo*)

CONDE

¡Tina, cuidado!...

JUSTINA

¡Inútil vigilancia!
No hay hombre que me siga;
que es tanta y tan terrible mi arrogancia,
que, como creen en Francia,
casi llevo un revólver en la liga.

CONDE

Cierto que nada á la bravura iguala
de esos ojos tan bellos,
aunque fulgura en ellos
todo el candor...

JUSTINA *(aparte)*

(De un tigre de Bengala).

(En otro grupo)

GUSTAVO

Pero ¡señor!...

CLARA

Todo eso es muy sencillo.
Cuando una flor las almas alboroza,
corriendo el mundo entero,
baja desde el castillo hasta la choza:
y, cambiando despues de derrotero,
con un allí te cojo, aquí te pillo,
sube desde la choza hasta el castillo.

Digitized by Google

GUSTAVO

Pero, Clara, ¿no os llena de horror santo
esa flor que volando va en secreto?...

CLARA

A mí no; ya me dió contra el espanto
mi madre, siendo niña, un amuleto.
Mas ¡qué idea!... ¿Queréis ganar dinero
con la flor que guardáis en el sombrero?...

GUSTAVO

¿Cómo?

CLARA

Escribiendo versos, y probando,
ya que sois tan profundo,
que hay cosas que volando, que volando,
de corazón en corazón pasando,
dan, en menos de un mes, la vuelta al mundo.

GUSTAVO

Pues, todavía comprender no puedo...

CLARA

¿No comprendéis la ida y la venida
del viaje de esa flor, que es un remedo
del misterioso viaje de la vida?

GUSTAVO

A hacer del mundo á la virtud juguete
mi honor y mi conciencia se rebelan.

CLARA

Pues debéis escribir un buen sainete,

Digitized by Google

que podéis titular: LAS FLORES VUELAN.

GUSTAVO

¿Llamáis sainete á esta feroz tragedia?

CLARA

Bien, sainete ó comedia.

GUSTAVO

Esta flor maldecida
que en la sombra escondida,
de mano en mano vuela arrebatada,
que se abisma comprada,
vuelve á surgir vendida,
y se vuelve á abismar, y reaparece,
más bien que una comedia, me parece
un pasaje de Job sobre la vida.

CLARA

¡Ahora sí que estoy de espanto llena!
Hablando de ese modo,
me parece que hacéis la última escena
de un drama en que el verdugo lo hace todo.

GUSTAVO

Viendo morir la luz de mis amores,
¿no he de perder la calma?
¿Son todas las mujeres cual las flores?

CLARA

Toda mujer es una flor con alma.

Digitized by Google

GUSTAVO

Si eso es verdad, señora, á Dios alabo
por no haber presentido estos horrores...

CLARA

Pues estas cosas las veréis, Gustavo,
en donde quiera que se críen flores.

(*En otro grupo*)

ALEJO (*á Justina*)

Venid con vuestro Alejo
á beber dos botellas de lo añejo.

JUSTINA

Mas...

ALEJO

¿No fiáis de mi bolsillo?

JUSTINA

Nada.
Mas tengo el mío. ¡*Allons*! Y cuidadito.

ALEJO

¿Tampoco confiáis en mí?...

JUSTINA

Tampoco;
pues, cual roban las aves
granito tras granito,
los hombres, muy süaves, muy süaves,
nos roban el candor poquito á poco.
(*Se entran al salón de baile. El Conde se pasea*)

ESCENA III

Dichos, menos ALEJÓ y JUSTINA

CLARA

Pues, decía, que el Conde hace una hora
me ha dicho, oliendo á ponche, que me adora...

GUSTAVO

¿Qué me decís, señora?...

CLARA

Y que está por mí muerto
hace ya muchos años, y por cierto
que era entonces tan viejo como ahora.

GUSTAVO

Eso es darme á entender que yo desista...

CLARA

Tened calma. No sé si os he contado
que mi esposo el bolsista,
en títulos y en casas me ha dejado
una inmensa riqueza;
deuda del personal, consolidado...
pero entre tantos títulos, no he hallado
ni un título siquiera de nobleza.

Digitized by Google

GUSTAVO

Mas ¿qué tiene que ver mi pecho amante?...

CLARA

Bien; dicho esto, pasemos adelante.

GUSTAVO (*aparte*)

(¡Mi desgracia es completa!)

CONDE (*aparte*)

(¡Desbancarme un poeta!
¡un ser de utilidad desconocida!)

CLARA

Como soy bien nacida,
que he debido escuchar, bien se os alcanza,
de varios y de vos, enternecida,
dos mentiras:—amar sin esperanza—
y—estar desesperados de la vida!—

GUSTAVO

¿Dos mentiras? ¡Qué escucho!
¿Creéis que mi amor rendido?...

CLARA

¡Ah! sí ¡el amor! Lo he conocido mucho,
cuando aun no conocía á mi marido.

GUSTAVO

Pero, señora...

CLARA

Acabaré la historia.

GUSTAVO

Vos, sin duda, perdísteis la memoria...

CLARA

Tal vez lo que decís es verdadero:
padecí de unas toses muy nerviosas,
y creo desde entonces, caballero,
que tengo en la cabeza un agujero
por el cual se me pierden muchas cosas.

GUSTAVO

Pero ¿no recordáis que el otro día?...

CLARA

¿Dije alguna locura?

GUSTAVO

¿Locura? yo creía...

CLARA

Pero ¿quién cree esas cosas, criatura?

GUSTAVO (*aparte*)

(Su frialdad me aterra.
¡Despues de abrirme el cielo, me lo cierra!)

CLARA

Lo que os juro, y os juro suspirando,

Digitized by Google

que mientras por la noche esté velando,
y mi esposo roncando
con un sueño completo y concienzudo,
lleno, muy lleno de dolor agudo,
vuestros castos y dulces madrigales
recordará mi pensamiento loco...
porque siempre en los lechos conyugales,
cuando uno duerme bien, duerme otro poco.

GUSTAVO

¡Yo, imbécil, que creía
que ha de morir el que ama
por su Dios, por su rey y por su dama!

CLARA

¿Morirse por todo eso? ¡qué simpleza!

GUSTAVO

¿Qué queréis? ¡no sé amar sin poesía!

CLARA

Si un médico os oyese, os echaría
chorros de agua bien fresca en la cabeza.

GUSTAVO (*indignado*)

Pues, señora bolsista...

CLARA

Precisamente la cuestión es esa;
por eso me decido por el Conde;
por eso voy á donde
me llamen—mi señora la Condesa.

GUSTAVO

Pues vaya usted con Dios

CLARA (*haciéndole una cortesía*)

Hasta la vista.

GUSTAVO (*aparte*).

(¡Ser gran señora! La cuestión es esa.)

CONDE (*aparte, cogiendo del brazo á Clara*)

Ya soy rico. ¡He triunfado!

CLARA (*aparte*)

(¡Gracias á Dios! Por fin seré Condesa.
Es viejo, pero está mal conservado.)

(*Entran en el salón de baile Clara y el Conde*)

ESCENA IV

GUSTAVO.—SIMONA

SIMONA

Vengo á hablaros, Gustavo.

GUSTAVO

Hablad, Simona.

SIMONA

¿Me tenéis por amiga?

Digitized by Google

GUSTAVO

Y por patrona.

SIMONA

Es igual nuestra suerte.

GUSTAVO

¿Cómo igual?

SIMONA

Porque el que escribe ó plancha...

GUSTAVO

Es verdad, es verdad, se quema ó mancha.

SIMONA

Y el débil se hace infame.

GUSTAVO

Y grande el fuerte.

SIMONA

He pensado una cosa.
No quiero callar más; yo soy muy llana.
¿Me queréis por esposa?

GUSTAVO

Yo soy muy llano; no, beata hermosa.

SIMONA

¿Y por qué?

GUSTAVO

Porque no me da la gana.

SIMONA

¿Pero es verdad, Gustavo?

GUSTAVO

Sí, Simona.
No os quiero por mujer, ni por patrona.

SIMONA

¡Se muda de mi casa, y no se casa!

GUSTAVO

No me caso, y me mudo de su casa.

SIMONA

Pues debíais casaros.

GUSTAVO

Con la gloria.

SIMONA

¿Y quién es esa joven!

GUSTAVO

Una vieja.

SIMONA

Rica, ¿es verdad?

Digitized by Google

GUSTAVO

Tanto, patrona mía,
que estropeais sin piedad la ortografía,
que toda su familia de inmortales
va poblando, al morir, los hospitales.

SIMONA

Tendríais en mis manos un apoyo.

GUSTAVO

No quiero depender de vuestra plancha.

SIMONA

¿Dónde os mudáis?

GUSTAVO

Al medio del arroyo.

SIMONA

Muy buena casa.

GUSTAVO

Al menos es bien ancha.

SIMONA (*aparte*)

(Otro chasco, ¡por vida!...
Este golpe me ha herido como un rayo.
¿Me desmayo?... No, no; no me desmayo,
pues tengo una galop comprometida.)

(*Se dirige al salón de baile*).

Digitized by Google

GUSTAVO

Metedme en un pañuelo el equipaje.

SIMONA

Cuando vuelva á mi casa. ¡Adios!

GUSTAVO

¡Buen viaje!

ESCENA V

GUSTAVO.—Grupos de máscaras.—Después CLARA.

GUSTAVO

¡Otra ilusión perdida!
¡Suerte común de grandes y pequeños!
¡Siempre que el viento sopla en nuestra vida,
va, más que nubes, arrastrando sueños!
Ya, sin amor ni protección alguna,
¿qué puedo hacer, Dios mío?
¿Espero con tu ayuda la fortuna,
ó busco el medio de tirarme al río?
(*Empiezan á atropellarle las parejas bailando*).
¡Cuánto feliz bailando!
Es que les pesa la conciencia poco.
Faltando aquí al undécimo, estorbando,
¿serán ellos los cuerdos y yo el loco?
Maldigo los placeres
de este hormiguero de hombres y mujeres;
pues siendo engañadores y engañados,

Digitized by Google

verdugos hoy, y mártires mañana,
lo mismo que mi flor van arrastrados
por el abismo de la vida humana.

(Le vuelven á atropellar las parejas).

De aquí me va á arrojar, si no me quito,
el remolino eterno
de este baile maldito,
feliz respiradero del infierno;
donde, de gloria y de virtud exentos,
confundiendo traidores y traidoras
los falsos juramentos
de efímeros amores,
en rauda confusión, vuelan las horas,
los juegos, las mentiras, los alientos,
los requiebros, las risas y las flores.

(Se aumenta la confusión del baile con una galop infernal).

Pues aunque vea la virtud negada,
y la gloria vendida,
sin gloria ni virtud, no diera nada
por el mejor destino de la vida.
¡Sí! Buscaré con incesante anhelo
la virtud y la gloria,
dedicando mi vida á la memoria
de mi madre infeliz que está en el cielo.
¡Sol de la gloria!...

UN GRUPO DE MÁSCARAS

¡Atrás!

Digitize

GUSTAVO

¡Por tí me abraso!
¡Oh virtud!.

OTRO GRUPO

¡Paso!

GUSTAVO

He de decirlo...

OTRO GRUPO

¡Paso!

GUSTAVO

Aunque me arrolle la ciudad entera...

OTRO GRUPO

¡Apartarse!

OTRO

¡Apartarse!

OTRO

¡Fuera!

OTRO

¡Fuera!

GUSTAVO

Señores, poco á poco.

UNO

¡Es un loco!

Digitized by Google

OTRO

¡Es un loco!

GUSTAVO

¡Eso no es cierto!

OTRO

¡Es un loco!

GUSTAVO

¡Mentira!

(Gustavo dando vueltas arremolinado por las máscaras, es echado á empujones de la escena en medio de una gritería general.)

CLARA (*saliendo del salón*)

¡No es un loco!

¡Es San Juan predicando en el desierto!...

(Risa general)

CAE EL TELÓN

FIN DEL POEMA DRAMATICO

EL TROMPO Y LA MUÑECA

POEMA EN UN CANTO

Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós

I

Que no quiero te digo.
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo
el que ya de su edad perdió la cuenta?
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta
de Catón el austero
que aprendía á bailar á los sesenta?
Te digo que no quiero, y que no quiero.

II

¡Salud, salud, memorias candorosas
de mi antigua inocencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! ¡Grandes cosas!

Digitized by Google

¡Las más grandes tal vez de la existencia!
¡Oh memoria feliz de mi pasado!
¡Tu trompo, niño hermoso, me convida
á recordar, de pena traspasado,
los muchos seres que en la tierra he amado
y que sólo he de ver en la otra vida!

III

Pues, como iba diciendo,
guarda ese trompo, niño, porque entiendo
que lo que vale un trompo bien guardado
lo has de saber mañana,
después que haya pasado
el tiempo que echarás por la ventana.
Ya verás, ya verás bien claramente
que es sólo afortunado
el hombre que, inocente,
procura en lo pasado
encontrar la razón de lo presente.
Y, por si no lo crees, oye una historia
que, á más de cuarenta años de distancia,
aun trae á mi memoria
así como un recuerdo de mi infancia.
Tan sólo temo que, de juicio falto,
me oigas hablar sin atención alguna.
¿Qué escucharás? Pues bien, ponte más alto:
Súbete á mis rodillas: ¡á la una!...
¡á las dos!... ¡á las tres!... ¡á las...! ¡buen salto!
¡Estos niños son ángeles traviesos
que en vez de tener alas tienen huesos!
¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,
por subir al regazo que adoraba
de mi madre ó mi abuela,
no saltaba, volaba,

pues todo el mundo sabe
que la niñez, ligera como un ave,
cuando anda, salta, y cuando salta, vuela!

IV

Conque empiezo mi historia, y oye atento:
—Sin la sonrisa de sus buenos días,
Alicia, la heroína de mi cuento,
con la hiel de su propio pensamiento
se ocupa en amargar sus alegrías.
Y conforme es mayor su desconsuelo,
más en la fe de su ilusión se aferra,
pues ella es de esas almas que, en su vuelo,
en vez de gravitar hacia la tierra,
parece que gravitan hacia el cielo.
Fué Alicia el pasmo de la villa toda
cuando era yo muy joven todavía,
y recuerdo que un día
puso en Madrid las pálidas en moda.
Mas ¡ay! tuvo un marido
que, aunque no la olvidó, la echó en olvido.
Casada de los pies á la cabeza,
quiso á su esposo con ardor profundo,
y pagó, como muchas, en el mundo
horas de amor con siglos de tristeza.

V

De esta madre infeliz es el tesoro
una niña pequeña,
á cuya cara, por demás risueña,
sirven de marco unos cabellos de oro.
Cara infantil, trasunto de los cielos,

Digitized by Google

donde lucir se ven tres maravillas,
pues tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,
uno en la barba y dos en las mejillas.
Mejillas ruburosas
que hacen pensar con júbilo á la gente
que, el que las tiene, come solamente,
como la Venus de Schiavone, rosas.
Y á riesgo de espantar doctos oídos,
añado que Rebeca, sin disputa,
aunque tiene siete años no cumplidos,
es, como un viejo cardenal, astuta.
Calcula por los dedos de la mano;
no hay fábula moral que ella no entienda;
y hasta sabe que un niño, que es su hermano,
se lo compró su madre en una tienda.
Y contando además cuentos extraños
con voz que es una música inefable
(porque no hay sinfonía comparable
al son de una alegría de siete años),
disipa enternecida
de su madre las penas.
¡Toda niña, al nacer, trae aprendida
la canción que cantaban las sirenas!

VI

Cuando Alicia, la madre sin ventura,
vió amontonarse sobre su alma pura
engaños sobre engaños,
se resignó á morir sin calentura,
que es la muerte senil á los treinta años.
Tendida sobre el lecho,
al siniestro fulgor de una luz mate
que oscila en la pared y alumbra el techo,
de Alicia el corazón con ansia late,

cual si fuera á saltársele del pecho.
Teniendo en su cabeza de esqueleto
una gorra de loca,
y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,
se sonríe la infiel con media boca,
dudando entre la burla y el respeto.
¿No es verdad, niño hermoso,
que el hecho escandaliza?
No temas el ejemplo. Eso horroriza,
y aquello que da horror no es peligroso.

VII

Ya he dicho en otra parte, y lo repito,
que si no se halla el corazón contrito,
toda la humana ciencia es cosa poca
para templar el ansia de una boca
abrasada con sed de lo infinito.
Y así, como es tan vano
cuando no hay fe, todo consuelo humano,
el corazón de Alicia, de ira lleno,
como un puñal indiano
empapó su mirada de veneno,
y con un gesto frío de amargura,
con ojos fijos y los labios mudos,
despidió al pobre cura
haciéndole el menor de los saludos.
Y el sacerdote, el corazón sintiendo
traspasado con flechas de ironía,
de la alcoba saliendo,
la frente señaló como diciendo:
—Por allí no anda el juicio todavía—
Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte
los ojos apartó de un Crucifijo,
y, resignada á su implacable suerte,

Digitized by Google

con más suspiros que palabras dijo:
—¡Marchemos al encuentro de la muerte!—
¡Oh, Alicia sin ventura,
á qué terrible estado
la arrastró el ideal de su ternura!
¡Bien dice la Escritura
que la muerte es la pena del pecado!

VIII

Mas ¡oh resurrección inesperada!
Pero, antes que de Alicia cuente nada,
te diré que Rebeca
heredó de su madre una muñeca,
y que, haciendo con ella de persona,
crece, piensa, compara y reflexiona;
muñeca, en fin, para lo cual cosía
un traje cada día,
y á quien daba á comer un guiso nuevo
en unas tazas que la niña hacía
de unos trozos de cáscara de huevo;
¡guisos y tazas ¡ay! que aun son mi encanto,
pues me hacen recordar, bañado en llanto,
ciertas tortas de pan que ella amasaba,
y que, feliz cual yo, me regalaba
mi nodriza en los días de mi santo!
¿Por qué, por qué nunca echará en olvido
memorias tan dichosas
mi espíritu, ya medio sumergido
en esa paz inmensa de las cosas?

IX

Mas yo el hilo perdí de nuestro cuento.

¿Estábamos?... Es cierto; en el momento
en que, hablando de Alicia á la muñeca
con su voz argentina,
iba muy pronto á parecer Rebeca
Cicerón flagelando á Catilina
Pues al morir la madre, tristemente
habla la niña á su muñeca, enfrente
de un espejo tan claro como extenso,
que recuerda, por limpio y por lo inmenso,
los tiempos fabulosos del Oriente:
y merced á un reflejo
de la pálida luz que da en Rebeca,
le enseña á Alicia en ideal bosquejo
la imagen de la niña y la muñeca
el ángulo visual en el espejo;
y como ya Rebeca comprendía
si su madre creía ó no creía
(pues las niñas curiosas
tienen noticias ciertas,
y aprenden muchas cosas
cuando andan escuchando por las puertas),
con labio purpurino,
meciendo á su muñeca, le decía:
—¡Pide al cielo, hija mía,
que Dios vuelva á mi madre al buen camino!—
¿Te burlas del candor de la inocente?
Yo también, niño mío,
viendo á Rebeca hablar tan seriamente,
teniendo ganas de llorar, me río.

X

Mientras la niña, del espejo enfrente,
esta infantil catilinaria dice,
la madre, de reojo, dulcemente

Digitized by Google

la mira, la acaricia y la bendice;
y recordando en el momento mismo
que vió algún día cual fulgente estrella,
en el espejo aquel la niña aquella
antes de ir á la pila del bautismo,
recobrando el candor de la existencia,
se enternece, suspira,
y, admirada de ver tanta inocencia,
manda un beso al espejo en que la mira;
y las cosas más tiernas y sencillas
de sus días primeros recordando,
de aquel cuadro infantil saltan, volando,
recuerdos, como alegres avecillas;
y pensando en su madre llora, y luego
al calor de sus días de inocencia
se ablanda poco á poco su conciencia
cual cede el hierro de la fragua al fuego.
Y, puesta sobre el lecho de rodillas,
gritando con fervor—¡perdón, Dios mío!—
su frente se empapó de un sudor frío
que resbaló después por sus mejillas.
Y al ver que, ya sensible á sus deberes,
Alicia mira al cielo,
la niña, que, cual todas las mujeres,
sabe á fondo la ciencia del consuelo,
la abraza alborozada,
y, á su madre abrazada,
Rebeca parecía
un ángel que, radiante de alegría,
presenta á Dios un alma extraviada.

XI

¡Lo que son los destinos!
De Alicia, descreída y virtuosa,

la muñeca fué el hada misteriosa
que á sus pasos abrió santos caminos;
pues por ella al final de su existencia,
con la bondad del alma de una santa,
juntando el buen humor á la inocencia,
y uniendo lo que alegra á lo que encanta,
vovió á beber las aguas cristalinas,
dela inocencia de la edad primera,
lomismo que se van las golondrinas
á buscar una nueva primavera;
y satisfecha ya, fué Dios su guía;
y ya inocente recobró la calma;
que es la inocencia la salud del alma,
y es la salud del cuerpo la alegría.
y olvidando sus males,
volvió á reconquistar desde aquel día
la religión, la gracia y la energía,
potencias invencibles é inmortales;
y recordando con filial ternura
los dioses lares de su hogar paterno,
tornó Alicia á adorar con alma pura
al Ser vivo, absoluto, uno y eterno,
fe, esperanza, verdad, bien y hermosura.

XII

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
cuán útil puede ser á la conciencia
un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No ves, por experiencia,
que un juguete infantil desenterrado
puede ser una ciencia
que enseñe á desandar lo mal andado,
y á recordar los días de inocencia
uniendo lo presente á lo pasado?

Digitized by Google

¡Ya ves cómo á toda alma descreída
del alto cielo la clemencia alcanza,
y que, en trompo ó muñeca convertida,
en todos los naufragios de la vida
echa el cielo el tablón de una esperanza!
¡Ya ves cómo un juguete que se deja
y que á encontrar se vuelve casualmente,
hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,
torne á ser inocente
y que, pensando ya cómo refleja
sus objetos el agua de la fuente,
con sus sentidos y potencias todas,
turbios los ojos y las manos secas,
toma el pretexto de ensayar las modas
para jugar, ya anciana, á las muñecas;
y al olvidar sus muchos desengaños,
aunque vieja, muy vieja,
viviendo se asemeja
á una niña, muy niña, de cien años!
¡Saber envejecer! Esta es la ciencia
que yo con más ardor al cielo pido,
ahora que se extingue mi existencia
primero entre las brumas de la ausencia,
y después en la noche del olvido!
¡La fe en la ancianidad, son los favores
que pedirán al cielo tus dolores
cuando hayas aprendido
en tu vida precaria
que, á más de un receptáculo de horrores,
la tierra es una tumba solitaria
sobre la cual derrama sus fulgores
el sol como una antorcha funeraria!

Digitized

XIII

Pero ¡ay! olvida, olvida
este final tan lúgubre y sangriento,
que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,
que es un gran mal el conocer la vida.—
Y pues llegó á su término mi cuento,
aunque es, por su fortuna,
poco menos que ocioso
aconsejar al que, cual tú, dichoso
la ciencia y la virtud halló en su cuna,
oye un consejo y deja que te abrace:
sé leal á la gloria de tu nombre,
pues la mayor traición es ser el hombre
desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta historia,
y guardando ese trompo y siendo bueno,
seguirás por la senda de la gloria
que te trazó con su inmortal memoria
tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).
Aprende bien que *obliga la nobleza*,
y Dios te lo demande
si no imitas con ciencia y con firmeza
la rectitud, la gloria y la entereza
de aquel á quien su patria le hizo grande
y que fué superior á su grandeza.

XIV

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!
Toma un beso, y adios, que estoy de prisa;
que dure eternamente en tu semblante

(1) D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.

Digitized by Google

la bella obstinación de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
ruego al cielo que, alegre y sin hastío,
no tengas que llorar, como yo lloro,
penas sin causa en horas de vacío;
y que las Parcas hilen, hijo mío,
el hilo de tu vida en husos de oro!

FIN

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS

POEMA EN UN CANTO

A mi buen amigo el profundo filósofo

DON URBANO GONZÁLEZ SERRANO

I

¡Musa viril de la Epopeya, canto
aquella acción tristísima en que vino
á ser de niño el héroe de Lepanto
un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varón que siendo espanto
del turco, el holandés y el argelino,
en la historia aprendió de unas manzanas
la caridad y la virtud cristianas!

II

¡Canto también al héroe que de horrores
fué la Europa y el Africa llenando,
hasta que, harto de goces y de honores,

Digitized by Google

la tristeza de Tito halló en el mando;
al que la suerte, incierta en sus favores,
le hizo saber por fin, el tiempo andando,
cómo puede parar un campesino
al conductor del carro del destino!

III

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura
que siempre el que honra á un pobre sale honrado,
y que son la ventura ó desventura
reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
por tu gran corazón iluminado,
que no siempre da dicha la victoria,
que es la virtud más grande que la gloria!

IV

Muy niño aun, descalzo y sin montera,
subió á robar manzanas á un manzano,
don Juan de Austria: era un alma aventurera,
y el mundo es un festín para el milano.
Se ignora de él en la comarca entera
que es hijo de su excelso soberano.
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V

El mismo Emperador con extrañeza
ve que, en cuanto á perales y manzanos,
los esquilma Don Juan con la destreza
que envidiaría un jugador de manos.

Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
de incógnito por cumbres y por llanos,
vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI

El hijo natural del padre augusto,
convirtiendo el manzano en su despensa,
comía las manzanas con un gusto
que denotaba una salud inmensa.
—«Siete veces al día peca el justo»,—
disculpando á Don Juan, Don Carlos piensa.
—«Siete veces... siguió en su pensamiento,
«menos justos cual yo, que pecan ciento.»—

VII

Lo ve también el dueño del manzano,
y le arroja á Don Juan tales pedradas,
que hace correr hasta el lugar cercano
á un rebaño de cabras asustadas.
Al verlo, grita el Rey:—«Basta, villano.»—
¡Cómo! diréis, ¿en épocas pasadas
á un príncipe apedrea un campesino?
Así pasó. Cuestión: ¿qué es el destino?

VIII

Del árbol baja al fin sin escalera
Don Juan, ve al Rey, y sin dudar escapa,
y por correr, cruzando la pradera
deja al pie del manzano gorra y capa.
Huyendo así aquel héroe, que aun no lo era,

un resfriado de cabeza atrapa.
Es la misma canción y el mismo cuento:
siempre en guerra la dicha y el talento.

IX

Corre Don Juan, é infiel á su destino
de héroe futuro y noble caballero,
se agazapa en la acequia de un molino,
del cual quisiera ser el molinero.
Viendo huir á Don Juan, el campesino
«¡cobarde!»—le gritó; después «¡ratero!»—
Y al Rey «¿quién eres?»—preguntó el vasallo,
lanzando aquí la interjección que callo.

X

Con la altivez de un hijo de la luna
el rey le contestó: «¡Carlos de Gante!»
—«Y ese niño, ¿quién es?»—«De noble cuna»,
le replicó ya el Rey, de mal talante.
—«Pues tú responderás con tu fortuna
de ese ladrón con trazas de estudiante.»
—«Bien hecho, piensa el Rey, es un malvado
el que tala la mies que no ha sembrado.»

XI

Cual buen patán cree el labrador artero
que el Rey es algún pillo disfrazado
que lleva en la cabeza por sombrero
un tubo más ó menos prolongado.
El destino es muy poco caballero,
y aquel jayán, tan ciego como el hado,

al más grande y más bravo de los reyes
lo encerró en el establo de unos bueyes.

XII

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,
por no ser conocido, aprisionado!
¡Oh golpes imprevistos del destino!
¿De dónde arrancará lo inesperado?
Pensó el Rey corromper al campesino,
mas no halló en su bolsillo ni un ducado,
y por primera vez vió el caballero
que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

XII

—«Irás ante el alcalde de Plasencia»,—
el labrador con furia le decía;
y, según el temblor de su conciencia,
el pobre Emperador se lo creía,
pues sabía muy bien por su experiencia
de Villalar, de Roma y de Pavía,
que, ante la innoble realidad del hecho,
la fuerza, aunque brutal, vence al derecho.

XIV

Y ni pudo matar á aquel pechero,
porque el día anterior el Soberano
pensando en poner fuego al mundo entero
cayó un candil, y se quemó una mano;
no lo mató por eso, aunque altanero,
«¡Villano!»—dijo y repitió:—¡Villano!»
¡Justo es, gran Rey, que sufras, y recuerdes

Digitized by Google

el cuento de las uvas que están verdes!

XV

¡Poder de la justicia! El Rey temía
ser llevado al alcalde de Plasencia,
pues siempre en su alma fué, como en la mía,
su genio y su defecto la prudencia.
Detenido tres horas aquel día,
tres ovillos gastó de su paciencia
el hombre á quien, humildes hasta entonces,
adulaban los mármoles y bronces.

XVI

Y ¡pobre Rey! su corazón devora
el dolor más atroz de los dolores,
porque lo ve humillado una pastora
que mantiene carneros con las flores.
Y ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora
viendo de ella los ojos tentadores,
pues el Rey en victorias y en mujeres
tiene un alma glotona de placeres.

XVII

Después quiso el destino caprichoso
que con hambre voraz y escasa ropa
pasase por allí *Roque el leproso*,
que iba al convento á demandar la sopa.
Y hablando al labrador, que está furioso,
pide perdón para el señor de Europa
quien no tiene en verano ni en invierno
el gusto de saber lo que es pan tierno.

XVIII

¿Librar un pordiosero á un poderoso?
He aquí, lectores míos, realizado
el cuento, para muchos fabuloso,
del ratón y el león aprisionado.
Libró al emperador *Roque el leproso*,
porque aquél una vez desde un terrado
un mendrugo le echó de pan moreno
de trigo malo y de peor centeno.

XIX

Roque el leproso convenció al villano
de que una buena acción trae buena suerte;
que la mujer, el niño y el anciano
son tres seres sagrados para el fuerte:
sin saber que era el viejo un soberano,
pintó con tal fervor su mala suerte,
que hizo á todos llorar *Roque el leproso*:
y es que el bien, como el mal, es contagioso.

XX

Y aunque un juez necesita de un culpable,
desarruga el labriego el entrecejo,
y después de llamarle—«¡miserable!» —
olvidando al muchacho, suelta al viejo.
Humilde el Rey y el labrador afable,
de la Biblia adoptaron el consejo:
al rico no abusar de su opulencia,
y al pobre ser sublime en la paciencia.

Digitized by Google

XXI

Libre ya el Rey, sólo pensó de veras,
por padecer de gota y otros males,
en sentarse en su silla de caderas
que *no valdría en venta cuatro reales.*
Y no sintiendo ya las borracheras
del licor de los sueños inmortales,
dijo tocando con la barba al pecho:
—«Todo cuanto hace Dios está bien hecho.»—

XXII

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento
al extinguirse el sol en Occidente,
y va sus penas confiando al viento,
que se queja, como él, eternamente.
Al verle dirigirse hacia el convento,
—«¡buen viaje, Majestad!»—dice la gente.
--«¡Gracias, gracias!» Don Carlos repetía,
y—«¡buena está mi Majestad!»—decía.

XXIII

En España no hay cólera durable;
y siendo algo español el gran Tudesco,
ya al morir aquel día interminable
se le templó la rabia con el fresco.
Y al fin de esta odisea memorable
confesó con candor caballeresco:
¡Que la ley es más fuerte que la espada;
que es todo la virtud, la gloria nada!

FIN

LOS AMORES EN LA LUNA

—

POEMA EN TRES CANTOS

DEDICADO

AL SEÑOR DON MANUEL DEL PALACIO

INSIGNE POETA

CANTO PRIMERO

I

No hay dicha en este mundo: he aquí un gran tema
para escribir, como escribir confío,
un poema que, triste por ser mío,
será más bien un sueño que un poema.

II

Doña Isabel de Portugal, esposa
del rey y emperador Carlos Primero,
miraba al rey, su primo y compañero,
con ojos que veían otra cosa;
y es que, aunque fiel casada,

Digitized by Google

siempre fija en el cielo la mirada,
á través de un gentil sonambulismo
se juzga de Lombay enamorada
(y amar, ó creer amar, todo es lo mismo);
y, cada vez que su extravío nota,
más que amante, devota,
con conciencia intranquila,
haciendo cruces la inocente, agota
toda el agua bendita de la pila.
¡Oh virtud adorable
que se cree abominable
porque ama á un ser en la región del viento!
Que me conteste el juez más implacable:
¿Es crimen ser infiel de pensamiento?

III

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
hacer saber una pasión que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
que amó con la pasión más tormentosa,
y amó porque, al pasar por no sé dónde,
le dijo no sé quien no sé qué cosa;
y sé de otra también, que aunque pedía
por la noche á los ángeles consejo
para ser buena en el siguiente día,
se hacía amar con tan discreto modo
que, aunque nada á su amante le decía,
tan sólo con fruncir el entrecejo
se lo contaba, sin embargo, todo;
y es porque sabe el alma enamorada,
mejor que muchos sabios,

cuánto nos dicen, sin hablarnos nada,
un dedo que se aplica á ciertos labios,
una palabra, un gesto, una mirada.

IV

No hay cosa más común en los amores
que esos vagos ardores
que nuestras almas llenan
de unas locas visiones que envenenan,
así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujeres veo
que del amor padecen el martirio,
y que, adorando á un hombre con delirio,
no han llegado jamás ni aun al deseo;
castas mujeres que en secreto adoran
y que son adoradas sin medida,
y que á veces también, aunque lo ignoran,
son la oculta novela de otra vida!
¡Oh Dios! ¡Cuánta alma buena
con la mirada llena
de sueños y horizontes interiores,
como carga importuna
sacude de la tierra los dolores,
y luego en busca de mejor fortuna,
va soñando al país de los amores!...
¿Dónde está ese país?—¿Dónde? En la luna.

V

Al marqués de Lombay, noble, severo,
de hombres envidia y de mujeres gozo,
la Reina le llamaba el «caballero»;
las damas le decían «el buen mozo».

Digitized by Google

A este insigne varón, después que le hizo
paje de honor la infanta Catalina,
por una gran razón que se adivina,
la Reina le nombró caballerizo;
y por fin, el buen mozo y caballero
(que á Santo llegó un día),
que marqués de Lombay siendo primero
fué después cuarto duque de Gandía,
gozando de la Reina la privanza
(sin la promesa real de dicha alguna),
vivió en eterno estado de esperanza,
que es vivir en un valle de la luna.

VI

¡Cuántos nobles amores,
llenos de ansias y celos,
sin tocar en las puntas de las flores,
en el azul se mecen de los cielos;
amores que, aunque son de pensamiento,
embargan por entero nuestra vida,
y que, al morir nosotros, en el viento
se pierden como música no oída!

VII

Y tú, lector querido,
¿no has conocido alguna
que, aunque fiel en la tierra á su marido,
ama á otro hombre fantástico en la luna?
De este modo la Reina, embebecida,
cruzando en ilusión los cuatro vientos,
un columpio formó de pensamientos
y en ellos se meció toda su vida;

y así tan sólo á comprender alcanza
el alma más severa
cómo puede un amor sin esperanza
llenar de dicha una existencia entera.

VIII

Pero pregunta una mujer curiosa:
—Siendo infiel en los astros á su dueño
la grande Emperatriz y noble esposa,
¿No era culpable?—Sí—¿De qué?—De un sueño.—
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas
suelen amar contra su mismo intento
porque en ciertas alianzas caprichosas,
acaso con su propio sentimiento
se confunde el aliento
misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuantas vírgenes piadosas,
en un rapto de amor calenturiento,
sin restricción alguna
se van á amar sobre lo azul del viento,
porque tiene en los valles de la luna
su derecho de asilo el pensamiento!

IX

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(terrible como todas las verdades)
que un corazón sensible,
para huir de las frías realidades,
convirtiendo en posible lo imposible,
conducido por mano de las hadas
se tenga que escapar de lo invisible
por las obscuras puertas entornadas!

Digitized by Google

X

¡Oh sueños del amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algún amante?
Oid de esta pasión la eterna historia:
se llega á ver á un ser un solo instante
y después va empezando aquel semblante
á flotar vagamente eu la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
—Sí.—¿Quien es?—Una sombra encantadora
que, cruzando más rápida que un ave,
pasa, mira, nos ciega, se enamora;
la vamos á seguir, y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Que hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO.

I

¿No estáis, lectores míos, admirados
de ver, ora en ausencia, ora en presencia,
lo mucho que interviene en la existencia
la diosa de los mundos encantados?

II

Oid por boca del amor más tierno
el placer infinito que se siente
en la interior visión del mundo externo.
A una niña inocente
—¿Te aburres, dí?—su madre le decía;
y la niña risueña respondía:
—No, madre; me distraigo interiormente.—
¡Modelo de los que aman sin medida,
la niña, interiormente distraída!
Como ella, fantaseando hechos y cosas,
entretienen mil almas virtuosas
este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh ilusión adorable,
hija del cielo y de la dicha hermana!
A no ser por tu magia soberana,
nos mataría el tedio inexorable,
eterno fondo de la vida humana.

Digitized by Google

III

Pero mi mente, como todas, vuela,
y de la grande Emperatriz se olvida;
y así, dejando á un lado la novela,
volvamos á la historia de su vida.

IV

La emperatriz, hacia los treinta abriles,
tenía una belleza incomparable.
Yo ví en un medallón sus dos perfiles,
y la encontré dos veces admirable.
Aquel rostro tan bello
que á sus Venus después puso el Ticiano,
lo rodeaban con gusto soberano
dos matas abundantes de cabello;
y á su augusta altivez poniendo el sello,
las gasas de su gola y de su mano,
sus mangas blancas y su enhiesto cuello
le daban un aspecto puritano.

V

Aunque la Reina-Emperatriz, prudente,
detesta cordialmente
el amor que se acerca demasiado,
ansía, estando de Lombay ausente,
corrientes de suspiros de aquel lado;
y hasta cuenta la fama
que, sin hacer á su pudor agravios,
viendo unido á Lombay con otra dama,
triste ocultó la Emperatriz su llama,

Digitized by Google

dijo «¡mejor!» y se mordió los labios.
Pero, aunque ausente, y además casado,
enpensar en Lombay su alma se aferra,
y con gentil cuidado,
soñando en el ausente idolatrado,
para verlo mejor los ojos cierra,
y tiene así, de su deber al lado,
el alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI

Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente?
Cuando se ama en extremo, es lo ordinario
ser un poco demente, y más que un poco,
pues siempre fué y ha sido necesario
para ser muy feliz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinario,
mientras se postra ante ella el mundo entero,
la Emperatriz con culto verdadero
se arrodilla ante un ser imaginario.
Mas, salvando el honor de su marido,
siempre el amor con el pudor hermana,
y así vive, aunque infiel la Soberana
con la conciencia del deber cumplido;
y nunca de la altiva castellana
puede ser el secreto comprendido,
pues sólo antes que alumbre la mañana
es cuando astuta, si lo ve dormido,
la frente de Endimión besa Diana.

VII

Mas ¿qué han de hacer, ¡Dios mío!
sino buscar consuelo en las estrellas
las reinas que, en sus horas de vacío,
ven que toman los reyes para ellas

Digitized by Google

la forma del deber ó del hastío?
¡Ah! sí: mientras la Reina sin fortuna
cumplía como buena sus deberes,
Don Carlos, en sus múltiples placeres,
sin miramiento ni prudencia alguna,
no sólo idealmente á las mujeres
las conduce á los valles de la luna,
si no que en la vehemencia
de su insaciable pecho
la realidad agota sin conciencia,
y llama, cual Calígula en demencia,
la misma luna á compartir su lecho.

VIII

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto;
en vano el mundo su conducta acecha,
pues comprende muy bien su noble instinto
que la esposa de César Cárlos Quinto
debe estar hasta exenta de sospecha.
Y cuanto más soñando se extravía,
hablando con sus mismos pensamientos,
«Dios me dará pesares, se decía,
pero nunca tendré remordimientos....»
Y ya por el dolor purificado,
el amor de su sueño la extasía,
y así del grande Emperador al lado,
mirando á su marido lo perdía,
se buscaba á sí misma y no se hallaba.
¿Qué esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo!
¡Cuánta mujer, como ella, muy honrada,
con femenil encanto
mientras habla á su amante embelesada,
sigue con otro diálogos en tanto,
perdida en el espacio su mirada!

Digitized by Google

IX

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados
se ignoran á sí mismos los sentidos,
á la tierra apegados
por el deber y la palabra unidos,
yo ví muchos amantes muy queridos
de corazón y de hecho separados,
hallándose en la luna confundidos
con sombras de otros seres adorados:
amantes que, aunque buenos y dichosos,
persiguiendo ardorosos,
cansados de lo real, sueños livianos,
se quieren en la tierra como hermanos,
y tienen en la luna otros esposos.

X

¿Dudáis de esta verdad, lector amado?
Pues no estéis en su fe muy confiado
aunque tengáis á vuestra amada enfrente,
pues positivamente
cuando está distraida á vuestro lado
es que se acerca á su querido ausente.
¡Cuántas veces, henchida de fragancia,
besa una boca á su adorado dueño,
y otro ser, á mil leguas de distancia,
oye un eco que vibra como un sueño!
Y es que, aunque el beso suena donde toca,
al ponerse después en movimiento,
ligero como el viento
su dirección el pérfido equivoca,
pues remitido al Norte con la boca,
se lo lleva hacia el Sur el pensamiento!

Digitized by Google

XI

¡Salud, valle encantado de la luna!
En tí, en mi edad pasada,
¡oh imagen sobre todas adorada!
tuve yo, entre otras, una,
hace ya muchos años, secuestrada.
¡Cuánto he amado y he sentido!
¡Y tú, joven lector, ten entendido
que, si amo hoy sólo por amor al Arte,
también, por la ilusión desvanecido,
caminé por el mundo distraído
cual si viviese en Júpiter ó en Marte!
Y, aunque ya no me empeño
en seguir á mi ardiente fantasía,
pues tengo en mi mujer mi fe y mi sueño,
y en mis libros la calma y la alegría,
todavía mi mente
hace brotar ardiente
del fondo de mi infancia maravillas,
y es tan verdad, que ayer precisamente
pasó una antigua imagen por mi frente
que mi insomnio cargó de pesadillas.
¡Aun suelo recordar en mi ardimiento
varias memorias, en la luna ausentes,
con quienes hice yo de pensamiento
millones de locuras inocentes!
Y aun me acuerdo de alguna
que, aunque esposa severa,
con alma llena de ilusiones, era
fiel en la tierra y pérfida en la luna ..
Pero ¡ay! esto pasó. ¡Bien lo he llorado!
¿Te acuerdas de ello, Inés? ¿y tú, María?
Mas ¡qué memoria tan tenaz la mía!
¡Esto también pasó! Todo ha pasado!

CANTO TERCERO

—

I

Hay un amor profundo
que nunca encuentra en nuestra vida calma,
y hay un exceso de alma
que jamás halla empleo en este mundo.
Y prueba de ello son las almas puras
que, para hallar á su cariño empleo,
extravasan en sueños sus ternuras,
imitando en su loco devaneo
á todas esas santas criaturas
que recorren, viviendo en sus clausuras,
los inmensos pensiles del deseo.

II

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
el amor de esos seres elegidos
que pueden, enfrenando los sentidos,
adorar sin vergüenza y sin pecado;
que con sana conciencia
alzando lo más puro de su esencia
hasta uno de los valles de la luna,
agregan su existencia á otra existencia,

Digitized by Google

y pueden conservar sin mancha alguna
todo el tiempo que quieran la inocencia!

III

Con tal piedad y con pureza tanta,
amaron, cual Lombay á la Princesa,
con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, también santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
que son tan inocentes
como lo son los sueños transparentes
qne envía Dios á pájaros y á niños!
¡Jamás concebirán de nuestra mente
amores tan sublimes y tan tiernos
los que saben amar tan solamente
con el amor que alegra á los infiernos!

IV

¡Reina infeliz! Cual dice la Escritura,
vió á un hombre un día por su mala suerte,
y después con tristeza y con ternura
se quedó pensativa hasta la muerte.
Don Francisco de Borja la quería
con tanta abnegación, con ardor tanto,
que antes de ser un héroe y luego un santo,
ya un cristiano de Esparta parecía.
Y la Reina entretanto apasionada,
aunque al pudor no le defrauda en nada,
casta y leal, y mística y severa,
á su angustia febril abandonada,
en su trono imperial vive sentada

más triste que una vírgen de Rivera;
hasta que lentamente
sofocando en el pecho aquel misterio,
la Reina-Emperatriz fué tristemente
bajando esa pendiente
á cuyo pie se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
un hecho que en idea se transforma,
y, así como una llama entre la bruma,
la Reina, cual incienso que perfuma,
ondeó, se disipó, perdió su forma,
y en espíritu fué de vuelo en vuelo,
de aquí á la luna y de la luna al cielo.
Murió joven aún; pero ¿qué importa?
va y viene la mujer cuando Dios quiere,
y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V

Lombay, que siempre continuó la senda
del amor y la gloria,
su vida pasó á historia,
y su historia después pasó á leyenda:
y cuenta esta leyenda infortunada,
que el marqués, para colmo de sus penas,
partió á inhumar á la feraz Granada
á la gran Reina, y respirando apenas,
en la muerta clavada
por largo tiempo tuvo la mirada
que le llevaba el frío hasta las venas;
y horrorizado, y por el llanto ciego,
—ya sólo lo que vive eternamente
volveré á amar—dijo Lombay; y luego

Digitized by Google

sus ojos, que brillaban como el fuego,
se apagaron ante ella eternamente.

VI

Y esperando el momento
de ir á más alto asiento,
alzó entre el mundo y él un doble muro,
é hizo acopio de amor en un convento;
mas ¿de qué amor? de aquel... del amor puro
que busca el sacrificio y el tormento.
Fué bueno y santo al fin; pero es lo cierto
que le fueron siguiendo á todas horas
aquellas ilusiones tentadoras
que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba
mientras la sombra de Isabel adora,
y su alma fiel, que por su amante llora,
de Dios esposa y del deber esclava,
la dicha del amor, *que es de una hora*,
la da por esa paz *que nunca acaba*.
Y en éxtasis de sueños inmortales,
ignorando Lombay si sueña ó vela,
se pierde, como un ángel cuando vuela,
en sueños infinitos é ideales;
pues en el mundo real, si bien se mira,
merced á la ilusión y á la memoria,
solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh novela inmortal, tú eres la historia!

FIN

LA MÚSICA

POEMA EN UN CANTO

A Carmencita Roca de Togores y Aguirre Solarte

I

Responde, Carmencita encantadora:
un pájaro que canta, ¿rie ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
del ruiseñor que canta en la espesura,
tu sonríes, tu hermana se divierte,
tu madre os mira á entrambas con encanto,
y pensamos, al son de un mismo canto,
tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II

¡Ay! ¿Por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
el que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
reir á un niño y sollozar á un viejo!

Digitized by Google

Y es que, seguramente,
la Música es un hada complaciente
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso al lisonjear su melodía
con más fe al corazón que á la cabeza,
dando al triste tristeza,
aumenta del contento la alegría;
y por eso, al oirla, convertimos
la fría realidad en ilusiones;
pues al recuerdo de sus buenos días,
ponen en cuanto oímos
los ojos de nuestra alma sus visiones,
nuestro oído interior sus armonías.

II

Si, como todos vemos,
la Música despierta los sonidos
que desde el día mismo en que nacemos
están en nuestro espíritu dormidos,
también probarte intento
que se lleva la Música la palma
en las artes que anima el sentimiento;
que así como el estilo es el talento,
el metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
pues buscando un esclavo, acaso un dueño,
todo el que canta, ó toca,
si no ama en realidad, ama algún sueño:
porque su magia es tanta,
que, aunque eres niña aún, ya habrás sentido
que, envuelto en el sonido,
hasta lo amargo del dolor encanta;

y que la misma senectud que mira
que cada nota una esperanza encierra,
con inútil ardor ama y suspira,
como alma juvenil que, ardiendo en ira,
en oyendo un clarín corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
pues entonces también fuerza es que creas
que, según nuestras mismas sensaciones,
cual los hechos imágenes de ideas,
son las notas pedazos de pasiones;
y que con fuerza virtual vibrando
y á la vida excitando,
por el espacio va cada gorjeo
como una vaga tentación volando,
y camina, y camina, murmurando
«¡levántate, y anímate!» al deseo.

IV

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
que hoy se canta y que el aire se la lleva;
y que luego, mañana ú otro día,
con nuevo ardor la misma melodía
la vuelve á repetir otra vez nueva;
y así en curso variable,
cuando nace, se espacia, se disuelve,
y en giro interminable,
lo que del aire viene al aire vuelve.
Y en raudo movimiento,
se disipa en el viento
lo que en el viento por amor vivía:
¡Ideas, armonías, sentimiento,
flores, música, luz y poesía!

Digitized by Google

V

Como en cosas de amar yo lo sé todo,
sé bien que en esta vida
jamás será perdida
la que cierre el oído á piedra y lodo.
¡El oído, el oído! Ahí se esconde
el gran traidor que al corazón entrega;
él es la senda criminal por donde
desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
en ardiente emoción ó en dulce calma,
después de electrizarnos los sentidos,
arrastran los sentidos hasta el alma:
y por él, en amante devaneo,
desde el salto de Léucade, el deseo
se arroja al mar para templar sus penas,
escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorjeo
con que á Safo llamaron las sirenas.
¡Cierra, cierra el oído,
y ten por cosa cierta
que es del amor el tentador sentido,
y que siempre á la voz de un ser querido
abre nuestra alma á la traición la puerta!

VI

¡Carmen, perdón! Mi confusión es tanta,
que ya olvidé mi tema.
Dime otra vez: ¿será siempre un problema
saber si llora un pájaro que canta?
Y aunque es lo más sencillo
el pensar que ese tierno pajarillo,

Digitized by Google

en medio de su risa ó de su lloro,
cantará eternamente el estribillo
de la eterna canción del «yo te adoro,»
lo cierto es que su canto
te vuelve más festiva;
que tu madre entretanto
ruega á Dios por tu dicha, pensativa;
mientras tu padre, á tan graciosos sones
excitado en sus graves pensamientos,
ya siente una avalancha de emociones
y un vértigo ideal de sentimientos;
y, presagiando amores,
más bella que la luz de la mañana,
entona melodías interiores,
con más afán que el ruiseñor, tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
desde que allá en mi aldea
tocaba siendo niño la campana
en las horas del sueño,
y á las gentes sencillas
las obligaba con pueril empeño
á orar puestas en cruz y de rodillas,
sé que hay sones inciertos
que forman la cadena prodigiosa
que enlaza con ternura misteriosa
las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
á que recuerde el fúnebre misterio
de otra ave dolorida
que oyó mi alma, de dolor transida,
cantar en un ciprés del cementerio
donde yace la madre de mi vida.

Digitized by Google

VII

¡Mas perdona otra vez la pena mía!
Yo adoro como tú, niña hechicera,
con ciega idolatría
la música que presta lisonjera
el ritmo, que es la vida verdadera,
á su hermana mayor la poesía.
Y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
pues, del sonido la expresión esclava,
al ir la frase y la armonía juntas,
lo que la frase empieza, el son lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
que llena de delicia
la escala toda del concierto humano,
desde el tango sensual de la Nigricia
hasta el son funeral del canto llano,
agotadas las frases con su acento
nuestra ilusión á lo sublime eleva,
y, ya extinguida la palabra, lleva
la música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
que el arte natural sobrepasando
del genio artificial las filigranas,
hoy remedan los pájaros cantando
las dulces melodías italianas;
y que después que oyeron los primores
de las *Normas, Lucías* y *Barberos*,
creció la afinación en los jilgueros
y gorjean mejor los ruiseñores.

Digitized by Google

VIII

Es el mundo sensible
un conjunto de notas armoniosas,
desde el ruido ondulante y apacible
que forman al volar las mariposas,
hasta el ritmo visible
de la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
himnos sin forma, é informes elegías,
para el que sabe oir lo que Dios canta
el orbe es un compuesto de armonías;
siendo en los campos, para todo el que ama,
un arpa cada rama
al ponerse en confuso movimiento
las notas disconformes que derrama
todo árbol agitado por el viento;
y el mar, esa otra música infinita
que el curso entero del sonido imita
desde el canto guerrero hasta la endecha,
remeda sin cesar, murmure ó truene,
la rugiente pasión la ola que viene,
la ola que va nuestra ansia satisfecha.

IX

Bendecida y bendita
la armonía, es el alma que palpita
en toda acción, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
la Música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
triste, alegre, marcial ó juguetona,
y el amor del hogar inmortaliza,

pues, en no escrita tradición, entona
la canción siempre igual y monotona
de la abuela, la madre y la nodriza!

X

¡Gloria y honor al arte placentero
que, embriagando las almas de ternura,
hace del mundo entero
el espejo más fiel y verdadero
de una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
alegrando al infierno,
mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu numen vagoroso
prometa un ideal que no se alcanza,
si lo que hay de más real y delicioso,
aun esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
que despiertan tus cantos halagüeños,
sean sólo visiones de unos sueños,
ó más cierto, visiones de visiones,
si siempre en este mundo
viviremos soñando
y estaremos ilusos descifrando
el problema fatal de Segismundo?

XI

Y el sol ¿en dónde está? Pero ¡que miro!
ya las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman
que á tu lado la vida es un suspiro.
Y ya que hermosamente

se agrandan para ver tus bellos ojos,
pues ya el sol, como un rey, en Occidente
se envuelve, al destronarse, en mantos rojos,
mantos de luz que al acabarse el día
sólo las cumbres de los montes doran,
partamos pues. Ya te diré otro día
si, expresando su pena ó su alegría,
las aves, al cantar, cantan ó lloran.
Y pues, ya triste de la luz la ausencia
trae la sombra, y con la sombra el luto,
y reina la elocuencia
del silencio absoluto,
que es la nota en que grita la conciencia,
marchemos ya: ¿qué esperas?
Vé en la humedad de mi marchita frente
cómo el aire, al pasar por las praderas,
se impregna dulcemente
de un lánguido vapor de adormideras;
y cómo, al confundir todos los ruídos,
en vago remolino nebuloso
va dejando el crepúsculo en reposo
pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII

Pues se va el ruiseñor y el día parte,
tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
como dice la frase castellana,
marchemos con la música á otra parte,
para seguir pensando hoy y mañana,
tu padre en los problemas de la historia,
tu madre en vuestra suerte,
tú en la fe y en la gloria,
tu hermana en el amor, y yo en la muerte.
Pero al decirte adios, niña querida,

Digitized by Google

dèjame que primero
te diga veinte veces que te quiero
y te querré mientras que tenga vida,
pues que serás, espero,
además de alabada en mis cantares,
adorada por bella y virtuosa,
en el mundo primero, como hermosa,
y después, como santa en los altares.

FIN

LA LIRA ROTA

POEMA EN UN CANTO

A mi buena amiga Anita Canalejao y Morayta.

> Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningún remedio ni consuelo.
>
> KEMPIS, lib. II, cap. XII.

I

Era Ginés Briones
un amante de Euterpe y de Talía,
que cantaba canciones
de un subido color que él no entendía.
Con la fe de un artista verdadero,
entró á servir á un músico de orquesta,
al cual, con todo esmero,
en los días de fiesta

Digitized by Google

le limpiaba el trombón con el plumero.
Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;
y llegando á ser luego
lazarillo de ciego,
le dió un duro una vez cierto inglés loco,
y al fin de muchos tratos y contratos,
compró el ex-monaguillo
á un quinto aragonés un guitarrillo
por diez reales, un pan y unos zapatos.

II

Dueño ya del endeble guitarrrillo,
coleccionó las coplas que sabía,
y, remedando al ciego, el lazarillo
pudo ascender á ciego que veía.
Y cierto el rapazuelo de que encanta
con las coplas que inventa,
aunque á las viejas pérfidas espanta
por no saber á veces darse cuenta
de la sal y pimienta
que tienen las canciones que les canta,
punteando por las calles de la villa,
con aires de buen mozo provinciano,
era el niño Ginés, el sevillano,
un pequeño barbero de Sevilla.

III

Nació en la tierra del amor emporio,
patria del gran Tenorio,
de quien dicen que un día,
para aliviar sus penas,
mandó hacer de las rubias que quería
una manta de rizos, que tendía

Digitized by Google

sobre un colchón de bucles de morenas;
y alumno fiel de su inmortal paisano,
Ginés el sevillano,
siendo un tipo acabado de inocencía,
en los doce ó trece años que tenía,
ya era un ser tan precoz, que parecía
que contaba catorce de experiencia;
pues haciéndose el loco,
y así como al descuido,
para hablar á las niñas al oído
se acercaba lo justo y otro poco.

IV

Y su genio era tal, que es muy posible
que fuese un día un músico perfecto,
á no tener ese vulgar defecto
de abusar del bordón en lo sensible;
pues, agudo y flexible,
en los muchos cantares
que solía inventar, ó que aprendía,
cantaba alegremente sus pesares;
y otras veces, uniendo con destreza
la pena y la alegría,
como buen andaluz, también sabía
cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
sabiendo ya que el suspirar consuela,
fiel de Don Juan á la amorosa escuela,
tenía Ginesillo el bello antojo
de alabar en sus coplas inocentes
diez rubias de diez rubios diferentes,
desde el rubio castaño al rubio rojo;
y como era tan pobre ó más que Homero,
de estas diez parroquianas que tenía

Digitized by Google

el músico y poeta callejero,
en premio de sus coplas, recibía
ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V

Cantaba el niño una canción un día
á la divina Clara,
una rubia preciosa que tenía
el corazón más bello que la cara;
y mientras él la copla repetía
alegre como un loco,
la niña el canto oía
distraída, arrancando poco á poco
las hojas de una flor que se comía.
¡Distracción natural! pues siempre encantan
esos tonos suaves,
tan llenos de ternura,
del género melódico en que cantan
los hombres sin ventura,
las mujeres, los niños y las aves.

VI

En tanto que él cantaba,
puesta al balcón la joven hechicera
en un fondo de luz se destacaba,
y Ginés, que, cantando, suspiraba,
no sabía siquiera
la canción que entonaba,
admirado de ver que la niña era
lo más bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
mientras él, siempre vivo y siempre amando,
esta tierna canción sigue entonando,

ella, mucho más viva,
se parece á Rosina contemplando
á un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.»

VII

¡Oh extrañas peripecias de la vida!
Escuchando al cantor, agradecida
Clara un suspiro de placer exhala,
y, de gozo aturdida,
una gruesa moneda le regala,
que arroja del balcón con tan mal arte,
que la moneda ¡*chas*! como una bala
la guitarra pasó de parte á parte.
A este horror el poeta callejero
creyó que en un abismo
sus pies se hundían, y que al tiempo mismo
caía roto el Universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
que no se hundió bajo sus pies el suelo,
y que á pesar de su guitarra rota,
no se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII

Al rumor del fracaso, en un momento
se vió la calle de curiosos llena:
la moneda al caer la hurtó un hambriento,
y uniendo el buen humor al sentimiento,

en tanto que Ginés muere de pena,
el público le silba de contento.
¡Oh ruín placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oía,
y altivo, aunque un poquito cabizbajo,
las cejas con la gorra se cubría;
y echando calle abajo, calle abajo,
con ganas de llorar se sonreía,
mientras que tristemente,
aquella pobre Clara, que inocente,
por hacer un favor mató un destino,
con el mudo terror de un asesino
se espantó de manera
que, de haber sido buena arrepentida,
dejó el balcón, cerrando la vidriera,
más pálida que Bruto el parricida.

X

Así, con vario estruendo,
se fueron dispersando,
el público riendo,
el trovador gimiendo,
y la hermosura del balcón llorando.

XI

Aunque en su erguido talle
aún mostraba el orgullo de un Tenorio,

Ginés dobló la esquina de una calle
para huír de las burlas de las gentes,
pues en el gran Madrid, como es notorio,
una esquina es un cabo ó promontorio
que divide dos mares diferentes.
Detuvo allí sus vacilantes pasos,
y pensó en su destino venidero
dos minutos escasos,
dos minutos, esto es, un siglo entero;
y al verse sin industria y sin dinero,
lloró, como lo que era, como un niño;
y volviendo hacia el cielo la mirada,
ya olvidando la silba y la moneda,
tan sólo recordó su alma angustiada
de su madre el cariño
y el amor de su patria abandonada.
¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

XII

Y salió de Madrid. Y con denuedo
el roto guitarrillo lanzó al río
desde lo alto del puente de Toledo;
y arrostrando con brío
la soledad y el miedo,
la sed y el hambre, y el calor y el frío,
se fué á Sevilla á pie, como un cualquiera;
claramente discurro
que no iría á su patria, aunque quisiera,
como el rey de Ivetot, montando en burro.
Y así marchando hacia el paterno suelo,
todos los males de la vida prueba,
sin que le guarde del rigor del hielo

Digitized by Google

la chaqueta prehistórica que lleva,
chaqueta que su madre le hizo nueva
de un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue, Ginés; camina resignado,
y rinde al peso del dolor tus bríos!
Para vencer todo el rigor del hado,
¿qué valen tus esfuerzos ni los míos,
cuando un grano de arena atravesado,
puede torcer el curso de los ríos?

XIII

¡Con cuánto desaliento
á su patria volvía
el que en algún momento,
cuando el redoble del tambor oía,
soñaba, en su ilusión, que llegaría
á músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,
el que aspiró á ser Dios de la armonía,
renuncia ya á la necia vanagloria
de pensar que algún día
le nombraran los fastos de la historia!
¡El pobre no sabía
que, al reves de ese sol de Mediodía,
el gran sol de la gloria
quema de lejos y de cerca enfría!

XIV

Como nadie le daba
los dulces y el dinero que ganaba
cuando echaba sus coplas á las niñas,
en Castilla y la Mancha merodeaba

comiéndose las uvas que pillaba
á espaldas de los guardas de las viñas.
Cuantos seres sentían ó pensaban,
y sus viles harapos contemplaban,
contra él inicuos su furor volvían;
los niños le silbaban,
los viejos se reían,
los perros, que antes sólo le ladraban,
ya, al pasar por las eras, le mordían...
¡Confiesa, Ana, que aterra
el ver á un niño en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?

XV

Y en el supremo día
en que el suelo feraz de Andalucía
á contemplar volvió por vez primera,
se sintió tan feliz, que de alegría
el joven trovador se comería
una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero á falta de pan, el pobrecito,
merodeando también como en Castilla,
comía cual si fuesen pan bendito,
en Córdoba cogollos de palmito,
é higos chumbos bajando hacia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
—¡Sevilla, patria mía!—
pero apenas había
en el recinto de Sevilla entrado,
cuando Ginés, exánime y gozoso,
se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
ese artista ambicioso

que pretendía amar y ser amado,
tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI

Llevado al hospital, y satisfecho
cual Nerón moribundo,
pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
«¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!»
Y en la cama *ciento once* abandonado,
puesto á dieta, aunque hambriento,
se murió dulcemente y resignado
lo mismo que un pichón sin alimento;
y después de una autopsia inoportuna
que se le hizo á Ginés el sevillano,
declaró un cirujano
que se murió sin novedad alguna.
Y el difunto *ciento once*, al otro día,
sin inquirir el nombre que tendría,
las entrañas abiertas le juntaron,
y envuelto en los andrajos que traía,
por quitarle de en medio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
Después, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII

—Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva.—
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?—
El Dios tierno, hija mía, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno;

y vive convencida
de que si ha puesto su paciencia á prueba,
tendrá la recompensa merecida,
y que al pobre Ginés en la otra vida
le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu aflicción, y ten presente
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
que no suele hacer Dios lo que consiente,
y que es común, desventuradamente,
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
más que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

FIN

Google

LOS CAMINOS DE LA DICHA

POEMA EN TRES CANTOS

A mi querido sobrino

D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMÍREZ DE ARELLANO.

CANTO PRIMERO

CARTA DE UN TÍO PATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR DE ESTE POEMA.

I

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Navia es de Asturias la región más bella,
aun siendo Asturias lo mejor de España;
mas veté á descubrir á tierra extraña
de tu ambición la misteriosa estrella.
Cual Mahoma al llamar á la montaña,
«pues no viene ella á tí, vé tú hacia ella.»

Digitized by Google

II

Vete á Madrid y arroja las cadenas
que te atan á los seres
que desde niño con el alma quieres,
y busca, en horas de entusiasmo llenas,
el fuego tentador de los placeres,
de la pasión las adorables penas,
el goce de la gloria y las mujeres.

III

No es el campo, sobrino,
la tierra en que germina la ventura
del humano destino,
aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,
con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve
los cambios incesantes
de la lluvia y la nieve,
aunque nos juren antes
que cada vez que llueve
hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte á la verdad más importuna
que tengan que gozar desde la cuna
nuestros sentidos, de placer sedientos,
la insípida fortuna
de ver y oir atentos
un día y mil, sin diferencia alguna,
ruídos del mar, rumores de los vientos,
rayos del sol, matices de la luna!

IV

Mientras á Dios le ruego
que te dé su ventura,
y en tanto que con mística ternura
á su divina voluntad me entrego
(pues en cosas de fe, según el cura,
para ver algo claro hay que ser ciego),
tú alejáte contento
y realiza el feliz presentimiento
que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Navia es un convento;
si tienes corazón y entendimiento,
echa el mundo á un rincón y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
tengo hoy motivos graves,
pues he visto ayer tarde á los vencejos
volar de cierto modo, y tú ya sabes
que los augures viejos
el porvenir leían desde lejos
el vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
y afronta la ambición con alma fuerte;
así te evitarás la triste suerte
de ver, cual yo, pasar en lontananza
después de una esperanza, otra esperanza,
¡y luego otra! ¡y luego otra! ¡hasta la muerte!

V

Y mientras corre la existencia mía
en ver cómo tu tía
el tiempo, el oro y la paciencia gasta
en vestir de la iglesia los altares,

la sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
que tenga mejor corte que los míos:
es propio el buen vestir de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tíos
es *Celedonio Campoamor*.—¡Buen viaje!

Digitized b

CANTO SEGUNDO

—

CARTA DE UN TÍO MATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR DE ESTE POEMA

I

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
No lo quiero creer; mas si te alejas,
en tu vida azarosa
verás por cada joven veinte viejas,
y cien feas ó más por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
no encontrará en la tierra un solo amigo,
ni una mujer constante...
Hago mal en decir esto que digo,
pero, en fin, ya lo he dicho, y adelante.

II

¿Insistes en partir? ¡Ay! Por lo visto,
ébrio de amor, de gloria y de riqueza,
comienza á fermentar en tu cabeza
la fecunda ilusión de lo imprevisto.
Márchate, pues; que mientras tú emponzoñas
tu corazón, que es bueno como el mío,
en el campo tu tío

Digitized by Google

con pedazos de caña hará zampoñas;
y siendo ya además tan buen creyente
como esas almas bellas
que candorosamente
llaman cielo al espacio y las estrellas,
con sano corazón y pura mente
entre mozas de bien y lugareños,
compondré mi ventura fácilmente
con flores y con luz, música y sueños.

III

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
que de mí se ha de hacer larga memoria
al relatar los escritores graves
las grandes niñerías de la historia;
pues en la guerra han sido,
si mal reconocidos, muy sonados
los golpes que yo he dado y recibido;
aunque si he de ser franco, bien contados,
son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿A quién no causa risa la memoria
de un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi historia:
después de mucho amor y mucha gloria,
¿qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza.

IV

Como ya en un rincón busco el reposo,
á la pobreza y la virtud me atengo;
y, puesto que es forzoso,
después que me he metido á virtuoso

desprecio mucho el oro que no tengo:
pero, hablando, cual suelo, vivo y claro,
te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
que hoy bebo de lo tinto solamente,
yo que siempre he bebido de lo caro;
y vuelvo á confesarte con franqueza
que, en mi suerte variada,
después de haber gozado la riqueza,
no conozco una cosa más forzada
que entrar en la virtud por la pobreza;
y es que tener dinero y ser soldado
sería un imposible realizado,
como el milagro de tu tía Andrea,
que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy baja! Y tú no extrañes si atrevido
hoy de tu tía el mérito rebaja
un hombre como yo, que siempre ha sido
soldado del amor hasta que, herido,
la fuerza de la edad le dió de baja;
más aunque yo en materia de placeres
puedo jurar por Venus y por Baco
que, excepto el vino, el juego y el tabaco,
no tuve más pasión que las mujeres,
permíteme que escriba,
aunque sé que te pesa,
contra una lugarña tan altiva
que, porque fué alcaldesa,
se peina pelo arriba, pelo arriba,
lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
quien sabe que tu tía, aunque es tan lerda,
domina á Celedonio de tal modo
que bi-sexual, por imitarla en todo,
se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz sin embargo, y yo te juro

que ya vivir oscuro
como tu tío Celedonio quiero,
que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
recita de memoria á Horacio entero;
y entre un mastín y su mujer, seguro,
vegeta sin pasado y sin futuro,
siendo de Enero á Enero
feliz como los cerdos de Epicuro,
de los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V

¡Qué vergüenza la mía!
Oye aparte una cosa reservada:
al volver á esta patria abandonada,
ha renacido en mí la idolatría
de una antigua pasión, tan adorada,
que dí una vez por ella una estocada
á un inglés muy grosero que bebía,
lo mismo que si fuese una ambrosía,
un fermento de lúpulo y cebada.
Y pese á mis enormes desengaños,
adoro, en cuanto es dable, con ahinco
á esta hermosa mujer de treinta y cinco,
que tenía cuarenta hace diez años.
¿Me casaré con ella? Si me caso,
será porque con maña paso á paso
irá excitando la flaqueza mía
con su austera virtud, coquetería
con que Leonor enloquecía al Tasso.
¡Cuántos héroes famosos
acaban, como yo, por ser esposos
de mujeres cansadas
que la suelen echar de desgraciadas
después de hacer á pares los dichosos!

Digitized by Google

Tal vez sea mi sino
ser feliz, siendo bueno y candoroso,
probando que es verdad el desatino
de que hacen vivir siglos á un esposo
la castidad, las sopas y el buen vino;
y ya en mi Rubicón la suerte echada,
imitaré en mi santo matrimonio
el cariño de Andrea y Celedonio,
que gozan de enramada en enramada,
lo mismo que dos tórtolas dichosas,
la paz que hay en el seno de las cosas
antes que Dios las saque de la nada;
y siguiendo sus huellas,
¿quién sabe si, abjurando mis errores,
volveré todavía á encontrar bellas
la ruda sencillez de los pastores,
las ovejas, las aves y la flores,
la tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI

¡Ah! si cual yo demente,
tomas un día estado,
que te proteja Dios; mas ten presente
que tienes que mandar ó ser mandado,
pues todo esposo bueno y obediente
vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no eches en olvido
que no falta marido
que, al mes de ser dichoso,
¡oh tentación del fruto prohibido!
quisiera ser de su querida esposo,
volviendo á ser de su mujer querido.

Digitized by Google

VII

¿Te vas al fin? Pues óyeme si quieres
las reglas de moral que te aconsejo:
—De joven sé ateniense en los placeres,
pues serás espartano en siendo viejo.
En lo real é ideal obra de modo
que no choquen el alma y la materia.
Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.
No hay amor que resista á la miseria.
Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
Confía en tí primero y en tí luego.
Si el creer demasiado es ser un ciego,
el no creer en nada es estar loco.
Sé flexible y tenaz como el acero.
Lavarse bien es la virtud suprema.
Hoy el tener ó no tener dinero
es el ser ó no ser, es el problema.
No busques la constancia en las mujeres,
y si alguna te deja,
la volverás á conquistar, si quieres,
colgándola un diamante en cada oreja.
Procura no encontrar en tu camino
cierta clase de bellas
que forman de la vida un remolino
en el cual todo muere, menos ellas.
Desprecia lo que va por lo que viene.
Todo negocio de mujer es malo.
¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
en una mano el pan y en otra el palo!
En fin, nunca camines
por cuestas empinadas y escabrosas,
pues sólo triunfarás cuando te inclines
del lado de la fuerza de las cosas.—

VIII

¿Mis consejos te extrañan?
¿Qué quieres, hijo mío? Aunque te asombres,
para mí ya los hombres
sólo al decirme la verdad me engañan.
Siempre tendrás, ó pasarás por necio,
como el deber mayor de los deberes,
para todos los hombres el desprecio,
y afecto para todas las mujeres.
Yo, del mundo olvidado,
pobre y desengañado,
con el humor más negro,
los desprecio ya tanto, que me alegro
de verme por los hombres despreciado.

IX

Adios; no extrañarás que no te mande
lo que nunca he tenido,
porque yo siempre he sido,
en no tener un cuarto, Enrique el Grande.
Y como esto es notorio y tan notorio,
con mucho amor, y sin ningún dinero,
no te mando ni un real, pero te quiero.
Piñera, á diez, *Fabián de Campoosorio.*

Digitized by Google

Digitized by Google

CANTO TERCERO

—

CARTA DEL AUTOR DE ESTE POEMA, DIRIGIDA Á SU SOBRINO D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMIREZ DE ARELLANO.

I

Cayetano querido, ¿conque dices
que en el mundo tú y yo somos felices?
Pues aunque tu alma de pesar destroce,
¡oh prez de la española infantería!
te juro por el Rey Alfonso Doce
que no creo en tu dicha ni en la mía.

II

Yo, que en tiempos pasados
dí mis pasos primeros
por huertos que tenían alfombrados
con arena del Navia los senderos,
recuerdo que, llorando sin consuelo,
—«no te vayas»—mi madre me decía,
cuando dejé en mal día
aquel bello rincón del patrio suelo...
¡Ay, pobre madre mía,
con cuánto desconsuelo

Digitized by Google

y cuánta ingenuidad me prometía
su voz la dicha y su mirada el cielo!

III

Mas la patria dejé; y antes que siga
la historia de mis nuevos sinsabores,
permite que, en honor de mis amores,
me seque estas dos lágrimas, y diga
que mi tío Fabián en sus estados
viviendo, como un tiempo los cruzados,
lloró, casi vecino á la pobreza,
su tiempo y su dinero malgastados,
en cuanto echó de menos con tristeza
el vino de Jerez de veinte grados
que se sube volando á la cabeza;
y, olvidado y sin gloria,
sintiendo, viejo ya, los sinsabores
de su variada historia,
más que llena de amor, llena de amores,
mi impenitente tío,
probando, como siempre, junto á un río
su pasión por las bellas castellanas,
una noche, pescando hasta la aurora,
cogió con un salmón unas tercianas
al lado de una joven pescadora;
y así una fiebre lenta
puso fin á sus muchos desengaños,
por no tener en cuenta
que el amor, que es un loco á los veinte años,
es un necio del todo á los sesenta.

IV

Y en cuanto al otro tío, que quería

que hiciese yo, porque él nunca lo haría,
como Dios otro mundo de la nada,
con su vida feliz, algo anticuada,
al lado, siempre al lado de mi tía,
insoportablemente virtuosa,
se murió, para hacer alguna cosa,
por no morirse de fastidio un día;
y ella después, de su marido ausente,
y llena por lo mismo de pesares,
siendo esposa más fiel y más ardiente
que aquella del Cantar de los Cantares,
también murió otro día.
¡Mi generosa tía!
que una vez con el aire más sencillo
me dió un bolsillo en que guardar dinero,
aunque nunca me dió su amor sincero
dinero que guardar en el bolsillo.

V

¡Sólo vivís en la memoria mía,
mis pobres tíos y mi pobre tía!
¿Quién de aquí en adelante
os nombrará con cariñoso acento,
ahora que mi aliento
se va apagando, instante por instante,
como muere, extinguiéndose en el viento,
de un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adios, adios! ¡Aunque es un desconsuelo,
ya vuestro nombre amado
está tan olvidado
como lo está el sepulcro que os encierra;
pues nunca causan á los astros duelo
el que aflijan al suelo
ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,

Digitized by Google

así como no importan á la tierra
las luces que se apagan en el cielo!

VI

Te empezaba á decir, sobrino mío,
que no hallando la dicha apetecida
cuando seguí, como Fabián mi tío,
la izquierda del camino de la vida,
con ciego desvarío
mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
pues hallando allí sombra, aquí vacío,
por el lado del bien llegué al hastío,
por la senda del mal corrí á la muerte.

VII

Ignorando mi ciega desventura
que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
y que, aunque el verlo es una cosa dura,
da más honor un real en el bolsillo
que el llevar una espada á la cintura;
yo con la fe de un ánimo sencillo
tuve ambición, divinidad impura
á quien detesto, al ver en torno mío
fabricantes de leyes
que después de mandar á su albedrío,
los augustos fastidios de cien reyes
no igualan todos juntos á su hastío;
y agente vil de esta ambición de un día,
con un pasar cercano á la pobreza,
pensé en el oro; pero el alma mía
aprendió en su dorada medianía
que no siempre es alegre la riqueza,
ni siempre la miseria da agonía.

¡No hay palacio sin algo de tristeza,
ni choza sin un poco de alegría!
¿Qué importa que las almas codiciosas
tengan por verdadero
que aquello que más vale es el dinero,
porque compran con él todas las cosas,
si, al hacer un examen de conciencia,
tengo el dolor profundo
de ver que, en el bazar de la experiencia,
no compra todo el oro de este mundo
la paz de un solo día de inocencia?

VIII

¡Ay! ¿Y el amor? En el humano juego
que es muy común no ignoro
probar por la mujer que el hombre es ciego,
como se prueba el oro por el fuego
y la mujer se prueba por el oro.
De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
de huir la acción, cuando impensadamente
la voz de una mujer que suena al paso
se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
cuando tenía apenas
la edad en que en las venas
la sangre juvenil toca á rebato;
mas no me dió ventura
la suerte para mí siempre enemiga,
ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
pues ví con amargura
que, así como el placer da en la fatiga,
la abstención del amor da en la locura.

Digitized by Google

IX

Y como es el humano sentimiento
una gran colección de ecos dormidos
á los cuales despierta en un momento
en el mundo inmortal del pensamiento
cualquier cosa que llama á los sentidos,
una mujer, un pájaro, un acento,
admirado y sensible
con sed inextinguible
mudé de amor y cultivé las artes;
mas bebí en todas partes
la eterna tentación de lo imposible.

X

Después busqué el saber; mas tú no creas
en la base eternal de los derechos,
pues, pese á las ideas,
llevan el mundo á puntapies los hechos.
No hay ciencias que no sean deleznables,
pues, excepto la fe, que encuentra apoyo
del cielo en los abismos insondables,
solamente las piedras del arroyo
pueden tener principios inmutables.
Yo con fe verdadera
apuré del saber la ciencia entera.
¿Y qué he sabido al cabo?
Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
lo que ve en su interior, eso ve fuera.
Nunca pude, rodeado de placeres,

hacer de mis deberes sentimientos,
porque á fuerza de penas y escarmientos
troqué mis sentimientos en deberes;
y es que los corazones
en las cosas humanas
presumen ver lo real, viendo visiones,
y los ojos, más que ojos, son ventanas
donde á mirar se asoman las pasiones.

XI

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mía?
Dudar y más dudar; tanto, que temo
que he de ser algún día
como Esquilo apedreado por blasfemo;
y después de dudar, no he hallado el modo
de desechar el tedio,
pues en un mundo de ignorancia y lodo,
no cabiendo en la fe término medio,
ó se cree todo, ó se desprecia todo.
Por eso con el alma destrozada,
tras una juventud desvanecida
llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
y en mi ansia de saber indefinida,
buscando lo infinito de la vida,
solo hallé lo infinito de la nada.

XII

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado;
el caminar por el izquierdo lado
es igual á marchar por el derecho.

Digitized by Google

Para purgar la pena del pecado
Dios hizo así este mundo malhadado,
y hay que tomarlo al fin como él lo ha hecho.
Jamás dieron la paz á mi conciencia
ni la ambición, ni el arte, ni la ciencia;
y corriendo de Oriente hacia Occidente,
ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente
pude alcanzar de la ventura el precio;
y al bien y al mal también indiferente,
hasta me ví abrumado tristemente
por mi propio desprecio,
pues fuí bueno, y me hallaron inocente;
quise ser malo, y me encontraron necio.

XIII

¡Ay! ¡feliz el que olvida
que en el mundo no hay dicha verdadera,
y dichoso también el que en la vida
sufre, llora y trabaja, pero espera!
¡Espera! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
de encontrar la ventura apetecida,
al librarme la muerte
de este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fe me llevará mañana
á la inmortal Jerusalén divina,
ya que no hallé la senda que encamina
á la ciudad de la ventura humana!
Y aunque la suerte aquí la espero en vano,
si abajo hay una dicha como arriba,
ruega á Dios, Cayetano,
que, si no es un arcano,
en un término breve y perentorio,
alguna alma piadosa se lo escriba

á Madrid, que es emporio
de todas las desdichas de este mundo,
Cortes, ocho, segundo,
A Ramón Campoamor y Campoosorio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Digitized by Google

INDICE

	Páginas.
El tren expreso	5
La novia y el nido	25
Los grandes problemas	37
Dulces cadenas	61
La historia de muchas cartas	77
El quinto no matar	91
La calumnia	103
Don Juan	117
Las tres rosas	145
Dichas sin nombre	189
Las flores vuelan	197
El trompo y la muñeca	245
La gloria de los Austrias	257
Los amores en la luna	265
La música	281
La lira rota	291
Los caminos de la dicha	303

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS PEQUEÑOS POEMAS

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS
PEQUEÑOS POEMAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

ADMINISTRACION
FUENCARRAL, 119, PRIMERO, MADRID
1893

Digitized by Google

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo 4.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE

POEMA EN UN CANTO

A mi muy querida amiga

EUGENIA MAC-CROHON Y BARUTELL

I

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento,
¡gloria de los Mac-Crohones!
Era, cual tú, la Eugenia de mi cuento
una enferma incurable de ilusiones.
Retrato verdadero
de tu rostro hechicero,
mostraba, como tú, con mezcla rara,
la realidad de lo ideal su cara,
lo ideal de lo real su cuerpo entero.
Hermosa niña que también tenía
ojos azules irisados de oro,
que juntando al talento la alegría,
añadía un tesoro á otro tesoro.

Digitized by Google

Modelo de esos seres ideales
que abrigan en su propio pensamiento
tal horror por las cosas materiales,
que tienen que bajar del firmamento
para poder hablar con los mortales.
Raza privilegiada
de castas soñadoras
á quienes nunca afligen
de la vida mortal las tristes horas,
pues su dicha es soñada,
y en el sueño que eligen
siempre hallan el amor que les agrada.
¡Gloria eterna á ese ejército divino
de grandes jugadores de ilusiones,
que exponiendo á menudo su destino
á la carta ideal de sus visiones,
alcanzan siempre en su pasión fingida
una dicha infalible,
pues si abruma lo real en esta vida,
lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II

El padre de esta niña, el sabio Prieto,
doctor en medicina y cirujía,
amante de lo real, y que discreto,
como aconseja Horacio, «coge el día»,
cree que el alma, si existe, está vencida
por la ley de las fuerzas naturales,
y que no hay más criterios en la vida
que los cinco sentidos corporales;
que el contento moral, más que un contento,
es de la pobre humanidad martirio,
y que el alma es el sueño de un delirio,
y el fruto de este sueño el pensamiento.

Es claro que, al decir que es nuestra mente
la fuerza de la vida transformada,
cree en muy poco, ó más bien, cree solamente
en el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada.
Teniendo por sistema
dudar de Dios, creyendo en sus hechuras,
jamás le atormentaba el gran problema
de que hay un Criador, si hay criaturas.
Sienta el Doctor, por única certeza,
que el hecho es la razón de las razones;
y á abrigar ilusiones
le llama tener aire en la cabeza;
y, juzgándose un sabio muy profundo,
con sonrisa altanera,
como todos los fatuos de este mundo,
él se alaba, y no poco,
de no tener un átomo siquiera
de poeta, de músico ni loco;
y como es tan astuto el matasanos
todo el arte de Hipócrates lo encierra
en jurar por los ídolos paganos,
que, exceptuando en los trances de la guerra,
para llegar la muerte á los humanos,
no tiene más caminos en la tierra
que el frío y la humedad de los pantanos.
Y por eso á la niña, á la que quiere
con sin igual terneza,
seguro de que el hombre sólo muere
cuando el desorden hiere
de los sentidos la exterior corteza,
le dice sonriendo de esta suerte:
—«De la callada Parca el paso quedo
no vendrá á sorprenderte;
no tengas, hija mía, ningún miedo;
yo sé por dónde ha de venir la muerte.»

Digitized by Google

III

Como nunca ha llenado su cabeza
la ilusión de un amante desvarío,
no conoce del padre la agudeza
que, así como la gran naturaleza,
tiene horror el espíritu al vacío;
y aunque ve que en la edad de los amores
Eugenia sólo busca con anhelo
los pájaros, las luces y las flores,
lo que recuerda y lo que lleva al cielo
con mengua del honor de los doctores,
no advierte el sabio Prieto
que la niña se entrega
á penas y á alegrías sin objeto.
Más ¿de estas impaciencias el secreto
cuál puede ser? La pubertad que llega.
Y es que, al lucir la nítida alborada
del sol de la existencia,
celebran los sentidos la llegada
de cosas que aun ignora la inocencia;
pues este sol, con poderoso anhelo,
llenando lo visible y lo invisible,
circula ardiente de la tierra al cielo
la savia de un amor irresistible;
y, siendo esta la clave
de su feliz tormento,
ya de Eugenia el divino pensamiento
desea alguna cosa; y ¿cuál? No sabe.
Sólo ve que pensando y más pensando,
ya en ser su pensamiento convertido,
sale al fin de su cuerpo adormecido
la mariposa del amor volando.

Digitized by Google

IV

Y ¿qué ser ha inspirado
el fuego que de Eugenia el pecho inflama?
Lo ignoro. Algún ensueño acariciado.
Más que en el ser amado,
la causa del amor está en que el ama.

V

Siente Eugenia impaciencia sin objeto;
mas no quiere estudiar el doctor Prieto
el gran misterio que su pecho encierra,
pues, como hombre discreto,
cree que toda mujer tiene un secreto
que nada importa al cielo ni á la tierra.
Y no ve que, en su estado visionario,
Eugenia, en la región del firmamento,
da citas en un parque imaginario
á un novio que creó su pensamiento.
¿Quién detener podría la corriente
de ideas hechiceras
que brotan de la frente
de una mujer que en su exaltada mente
conduce diez legiones de quimeras?
Hay seres en amar de tal constancia
y de alma tan ardiente y abstraída,
que sacan de sí propios la substancia
con que tejen la tela de su vida.
Así Eugenia, soñando y más soñando,
de hablar tanto con ellas,
fué creando, creando
un lenguaje especial con las estrellas;
y de mirar la joven extasiada

Digitized by Google

á la celeste esfera,
como era de esperar, quedó extenuad.. .
Mas la niña hechicera
por su padre adorada,
¿qué tiene enfermo? Nada:
el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!

VI

Siendo el Doctor de lo ideal ateo,
de su ciencia seguro,
no cree, como yo creo,
que un amor en estado de deseo
es tanto más vivaz cuanto es más puro;
y, en cambio, si veía
que alguna hermosa joven se moría
por tomar en las noches el rocío,
—«Abrígate»,—á su hija le decía,—
«que ayer mató á una niña un aire frío,»—
Y, con ansias de padre verdaderas,
ponía el algodón de sus cuidados
en todas las rendijas y vidrieras,
ariba, abajo, enfrente y á los lados;
y con tan nimio esmero
todo frío exterior interceptaba,
que en el cuarto de Eugenia, cuando helaba,
podría cocer pan un panadero:
y, cual siempre, pagado
de su feliz agüero,
le decía á su hija confiado:
—«No tengo ningún miedo de perderte;
tú fía en mi cuidado,
que sé por dónde ha de venir la muerte.»

VII

Mas lo triste es que un día,
nuestra Eugenia del sueño en que dormía
inquieta despertó de tal manera,
que su alma empezó á amar como debía
y su cuerpo á sentir como lo que era.
Y Eugenia sin amante, ¿á quien amaba?
Al amor, ¡qué sé yo! misterios de ellas.
El caso es que aquel tipo que adoraba,
¡oh fuerzas de los sueños! habitaba
muy cerca... más allá de las estrellas.
Y es natural: un alma cuando es pura
y vive en un estado visionario,
como no tiene objeto su ternura
lo aplica ¿á quién? á un ser imaginario
Lo cual prueba, lectores,
que, gracias á estos púdicos amores,
para eterno consuelo,
mientras haya mujeres y dolores
será en la tierra una esperanza el cielo.

VIII

Pero, á su ciencia natural atento,
ni aun viendo cómo mata el sentimiento,
nuestro Galeno advierte
que alguna vez puede llegar la muerte
envuelta en un amante pensamiento.
Y como es una fruta la experiencia
que, ó está sin madurar, ó está podrida,
apelando el Doctor á su conciencia,
recuerda que en la edad de los placeres
se murieron por él muchas mujeres,

que vivieron después toda su vida;
y aunque no se creía
ni músico, ni loco, ni poeta,
como él amaba un poco todavía
á una enorme coqueta,
especie de animal de sangre fría,
y al deducir, por la doctrina impura
de sus principios de malicia llenos,
que muchos platonismos de ternura
no acaban en Platón, ni mucho menos,
por si causar podría
de Eugenia los pesares,
á un primo, casi lelo, que tenía,
le desterró el Doctor de sus hogares;
pues, con ser tan notorio, no sabía
que inspira todo primo una gran llama,
ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio;
y que un primo es un dios cuando se le ama,
pero un primo no amado es siempre un necio.

IX

Y sin darse un momento de reposo,
unas veces honrosas y otras viles,
el Doctor, como un viejo receloso,
tomaba precauciones infantiles.
Y como ya es sabido
que un padre es aún más tonto que un marido,
con general sorpresa
le echó un traje á una estatua de un Cupido
que estaba sin vestir sobre una mesa;
y les dió libertad á dos jilgueros,
por si de ella los ojos hechiceros
ya deleites secretos presagiaban
al mirar, en los ratos placenteros,

el por qué, cómo y cuándo se besaban.
Inútil precaución que iba agrandando
de Eugenia los fantásticos amores;
pues, conforme á sus ojos soñadores
se iba el espacio de su amor cerrando,
su puro corazón fué desplegando
inmensas perpectivas interiores.
Así es que amando con leal vehemencia
la dulce creación de su existencia,
la hermosa Eugenia hacia la muerte avanza
con un amor igual á su esperanza,
y una constancia igual á su paciencia.

X

¿Y el Doctor? Con un juicio algo tardío,
pensando un día, por su buena suerte,
que es un error tan necio como impío
el que son siempre la humedad y el frío
las anchas carreteras de la muerte,
—«¿por qué esta niña—el triste se decía—
con cara de sonámbula risueña,
ayer y hoy, por la noche y por el día,
esté despierta ó duerma, siempre sueña?
¿Por qué en labios tan bellos,
sin dejar de ser puros,
ya parece que en ellos
palpitan á granel besos futuros?»—
¡Desdichado Doctor! Siendo tan diestro,
y teniendo además tanta experiencia,
no sabe que el querer es una ciencia
que todos aprendemos sin maestro;
y que, al cerrar con diligencia vana
por la noche la puerta á los amores,
entran por la ventana

Digitized by Google

enjambres de fantasmas seductores
que dispersa la luz de la mañana.

XI

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera
nota el Doctor cuán presto
lleva á Eugenia hacia un termino funesto
la casta consunción de una quimera,
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
que es la niña adorable
una enferma incurable
del santo malestar de la esperanza.
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores seres,
fuentes de bien, refugios de consuelo!
¡Los ángeles amasan en el cielo
la pasta con que se hacen las mujeres!

XII

Así hacia un fin cercano
corría con el aire más risueño
la que en las nubes dió su blanca mano
á un cierto prometido de un ensueño.
Y entretanto que Eugenia se moría,
nuestro Doctor ¿qué hacía?
disparatar el pobre como un loco;
por lo cual no veía
que la muerte venía poco á poco;
¿por dónde? No lo sé; pero venía.
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,
de realidad y de experiencia llenas,
que, mejor que las penas,
matan las ilusiones,
pues he visto á docenas,

ó más bien, á docenas de millones,
lindas cabezas rubias y morenas
morir de aploplejía de visiones!

XIII

Y una vez que en la faz desencajada
de Eugenia moribunda
el candor hizo franca la mirada,
así como el amor la hizo profunda,
y cuando ya entreabiertos se teñían
de azul los labios rojos,
y muriendo parece que tenían
doble vida las niñas de sus ojos,
convencido el Doctor de su torpeza,
parecía, mirándola afligido,
un náufrago que saca la cabeza
desde el fondo del mar donde ha caído.

XIV

Y cuando ya el Doctor no está seguro
si es la niña á quien vela
un espíritu puro
que pronto va á volar, si ya no vuela,
á Eugenia una mañana contemplando
con la pasión más tierna,
vió que se iba en sus ojos condensando
la negra sombra de la noche eterna;
y ante ella sus errores abjurando,
lo mismo que á la imagen de una santa,
le dió un beso en la frente de rodillas,

Digitized by Google

dos en los ojos, dos en las mejillas,
y otro y otro, hasta diez, en la garganta.
Y en el instante mismo en que, embebida,
á una cadena de ángeles asida,
Eugenia con el aire más risueño
ya iba á seguir los sueños de su vida
á las mansiones del eterno sueño,
el Doctor tristemente,
con la voz de una tórtola que gime,
le decía á la niña, en cuya frente
dejó la muerte un estupor sublime:
—«¡Ten, por Dios! ¡ten por Dios, ídolo mío,
quieta la mente, el corazón en calma!
No matan sólo la humedad y el frío;
¡viene también la muerte por el alma!»

FIN

Digitized by Google

EL AMOR Y EL RIO PIEDRA

—

POEMA EN TRES CANTOS

AL SR. D. RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE Y RIVER

Recuerdo de cariño de

CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

—

EL EDÉN

I

¿Queréis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra·
á aquel Edén que con verdor eterno
alegra hasta lo triste del invierno
con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;
pues siendo un fiel traslado
de un sueño de Virgilio mejorado,
no hay mortal que lo vea
que, como yo, encantado
no admire, piense en Dios, se postre y crea!

Digitized by Google

II

Así, creyendo y admirando, un día
por este paraíso de inocencia
van dos hijos de Dios, que todavía
no encontraron el árbol de la ciencia.
El por ella en un día de batalla
desertó frente á frente al enemigo;
y ella por él, al frente de su amigo,
se escapó de un molino de *Cimballa*.
Mas, como dice en Aragón la gente,
desertar por los ojos de una moza
es cosa que perdona fácilmente
la Virgen del Pilar de Zaragoza.

III

Juntos los dos, siguiendo su destino,
bajaron por el río hacia el camino
que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera*,
después que con amor la molinera
le dió un besoá la rueda del molino.

IV

¡Qué felices serán dos desertores
que tienen libertad en sus amores,
calor de día y por la noche frío,
en la tierra placeres y dolores,
aire y luz en la esfera,
para poderse ahogar sitio en el río,
pan caro y agua gratis donde quiera!

Digitized by Google

V

Es Jaime, más que un quinto, un veterano
que, puesto en guardia y con fusil en mano,
le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,
tanto que el muy tirano
hallándose una vez de centinela
vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

VI

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella
que en Daroca una vez la llamó bella,
silbando como un mirlo, un lord muy rico;
y otra vez, extasiado,
le echó una flor, pasando por su lado,
un Azlor de Aragón, casi un Rey chico.
Lleva un traje ceñido á las caderas,
y anillos en los dedos de las manos
como una valenciana con ojeras,
que come arroz y vive entre pantanos.
Cruza enhiesta el pañuelo por delante
para dejar al aire la cintura,
mostrando el tallo erguido y ondulante
de la flor sin abrir de su hermosura.
Siempre lleva de andar por las praderas
alpargatas de cáñamo olorosas,
pues, según las nociones verdaderas
de los sabios que estudian estas cosas,
cuando son tan hermosas,
todas las molineras
sabiendo á pan de flor, huelen á rosas.

Digitized by Google

VII

Y, en medio del amor que los obceca,
¿adónde van huídos
Jaime Cortés y Candelaria Ateca?
Llevados y traídos
en el mismo columpio de un deseo,
se proponen morir los atrevidos
lo mismo que Julieta y que Romeo.
Su plan de amor y horror era el siguiente:
desertar, verse un día solamente,
darse un adios eterno,
y hallar luego en el fondo de un torrente
la muerte y la esperanza del infierno;
porque hay gentes tan locas,
que con formal empeño,
no encontrando harto duras á las rocas,
se rompen la cabeza contra un sueño.

VIII

Ya hacia el final de la primer jornada
buscando algún descanso
en la margen del *Vado* (una cascada
que nace y que concluye en un remanso),
miraban extasiados las corrientes,
claras en los arranques,
blancas en las rompientes,
y azuladas después en los estanques,
cuando al llegar la hora
de echarse entrambos de cabeza al río,
poniéndose de pie, «ven, Jaime mío»,
le dijo al desertor la desertora;
y hacia un salto mortal ella camina

Digitized by Google

enseñando al soldado á ser valiente.
¡Feliz pasión la que en morir se obstina!
¡El preferir la muerte á estar ausente
es del amor la plenitud divina!

IX

Ya en pie los dos medían el abismo
de la gran *Requijada*
(otra hermosa cascada
que parece caer del cielo mismo),
cuando al mirar pintados en las ondas
de ella el rostro y gentil desembarazo,
sintió el alma de Jaime aquel flechazo
que pasó el corazón de Epaminondas;
y volviendo á mirar en la cascada
aquel talle que imita
la ondulación del cisne cuando nada,
y el pecho de opulencia regulada
que á amar las cosas de la tierra incita
en ese atontamiento en que la mente
no se encuentra despierta ni dormida,
asiendo de repente
el brazo de la hermosa molinera,
perdiendo el sentimiento de la vida,
la dijo con afán:—«¡Espera, espera!»

X

Y, después de esperar, con pies ligeros
bajan corriendo la empinada cuesta
los dos pobres viajeros
que no llevan más ropa que la puesta;
y llenos de pasión, aunque mojados,
uno de otro en el talle

Digitized by Google

muellemente apoyados,
á lo largo del valle
se alejan poco menos que abrazados.

XI

Y, siguiendo del *Piedra* la corriente,
sus almas encantadas
ven el amor tan casto como ardiente
de las cosas creadas
que imantadas, y al fin desimantadas,
se casan y descasan buenamente;
pues era la estación que entre gorjeos,
alumbrando los gérmenes que encierra,
la gran hembra del sol, la madre tierra,
da los frutos de antiguos himeneos.

XII

Y andando poco á poco, se olvidaron
de la parte febril de su aventura,
y al fin no se mataron:
¡quién no hace en este mundo una locura!
Luego, á la sombra de un nogal, notando
que empieza el tiempo á parecerles breve,
se comen unas nueces, enseñando
unos dientes más blancos que la nieve.
Pero ¡oh esperanzas vanas!
al sentir un amor inextinguible
ellos creen que es posible
vivir sólo de nueces y avellanas;
sin saber los sencillos desertores
que beber en el *Piedra* y comer nueces
es hacer que se olviden los amores
y aborten las más bellas redondeces:

Digitized by Google

porque es sabido que el amor y el río
tienen suertes iguales,
pues así como el *Piedra* se endurece
al romperse en las rocas sus cristales,
perdiendo ciertos óxidos vitales
al moverse el amor se desvanece;
y es que el amor y el río, andando, andando,
por sus cauces los dos marchan dejando
el río cal y la pasión olvido,
y así es como se van petrificando
el agua andada y el amor movido.

XIII

Y al llegar estos míseros mortales,
que alimentan su amor de vegetales,
á un monte empenachado de cascadas,
miraron en los altos vericuetos
las tranquilas moradas
del abuelo, los hijos y los nietos,
de la raza feliz de los Muntadas.

XIV

Y al ver el *Monasterio* frente á frente,
con misterio inocente
se llenaron sus almas de emociones
pensando en las virtudes de un convento;
y él se entregó á juiciosas reflexiones,
y ella á un casto y profundo sentimiento.
Y hasta en aquel momento
se despertó de Jaime en la memoria,
de San Benito, el fundador, la historia,
que amando á una mujer que era un portento,
y por la cual su corazón ardía
como un carbón que lo encendiese el viento,

Digitized by Google

en vez de acariciar como un profano
las torpezas divinas
que envidia el cielo al lodazal humano,
se echó sobre un zarzal, cuyas espinas
destrozaron sus carnes virginales:
y añade en sus anales
un cierto *Padre Yepes*, á quien creo,
renunciando á probarlo en los zarzales,
que en San Benito por heridas tales
el fuego se exhaló de su deseo.

XV

Y en tal instante, aunque con gran frecuencia
no hay más Guardia civil que la conciencia,
ya del día á los últimos fulgores
los dos enamorados desertores
creyeron ver, ó en realidad miraron,
dos parejas de guardias que pasaron,
y apresuradamente
encontrando un zarzal junto á una fuente,
con natural espanto,
no se echaron encima como el Santo,
se escondieron debajo santamente.

XVI

Y gracias al Señor, libres de sustos,
Jaime Cortés y Candelaria Ateca
se durmieron después como dos justos
sobre un lecho de amor de hierba seca.

XVII

Pero ¿y qué más?—¿Qué más? Con amor puro
él una vez al tropezar con ellos
besó de Candelaria los cabellos...
—Y ¿nada más?—Y nada más: ¡lo juro!

Digitized by Google

CANTO SEGUNDO

—

LA TENTACION

I

Ya el sol emblanquecía las estrellas,
y Jaime, aun no despierto,
ni soñaba siquiera con aquellas
tentaciones tan bellas
que tuvo San Benito en el desierto;
pues, como todavía
al alborear la lumbre de aquel día
le hacía poco peso la conciencia,
fué su sueño profundo, muy profundo.
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo
amar, en pleno amor, con inocencia!

II

Cuando ya los llamaban á la vida
los sones halagüeños
que la tierra, aun dormida,
murmura electrizada como en sueños,
á Jaime despertó la molinera;
y abriendo un gran portillo en el ramaje

Digitized by Google

para ver la primera
el teatral aspecto del paisaje,
vió á la luz color gris de la mañana
los huecos de las celdas del convento;
y elevando hacia Dios su pensamiento
se santiguó con gracia la aldeana,
pues hija fiel de otro cristiano viejo,
ella es una cristiana
tan católica á un tiempo y tan galana
que reza y se santigua con gracejo.

III

Aunque es un bello nido
de inextintos amores
el *Parque*, sobre un monte suspendido,
los tiernos desertores,
después que el sol llegó á borrar la aurora,
dejaron una estancia peregrina
que reune en su flora
el Africa, la América y la China;
y hacia el *Vergel* bajaron,
y al límite en que el *Parque* terminaba,
un bello semicírculo encontraron
que el tocador de Venus imitaba,
y quedó admirado él y ella embebida
al ver la *Caprichosa*, una cascada
que parece, tendida,
el velo de una reina desposada;
y á su influjo, sintiendo
una feliz y casta soñolencia,
porque el agua, al caer, baja moviendo
las brisas de las playas de Valencia,
en torno de los tímidos amantes
trazan al sol un círculo divino,

Digitized by Google

saltando, como un polvo blanquecino,
molidos en las peñas los diamantes.

IV

Y entran luego en la *Gruta del Artista*
por ver estalactitas agrupadas,
que alegraban la vista
como labores de cristal colgadas;
y sigue admirando él y ella embebida,
y pasa tiempo... y tiempo... y de esta suerte
se fueron olvidando de la muerte
y acordándose un poco de la vida.
Mas ¿cómo de los fieros desertores
ya, el que menos, olvida
su deber de arrojarse en un abismo?
Porque en cosas de amores
puede más que el deber el magnetismo.
No lo extrañéis, lectores;
según Platón, ya en Grecia era lo mismo.

V

Entrambos luego, de la mano asidos,
bajando más y más, miran, pasando,
que en el estanque del *Vergel*, nadando,
ya se atusan los patos aburridos,
después de ver y oir cómo, formando
borbotones cual pechos de Sirena,
corriendo á unirse al río,
bajo un dosel sombrío
el dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

Digitized by Google

VI

Y á la sombra de un álamo sentados
para admirar el *Baño de Diana*,
poco después el quinto y la aldeana
miraban los cristales azulados
de un rio transparente
que sería maldito en el Oriente
por secar los contornos redondeados.

VII

Se alzan después, y apresuradamente
viendo una curva enfrente
llamada la *Carmela*, él en pos de ella,
como quien huye de la luz del cielo
se entraron en la gruta, que es más bella
que la gruta de Elías del Carmelo.
Mas si viese á los dos en compañía
despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,
¡Jesús! ¡qué colorada se pondría
la Carmen que dió nombre á la *Carmela*!
Y con razón, porque al seguir su ruta
salieron pálido él y ella encarnada,
aunque en aquella gruta
¡admírate, lector! no pasó nada.

VIII

Y ven después, entre el espeso ambiente
de perlas en las rocas machacadas,
los *Fresnos*, que, cortando una corriente,
imitan dulcemente
un salterio formado por cascadas.

Y al ver que con su escala de colores
la *Cascada del Iris* sus primores
sepulta en un estanque luminoso
al pie de una vertiente encajonado,
Jaime exclama admirado
como un viajero estúpido:—«¡Qué hermoso!»

IX

Y, al fin del largo estanque,
miraron en su arranque
la *Cola de caballo*, otra cascada
que, en la cumbre entre rocas apretada,
se para, se acumula, se desborda:
el valle todo asorda,
cae, y después se echa á dormir cansada;
pero al caer arqueada y ondulante,
es tal su gallardía,
que no tiene una cola semejante
el caballo mejor de Andalucía.
Al ver la gran cascada
brillando tan gentil y refulgente,
casi duda la mente
si, al caer despeñada,
rompiéndose en las rocas, irritada
lanza el agua una luz fosforescente.
Yo sé de un navegante, amigo mío,
que viviendo en el mar constantemente,
nunca vió el agua hasta que halló este río
que lanzando impetuoso su corriente
de pendiente en pendiente,
recorre desde el cielo hasta el abismo,
haciendo de esta tromba á un tiempo mismo
chubasco, borbotón, racha y rompiente!

Digitized by Google

X

¡Y gloria á Dios! Merced á la certera
habilidad del dueño
que abrió á pico en la roca una escalera,
bajaron á la *Gruta*, que supera
en hermosura real al mismo sueño;
gruta en la que es el día
una noche de otoño húmeda y clara,
que mezcla á una luz rara
unas sombras más raras todavía,
y cuando de repente
entre tanto y tan mágico espejismo
lleva el sol, al morir en Occidente,
la esplendencia del cielo á aquel abismo,
se ve allí claramente
aquel Dios misterioso que el ateo
nunca ve en su nublada fantasía;
á quien vió por detrás Moisés un día,
á quien vió de perfil el gran Linneo;
al que ve con su tierna idolatría
la esposa fiel por cuyos ojos veo
y al que la madre de mi amor veía
con el santo candor del buen deseo!

XI

Las aguas por las rocas exudadas,
forman allí variadas
obras de arte, á la bóveda sujetas
con primor tan gentil, que sus labores
afrentan á escultores,
á arqui tectos, pintores y poetas.

Digitized by Google

¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe
si aquel templo escondido y soterrado
es de una grande catedral la nave,
ó algún horno ciclópeo ya apagado;
si habrá formado un hada
sus bellos arabescos de mezquita;
si es gruta de Sibila exonerada,
ó de un titán la cueva troglodita;
pues la gruta hechicera
que á todo ingenio humilla,
si como arte es la octava maravilla,
como arte natural es la primera:
y acaso en tan extraña arquitectura
Dios tuvo por objeto
juntar en su hermosura
los prodigios del orbe en miniatura,
formando tan completo
Pandemonium de cosas celestiales,
que alrededor se ven hombres y brutos,
y dioses vegetales y animales,
y fetiches de ritos naturales,
flores, peces, y pájaros y frutos;
ídolos despreciados
que, del mundo barridos,
y en la *cueva* de *Piedra* emparedados,
fueron, después de ser amontonados,
por el desdén primero confundidos,
y por el tiempo al fin petrificados!

XII

Mientras hacen las brumas condensadas
en lo hondo de la *Gruta* acumuladas
un estanque sombrío
donde al caer medidas y contadas,

van formando las gotas de rocío
un joyero de perlas agitadas,
de tanta sombra y humedad mezclados
el perfume, el color y los sonidos,
parece que también petrificados
abruman con su peso los sentidos
y en tal caos de ruídos y fulgores,
al ver y oir los brillos y rumores,
cambiando de ilusión ojos y oídos,
encuentran siempre allí nuestros sentidos
voz en la luz, y luz en la armonía,
siendo así de la humana fantasía
quiméricos antojos
ya el hallar armonía en los colores,
ya el ver como parece á nuestros ojos
que saltan de los ruídos resplandores!

XIII

Saliendo de su asombro sobrehumano,
ven luego que, á sortear acostumbradas
el furor de las aguas despeñadas,
por la derecha y por la izquierda mano
entraron asustadas
dos palomas seguidas de un milano;
y el milano no entró, porque imprudente
á las aves de frente
les fué astuto á cortar la retirada,
y el rápido turbión de la cascada
lo echó muerto en el fondo del torrente.
Y luego la pareja arrulladora
tranquila y entregada á sus amores,
de aquellos infelices desertores
vino á ser la serpiente tentadora;
pues en tanto que extáticos seguían

por los picos los pájaros unidos,
ellos, desvanecidos,
los miraban á un tiempo y los oían
poniéndose en los ojos los oídos.
Y cuando aquella escena,
de peligrosos incentivos llena,
convirtiendo en edén la hermosa cueva,
les trajo á la memoria
el amor de Adán y de Eva,
los grandes pecadores de la historia,
en ideal mutismo
nuestros dos desertores
sondeaban el abismo
del vértigo feliz de los amores,
y, como es natural, naturalmente,
escena tan sencilla
puso fuego á su amor adolescente,
y empezó á arder en ellos de repente
la sangre de Isabel y de Marsilla.
Y como suele á veces
un ejemplo liviano
hacer hervir las heces
del fondo vil del animal humano,
mientras casta, apelando á sus deberes,
ella devora en abstracción sublime
ese instante en que incuban las mujeres
la idea que las pierde ó las redime,
él miró á Candelaria de hito en hito
para beber amor en sus miradas;
pero ella, dando un grito
que hizo huir á las aves asustadas,
salió de aquel lugar de incontinencia
para ella maldecido,
y—«¡jamás!»—murmuraba con frecuencia,
respondiendo sin duda á un repetido

misterioso argumento de conciencia.
Así la fugitiva
salió rápidamente,
como un ave cautiva
cuya jaula se abriese de repente,
mientras Jaime Cortés, desvanecido,
ni á ver, ni á oir, ni á respirar se atreve,
y sigue detras de ella convertido
en fría estalacmita que se mueve.
Y, gracias al buen Dios, de esta manera
el idilio empezado en aquel día,
por huir con pudor la molinera,
se quedó siendo idilio todavía.

XIV

Y, después de unas horas,
ya con planta segura
siguiendo á las palomas tentadoras
por sendas seductoras
trazadas con ingenio á la ventura,
llegaron á la *Fuente del Olvido*
y á un *lago* entre montañas detenido,
con la *Peña del Diablo* por un lado,
y al otro el *Monte Piedra,* en donde alzada
con restos de una antigua fortaleza,
aun se ve una *Capilla* abandonada
con santos que no sirven para nada,
pues ni unos tienen pies ni otros cabeza.

XV

¡Oh *Fuente del Olvido* misteriosa!
¡Lola, Asunción, Eugenia, María, Rosa!

¡Coro de alegres musas!
¡Recuerdo entre memorias ya confusas,
que después de saltar con planta airosa
los arroyos cortados por esclusas,
para hallar el reposo apetecido,
prestó á vuestro cansancio y mis pesares
el húmedo verdín de sus sillares
la inolvidable fuente del *Olvido*!
¡Isabel, Carmen, Juana!
¿á qué ninguna de las tres olvida
lo que en el *lago del Silencio* hablamos?
¿Olvidaréis jamás que allí pasamos
tres horas las más dulces de la vida?

XVI

Mas nos llaman de nuevo otros amores,
porque Jaime, sintiendo trasudores,
de improviso gritó:—«¡Guardias civiles!»
pues para un desertor, en la apariencia
no hay más hombres que guardias y alguaciles;
¡qué es gran pintor de espectros la conciencia!
Y buscando un refugio, mira en torno,
y alcanzando en el fondo del paisaje
una cueva que sirve de hospedaje
á todas las palomas del contorno,
uno y otro con ánimo esforzado,
metiendo el pie en las grietas de las peñas,
subieron á la *Cueva del Soldado*,
que allá arriba, y oculta entre unas breñas,
el mismo Dios que la hizo la ha olvidado;
y en tanto qne los pobres desertores
quedan solos, pensando en sus amores,
mas sin faltar á la moral cristiana,
por la altura del monte vigilando

va la guardia civil representando
lo perspicaz de la justicia humana.

XVII

¡Que Dios os dé fortuna,
oh jóvenes amantes,
que aún podéis comulgar sin duda alguna
sin precisión de confesaros antes!
¡Yo espero que aun podrá vuestra inocencia
la hora retardar de la caída,
creyendo lo que dice la experiencia,
que es muy malo abusar de nuestra vida!
Desechad con empeño
cuanto hay de realidad en las pasiones,
dándolo todo, como yo, al ensueño;
imitad mis fugaces ilusiones,
pues en giro halagüeño,
desenterrando y enterrando historias,
ya saco una memoria para un sueño,
ya echo un sueño al rincón de mis memorias;
y aunque en mis rasgos de virtud no imito
lo que hizo en el desierto San Benito,
procuro realizar en mis ternezas
un amor superior á las flaquezas,
porque sé en mi constante desconsuelo
que si une de algún modo
un hilo solo nuestro amor al suelo,
sopla el viento una vez, se nubla el cielo,
rompe un céfiro el hilo... y ¡adios todo!

Digitized by Google

CANTO TERCERO

EL CASTIGO.

I.

—«El amor se cree eterno y dura un día.»
así á Jaime Cortés con grave acento
un cura le decía,
si es cura el capellán de un regimiento.
—«Vamos con calma, vamos—
el capellán seguía—
confiésate despacio, que esperamos
una dicha imprevista,
pues sé que, siendo un ángel en la tierra,
pidió ayer tu perdón una bañista
que es algo del Ministro de la Guerra.
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,
y cuenta sólo la verdad humana.
Cuando se halla por medio una aldeana,
todos sabéis cómo se pierde el cielo,
aunque nunca estudiáis cómo se gana.»

II.

—«¿Habrá una criatura—
preguntó el desertor—que la ventura
encuentre en las pasiones tormentosas?»
Y el confesor le dijo:—«Ten cordura;
tú al hablarme te olvidas que soy cura,

y sólo sé por relación las cosas.
Piensa bien que nos dice la doctrina
que es el hurto un pecado,
y la Ordenanza á declarar se inclina
que, al robar una moza, es un soldado
tan vil como al robar una gallina.
Confiesa que ese amor desventurado
de la Ordenanza el código destroza,
mostrando el espectáculo adorado
de un quinto que secuestra á una real moza.
¡Si fueras oficial!... ¡Pero un soldado!...»

III

Bostezando en memoria de su amada,
Jaime exclamó con voz entrecortada:
—«¡Oh, qué cuarto de la luna tan eterno!
ocho días de dicha continuada
hacen dulce la idea del infierno.
Amé en la gruta á Candelaria Ateca
con todas mis potencias y sentidos.
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,
sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?
Duraron nuestras verdes alegrías
tres días y tres noches; pero luego...
—Sí—dijo el cura—al cabo de esos días,
la hablabas tú en latín, y ella á tí en griego.
El que sepa la esencia de las cosas,
sabrá que las mujeres siempre entienden
la ciencia de agradar, si son hermosas;
pero, hermosas ó feas, nunca aprenden
el arte de no hacerse fastidiosas.—
Bien, y después ¿qué hiciste?
—Qué hice después?—Jaime pregunta,—¡ay triste!
Después me acobardé como un paisano.

¡Ningún héroe resiste
á un amor de ocho días mano á mano!
Mas ¿qué habrá sido de ella, padre mío?
¿se habrá arrojado al río?
—Déjate de locuras—
contestó el capellán—¿de qué te apuras?
Con respecto á cariños y placeres,
sabemos bien los curas
que se suelen cansar de sus ternuras
tanto ó más que los hombres, las mujeres.
Pero tú, ¿no sabías, inocente,
que el río el corazón solidifica,
así como al tocarlas petrifica
las ramas que detienen su corriente?
¿No oiste en *Piedra* hablar de dos inglesas,
que amando con pasión y siendo obesas,
por beber en estío
los óxidos metálicos del río
dejaron de querer y de ser gruesas?
—Yo sólo sé—Jaime siguió—que iguales
los astros desde el cielo
siguieron alumbrando mi fortuna
cuatro días cabales;
pero ya al quinto día de la luna,
noté con desconsuelo
que me enseñaba el pie sin gracia alguna,
mientras necias por valles y por lomas
con sus eternos besos,
aquella fiel pareja de palomas
me llevaba el fastidio hasta los huesos.»

IV

—«¿Y qué fué de esas aves que os mostraron
el árbol de la ciencia?—

Digitized by Google

preguntó el capellán.—Nos las pagaron—
Jaime exclamó—pues si ellas me enseñaron
la primera lección de la experiencia,
como es ley natural que el hombre coma,
una tarde de amor nos las comimos,
y el par nos repartimos,
comiendo ella el pichón, yo la paloma.
—Pues ¿no tenías nueces?—
preguntó el capellán.—Sí, pero á veces—
respondió el desertor, que sollozaba—
tanto el hambre apretaba
que, además de las aves, padre mío,
cuando hallaba cangrejos en el río
encendía un tomillo y los asaba.
—¿Asar á su maestra? Eso da espanto—
replicó el capellán;—tú, en amar tanto
fuiste, hijo mío, un verdadero loco,
y te lo digo yo, que soy un santo,
por más que alguna vez lo olvide un poco.»

V

—«Dormida un día, aproveché el momento—
siguió Jaime—y con nuevas ilusiones
me volví al regimiento,
prefiriendo el fragor del campamento
al amor siempre igual de los pichones;
mas queriendo atajar, dejé el camiuo,
y andando en línea recta y con premura
para llegar más pronto á mi destino,
la Guardia me prendió cerca de Alhama.
—Es verdad—siguió el cura—
y el idilio acabó, y empezó el drama;
pues la Guardia civil es tan amiga
de pensar siempre el mal, que con trabajo

cree que ninguno siga
la senda del deber por el atajo.
Por desertor cogido y sentenciado;
preferiste al amor ser fusilado,
lo comprendo, hijo mío;
fuíste el ciervo asustado
que teme ser cogido y se echa al río.

VI

—«Mas ¡ay! ya está el piquete en movimiento,
y pues llegó el momento—
continuó el capellán—vamos andando.»
Y después de decirle:—«Acaba, acaba»,—
masculló una oración como implorando
la clemencia de un Dios de quien dudaba.
Luego siguió:—«Ya quedan conmutados,
en gracia de tu hastío, tus pecados;
el Papa actual es un señor muy bueno,
que cree que son los malos desgraciados,
y que el mundo está lleno
de santas y de santos ignorados.»—
Volvió á rezar un poco á su manera,
le echó después la bendición postrera,
y—«te perdono—dijo—
en el nombre del Padre; y quiera el Hijo
que te perdone á ti la molinera.»—
Mas Jaime, horrorizado
de pensar si podría
viviendo más, de Candelaria al lado
pasar un día sólo, un sólo día,
poniéndose de pie con el objeto
de ser en el instante fusilado
por no quedar sujeto
á los trabajos del amor forzado,

Digitized by Google

se preparó á la muerte, y en tal hora
el rostro se cubrió con las dos manos,
diciendo con ternura encantadora:
—«¡Cuánto me aflige ahora
el dolor de mi madre y mis hermanos!»—

VII

¿Cuál sería de Jaime la sorpresa
cuando vió frente á sí la aragonesa
que, vestida de quinto, le miraba
con la cara tranquila
que debía poner cuando jugaba
con los cabellos de Sansón, Dalila?
Jaime Cortés, de confusiones lleno,
no quería creer lo que veía;
mas la mujer con ánimo sereno
mirándole, parece que decía:
«Caerá entre sangre el que me hundió en el cieno.»

VIII

Mas ¿cómo la terrible molinera
llego á la ejecución? De esta manera:
Fué á *Nuévalos* un día,
y en casa de una tía, audaz se puso
un traje de aldeano que allí había,
de un paño sin color á fuerza de uso;
y hecho ya aragonés, la aragonesa
al salir de la casa de su tía
con el pelo cortado á la escocesa,
más bien que un aldeano, parecía
el paje más gentil de una princesa;
y anduvo muchas horas, y aunque en vano

Digitized by Google

de Jaime preguntó por el destino
á todos los rumores y los ecos,
le dió noticias de él por el camino
un vendedor de miel y de higos secos;
y de matar á Jaime haciendo voto,
marchó á Alhama á cumplir su triste suerte.
¡Lechera con el cántaro ya roto,
no halló más esperanza que la muerte!
Llega en fin; sienta plaza de soldado;
pide ser del piquete fratricida,
y así en vengarse y en matar se empeña,
al verse sin amor y envilecida;
venganza, vive Dios, que nos enseña
que el corazón á veces desempeña
un papel importante en nuestra vida.

IX

Jaime observa el piquete con espanto,
y Candelaria en tanto,
como le ama á pesar de los pesares,
lo mira con furor, mientras su llanto
por dentro de sus ojos corre á mares.
Y cuando vió que á Jaime le vendaron,
unas nubes de sangre la cegaron;
y, en el postrer momento,
al consumar su intento,
que se creyó casualidad horrible,
mirando Candelaria al miserable,
echa sobre él un odio irresistible,
ó más bien un amor interminable.
Junta á su sien de su fusil la boca;
el gatillo después con el pie toca,
suena de pronto un tiro,
reza un—¡piedad, Señor!—dando un suspiro,

y cae con el cráneo destrozado
un momento antes que él, y de esta suerte
si por verlo matar se hizo soldado,
por no verlo morir se dió la muerte.

X

Y un instante después lleno de celo,
hizo alguien la señal con un pañuelo,
y el ángel del amor tendió sus alas
y se escondió en el cielo,
por no ver que de Jaime sin consuelo
el pecho atravesaron cuatro balas.

XI

Y como á ver morir á aquel soldado
de emociones sediento
subió con gran contento
al *Castillo Romano*, hoy arruinado,
ese invariable público formado
de mil inteligencias sin talento,
cuando vió de dolor desvanecido
que, pasando un segundo,
de una campana eléctrica el sonido
trajo el perdón pedido,
que llegó como todo en este mundo,
en un mismo dolor el pueblo unido
lanzó fatal, desolador, profundo,
un ¡ay! que más que un ¡ay! fué un alarido.

XII

¡Altos juicios de Dios!—En aquel duelo
un claro sol derrama

tanta luz sobre el suelo
de la vega de Alhama,
que parece que el cielo
le dice al pueblo absorto:—«¡Vive y ama!»
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,
llegando á confundirse sonrientes
del *Jalón* con las ondas sonorosas,
lo convidan á oir en lontananza
ese canto inmortal de la esperanza
que murmura el concierto de las cosas!

XIII

Y ¿qué dirán del fin de estos amores
los que hablan de lo real sin poesía?
Que mañana, ocultando estos horrores,
el viejo sol que nace cada día
alumbrando á leales y traidores,
sobre tanta agonía
un velo vendrá á echar de resplandores;
y dirán además, que aunque hoy sentimos
estas y otras tragedias espantosas,
sucediendo unas cosas á otras cosas,
pronto han de ver cómo de nuevo oímos
los himnos del otoño á los racimos,
del Abril las canciones á las rosas.

XIX

Y afrontando, por fin, de estos amores
el problema profundo,
me preguntáis, lectores:
—¿Qué debemos hacer cuando iracundo
el destino consienta estos horrores,

y entre ser y no ser medie un segundo?
¡Echar en paz sobre las tumbas flores,
verlo, sufrir, y despreciar un mundo
tan lleno de *Doloras* y dolores!

FIN

LOS BUENOS Y LOS SABIOS

POEMA EN CINCO CANTOS

Á MI IDOLATRADO HERMANO LEANDRO

CANTO PRIMERO

JUAN FERNÁNDEZ

I

Tocó á Pedro la suerte de soldado;
pero hombre sabio y sin ningún denuedo,
todo desconcertado
la sentencia escuchó verde de miedo.
Y como en casa había
otro hermano más joven, que tenía
como buen labrador, gustos sencillos

gran corazón, gran pie, grandes carrillos
y unos puños más grandes todavía,
el padre, por la madre aleccionado,
—«Si á Pedro le ha tocado ser soldado
y tanto el traje militar le asusta—
pregunta á todos de inocencia lleno—
¿hay cosa más sencilla ni más justa
que vaya por él Juan, siendo tan bueno?»—
Y nadie, por temor ó hipocresía,
contra esta vil sustitución reclama;
y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía
comparado con Pedro, que tenía
la ambición del saber y de la fama?
Y el cura, el alguacil y el cirujano,
todo el género humano,
encuentra natural que Juan, gozoso
sacrifique á la ciencia de su hermano
su fortuna, su amor y su reposo,
y á ninguno subleva esta injusticia
hecha á un ser sin malicia,
de aspecto agreste y de caracter tierno.
¡Oh bondad! ¡Tú despiertas la codicia
de todos los demonios del infierno!

II

Mientras de Pedro el párroco asegura
que será en religión un alma pura
y un genio sin rival en medicina,
se burla él ya de la moral del cura
amando sin virtud á su sobrina.
Es Pedro uu hombre silencioso y grave,
y, aunque ya tiene vicios,
¿qué importan en un joven que ya sabe
que fundaron á Cádiz los Fenicios?

Finge bien la modestia el pelulante,
y con genio y carácter volteriano,
es un mal estudiante
que estudia bien el corazón humano.
Y, aunque escaso de ciencia,
como nació de escrúpulos ajeno,
le enseñó desde niño su conciencia
que ser sabio es más útil que ser bueno.
Dice él que no ama el oro, y no lo creo;
y blanco de ira y por envidia flaco,
material por placer de instinto ateo,
de rostro afable y de intención bellaco,
vive con la manía
de maldecir de su feliz estrella,
y cual buen pesimista en teoría
le va en la vida bien y habla mal de ella.

III

Pero Juan, que era él bueno y trabajaba,
¿qué puesto entre sus deudos ocupaba?
Un puesto tal que, al repartir la madre
los dulces que á los hijos les feriaba,
—«¿No das á Juan?»—le preguntaba el padre—
y ella decía:—«Es cierto; lo olvidaba.»—
Por cortedad huraño,
sólo habla con las mulas y el rebaño
que hacia los campos guía,
sin saber qué hora es en ningún día
ni el día ni aun el mes en ningún año.
Siendo tan sobrio Juan, á falta de olla,
con cebolla y con pan se desayuna,
y ya alto el sol, sin diferencia alguna,
se come por variar pan y cebolla.
Como es todo mortal falto de trato,

Digitized by Google

según San Agustín, ó santo ó bestia,
por su gran castidad y su modestia
es Juan un Escipión y un Cincinato.
Para qué sirve el tenedor ignora,
y coge con los dedos las tajadas,
y ríe cuando ríe á carcajadas,
y aúlla como un lobo cuando llora.
Aunque tiene cierto aire de limpieza,
dice Pedro su hermano
que, al tiempo que se rasca la cabeza,
se peina con los dedos de la mano.
Prescinde en esta vida del deseo,
de la ilusión, del oro y de la gloria,
y evita dando vueltas á la noria,
vendándose los ojos, el mareo.
Y este ser tan benigno ¿es destinado,
sin tocarle la suerte, al heroísmo?
La bondad es el suelo preparado
en que siempre los sabios han criado
el pan con que se nutre el egoísmo;
y por eso ya el vulgo ha sospechado
que han de ser, y que fueron un ser mismo,
Juan *Lanas*, el *buen* Juan y Juan *Soldado*.

IV

Juan tiene por amante
á una joven de carnes excedentes,
que echa mano á la oreja cada instante
para ver si están firmes los pendientes;
pendientes de cerezas
que él recoge en el campo de amor ciego,
y que ella fiel, con bíblicas ternezas,
antes los luce y se los come luego.
Es María, ó Maruja, una aldeana

que, cual base de un sueño delicioso,
Tiene un tío riquísimo en la Habana,
bonachón, algo verde y ya gotoso.
Tiene además los ojos como soles,
y en las sienes, tocando á las mejillas,
dos rizos sostenidos por horquillas,
llamados en Triana caracoles.
Responde á los requiebros con cachetes,
y, no estando de risa amoratada,
parecen sus mofletes
un compuesto de leche y de granada.
Ama Juan á Maruja tan de veras,
que si algo le pedía,
aunque ella le decía:—«lo que quieras»—
no sabía él tomar lo que quería.
Mas será para mí gran maravilla
si es fiel á Juan Fernández la aldeana,
porque, más que á una doble cortesana,
tengo yo miedo á una mujer sencilla;
que el candor con sus grandes honradeces,
tendiéndonos la red de sus patrañas,
enreda al cortesano en sus dobleces
lo mismo que á las moscas las arañas;
y la fe campesina es muy paciente,
pero, después de todo,
muy candorosamente
en el campo la gente
acomoda el amor á su acomodo.

V

En conclusión: Pedro obligó á su hermano
á que fuese á cumplir su mala suerte,
como aquel espartano
que en nombre de su honor, y lanza en mano,

Digitized by Google

mandó á su esclavo á combatir á muerte.
Y al ponerle en camino,
así Pedro habló á Juan:—«Pues que el destino
suele hacer de un jayán un caballero
y un héroe de un furriel adocenado,
no olvides, Juan, que, para ser soldado,
el despreciar la vida es lo primero.»—
Después el cura, de latín henchido,
en vez de unos doblones,
le echó, con un sermón, dos bendiciones;
y el padre, algo afligido,
como el cura, le dió buenas razones,
total: muchos sermones;
un sermón muchas veces repetido.
Sólo un viejo pastor exguerrillero,
sacó, rompiendo en llanto,
dos monedas gastadas por el canto,
de un bolsillo de cuero;
y—«toma, Juan—le dijo—
no te doy más, porque ya sabes, hijo,
que es cobarde un soldado con dinero.»—
Y Juan, casi ofendido en su ternura,
se alejó más que á prisa,
porque á nadie afligió su desventura:
y es que, según el cura,
era tan bueno Juan que daba risa.
Víctima, en fin, de una implacable ciencia,
partió Juan con magnánima paciencia.
¡Admira el ver de lo que son capaces
esos hombres de bien que, pertinaces,
nunca pierden la fe ni la inocencia!

VI

Mas cuando, ya muy lejos, se extinguía

Google

de un sol de otoño la postrera lumbre,
oye Juan, ó cree oír, desde una cumbre
que es su casa un delirio de alegría.
Y se esforzó en seguir; pero, notando
que al llegar de su hacienda á los linderos
el perro con ladridos lastimeros
le solía llamar de cuando en cuando,
como en fin se reduce nuestra vida
al humilde rincón en que nos aman,
quiere ver con el alma enternecida
si en su mansión querida
hay seres que le lloran y le llaman;
y por la sombra nuestro Juan velado
se volvió hacia su casa apresurado;
porque es nuestro destino
que pase el porvenir, como el pasado,
la mitad en andar por un camino
y otra mitad en desandar lo andado.

VII

Al llegar, mira Juan por el postigo
lo que en la choza pasa;
mas se apoya en la esquina de su casa,
lo mismo que en el hombro de un amigo,
al ver desde la esquina
que, alrededor del fuego que brillaba,
el gato de la casa ya ocupaba
el rincón que él llenaba en la cocina.
Y al notar con tristeza
que olvidándose de él muchos reían,
mientras pudo observar con extrañeza
que en la cuadra las mulas no comían
por volver, para verle, la cabeza,
él triste, en actitud desesperada

Digitized by Google

á su dolor se entrega
con la frente apoyada
sobre el tronco del arbol de la entrada
que da sombra á la casa solariega.
Luego el rostro volviendo hacia la puerta,
en tanto que su cuerpo sostenía
el arbol que en verano parecía
una jaula de pájaros abierta,
vió que algunos reían y cantaban;
y al mirar que sus deudos le olvidaban,
buscando en su dolor un compañero,
abrazó con encanto verdadero
el arbol cariñoso en que sesteaban
seis gallinas, un gallo y un cordero:
y hasta creyó que, respirando amores,
le daba un tierno «¡adios!» por vez postrera
aquel arbol, tan lleno en primavera
de perfumes, de ruídos y de flores;
y entonces conoció su alma encantada
cuánto al bueno alboroza
esa canción, sin nombre, susurrada
por el sauce llorón que está á la entrada
de la puerta sin puerta de una choza.

VIII

Y, en fin, viendo afligido
que el mundo de sus deudos, divertido
por festejar á aquel que se quedaba,
al desdichado Juan, que se marchaba,
dejaban de nombrarle por olvido,
humilde y humillado,
lo mismo que un cachorro castigado,
de dolor traspasadas sus entrañas,
se marchó á ser soldado,

al alborear de un día en que aplomado
el cielo se apoyaba en las montañas;
y huyó, y huyendo se mesó el cabello.
¡Ay del mortal que á conocer empieza
por la primera vez lo que es tristeza!
¡ay del que es bueno y se arrepiente de ello!
Y sólo, y de sí mismo frente á frente,
empezó á conocer, aunque con pena,
que es la propia bondad cosa excelente
para escabel de la ventura ajena.
Y al ver su porvenir desvanecido,
maldijo... Pero luego, arrepentido,
echó mano al bolsillo, en que tenía
una estampa de un santo desollado,
lo besó con furiosa idolatría,
y después, alejándose de lado
para ver bien la casa de María,
los ojos se enjugaba, y resignado:
—¡Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!»—decía.

IX

De este modo, obediente y con tristeza,
vendido siempre Juan por su ternura,
fué á abismar su cabeza
en esa bruma de la vida obscura,
formada de altivez y de bajeza,
de injusticia, de envidia y de impostura.

X

Y ahora que sabemos
que lleva la bondad á esos extremos,
ya escucho esta pregunta en vuestros labios:
—¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios?
¡En el día del Juicio lo veremos!

Digitized by Google

CANTO SEGUNDO

—

JUAN SOLDADO

I

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,
de laureles ceñido;
y aunque llega, cual veis, tan mal vestido
del campo del honor y de la gloria,
la luz del iris en su pecho brilla,
pues lleva en él colgadas
dos cruces encarnadas,
una blanca, otra azul y otra amarilla.

II

Fué tan grande de Juan la bizarría,
que Pedro Antonio de Alarcón decía
que en Tetuán se batió como una fiera,
llevando en la batalla por bandera
un pañuelo de hierbas de María;
y añadía de Juan, que se quedaban
de lágrimas sus ojos arrasados,
si alguna vez, luchando, destrozaban
un sembrado de trigo los soldados;
porque era tan buenazo,
que cuando airado para herir movía

Digitized by Google

aquel fornido brazo,
tan solamente daba, si podía,
en vez de una estocada un puñetazo;
así es que un día, exento de despecho,
de su fama en desdoro,
por no romperle la cabeza á un moro,
por poco el moro le atraviesa el pecho.

III

¡Dichoso Juan, que viene
ignorando en sus santas ilusiones
que siempre alcanza el triunfo aquel que tiene
la razón de los muchos batallones,
y que, volviendo vencedor del moro,
ostenta sus laureles
sin presumir que cuando falta el oro
la gloria y el honor son oropeles!
Nunca Juan entrevió, cual buen guerrero,
feliz con su uniforme de jilguero,
el axioma profundo
de que, pese al rencor del mundo entero,
toda la gloria militar del mundo
no vale ni la vida de un ranchero;
por lo cual dejaremos que la historia
cuente de Juan el indomable brío,
porque yo, lector mío,
tengo el honor de despreciar la gloria.

IV

Ya al volver Juan, era doctor su hermano,
que después que se hubo hecho
médico-cirujano

y estudió sin provecho
lo material del organismo humano,
en clínica aprendió cuatro patrañas;
mas siendo al parecer un hombre grande,
ni siquiera observó como Lalande
que saben á avellanas las arañas;
y aunque el caso que cuento es horroroso,
hasta su mismo padre embelesado,
viendo á Pedro hecho un médico famoso
se acordaba de Juan avergonzado;
y no falta en la aldea quien opina
que la madre murió de gozo loca
de pensar que era Pedro en Medicina
un *Cortezo,* un *Corral* ó un *Sánchez Toca.*
Y ¡cuán grande es del hombre la simpleza!
Después que, ya famoso, probó el cura
de Pedro la antiquísima nobleza
conforme á la verdad de la figura
de un árbol genealógico que empieza
saliendo de una nube muy obscura,
los arqueólogos dieron
por cosa averiguada,
que los tales Fernández no salieron
como todos los seres, de la nada,
y el maestro de escuela
probó también con árboles pintados
que su décima abuela
tuvo un poco que ver con dos cruzados.

V

Pero ¿y Maruja? Como Juan creía
que era invención del diablo la escritura,
temiendo de la tropa la ironía,
n oescribió su futura

la más pequeña frase
porque el cabo furriel no se enterase
de la inmensa pasión que le tenía;
así es que no sabía
la historia lastimera
de que, muriendo un día
el tío que en América vivía,
á su novia dejó por heredera,
pasando así Maruja á ser María.
Después, Pedro Fernández Palomino,
tenaz persecutor del sexo bello,
como tenía el tino
de coger la ocasión por el cabello,
faltando á la ternura y al decoro
de Juan, ausente, escamoteó el destino,
con el ansia feroz de un campesino
que buscase en el Sil pepitas de oro.
Y aunque ella no era hermosa,
como hace el oro hasta á la fea bella,
después que fué María poderosa
resolvió Pedro enamorarse de ella.
Y María, con ánimo sereno,
para no hacer á su riqueza agravio,
no se casó con Juan, aunque era bueno;
con Pedro se casó, porque era sabio:
y cierta frase del doctor explica
esta exclusión del vencedor del moro:
¿cómo se ha de casar con una rica
quien nunca ha visto una moneda de oro?
María era algo tosca, pero ahora
que tiene una fortuna y un marido,
pasando de aldeana á gran señora,
mudó de piel, se puso otro vestido,
y hoy, teniendo María
un corazón que late por oficio,

mira pasar en procesión tardía,
sin ninguna virtud y ningún vicio,
un día y otro día y otro día:
y como ya actualmente
no ha de llevar el cántaro á la fuente,
se fastidia pensando en su riqueza,
y muy feliz bosteza,
y vuelve á bostezar dichosamente.
Resultado: que Pedro, hombre profundo
más bien que en lo divino en lo profano,
se casó con la novia de su hermano,
y cual siempre sucede en este mundo,
aunque esto clama al cielo, clama en vano.

VI

Todo esto, corregido y aumentado,
al llegar á su pueblo Juan soldado
se lo contó con gracia extraordinaria
un quinto de Sevilla
que cree que es el gazpacho con guindilla
el *summum* de la ciencia culinaria.
Mirando al relator con extrañeza,
á pesar de su hercúlea fortaleza,
al oir cada frase
se quedaba el buen Juan cual si girase
un rayo en derredor de su cabeza,
y por instinto, al fin, creyendo ciertos
los hechos del cronista sevillano,
se echó angustiado al corazón la mano,
y mano y corazón quedaron yertos:
y al ir á andar, turbado,
dió vueltas como un hombre enajenado,
y emprendiendo una marcha, igual al vuelo
de un pájaro atontado,

tambaleando de un lado al otro lado,
resbaló, miró al cielo,
y al caer desplomado
se dió con la cabeza contra el suelo.
Y cuando Juan, herido,
fué á casa del albéitar conducido,
dos pobres del más pobre populacho
le sirvieron de apoyo;
y aunque algún sabio dijo—«es un borracho»—
las hijas y los hijos del arroyo
decían viendo á Juan:—«¡pobre muchacho!»—
Y en medio del dolor que Juan sentía,
las sienes con las manos se apretaba
y nombraba á María,
y por más que su nombre maldecía,
no queriendo quererla, la adoraba.

VII

Mientras Juan en el lecho, cabizbajo
sólo piensa, entre sábanas metido,
en hacer que se olvide que ha existido,
lo cual le costará poco trabajo,
maldice en su quebranto
la ingratitud de aquella
por lo cual sabe bien el cielo santo
cuántas veces comió, pensando en ella,
el pan de munición bañado en llanto.

VIII

Pensando siempre Juan, como yo pienso,
que, al morir, todo el que ama
siente un cariño inmenso,

porque el amor sin dicha es un incienso
que hace eternas las vidas que embalsama,
bendiciendo su estrella,
—«¡Mejor—dijo cual nunca enternecido;—
si hoy me muero, ya en sombra convertido
viviré cerca de él y cerca de ella!»—
Y es que la fe en amar un imposible
no acaba con la vida que declina,
porque el amor es una sal divina
que produce una sed inextinguible;
por lo cual con su angélica inocencia,
y su inmensa bondad, que ya es paciencia,
Juan aspira á querer después de muerto...
¡Dios mío! ¿será cierto
que el amor sobrevive á la existencia?

IX

Después que Juan soldado
al hallarse vendido
sintió su corazón, ya lacerado,
por un frío mortal entumecido,
un helado sudor bañó su frente,
y luego, tiernamente,
recordando la casa de su padre,
recitó mentalmente
cierta oración que le enseñó su madre;
y como al cielo su dolor eleva
oirá el cielo esta vez sus agonías...
Aunque hay días de prueba
y está muy lejos Dios en esos días.

X

Sin fuerza y desangrado el pobre mozo,

Digitized by Google

fijando en el albeitar la mirada,
más blanco ya que el lienzo de la almohada,
cada aliento que exhala es un sollozo;
y en postración sombría
cuando Juan respiraba todavía,
como todos los tristes miró al cielo,
y exclamó:—«¡Adios, María!»—
en tanto que lucía
muy cerca de su herida un escalpelo.
Y ya el dolor de su alma, confundido
con el temor de una incisión sangrienta,
unió á la fiebre del amor vendido
la fiebre de una muerte violenta;
por lo cual, Juan rendido
cayó, en su puro amor desvanecido,
de la vida en el último desmayo...
¡En negar el olvido
Dios es más duro que en forjar el rayo!

XI

¡Así perdiendo á su adorado dueño,
Juan al volver triunfante de la guerra,
cayendo de la cúspide de un sueño
dió con el cuerpo y con el alma en tierra!

Digitized by Google

CANTO TERCERO

—

JUAN DE LAS VIÑAS

I

¡Qué estrella tan fatal! Sin duda alguna
hubiese sido humano
que al tiempo de nacer, cualquiera mano
volcase sobre Juan su propia cuna;
aunque hoy por su fortuna,
el viejo cirujano,
que es también el albéitar de la aldea,
á Juan curó de modo
que puso en un gran crédito la idea
de que vino y jamón lo curan todo.
Y entrando ya en la vida cotidiana,
aparte del hechizo
que le causó la voz de la campana
que tocó en su bautizo
y que en su entierro tocará mañana,
supo Juan, al volver de su desmayo,
la muerte de su madre, y que vivía
su padre, haciendo casi de lacayo,
en Madrid con su hermano y con María;
porque siempre, mecidas al arrullo
de ideas ambiciosas,

Digitized by Google

se agrupan las familias por orgullo,
y las dispersa Dios por orgullosas.

II

Y como Juan cuando se fué á la guerra
más bien que la esperanza de la gloria
por todos los espacios de la tierra
llevaba á su lugar en la memoria,
fué á ver con diligencia
los sitios de sus penas y placeres;
pero, después de su gloriosa ausencia,
aunque en forma variada, halló en la esencia
los mismos hechos y los mismos seres;
pues siempre, como ley de la existencia,
las cosas sucediéndose á las cosas,
las flores crían granos,
los granos van á rosas,
las larvas se convierten en gusanos,
los gusanos se vuelven mariposas;
y cambiándose en odios los amores,
formando vidas nuevas de las viejas,
las abejas se comen á las flores,
los pájaros después á las abejas;
y así implacablemente
en incesante rueda
va siendo todo igual, y es diferente,
y todo va pasando, y todo queda.

III

Fijo Juan en la idea
de honrar siempre á una imagen adorada,
va á ver al cementerio de la aldea
la tumba en que su madre está enterrada:

pero ¡oh rigor del hado!
el mismo enterrador que la ha inhumado
no recuerda siquiera
donde de prisa y de cualquier manera,
enterró aquella madre tan querida;
y á Juan, al ver perdida
la imagen, más que todas, hechicera,
le da el frío moral una ronquera
que después le duró toda su vida;
y entre lágrimas, ora
por la madre que adora,
teniendo sólo al cielo por testigo,
secándose las lágrimas que llora
con un jirón de una bandera mora
conquistada por él al enemigo.
Y después, resignado,
sobre un resto de lápida sentado,
ambos codos clavando en las rodillas,
sostiene con las manos las mejillas,
y volviendo la vista á lo pasado,
de las memorias de su infancia lleno,
recuerda con más pena que alegría
las veces que su madre le decía,
como si fuese un mónstruo:—«Juan, sé bueno:»
Y, cual si aun fuera su bondad escasa,
promete ser más bueno todavía
por la memoria del postrero día
en que su madre le esperaba en casa.
Y viendo que buscaba inútilmente
el sitio en que su madre fué enterrada,
cuando ya lentamente
sumergía las cosas en la nada
la sombra, inmensamente prolongada
por un sol que se hundía en Occidente,
volverse al lugar, meditabundo,

de confusiones lleno,
con la mayor ingenuidad del mundo,
se decía á sí mismo: «¿Y qué es ser bueno?»

IV

Unos días después de su llegada,
con menos pena que ira,
al pasar por la casa de su amada
no la quiere mirar, pero la mira;
y hasta adulando á su esperanza vana
á sí mismo se enseña
una puerta pequeña
que hace á un tiempo de puerta y de ventana,
recordando dichoso la mañana
en que, turbado, requebró á María,
mientras ella comía,
oyendo hablar de amor, una manzana.
Y siempre de la dueña enamorado,
unos días de frente, otros de lado,
cuidadoso investiga
piedra por piedra ese rincón amado...
No está más preso un pájaro en la liga
que el pobre Juan á su cariño atado.
Y el día que consigue
pasar ante la casa sin ser visto,
como si hubiese en lo interior un Cristo,
hace un saludo á la ventana, y sigue;
mas sigue convencido
de que, leal, nunca echará en olvido
á su ingrata María,
porque en cuanto á querer y á ser querido
por el alma de Juan no pasa un día.

V

Y como es, para el bueno verdadero,
el sitio en que se nace el mundo entero,
á la choza, vendida, en que ha nacido,
tan alegre y caliente como un nido,
dando vueltas en círculo incesante
aspira con placer siempre que pasa
la esencia, más que todas penetrante,
de las flores del huerto de su casa.
¡Cuánto el dolor su corazón taladra
al recordar su loca fantasía
aquel tiempo feliz en que dormía
sobre un lecho de ramas en la cuadra!
Y siempre que pasando, iba y venía,
¡con qué gozo tan puro
columpiaba el cordel que se extendía
desde el sauce llorón á un viejo muro,
soñando ver en él que, al sol colgada,
de un lado al otro columpiada vuela
la ropa de blancura inmaculada
que tomaba, con salvia perfumada,
el olor de los tiempos de su abuela!
En esa cuerda de feliz agüero
veían con placer las campesinas
que, al dar su adios al nido del alero,
descansaban sobre ella un día entero
antes de ir hacia el Sur, las golondrinas.
Y un día en que embriagaban sus sentidos
oleadas de perfumes y de ruídos,
al mirar con encanto verdadero
que entonces festoneaban ese alero,
entre nuevos y viejos, ocho nidos,
perdió sus ilusiones,

Digitized by Google

porque de él ya olvidados,
no bajaron del techo descuidados
á comer en su mano los gorriones.
Y transido de pena
por esta y otras cosas que imagina,
Juan, con su cara de paciencia llena,
bendiciendo su casa, que era ajena,
por no echarse á llorar, vuelve la esquina.

VI

Probando de nuestro héroe la paciencia
el destino con todos sus azares,
quiso la Providencia
que tuviese una herencia
que añadió un pesar más á sus pesares.
Si es curioso el lector, no habrá olvidado
aquel pobre pastor exguerrillero
que al partir á la guerra Juan soldado
le regaló dinero;
pues el mismo, de Juan, su compañero
de glorias, de fatigas y de males,
hizo un *Juan de las Viñas* verdadero,
dejándole al morir, como legado,
derecho á dos *majuelos* nominales,
un *burro,* treinta *ovejas* y mil *reales,*
con lo cual quedó Juan, siendo heredero,
más rico que cien reyes orientales.

VII

Aunque él toda su vida
aspiró el bienestar de los pequeños,
tuvo Juan con la herencia recibida
un enjambre de ensueños,

pues pensó en la ventura exorbitante
de llegar en la guerra á subteniente,
sabiendo que no hay honra semejante
á que todo oficial tenga asistente,
y cualquier general un ayudante;
y en lo civil, soñó desvanecido
en ser grande de España,
porque, excepto en la Arcadia, siempre ha sido
un palacio mejor que una cabaña.

VIII

Mientras fué pobre Juan, fué despreciado;
mas se hizo rico, y desde el mismo día,
como hombre acaudalado
tuvo primas sin fin que no tenía;
y viéndole nadar en la opulencia,
le declaró su amor con inocencia
una muchacha guapa
de un pueblo de Valencia
cuyo nombre no he visto en ningún mapa;
porque en la humana historia,
sin excepción ninguna,
si algo hace la mujer por vanagloria,
y el hombre por la gloria,
lo hacen todo los dos por la fortuna.
Mas ¿qué le importa á Juan ser heredero,
si no se pone á meditar despacio
que no hay moral mejor que la de Horacio
con juventud, con fuerza y con dinero?

IX

La inocencia campestre es una cosa

Digitized by Google

que sólo por bondad la sostenía
Virgilio el inocente, que creía
que en el campo es la gente candorosa;
y de acuerdo también con las ideas
que brillan en las obras virgilianas,
á mi me gustarían las aldeas
si no hubiese aldeanos ni aldeanas;
pero el buen aldeano, hasta el más bueno,
á todo aquel que hereda
contribuye á arruinarle, como pueda,
con la tristeza vil del bien ageno.
Por eso á Juan, cierto vecino honrado,
con la mala intención de dos beatas,
le envenenó el ganado
untando el desalmado
con jugo de baladre unas patatas;
y nadie hallará extraño
que priven en el pueblo estas ideas,
pues las gentes de bien de las aldeas
sólo saben gozar cuando hacen daño.
Y el Fisco, por supuesto,
su escaso haber fué convirtiendo en humo,
imponiéndole impuesto sobre impuesto
por la herencia, la industria y el consumo;
por lo cual el riquísimo heredero
supo por experiencia
que Dios suele mandarnos con frecuencia
la desdicha hasta en forma de dinero.

X

Y el vulgo desalmado
cuando ve que no tiene Juan soldado
ni un cuarto en el bolsillo,
no le llama *Don Juan*, ni *Juan* siquiera,

pues de cualquier manera
le llama uno *Juanete*, otro *Juanillo*;
y, hasta gracias también á la lejía,
perdió el caracter militar un día
su traje de soldado,
pues, sin saber el pobre lo que hacía,
un pantalón de grana que tenía
lo dió á colar y se quedó azulado;
así es que, avergonzado,
huyendo de la aldea
pensó en la corte y emprendió el camino
montado en su pollino
como un rey fugitivo de Judea.
Y lejos ya, cuando al caer el día,
el sol, bajando al mar de una montaña,
en una confundía
las sombras del palacio y la cabaña,
viendo á la luz del astro que moría
que el perro que fué suyo le acompaña,
Juan se apea, y espanta con empeño
á aquel único amigo que tenía,
porque fiel se volviese á la alquería
de su reciente dueño.
Pero al ver que se apea,
con más ingratitud que una persona
el asno puso en práctica una idea
muy digna de un doctor de la Sorbona;
dió á Juan un par de coces,
rebuznó, y rebuznando, llamó á voces
á toda la ralea
de sus buenos amigos,
echó á correr, y se volvió á la aldea
á vivir merodeando por los trigos.

XI

Al verse aquel exrico que creía
ser émulo feliz de los sultanes
y que pensaba disfrutar un día
la dicha de los ricos holgazanes,
á la vista del valle en que ha nacido,
á pie, solo y herido,
y herido por un asno tan vilmente,
sintió la humillación del desaliento,
porque acaso ignoraba el inocente
que todo hombre de bien lleva en la frente
la señal de la coz de algún jumento.
Mirando al cielo airado,
quiso desesperado
maldecirlo en su amargo desconsuelo...
¡Calla, desventurado!
Porque caiga una teja de un tejado,
¿qué culpa tiene de eso el pobre cielo?

XII

Viendo en fin más allá de las montañas
la choza en que miró la luz primera
y en que su madre por la vez postrera
«el hijo le llamó de sus entrañas»,
después de un gran silencio de agonía,
perdida ya por el dolor la calma,
—«¡adios, madre del alma!»—
con voz mojada en lágrimas decía;
y de nuevo gimiendo,
mientras que da su corazón, latiendo,
más vueltas que la rueda de un molino,

Digitized by Google

la grande esclusa de su llanto rota
perdiendo de sus ojos el camino,
fué cayendo en su pecho gota á gota.
Y como en cierto modo
son las obras de Dios hasta piadosas
con las almas honradas y amorosas,
y hay horas de dolor en que habla todo,
los seres animados y las cosas,
mientras va hacia Madrid con paso lento,
por la madre que llora en tal momento,
como ecos de la pena que sentía
oir y ver creía
temblar la tierra y suspirar el viento...
¡Yo ví también, cuando murió la mía,
á las piedras llorar de sentimiento!

Digitized by Google

CANTO CUARTO

JUAN LANAS

I

Marchaba hacia Madrid, y á Juan, rendido,
después de andar hambriento un día entero,
cuando se iba á caer desfallecido
le da un melocotón un pordiosero,
y con esto ya el hambre con sus iras
la intrepidez estomacal no abate
del que fué hasta Madrid desde Algeciras
con un pan, dos arenques y un tomate.
Y, después de comerse al otro día
un trozo de jamón que suelta un gato
que persigue el mastín de una alquería,
en vez de dos muy malos que tenía,
triunfante entra en Madrid con un zapato;
y al ver una plazuela
que, siendo occidental, llaman de Oriente,
se sienta á descansar tranquilamente
sobre un banco que el moho aterciopela.
Era una noche de verano, y viendo
que la gente afanada, discurría
cual si anduviese huyendo
de la lluvia menuda que caía,
oyó hablar—«de cuartel»,—«de infantería»,
«de motín»,—«de sargentos»—y, temiendo

por el doctor su hermano y por María,
se fué á buscarlos, de ternura lleno,
que aunque celoso, de rencor ajeno,
recordó que su madre le decía
—«que seas bueno, Juan, que seas bueno»;
y, su estancia por Pedro autorizada,
en casa de su amada,
muy cerca de la cuadra, y junto al coche,
como en los tiempos de su edad pasada
Juan durmió aquella noche
sobre un lecho de hierba embalsamada.

II

¿Qué pasaba en la corte? Al fin de un día
de un triste mes de Junio, se sentía
una paz sepulcral que daba miedo.
Madrid aquella noche parecía
una ciudad más muerta que Toledo.
No dejó desterrada
la maldita ambición del mundo entero,
cuando el César Severo
--«yo he sido todo—dijo—y todo es nada»,—
pues todos luchan ya por ser mejores;
los pobres por ser ricos;
los ricos por ser reyes ó señores;
por ser grandes los chicos;
los reyes por llegar á emperadores;
y por esta razón se combatía
al Duque de Tetuán, que presidía
un paternal Gobierno;
y aunque nada se oía,
aquel silencio, al despuntar el día
se convirtió en el ruído de un infierno;
pues al rumor de balas y sablazos,

de gritos de furor, de cañonazos,
se une el himno de Riego,
ese vino español alcoholizado
que embriaga y acalora como el fuego,
y que, en calles y plazas derramado,
las almas apasiona,
y hace que sea, el aire electrizado,
un héroe macedón cada soldado,
cada casa una puerta de Gerona.
¡Luchando aquí á traición, allí con gloria,
á degollar se lanza
más bien que el patriotismo la venganza,
pues, si es fiel mi memoria,
no igualan á aquel día de matanza
las más grandes tragedias de la historia;
y no habrá tanta sangre y tanto arrojo
en la hora en que, aleve,
alzando por señal el pendón rojo
traiga á este mundo el general despojo
la negra pascua de la hambrienta plebe.

III

¿Quién vencerá? La buena estrella. ¡Es loco
el creer en los prodigios de la espada,
pues si una gran virtud estriba en poco,
la heroicidad mayor pende de nada.
Por eso siempre en los azares funda
sus triunfos en la guerra
la gran casualidad, madre fecunda
de todos los sucesos de la tierra.
Y ¿qué importa á los pueblos ofuscados
en lo real, ni el honor ni la victoria,
si, ilusos ó engañados,
con falsedad notoria

van llenando los templos de la gloria
con héroes por los necios fabricados;
y en lo ideal, turbada su memoria,
cuando están por el cielo arrinconados,
con pedazos de dioses destrozados
terraplenan los huecos de la historia?
¡Mas dejad que el que todo lo gobierna
permita de la guerra el don funesto
que el corazón y la virtud consterna!...
¡Ya acabará todo esto
cuando dé al mundo Dios la paz eterna!

VI

Y volviendo al horror de la jornada,
motín y rebelión á un tiempo mismo,
la soldadesca armada
de la plebe inocente y confiada
inflama hasta la rabia el patriotismo.
¡Oh, Libertad querida!
Por tí, ciegos, en lucha fratricida
se matan sin clemencia
héroes sin nombre que la historia olvida.
¡Y al fin será menor tanta demencia
si creen en su conciencia
que epílogo la muerte de la vida
es prólogo á su vez de otra existencia!
¡Oh, Igualdad imposible! ¡En vano, en vano,
el freno sacudiendo de las leyes,
un día, por envidia hacia los reyes,
el pueblo hace de rey puñal en mano;
pues ni espadas, ni sables, ni puñales
nos han de hacer en condición iguales,
y, pese á su patriótica constancia,
jamás podrán romper los liberales

Digitized by Google

la eterna esclavitud de la ignorancia!

V

Pido á Dios en mis grandes devaneos,
de mi madre en memoria,
que el cielo al ambicioso le dé gloria
y á Juan y á mí templanza en los deseos.
A Juan, de quien ya he dicho y repetido
que en tanto que en su casa, aunque querido,
como un esclavo el infeliz vivía,
su hermano Pedro ha sido
criado de tal modo que creía
que el pan lo da la tierra ya cocido,
y por eso en sus gustos consentido
solía presumir de tal manera,
que por ser aplaudido
pondría fuego al mar, si el mar ardiera.
Y aquel día, ambicioso sin cautela,
supuso estar febril de patriotismo,
y hasta se hizo orador de callejuela
y habló de honor, de patria y heroísmo.
Mas próximo el motín á ser vencido,
fingiendo estar contuso, estando ileso,
fué Pedro conducido
á un hospital en calidad de preso;
y al verse recibido
por su amigo querido,
un médico castrense, calvo y grueso,
que llevaba en el frac cinco ó seis placas,
con un bordado de oro tan espeso
que con sólo el exceso
se podrían bordar veinte casacas,
Pedro de astucia lleno
dijo al castrense con fingida calma:

—«Yo sé que Juan, mi hermano, que es tan bueno,
se pondrá en mi lugar con vida y alma.»
Y al verle ya sin ganas
de aspirar al honor de ser guerrero,
á Pedro preguntó su compañero:
—«¿Tan bueno es ese Juan?»—Es un *Juan Lanas*»,
Pedro responde, y sin perder momento,
se llama á Juan, el que acudió contento;
porque esto es lo que pasa:
hombre ó mujer, el bueno de la casa
siempre es la cenicienta ó ceniciento;
y dócil por costumbre,
obedeció sin desplegar los labios;
¡funesta mansedumbre
por la que suelen condenar los sabios
la bondad á una eterna servidumbre!

VI

Poniendo á Juan, por fin, en vez del preso,
el médico castrense calvo y grueso
el porvenir trocó de los dos hombres
después de sobornar á un centinela.
Estos cambios de cosas y de nombres
siempre harán de la historia una novela.
En tanto que falaz de aquella suerte
el médico exguerrero
á fuerza de matar temió á la muerte,
Juan, no temiendo nada,
ponía en su mirada
más bondad que en los ojos de un cordero;
y al mirar que su hermane se alejaba
con un traje de noble advenedizo
y aquel aire enfermizo
que tenían los muertos que mataba,

creyendo ver en él la imagen santa
de su infancia querida,
hacia sus ojos se agolpó la vida
y se anudó el dolor en su garganta.

VII

Mas Pedro, que era un hombre abominable,
de tal hipocresía,
que el fin de sus acciones consistía
en no dejarse ahorcar ni aun siendo ahorcable,
poniendo á Juan en su lugar, y haciendo
á la verdad agravio,
de su castigo se excusó ejerciendo
la explotación del bueno por el sabio.
Y al verse libre, de imperial manera
con mirada altanera
honró á los practicantes
sin ver á Juan siquiera,
que es, á pesar del inmortal Cervantes,
la fuerza de la sangre una quimera,
y se alejó en seguida,
siempre orgulloso de su buena suerte,
como un enterrador que en plena vida
no respira más que hálitos de muerte.

VIII

Y cuando Pedro disfrazado huía,
y azorado veía
los muertos por la calle amontonados,
renunció á la ambición desde aquel día,
y con fe volteriana repetía
«que es muy bueno el laurel en los guisados»;

y su alma, desde entonces espantada,
jamás volvió á pensar en rebeliones;
que en muchas ocasiones
nuestra vida, maestra consumada,
prueba con sus lecciones
que enseña más moral una estocada
que Fray Luis y Bossuet con sus sermones.

IX

Mientras llega el momento
en que, juzgado Juan, vea contento
que, en lugar de su hermano sentenciado,
ó sólo va á presidio, ó es fusilado,
diré que en la batalla dió la suerte
la razón al más fuerte;
pues, aunque ya decía Saladino
que no calla la sangre que se vierte,
como un torpe dramático el destino
lo suele arreglar todo con la muerte.
Y así tras largas horas de agonía,
con tanta destrucción y tanto muerto,
haciendo de Madrid en aquel día
una gran catatumba á cielo abierto,
puso al motín remate
O'Dónnell, que sabía
que entre todas las armas de combate
protege siempre Dios la artillería;
y altivo, fiero, y por valor sañudo,
con el cañón ensangrentó la tierra,
porque era la divisa de su escudo
«paz en la paz, pero en la guerra, guerra.»

X

Tal fué el gran Duque de Tetuán primero,

Digitized by Google

quien, cortés, valeroso y caballero,
las serpientes ahogó de la anarquía,
amó la libertad como Espartaco,
y en santa unión para formarle un día
dió su cuerpo Escipión y su alma Graco.

XI

Como es caso olvidado por sabido
que no hay enterrador como el olvido,
midiendo á todos por igual la suerte,
se durmió el vencedor con el vencido
en el común regazo de la muerte:
y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
acabó, como acaba toda guerra,
que se entierra al final, ó no se entierra
en lugar del amigo al adversario;
trabajo innecesario,
pues de todas maneras en la tierra
lo que no es cementerio es un osario.

XII

La gloria y la ambición no tienen cura:
y el que haya un vencedor frente á un vencido
excluye de la tierra la ventura;
pues ¿qué es nuestra ambición? Una locura;
y nuestra gloria ¿qué es? Ruído y más ruído.
Siempre es menor del alma la grandeza
que la miseria en que se ve abismada;
porque ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

Digitized by Google

Digitized by Google

CANTO QUINTO

—

EL BUEN JUAN

I

Después del día en que terriblemente,
por la espalda una vez, y otras de frente,
se mataron los hombres á millares,
la lluvia indiferente
fué llevando la sangre al Manzanares,
y el río se fué al mar por la pendiente;
y antes de la llegada
del silencio que sigue á todo ruído,
y después de aplicada
la moral vencedora «¡ay del vencido!»
acabó nuestro Juan en presidiario;
pues el hado enemigo,
llevándolo hasta el fin de su calvario,
lo hizo mandar á Ceuta por castigo
al primer batallón disciplinario;
y es fama que su fama de asesino
por su hermano arrostró noble y sereno,
pues cuando un blanco, como Juan, es bueno,
ese blanco es un negro del destino.

II

Había en Ceuta una fatal Roseta
que, adiestrada en amor por un tal Nelo,

Digitized by Google

en el cuartel del Fijo echó discreta
la caña de pescar de sus encantos,
siendo Juan el primero que, entre tantos,
picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
engañado tal vez por su deseo,
creyendo que Roseta,
hermosa valenciana con *seseo*,
se parecía un poco
á su novia María,
con honda idolatría
la adoró como un ciego y como un loco;
y ella, hasta el fin artera,
por Juan idolatrada,
se empeñó en olvidar que era casada
y se dejó obsequiar como soltera.
Valenciana notable
por el subido azul de sus ojeras,
tiene un alma irascible y entrañable
que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
á un criado de un Duque de Gandía,
aunque huertana y gruesa, era tan bella,
que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
una mujer más andaluza que ella
por la sal que vertía;
y si alguno dudase de mi aserto,
que suba al cielo, y le dirá si es cierto
el sol, que es natural de Andalucía.

III

Era Nelo un gentil aventurero
que con el alma para el mal nacida
fué el que á Roseta administró el primero

el bautizo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,
se quedó como muchas en el mundo,
no por causa del cura, mal casada;.
y aunque era religiosa á su manera,
de veinte se cansó de ser soltera,
y casada de un mes se halló cansada.
Y Nelo, acaudillando
cierta mañana un enemigo bando
de turcos españoles con careta,
robó á Roseta antes de entrar en misa;
y es fama, aunque lloraba, que Roseta
se dejó secuestrar muerta de risa.

IV

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
y el Nelo de quien hablo,
siendo mejor que el diablo,
es un poco peor que Maquiavelo;
pues el traidor, lo mismo
que lo pudiera hacer un abogado,
sabía dar de lado
al Código penal y al Catecismo;
y siendo un presidario sin grillete
que ardoroso, y con hábitos sensuales,
no tiene más que siete
de todos los pecados capitales,
hace pensar su tez amarillenta
que en su sangre hay más bilis que fibrina,
y en su boca se ostenta
la sonrisa feroz de un Catilina;
y malo desde el día que ha nacido,
si nunca roba, con frecuencia mata,
y siendo más pirata que bandido,

es más contrabandista que pirata.

V

Ya venían de fuera
á España á veranear los ruiseñores,
y empezaba á inquietar la primavera
con sus linfas turgentes á las flores;
y más que aquí, ya en Ceuta se sentía
la atmósfera templada
del aliento fecundo de aquel día
en que salió la tierra de la nada,
cuando Nelo, encargado
de una misión secreta,
fué el que en su barca de pirata honrado
llevó á Ceuta al marido de Roseta.
Mas ésta, que á Segundo no quería,
llamándole hacia sí ¿qué pretendía?
Lo ignoro, porque tengo la evidencia
de que, aunque sea joven por derecho,
según dicen mujeres de experiencia,
todo marido es un anciano de hecho:
y creo en consecuencia
que al llamar al esposo aborrecido,
Roseta, que algún día
para ser libre se casó en Gandía,
hoy piensa hacer matar á su marido
para hacerse más libre todavía.

VI

Ya indiqué de pasada
que sólo por recuerdo de María
con alma enamorada

Juan Fernández servía
de criado á Roseta, la criada
de un criado de un duque de Gandía;
siendo también una verdad probada
que si él la amó con sumisión completa,
por su parte Roseta
pagaba sus servicios con tesoros,
pues muchas veces con sus propias manos
ya le daba *alcuzcuz*, plato de moros,
ya *caballa y boniato*, de cristianos.
Y un día en que Roseta,
que con calma aparente vive inquieta,
convida á Juan á manzanilla y luego
le da un plato de callos que echan fuego,
mientras él de Roseta la belleza
contempla enamorado como un loco
y se le va subiendo poco á poco
el vino y el amor á la cabeza,
Nelo, falaz como el traidor de un drama,
encima de la estancia de la que ama
á Segundo en un cuarto introducía,
y dando fin á una horrorosa trama,
cuando éste confiado se dormía,
en vez del pobre esposo que vivía,
dejó un muerto acostado en una cama.
Y dos horas después, Juan, conducido
con modos insinuantes
por Roseta hasta el cuarto maldecido,
lo encerró en compañía del marido
que Nelo asesinó dos horas antes.

VII

Turbado por el vino y casi inerte,
al caer sobre el lecho

Juan sintió junto al pecho
el hielo de las manos de la muerte.
Dudó, temió, palpó, y aunque embriagado,
en medio de un horrible desvarío
le hirió, al tocar á un hombre asesinado,
una descarga eléctrica de frío.
Juan, todavía incierto,
turbada la razón, si no perdida,
volvió á palpar, pero, al tocar al muerto,
sintió el horror más grande de su vida.
Y corriendo después hacia la entrada
para buscar salida,
encontrando la puerta bien cerrada,
puso, al ver imposible toda huída,
una cara espantosa de espantada.
Consigo mismo entre las sombras lucha;
de nuevo el lecho á registrar se atreve;
hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,
y el muerto, que mueve él, cree que se mueve.
Y tomando el rumor de sus pisadas
por pasos sigilosos de un malvado,
toca el puñal por Nelo abandonado,
y con manos crispadas
lo coge, y defendiéndose, aterrado
da al muerto, por error, dos puñaladas.
Volvió á querer huir, pero no pudo;
furioso, fué á gritar, y se halló mudo.
¡Va y viene y vuelve, y de sudor cubierto,
da vueltas como un loco rematado;
y después de girar, de espanto yerto
su cuerpo se quedó petrificado
y por fin cayó en tierra como un muerto!

Digitized by Google

VIII

Roseta en tanto el ondulante talle
en la nube envolvió de un negro manto,
y gritando «¡asesino!» con espanto
del Rebellín alborotó la calle;
y aquella mal casada,
que sabe quién ha muerto á su marido,
llamando á Juan «¡infame!» á grito herido
quiere á Ceuta hacer ver que está aterrada.

IX

Delatado por Nelo,
fué preso Juan Soldado
por cierto capitán muy delicado,
que tenía más reumas que su abuelo,
héroe de tal fiereza
que á dejarse arrastrar por sus instintos
alinearía á un batallón de quintos
cortando á los más altos la cabeza.
—«¿Es cierto que amas á Roseta?»—«Es cierto.»
—«¿Luego eres el que ha muerto á su marido?»
—«Yo juro—dijo Juan—que no he sabido
si he muerto á un vivo, ó asesinado á un muerto.»
Así pregunta el mozo,
y así Juan le contesta;
quien después con la cara descompuesta
los labios se mordió y ahogó un sollozo.
¡Mas no pidió ni gracia ni consuelo,
presintiendo sin duda el desdichado
que hace ya mucho tiempo ha renunciado
al reino de la tierra el rey del cielo!

Digitized by Google

X

Un consejo de guerra,
tan discreto por mar como por tierra,
condenó á Juan Soldado,
porque encontró evidente
que, estando de Roseta enamorado,
fué el que, arrastrado por su amor impuro,
al marido mató cobardemente
á traición y además sobre seguro.
Así por el vil Nelo,
cobarde de una audacia calculada,
aunque no la del cielo,
la justicia del mundo fué engañada.
Y como nadie ve que Juan Soldado
transpira por los poros la inocencia,
que era un hombre culpado
fué de tal evidencia,
que un general, sin letras muy letrado,
al firmar la sentencia
exclamó de esta suerte:
—«Siempre el mundo pecó por ese lado:
dilema del amor: ó tú, ó la muerte.»
¿Será preciso que inocente muera
el calumniado Juan? ¡Será preciso!
¡Y pues la ley falló de esta manera,
honremos á la ley que así lo quiso!

XI

Como suelen hallarse en las honduras,
el sol ya no penetra en las cabañas,
y del mar del Estrecho en las llanuras
hacen lenguas de sombras las montañas.

Es la tarde en que Nelo
en la nave en que el vil contrabandea
desde el peñón de Gibraltar á Altea,
se embarcó con Roseta, cuyo duelo
es hoy tan grande, al parecer, que gime
como una esposa honrada y sin consuelo,
mientras Nelo, esta infame criatura,
ampara su orfandad, virtud sublime
que tanto ha bendecido la Escritura,
y los dos, ella triste, y él clemente,
juntos á Ceuta apresurados dejan
por no ver fusilar á Juan Soldado,
y contentos se alejan
con angustia aparente,
mientras que, tristemente,
parece que hasta el sol, avergonzado,
por no ver lo que ve se hunde en poniente.

XII

De este modo Roseta con su amante,
afectando el dolor de esposa tierna,
salió para las costas de Alicante
dejando en Ceuta una tristeza eterna.
Y en menguas de lo humano y lo divino,
el pérfido asesino
partió amante y amado,
sin temor á la ley ni al fuego eterno,
porque dice un autor muy afamado
que acaba por vivir un condenado
como el pez en el agua en el infierno.
Y ¡oh deshonor de lo olvidada Astrea!
¡Lo que hace aquí más grande el desconsuelo
es que hasta el mismo Altea
de Roseta y de Nelo

el viaje iluminó con luz febea
el Dios que con el rayo alumbra el cielo!

XIII

Después de confesar muy de mañana
á aquel gran homicida sin grandeza
un cura que llamaba con tristeza
su camisa de fuerza á la sotana,
muy cerca de la fuente
donde frecuentemente
toman agua las niñas casaderas,
fusilaron á Juan sencillamente
contra un seto de pitas y chumberas.
Murió ahogado en sus últimos gemidos,
y aunque la fe de Juan era tan viva
que creía que hay seres elegidos
que alguna vez se inclinan desde arriba
para echar una mano á los caídos,
fué infeliz su bondad de tal manera,
que tuvo algún escéptico el recelo
de que en la hora de morir postrera
ni una sombra siquiera
se inclinó á recibirle desde el cielo.

XIV

Dejémosle morir á Juan Soldado.
Ya el Génesis decía sabiamente
que el hombre de dolores agobiado
no conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente:
fué bueno, y por ser bueno, desdichado:
ayudó de su patria á la victoria,
y aunque vivió tan útil como honrado

y creyó á pies juntillas en la gloria,
murió del todo, pues murió olvidado.
Aquí da fin la historia,
del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

XV

¡Como en alma tan buena y tan amante
nadie ha visto una pena semejante,
por la salud del ser á quien más amo
juro que en este instante
moja el papel el llanto que derramo!
Y ya que hay en la tierra tanto duelo
que mi madre decía
que lo bueno del mundo es que hay un cielo,
porque, cual Juan, creía
que en el último día
todo el que sufre ha de tener consuelo,
¡mandad, Señor, puesto que estamos ciertos
de que es la vida una incurable peste,
que convierta á los pueblos en desiertos
ese día en que un hálito celeste
ha de barrer los vivos y los muertos!

FIN

Digitized by Google

LOS AMORÍOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

A mi consecuente amigo el ilustrado literato

SR. CONDE DE SANTIAGO

CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

DE REY A CORONEL

I

Con un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que Susana,
era un Don Juan Tenorio
en la región de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,

suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y aunque grandes y abiertos con exceso,
son bellos como el sol, á pesar de eso,
sus ojos con caídas hacia arriba.

II

Vivía con honor de su trabajo,
y obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,
estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
donde, exceptuando el son de aquel acento
que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruído
que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones,
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?

III

En esa edad tan bella
en que el amor se cae de maduro,
se empezó á ver en ella
la grave enfermedad del amor puro,

Digitized by Google

enfermedad tan grave, aunque tan pura,
que un día de parada
se quedó (y perdonadle su locura)
del Rey enamorada.
Cuando es bien parecido
un Rey es una imagen de marido
que las niñas fantásticas adoran.
¡La mujer y la alondra se enamoran
de todo lo que brilla y hace ruído!

IV

Fué el caso que, al hacerle algún saludo
detrás de sus cabellos escondida,
vió que el Rey su mirada distraída
echó hacia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
Pero Juana infirió, según infiero,
que el Rey le dijo con los ojos: «Te amo»;
y ella pensando en responder: «Te quiero»,
ocultó su rubor oliendo un ramo.
Y luego echa á correr avergonzada,
y cuando va pensando
si el Rey irá besando
las huellas de sus pies con su mirada,
así como al descuido, con cuidado
Juana mira de lado
con tanta gentileza,
que no puso en su huída
más gracia natural ni más belleza
Galatea, volviendo la cabeza
por ver si era en su fuga perseguida.

V

Juana, que se veía
hermosa y con salud, dos veces bella,
llegó á creer que se quedó aquel día
el Rey de España enamorado de ella.
Y aunque es tan pudorosa
que no abraza á sus sueños ni en el viento,
el día aquel, por excepción honrosa,
le dió de pensamiento
un beso... ó dos... ó tres... muy poca cosa;
y prometiendo al Rey su blanca mano,
con el amor más tierno,
la mitad del verano
y parte del invierno
á su futuro esposo el Soberano
lo adoró como á un Dios sin culto externo.
Y al pensar la inocente,
que su gracia de un Rey hará un vasallo,
en el Palacio Real cristianamente
aspira á ser sultana sin serrallo.
Y ¡lo que es la ilusión! desde el gran día
en que el Rey la inflamó con su mirada,
por elegancia fría,
ya muestra aires de Reina fastidiada,
aunque tiene un reinado todavía
más chico que el Rey Chico de Granada.

VI

Mas ¡ay! cuando creyéndose en su mente
reina de ambas Castillas,
ya extraña que la gente

no empiece á contemplarla de rodillas,
la luz de una mañana
vino á eclipsar su estrella,
pues supo un día, al despertarse, Juana
que el Rey se iba á casar, y no con ella.
Y como es un refrán tan verdadero
que el mayor desengaño es el primero,
al caer de su trono,
creyó con el candor más hechicero
que del Rey lloraría el abandono,
vistiéndose de luto el orbe entero.
Y cuando vió apagado
el esplendor de su ideal soñado,
y después que perdió la confianza
de alcanzar la esperanza
de tener un vasallo coronado,
la consoló aquel día
del triste fin de su pasión dichosa
el mirar que el espejo le decía:
«¡Consuélate, hija mía,
que es más que Reina ya la que es hermosa!»
¡Cuánto celebro, por su bien y el mío,
que su amor no pasase de amorío,
y que su fe, sin experiencia alguna,
ignorase en su noble desvarío
que el ir de la pobreza á la fortuna
es marchar de la dicha hacia el hastío!
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,
el destino iracundo
no le hará ver con verdadero espanto,
que también en el mundo
hay en los ojos de las Reinas llanto!
Y al poner fin á sus amores reales,
no quedará por dicha convencida
de que son las grandezas imperiales

Digitized by Google

las más grandes miserias de la vida.

VII

Siempre ha sido y será cosa corriente
que, mientras dure el malestar divino,
en alas de la mente
llega el alma hasta el fin de su destino,
siendo un hecho evidente
que si un amor se va muy fácilmente,
el amor venidero está en camino.
Así paseando un día,
más ligera que un pájaro ligero,
vió Juana á un diplomático extranjero
que, sin ser general, lo parecía;
y, como es de inferir, fiel á su estrella,
al volverse á la paz de su retiro,
un corazón tan tierno como el de ella
le dedicó al dormir la noche aquella
después de un «¡es buen mozo!» un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
el suspiro que dió su alma doliente,
cuando supo después por accidente
que aquel Embajador con uniforme
era un mónstruo civil, un ser deforme.
que no era ni siquiera subteniente.
Y como en ella obra el discurso tanto
que, aunque la ciencia lo contrario mande,
escribe siempre Amor con A muy grande,
y un busto de Nerón lo juzga un santo,
de buena fe asegura
que el que no es militar es casi un cura;
y conforme al saber de muchas gentes,
ignora las razones oficiales
que hay para dar patentes

Digitized by Google

del uso uniforme á los mortales
que no son por lo menos subtenientes.

VIII

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
que en el género humano
puede á ratos, y en término lejano
un paisano ser hombre todavía,
ella piensa que es nada, ó casi nada,
grandeza que no es hija de la espada,
y que, aun siendo brutal como todo hecho,
la fuerza, pese al cielo, es un derecho;
y en honra de las glorias militares
cree, como todas, por instinto, Juana,
que el verter sangre humana
no es deshonor cuando se vierte á mares;
por lo cual, resolviendo que el paisano
es, más que un hombre, un papagayo humano,
lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
recordando más triste que Artemisa
que ya puede sumar dos desengaños
en quince años que cuenta:
¡Quince años, ¡ah! ¡quince años!...
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

IX

Mas, dejando mi edad, tened por cierto
que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,
y por raro que sea,
el corazón humano
es como el *yo Fichtiano*,
que lo que piensa en su interior lo crea;

Digitized by Google

y Juana que en su amor se lisonjea
de lograr para esposo al heroísmo,
si es necesario en Don Pelayo mismo
realizará su idea...
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
es que alcanza en Platón lo que desea!

X

Sintiendo el inmortal desasosiego
de una sibila en éxtasis y loca,
Juana consagra á un militar su fuego
para quitarse luego, luego, luego
el sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,
quiso la mala suerte
que Juana, nuestra Reina destronada,
oyese hablar, si bien muy de pasada,
del coronel Roldán, alias «La Muerte»,
un militar de historia acrisolada,
de quien cuenta la fama pregonera
que, al empuñar la espada,
se creía un Titán, aunque no lo era.

XI

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
de tan casta doncella
estuviese vencida y dominada
por la pasión aquella,
¿qué había entre ella y él? ¿Qué había? Nada:
la mucha fama de él y un sueño de ella.

Digitized by Google

XII

Supo Juana también que, osado y fuerte,
el coronel «La Muerte»,
como algún día Condillac, opina
que el tacto es la razón de los humanos,
y que el mundo termina
donde acaba el alcance de las manos.

XIII

Y como es tan común entre las Juanas
el tentar á los hombres atrevidos,
una de esas mañanas
en que hierve el volcán de los sentidos,
soñó con el candor más halagüeño
que dormía muy cerca de su dueño;
y en el supremo instante
en que soñaba más... ¡Jesús, qué loca!
supuso que aquel hombre delirante
como Pablo á Francisca la del Dante,
le escondía los besos en la boca...
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído
en la historia de un santo arrepentido,
al ver su corazón pundonoroso
que tocan en lo real sus ilusiones,
perdiendo para siempre su reposo,
á aquel amante, que alardeó de esposo,
le echó más maldiciones
que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho
de dormir, sin querer, con sus visiones.
al fin de su explosión de sensaciones,
como flor arancada de un barbecho,

creyó sacar, cuando saltó del lecho,
su ropa de inocencia hecha girones.

XIV

¡No temas, soñadora empedernida
por tu pudor, que la final caída
de tu virtud retarda;
á pesar de tus faltas de dormida,
todavía tus pasos en la vida
ve sin rubor el Angel de la Guarda!
Y en tanto que á tu amante devaneo
falte el imán del material deseo,
en tu mundo de amor imaginario
siempre serán tu casto mobiliario
las cosas de los seres ideales,
oro, diamantes, perlas y corales,
luz, susurros, perfumes y colores,
risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO

—

DE CAPITAN Á SOLDADO

I

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
cuando en el campo respirando amores,
los pájaros gorjean
y se hinchan los estambres que rodean
los fecundos pistilos de las flores?
Ella, después que olvida
la imagen que ama ciega,
á otra imagen fingida
con alma, vida y corazón se entrega.
¿Quién no ha visto mil veces repetida
esa crisis suprema de la vida
de un amor que se va y otro que llega?

II

Juana, esta vez, por su fatal destino
yendo á una feria un día
se encontró en el camino
á un capitán buen mozo, que tenía
la ordinaria manía de ser fino.
Y una mujer que, por favor del hado,
no conoce el pecado ni de oídas
conoció al capitán «Perdonavidas»,

que, á más de ser la imagen del pecado,
por falta de ocasión, solo ha probado
que es muy bravo en vencer á sus queridas.
Este hombre, tan pagado de sí mismo
que con frente altanera
se suele despedir como un cualquiera,
y él cree que dice «¡adios!» con heroísmo,
en la feria llevaba
un traje de montar, que suponía
un enorme caudal que le faltaba,
y un caballo andaluz que no tenía.

III

Mas ¿cómo pudo soportar sin ira
á un hombre que en amor sólo suspira
por todo lo sensual de vuelo bajo,
Juana que altiva hasta á los grandes mira,
desde que fué algo Reina, de alto abajo?
Porque en cosas de amores,
por afición sin duda á los laureles
suele gustar á las que crían flores
el penetrante olor de los cuarteles.

IV

Pero como era en Juana
la castidad más fiera que en Diana,
cuando á aquel capitán, de su alma dueño,
lo vió casado, se acabó su sueño.
Y aunque Juana al principio se acongoja,
porque á su amor sincero
le prueba que es un monstruo verdadero
una rubia, muy rubia, casi roja,
que le sirvió de negro un año entero,

ella, ya indiferente,
hoy le ve acompañar galantemente
á una mujer muy fea y á otra hermosa,
y como es natural y muy frecuente,
la hermosa es su mujer, la otra su esposa.

V

Mas no lloréis, lectores,
por un alma excelente
á quien constantemente
la consuela el amor de sus amores,
pues tengo la certeza
de que le hará soñar otra grandeza
esa mala ventura que la trajo
á amar á un capitán mala cabeza.
¡La gran naturaleza
va siguiendo en secreto su trabajo,
y después que nos mueve, ella nos guía
al fin de nuestro fin por el atajo
con la fuerza brutal de su inocencia!...
¡Oh madre universal de la existencia!
Tu ley es la inmortal sabiduría.

VI

Diré, por fin, para abreviar mi cuento,
que bajando de un golpe muchos grados
en la escala social de la grandeza,
Juana quiso á un sargento
de los más afamados,
que cuando grita «¡firmes!» con firmeza,
clava un metro en el suelo á los soldados.
Es raro en un candor tan verdadero

que amase una semana
al sargento «Metralla», un gran guerrero,
que era primo tercero
de una prima trigésima de Juana,
y un hombre tan ardiente y tan bizarro,
de quien su prima, que le amó, decía
que al mirarla parece que quería
encender en sus ojos el cigarro.
¿Decís que amar á ese hombre es gran locura?
Lo será con certeza;
pero el mal del amor no tiene cura
cuando es por desventura
más grande el corazón que la cabeza;
y cuando un cuerpo lleva
un alma como un horno acalorada,
cualquier cosa, una voz, una mirada,
es la serpiente tentadora de Eva;
así es que fué querido
por la prima de Juana el tal sargento,
porque un día, atrevido,
vistió de falda corta un pensamiento,
se fué hacia ella, se acercó á su oído,
y en frases más fosfóricas que bellas,
aunque sólo de nombre,
le regaló la luna y las estrellas.
¡No engaña á las mujeres ningún hombre:
por regla general, se engañan ellas!

VII

El sargento Metralla,
que llamaba á la tropa
la «gente de mi ropa»,
y á las gentes civiles «la canalla»,
era un matón de audacia tan fingida,

Digitized by Google

que siempre en el fragor de la batalla
procuró, más que herir, no ser herido;
y buscando socorro,
mientras gritaba «¡A ellos!» en la huída,
como el gran Napoleón, pasó su vida
haciéndose el león, siendo un gran zorro.
Pero ella, que en la edad de la hermosura,
aspirando á un amor que nunca alcanza,
metida en una nube de esperanza,
cuanto hace y dice es poesía pura,
exaltado su amor probablemente
por los informes de su prima, Juana
sólo pudo querer á aquel valiente
de prisa y de memoria una semana,
porque el pobre sargento,
con esta precisión con que lo cuento,
de pendiente en pendiente
ganó rápidamente
los cuatro grados que á la letra copio:
ascendió á subteniente,
subió desde el Jerez al aguardiente,
de éste al alcohol y del alcohol al opio.
Mas si helaron al pronto estos horrores
en Juana los amantes sentimientos,
vendrán otros momentos,
y vendrán, como siempre, otros ardores;
que en palacio, en la choza, en los conventos,
al llegar la estación de los amores,
sólo se hallan amantes pensamientos,
cantos de aves, perfumes de las flores.

VIII

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento
ignoro si ha vivido ó no ha vivido;

Digitized by Google

mas sé que fué querido, y muy querido,
por Juana, que le amó de pensamiento.
Y ¿quién duda un momento
que lo que fué en un corazón, ha sido?
¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,
que á veces duda el mundo
si César y Colón han existido:
los verdaderos hombres que han nacido
son Fausto, Don Quijote y Segismundo!

IX

Como se ven las cosas más extrañas
en aquella cabeza,
más movible que un viento entre montañas,
Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,
sin perder la pureza,
tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.
¿Me váis á preguntar, que cómo es eso?
Pues eso es que, fundidas al exceso
del calor de sus sueños juveniles,
de las frías muñecas infantiles
se convierte el cartón en carne y hueso.
¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mío,
sin que se abra á mis pies de horror el suelo,
que Juana, entre amorío y amorío,
tuvo hijos sólo por favor del cielo?
Hijos de ella ¿y de quién? De las estrellas,
que, inspirando ternuras visionarias,
hacen ser á castísimas doncellas
madres imaginarias
de hijos hermosos de ninguno y de ellas;
por lo cual la que más y la que menos
al condensar el fuego que la abrasa,
en sus delirios, de ternura llenos,

tiene hijos sanos, rubios y morenos,
de los novios de luz con quien se casa;
y por eso, la niña de este cuento,
aunque vïuda ya de pensamiento,
si virgen por el cuerpo todavía,
en ese corto plazo
que precede al crepúsculo del día,
soñando, convertía
en un nido de soles su regazo;
y como el alma encierra
el germen de los bienes y los males,
es feliz con sus hijos ideales
la madre menos madre de la tierra:
y en su amor sin amante,
dejándole volar á su deseo,
soñando, se llevaba de paseo
dos niños de la mano y dos delante;
y ¡cosas de la vida! como estaban
formados del vapor de los ambientes,
los hijos de su amor se evaporaban
cuando, al venir la aurora, se llevaban
los céfiros los sueños de las frentes!

X

¡Dios del amor! ¿Preguntas en qué autores
he aprendido á pintar tantos amores
y escenas de pasión tan misteriosas?
¡Dios del amor, Dios del amor! ¿qué quieres?
¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,
y entre ellas, lo que piensan las mujeres!

XI

Ya hemos visto que Juana es tan vehemente

y en amar tan voraz aunque inocente,
que, arrastrando tenaz sus desengaños,
moralmente, y tan sólo moralmente,
gastó varios esposos en dos años;
y en su ilusión, cual si estuviese cierta
de cumplir de su madre el pensamiento,
imitando á la Infanta de aquel cuento,
que á la suya oyó hablar después de muerta,
se fue á buscar su mente
al vecino de enfrente,
que, siendo carpintero, hizo la caja
y se prestó á poner piadosamente
á su madre difunta la mortaja.
Mas como obra á traición lo inesperado,
quiso el destino fiero
que fuese el carpintero,
mientras ella era Reina, á ser soldado.
Y si bien, desdeñosa,
cuando era hombre civil no lo quería,
ya un poco menos fría,
al ver que es militar, piensa otra cosa;
y de este modo, Juana,
que tenía á aquel joven olvidado,
al verle ya soldado,
lo halló en su corazón una mañana;
y aunque sólo es soldado el buen vecino,
ella, en su sed de amor inextinguible,
sabe bien que el destino
suele hacer de un soldado un Rey posible.
Y ¿quién duda que en caso semejante,
cuando era Juana de Arco una pastora,
elevaba en su amor, como ella ahora,
algún pastor á Príncipe reinante?
Jura, pues, por el sol y por la luna,
y por todo lo humano y lo divino,

que al volver de la guerra aquel vecino
se casará con él sin duda alguna;
y aunque ignora su nombre todavía,
conserva Juana de él una memoria
tan tierna como el día
del santo de su madre, que está en gloria.

XII

No hablando ni pensando en otra cosa
más que en ser pronto esposa
de un militar que es bueno y de su clase,
para estar muy hermosa,
discute algo dudosa
si su traje nupcial, cuando se case,
ha de ser blanco ó de color de rosa;
y esperando al ausente,
sólo tiene en su amor por confidente
á aquel que ve nacer los pensamientos,
y vaga por el campo alegremente
oyendo en el ambiente
la música sin letra de los vientos.

XIII

Pero ¡ay! un día, de dolor transida,
aquella Ofelia cuerda y mal vestida
con traje de percal descolorido,
supo que el prometido
dió con gloria la vida,
y que, al fin de una lucha fraticida,
su gloria y él se los tragó el olvido;
siendo así de aquel hombre,
la fama, el ruído, la virtud y el nombre,

Digitized by Google

la extinción tan completa,
lo cual serán las dichas y los duelos
de este inútil planeta
el día en que, al pasar algún cometa,
lo arroje á los abismos de los cielos.

XIV

Y como es Juana, al fin, de esas mujeres
que tienen el consuelo
de suponer que hay seres
que las miran y llaman desde el cielo,
cuando ya lentamente
su endeblez se iba haciendo transparente,
siguió al héroe olvidado
que á la sombra murió de su bandera,
y ella, de esta manera,
después que tuvo á un Rey esclavizado,
vino á acabar su militar carrera
muriéndose de amor por un soldado.

XV

Mientras Juana ha existido,
sólo vió en los objetos sus ficciones,
y al fin, para acabar como ha vivido,
en una compendió sus ilusiones.
Y soñando, al morir, que se moría,
vió, en su sueño, formado
un numeroso ejército mandado
por aquel Rey que la miró aquel día;
y, mientras duda con dolor la tierra
si es Juan un general muerto en campaña,
la despide del mundo el Rey de España

Digitized by Google

con todos los honores de la guerra.
¡Marcha real! En sus honras funerales
le presentan las armas los soldados,
y tienen con dolor los oficiales
en el cielo los ojos abismados.
¡Y en tanto que hace de pasión extremos
un cierto coronel que ya sabemos,
y un capitán, con el mayor cariño
le promete, mirándola, ser bueno,
alivia el pecho de suspiros lleno
un sargento que llora como un niño!
¡Marcha real! ¡Marcha real! ¡Aunque encantados,
queriendo sus sentidos apagados
dar fin á su calvario de venturas,
con ojos por las penas agrandados
mira Juana, espirando, á las alturas,
donde han de ser los tristes consolados;
y, virgen coronada de jazmines,
mientras haciendo el duelo
ensordecen el suelo
tambores destemplados y clarines,
oye tambien por la región del cielo
los coros de los santos serafines!
¡Y cuando su alma honrada,
que no pensó sin éxtasis en nada,
dió un adios á sus sueños terrenales,
su frente levantó, sólo tocada
por la luz y los besos maternales;
y volviendo tranquila la cabeza
á la vaga región de lo invisible,
murió con la firmeza
de un mártir de la fe de lo imposible!
¡Y feliz con el duelo
que la tierra le hacía,
logrando el fin de su constante anhelo,

fué á gozar de la gloria, en que creía,
aquella alma tan grande, que tenía
por base el mundo y por corona el cielo!

FIN

UTILIDAD DE LAS FLORES

POEMA EN UN CANTO

A mi constante y buen amigo

EL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

EX DIRECTOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

CAMPOAMOR.

I

No lo dudéis, lectores:
si hay un cielo, hay en él aves y flores.

II

Hállanse en una estancia
compitiendo en belleza y en fragancia,
frente á un espejo, una mujer hermosa
que tiene al lado izquierdo y al derecho,

Digitized by Google

en aquél una cuna, en éste un lecho,
y en la mesa, en un búcaro, una rosa;
y en tanto que la rosa la embalsama,
mira la madre, tierna cual ninguna,
con el afan del que ama,
á una niña menor que está en la cuna
y á otra enferma y mayor que está en la cama:
y con madre tan bella
y con hijas tan niñas y agraciadas,
hace la rosa de la estancia aquella
un jardín habitado por las hadas.

III

Nieves, que es un modelo
de humanas y divinas perfecciones,
tiene algunas pasiones,
mas todas pasan antes por el cielo.
En su noble apostura,
acaso lo de menos es ser bella,
porque, ademas de hermosa, brilla en ella
la bondad que hermosea la hermosura;
y al mismo tiempo encantadora y pura,
le sale tan de adentro ser graciosa,
que cuando va á la iglesia y presurosa,
uniendo lo gentil á lo sencillo
hacia el altar sus pasos se aproximan,
creen que ven á la Virgen, y se animan
unos niños de un cuadro de Murillo.

IV

Hay hombre que sediento,
no á gotas, á oleadas
bebe el opio volátil de su aliento,

Digitized by Google

pues Nieves es un hada que en el viento
escribe himnos de amor con las miradas;
y si en casos de fe cree en lo increible,
á toda presunción indiferente,
no cree que es su belleza irresistible.
Contempladla de frente.
¿Fué Venus más hermosa? Es imposible.
Miradla ahora de perfil. ¿No es cierto
que es mi madre en persona?...
Pero ¡ay! lector, perdona;
¡siempre me olvido que mi madre ha muerto!

V

Aunque la niña grande es ya perita
en coordinar las flores que diseca,
lo que escucha á los hombres en visita
se lo cuenta después á su muñeca.
Y si aun ve como sombras los reflejos
del sol de las pasiones,
y encima de sus ojos, aunque lejos,
ya cierne el porvenir sus ilusiones,
flotando vagamente sus razones
de la inocencia en las tranquilas aguas,
ya sabe por sus propias reflexiones
que una niña es un niño con enaguas,
y un hombre una mujer con pantalones.

VI

Y aunque la grande á la menor desdeña
con todas sus potencias y sentidos,
porque viste de encajes cuanto sueña
y sabe un cuento ó dos de aparecidos,

la niña más pequeña,
que no quiere por celos á su hermana,
siempre está más risueña
que al abrirse una flor por la mañana;
y si la grande encanta
por su rostro expresivo,
la más niña es alegre sin motivo,
como el pájaro canta porque canta.

VII

Al alumbrar la luz, casi apagada
por una bomba de cristal filtrada,
madre é hijas tan bellas,
parece aquella estancia iluminada
por la luz interior que sale de ellas.
Y como Nieves, por amor, prudente,
para verlas á un tiempo y fácilmente,
sin que estén las dos niñas envidiosas
pone el espejo enfrente
mirándolas con aire indiferente
de una á otra, ya fijas, ya indecisas,
envueltas en miradas cariñosas,
vienen y van y vuelan las sonrisas
lo mismo que si fuesen mariposas.

VIII

Son flores y mujeres tan iguales,
que forman en la estancia de la hermosa
cuatro flores cabales
la madre, las dos niñas y la rosa.
Y cuando llamo á las mujeres flores
es que quiero, lector, que consideres,
aunque ya lo sabrás por tus amores,

que aseguran doctores, muy doctores,
que son flores con alma las mujeres.

XI

La niña de la cuna, que veía
aquella rosa fresca y sonriente
que acaso, acaso, al asomarse el día
se le cayó á la aurora de la frente,
cual si fuese algún pájaro pequeño
que ansiase comer flores en el nido,
pedía con empeño
la rosa que en el búcaro veía,
y que por cierto para verla abría
unos ojos de á metro mal medido;
y una vez y otra vez, voluntariosa
como todas las niñas muy mimadas,
poniendo el alma entera en sus miradas
pedía aquella rosa
pronunciando unas frases mal formadas
que podían decir cualquiera cosa.
Y sabiendo las niñas muy pequeñas
la lengua universal de hablar por señas,
lo que la niña ansía
con señas del más puro castellano
haciendo líneas curvas con la mano
en el viento lo escribe.
¡Qué modo de decir tan soberano!
¡Sería un orador ciceroniano
si supiera charlar lo que concibe!

X

La madre encantadora y encantada,
después de oirla hablar con la mirada,

con un celo, por gracia, algo tardío,
dijo al darle la flor:—«¡Toma, bien mío!»—
La niña, alegre y con presteza rara
se aproximó la rosa á aquella cara
más fresca que otra rosa con rocío
y, apretando la flor apetecida,
poco después la niña caprichosa,
en hechicera desnudez dormida,
cayó en un sueño de color de rosa.
¡Oh trasunto feliz de mis amores!
¡La niña es una imagen de la vida;
pide con ansia flores,
las disfruta... se duerme... y las olvida!

XI

Mas Nieves cuidadosa,
sabiendo la presteza
con que puede la niña ajar la rosa,
la coge presurosa
y da asilo á la flor en su cabeza.
Pero como hoy, lo mismo
que en los días de amor del tiempo viejo,
atrae á las mujeres un espejo
como atrae á los hombres un abismo,
el verse con la flor en la cabeza
del muerto amor le recordó las glorias,
y, excitada de nuevo su terneza,
dando un tierno repaso á sus memorias
le recuerda la flor en los cabellos,
que son el fruto de su amor perdido
los ángeles aquellos;
y al mirar á uno enfermo, á otro dormido,
se llenaron, pensando en su marido,
de lágrimas y luz sus ojos bellos.

Y siendo interminables las mujeres
en recorrer memorias hechiceras
cuando idolatran seres
elevados al rango de quimeras,
despues, con embeleso,
vió un diamante muy grueso
que en su anillo nupcial resplandecía
como la chispa eléctrica de un beso,
é inclinándose á un lado y otro lado,
en memoria del padre idolatrado
dió á sus hijas con labio enardecido
un beso muchas veces repetido;
porque al besar la madre á un hijo amado
besa á un tiempo al amor de que ha nacido

XII

¡Así, la misma rosa
que el sueño perfumó de la inocencia,
honró con su presencia
el sueño del amor de aquella hermosa,
viuda sin consuelo y madre tierna,
que tan sólo comprende
ese amor absoluto que se extiende
de la vida mortal hasta la eterna!

XIII

Mas ¡oh Dios! De la niña agonizante
en las formas divinas
la vida se enfriaba á cada instante,
cuando puso de pronto en su semblante
la tisis unas manchas purpurinas;
y al ver por la tristeza de su risa

Digitized by Google

que la muerte llegaba á toda prisa,
la madre, desolada,
se preguntó con la mirada:—«¿Es cierto?»—
y la niña, más pálida que un muerto,
—«Es cierto»—dió á entender con la mirada
Y siguiendo un gemido á otro gemido,
cuando ya sus mejillas
pasaban de amarillas
hasta un azul subido, muy subido,
su garganta hechicera
imitaba en su angustia lastimera
el rítmico sonido
que hace la hoz segando en la pradera.
¡Y al ver la madre que de angustia llena
se quedará viviendo
como un marino en tierra, que sintiendo
la nostalgia del mar mnere de pena,
jura al cielo sufrir cristianamente,
verdadera creyente
de esas que van con valerosos pechos
luchando cou las penas frente á frente
porque saben qne flota providente
un eterno ideal sobre los hechos!

XIV

Y en aquel mismo día
en que ya se veía
que quemaba los pámpanos el hielo,
la niña, que al morir se sonreía,
se trasladó desde la cama al cielo,
¡Y la madre, entretanto
con las manos en cruz y de rodillas,
saboreaba, besando sus mejillas,
el dejo amargo de su propio llanto:

Digitized by Google

pero, en sufrir experta,
ni siquiera solloza,
por no turbar el sueño de que goza
la niña viva, ante la niña muerta!

XV

Así acabó esta historia sin historia,
y al protestar mi pecho compasivo,
que ve Dios desde el trono de su gloria
que es por la niña mi dolor tan vivo
que el llanto que me arranca su memoria
humedece esta página en que escribo;
diré que Nieves, de pesar transida
junto á la niña muerta,
aunque al verla tan bella, queda incierta
si está muerta ó dormida,
para aumentar sin duda su belleza
le puso entre las manos, afligida,
la rosa que arrancó de su cabeza.
No hay para los humanos
ni honor más grande ni mayor consuelo;
¡morir con una flor entre las manos,
es morir abrazados con el cielo!

XVI

De este modo en un día
aumentando el dolor ó la alegría
de fantasmas ya tristes, ya risueños,
la única rosa que en la estancia había
fué el honor y el testigo de tres sueños.
Y ¿no es verdad, lectores,
que pueden ser en casos semejantes
más útiles las flores

Digitized by Google

que las perlas, el oro y los diamantes,
cuando pudo una rosa de esta suerte
perfumar y adornar con su presencia
el sueño angelical de la inocencia,
el sueño del amor y el de la muerte?...

FIN

Digitized by Google

EL AMOR Ó LA MUERTE

Dedicado

AL SR. MARQUÉS DE VALLEJO

cuya discreción y trato ameno son el encanto de su amigo,

CAMPOAMOR.

POEMA EN UN CANTO

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Sala con dos puertas laterales.—Una mesa en medio.—A la derecha del espectador un balcón que da á un parque.—Sale Marta por la izquierda y llega hasta la puerta de la derecha siguiendo con ansiedad los pasos de alguno que se aleja.

I

Se matarán. Todo hombre enamorado
es un loco de atar, que no está atado.
Y serán al batirse sin padrinos,

Digitized by Google

más bién que caballeros, asesinos.

(Leyendo un papel que está sobre la mesa.)

Hé aquí el papel copiado. De esta suerte
dejarán la justicia escarnecida:
—«Que no se culpe á nadie de mi muerte:
Me mato por cansancio de la vida.»—

II

Entre Iván y mi esposo
que uno muera es forzoso.
Si yo evitar pudiera...
Ya está echada la suerte.
Se batirán los dos, aunque yo muera:
sólo hay para los celos guerra á muerte.
No, no hay remedio; esperaré con calma
el término del duelo.
¿Por qué escogió para vaciar mi alma
el molde de los mártires el cielo?
Con calma aguardaré. Pero, ¡Dios mío!
mi sangre asaetea cruelmente
un intenso y eterno escalofrío;
y este sudor que salta de mi frente
lo voy sintiendo alternativamente
aquí tibio, aquí ardiente y aquí frío.

III

¡Mi marido! ¡Con qué arte, el fem entido,
sus cartas verdaderas me ocultaba,
y luego en otras falsas me contaba
que estaba Iván á otra mujer unido!

Digitized by Google

¿Podré, después de infamias semejantes
admitir en mi hogar á tal marido?
¡Pegaría fuego antes
á esta casa paterna en que he nacido!
Al ver como mis celos inocentes
explotó con el dolo y la mentira,
desgarro las palabras con los dientes
y trituro los dientes con la ira.

IV

¡Pobre Iván! ¡pobre Iván! ¡Con qué contento,
no creyendo leal mi casamiento,
con el alma rendida
me venía á cumplir su juramento!
Si le vuelvo á ver más estoy perdida.
Ya no es posible para mí la vida
sin respirar un poco de su aliento.

V

(Mirando al parque)

No llegaron al parque todavia;
si durase esto más me moriría.
Bien, Marta; y ¿qué es primero?
¿El amor ó el deber? ¿Qué es lo que quiero?
¿Qué quiero yo? Quiero engañarme en vano.
Tú sabes, corazón, lo que deseas...
¡Me duelen aquí tanto las ideas
que quisiera arrancarlas con la mano!
Sí, desolado corazón, te engañas.
Mientras odio por pérfido al marido
que me perdió con sus innobles mañas,
del amante vendido

Digitized by Google

no me cabe el amor en las entrañas.

VI

¡Ay! ¡Desde el triste día
en que un hombre falaz y enamorado
me juró que sabía
que estaba Iván casado,
siendo imposible para mí el olvido,
con cuerpo frío y con el alma yerta
viví con mi marido
dejándome querer como una muerta;
y á mi deber atada,
siempre he aspirado á disfrutar en vano
el placer soberano
de la mujer amada
que apura enamorada
la hez divina del amor humano!

VII

(Mirando desde cerca del balcón.)

Hé allí á mi esposo. El vil tiene en su abono
que su amor, más que loco, le hace necio.
Por caridad, si muere... le perdono.
Si vive le honrare con mi desprecio.
¡Con qué febril encanto
al duelo se prepara!
Su vista me da espanto,
y eso que me ama tanto,
que hasta encuentra sabrosas en mi cara
las sales nauseabundas de mi llanto.
Como duelista experto,

Digitized by Google

después que á su rival ha calumniado,
va á matar ó á ser muerto.
Me tiene ese malvado
una pasión de fiera del desierto.

VIII

Ya llega Iván, el único deseo
de mis días felices;
sin poderlo evitar, cuando le veo
mis ojos en su cara echan raíces.
¡Iván! Si me casé, saben los cielos
que lo hice por celosa y no por tierna.
¡Con un día de celos
no puede competir la vida eterna!
Tal vez no me creería
si hoy mismo le dijera
que le amé y le amo tanto, que podría
refrescarse mi amor en una hoguera.
¡Con qué ánimo tan fuerte,
mirando á su contrario, desafía,
cruzándose de brazos, á la muerte!
Parece que va al duelo
á despreciar las iras
del vil que con mentiras
ha puesto entre los dos un amor de hielo

IX

Huele á incendio la tierra en el verano.
Dejó este sitio porque el aire quema.
Hoy se respira un no sé qué malsano.
No quiero ver ni oir. ¡Empeño vano!
¿Cómo alejarme en la ocasión suprema

Pues no puedo impedirlo, que se batan.
Sólo mueren los celos cuando matan.
O el amor, ó la muerte: hé aquí el problema.

X

(Suena un tiro en el parque.)

¡Horror! ¿Qué es lo que ha hecho
con Iván indefenso aquel malvado?
Al verle desarmado,
con los brazos cruzados sobre el pecho,
el cobarde, á traición lo ha asesinado.
¡Yo quisiera gritar enfurecida
pero mi rabia es tanta,
que por ella agrandada y comprimida
no me cabe la voz en la garganta!
Nada iguala á mi pena.
¡Oh, Dios! ¿Quién pensaría
que aquél que el alma fué del alma mía,
hoy vendría á caer sobre la arena
que mi madre pisó cuando vivía?
¡No puedo respirar de sentimiento!
¡Ya para mí no hay esperanza alguna!
Después de conquistarlas una á una
perdí mis ilusiones ciento á ciento.
¡Cuántas veces soñó mi pensamiento
ver su amor hecho carne en una cuna!
Más ¿qué escucho? Es su voz. Oigo en el viento
los tétricos gemidos
de su postrer momento...
¡Aun son para su acento
todos los poros de mi cuerpo oídos!
Fué su voz, fué su voz la que escuchaba,
porque llega hasta mí, como esperaba,

un céfiro cargado de un «te adoro.»
¡Gracias á Dios que lloro;
de llorar hacia adentro me abrasaba!
¿Qué luz se alza del suelo
ante la cual con misterioso anhelo
mi espíritu encantado se prosterna?

(Arrodillándose.)

¡Es la estela de su alma que va al cielo!
¡Adios! ¡adios! ¡Hasta la vida eterna!

XI

¿No es el otro el que sube? ¡Ay de mí triste!
Me vendrá á recordar que aun soy su esposa.
No; que venga, y verá cómo resiste
á un hombre audaz, una mujer furiosa.
¿Cómo, al ver mi ternura,
ese ciego no advierte
que el amor cuando raya en la locura
no tiene más salida que la muerte?
¿Tendrá en estos momentos la vileza
de insultar mi tristeza?
¡Oh! ¡de pensar en tan atroz injuria
se me enrosca el cabello en la cabeza
lo mismo que en el cráneo de una furia!
¡Qué obscuridad! Mi turbación es tanta
que ve entre sombras mi mirada incierta
en el aire flotar algo que espanta.
¡Jesús! ¡cuánta visión! Mi pie no acierta
á salir al encuentro á ese villano.
¡Valor! ¡valor! ¡Veré si hallo la puerta
apartando fantasmas con la mano!

Digitized by Google

XII

(Llega á la puerta de la derecha, y después de cerrarla, arroja la llave.)

¡Atrás! ¡atrás! Digo que ¡atrás, perjuro!
No quiero ser mujer de un homicida
que quita á otro la vida
además de á traición, sobre seguro.
No pudiendo matarle á puñaladas,
antes que todo acabe,
al menos por el hueco de la llave
te podré apuñalar con las miradas.

(Empujando la puerta desde fuera.)

El destino te ciega, y ten presente
que mi amor es más ciego que el destino,
y decididamente
como abras esta puerta te asesino.
No llames, imprudente,
pues si eres como Iván asesinado,
puede saber la gente
que tu sangre es un cieno colorado.
¿Qué abra y calle? Comprendo.
No quieres que te llame
el traidor de este drama, en que estás siendo
vil á la entrada, á la salida infame.
No callaré ni ocultaré, maldito,
la rabia que me anima.
Ahora que la muerte se aproxima,
ya sólo necesito
seis pies de tierra y tu desprecio encima.

En medio de mi bárbara tortura
al verte padecer siento un consuelo.
¿Que si no abro me matas? ¡Oh, ventura!
¡Estar muerta con él! ¡Frase del cielo!
Cuando caiga á pedazos esta puerta
ya no hallarás á la mujer vendida...
¿Que á dónde voy? ¡Infame! Y ¿no lo acierta
tu alma envilecida?
¡Voy á estar con Iván ó viva ó muerta!
¡Voy á unirme con él á la otra vida?

(Al ver caer la puerta, Marta se arroja por el balcón.)

(Cae el telón)

FIN

Digitized by Google

Digitized by Google

CÓMO REZAN LAS SOLTERAS

POEMA EN UN CANTO

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Galería de un templo.—A la izquierda del espectador la puerta de salida.—A la derecha, la puerta que da entrada á la iglesia.—Personas de diferentes sexos y edades se agrupan á esta puerta para oir misa.—Durante el oficio divino se estará oyendo un armonium.

I

(Petra cogiendo una silla.)

Voy á rezar sentada, porque creo
que de no usar, bien cómoda, las sillas,
se me ha formado un callo en las rodillas,
que será bueno y santo, pero es feo.
Y así despacio, porque estoy de prisa,
veré si llega Pablo;
y en esta posición, oyendo misa,
tendré un oído en Dios y otro en el diablo.

Digitized by Google

II

Petra, comienza tu oración del día:
Padre Nuestro que estás... (distraída) Estoy furiosa
de no ser pronto esposa...
¡Si en vez de madre acabaré yo en tía!
No, no soy fea; y para el mundo entero
no tienen más que este uso las hermosas.
Me casaré, ¿no he de casarme? Pero...
¡Dios tarda tanto en arreglar las cosas!...
Estaba... ¿dónde estaba?...
Creo que ya llegaba
á *los cielos*, esto es, á mi elemento;
porque dicen las viejas
que, como es sacramento,
cae siempre del cielo el casamiento...
Todo cae del cielo... ¡hasta las tejas!

III

Santificá... Santificá... ¡Dios mío!
oigo un rumor extraño...
¿Será él? Voy á ver. (Dirigiéndose á la puerta de salida y dejando caer al descuido el abanico, el rosario, etc.)
¡Qué desengaño!
No es su yegua, es el mulo de su tío.
Un tío que es un hombre atrabiliario,
que llama estar muy malo á ser muy viejo,
que al que le pide un real le da un consejo.
¡Qué inmortal es un tío millonario!
No viene, y yo deseo hacer alarde
de lo mucho que sufro con su ausencia,
y darle rienda suelta en su presencia
á un gran suspiro que empecé ayer tarde.

¡Nadie! No llega. Mi esperanza es vana.
¡Ni un pájaro interrumpe con su vuelo
esa línea lejana
en que se une la tierra con el cielo!

IV

(Se vuelve á su asiento.)

Volvamos á la mística tarea:
Santificado sea...
Pero antes de seguir mis oraciones,
quisiera yo saber por qué razones
de su casa á la mía, escalonadas,
el Dios de las alturas
de viudas, solteras y casadas,
tendió una vía láctea de hermosuras.
O tiene hoy pies de plomo,
ó Pablo está de broma.
En viendo una paloma
se vuelve un gavilán, siendo un palomo.
¿Habrá visto á Paulina,
la púdica sobrina
del deán de Sigüenza?
Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto,
ya á preferir comienza
la milicia del rey á la de Cristo.
Tiene, además de un rostro peregrino,
un pelo de oro fino;
y cuando Dios reparte
á una mujer ese color divino,
le hace un ser doblemente femenino.
¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
y se encuentra una rubia en el camino!...
Se me está figurando

que estoy rezando mal, como cualquiera.
¿Estaré yo pecando?
De ninguna manera.
Mis tiernas distracciones no son raras;
y, en materia de amores,
saben los confesores
que la moral suele tener dos caras.

V

A Pablo con el aire de la ausencia
se le constipa el alma con frecuencia,
y me causan cuidados
mujeres tan expertas,
porque entre ellas, mejor que entre las puertas,
suele haber en amor aires colados.
¿Estará con Vicenta, esa viuda
que él dice ¡el embustero! que desprecia?
Pero ¿podrá engañarle? ¿Quién lo duda?
No hay sabio á quien no engañe cualquier necia.
Mas ¿cómo ha de engañar esa Vicenta
de tan pérfidos tratos
á un hombre tan sutil, que, según cuenta,
estudia á las mujeres en los gatos?
Venga á nos... ¡Qué sospecha impertinente!
Quisiera continuar mis oraciones,
mas no puede apartarse de mi mente
la viuda que aspira á reincidente
con más hambre de amor que diez leones.
¿Y él? ¿y él? Con los del cielo equiparados
las mujeres son ángeles menores;
en cambio, con nosotras comparados,
los hombres no son malos, son peores.

Digitized by Google

VI

Venga á nos... ¿Si estará con Nicolasa
que llama amor á amar á su manera?...
¿Que no la ama ni el perro de su casa,
pues tiene peor sombra que la higuera?
¡Horror! Esa casada arrepentida
que hunde el globo terráqueo con su peso
y que está ya en sazón para comida,
pues tiene mucha carne y poco hueso,
dice que en su inocencia
se equivocó de esposo,
y añade, como ley de su experiencia,
que todo el que se casa se equivoca.
Y, aunque aún existe su difunto esposo,
con cara de canónigo dichoso,
todo cuanto sostiene
lo jura por el alma de su esposa...
Sin duda no le importa una gran cosa
que el alma de su esposa se condene.
¡Amar á una casada! Cree mi tía
que eso es común hoy día.
¡Esos hombres traidores
nunca quieren tener en sus amores
ni registro civil ni vicaría!
¡Amar á una casada! Vamos, vamos,
si á mí me diera San Miguel su espada,
ya estaría á estas horas traspasada...

(Rezando.)

Así como nosotros perdonamos...

VII

Ese hombre se ha dormido,
y yo tengo entretanto
la sangre hecha un vinagre enrojecido.
¡Cuán maldita es mi suerte!...

(Suena dentro la campanilla.)

(Dándose golpes de pecho) ¡*Santo*! ¡*Santo*!
Como estoy tan de prisa
sigo haciendo del rezo un embolismo.
¿Quién podría creer que estoy en misa
rezando y maldiciendo á un tiempo mismo?
Mas ¿no he de maldecirlas? Abomino
á las viudas, casadas y solteras
que salen á un camino
haciendo eses de amor con las caderas,
y luego dan posada al peregrino
metidas por bondad á posaderas.

(Se oye la Marcha Real en la iglesia y el trote de un caballo en la calle.)

¡Qué rumor! ¡qué rumor! Se me figura...
No parece sino que lo hace el diablo.
No hay duda, pasa Pablo
ahora que va á alzar el señor cura.
Me voy; si ofendo al cielo
le pediré mañana mil perdones.
¿Dónde están mi abanico y mi pañuelo,
mi rosario y mi libro de oraciones?...
¡Están, como la tropa en las acciones,
cubriendo de cadáveres el suelo!

Digitized by Google

Diré que los recoja al monaguillo
que todas las mañanas,
más bien que por demócrata, por pillo,
toca el himno de Riego en las campanas.

(Habla con un monaguillo que, haciéndose cruces, va recogiendo los objetos nombrados.)

Voy, voy. Con estas idas y venidas
me expongo á no llegar antes que pase...

(Arrodillándose frente á la puerta de la iglesia.)

¡Señor! ¡Señor! Después que yo me case,
¡qué misas he de oir tan bien oídas!

(Vase Petra por la izquierda.)

(El telón cae al son de la Marcha Real tocada en el armonium.)

FIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA ORGÍA DE LA INOCENCIA

POEMA EN UN CANTO

I

La buena Ana María
llevó á rezar al cementerio un día
á dos niños cogidos de las manos.
Como estaba alto el sol, la tierra ardía;
y á causa de unos céfiros malsanos,
con el calor que hacía,
en aquel cementerio se sentía
el narcótico olor de los pantanos.

II

Mientras los tres marchaban,
las nubes, por el cielo divididas,
como sombras huídas,
sin pie en la tierra ó en el mar, volaban

Digitized by Google

Y cuando Ana María
entró en el cementerio, en compañía
de un niño de seis años no cumplidos,
que á la edad que tenía
ya era un Colón descubridor de nidos,
y otra niña menor, y más querida,
con su timbre de voz sin consonante,
que aunque se halle dormida
jamás duerme la risa en su semblante,
de su marido al contemplar la huesa
crecieron sus ojeras amarillas;
y poniendo á los niños de rodillas
«rezad»—les dice—«aquí.»—La tumba besa,
y de sus hijos escondiendo el duelo,
sepultó entre los pliegues de un pañuelo
sus mejillas de lágrimas bañadas,
y hacia un rincón marchó, con sus pisadas
hallando el césped que acolchaba el suelo;
y allí apartada, con la fe invencible
de todo el que ve á Dios en lo invisible,
rezaba con angustia verdadera,
fijándose en un punto de esa esfera
á donde no hay orientación posible.

III

Ya alejada la madre,
los niños no pensaron ni un momento
en el nombre del santo de su padre,
sobre todo al mirar con gran contento
que por cierta hendidura
brotaban de la santa sepultura
dos zarzas que, cual plantas trepadoras,
tendiéndose de un lado al otro lado,
teuían el sepnlcro coronado

de rositas, de ramas y de moras.

IV

Y como es tan corriente
que hasta en el trance de vivir más triste
en toda sangre juvenil existe
cierto calor de sedición latente,
los niños piensan al mirar las moras
en imitar de Lúculo la suerte.
¡Qué tremendas doloras
va haciendo á todas horas
la vida en sus batallas con la muerte!

V

A la vista del fruto
venció la tentación á la tristeza,
como un justo tributo
pagado á la brutal naturaleza,
y sirviéndole al niño en su ardimiento
el busto de su padre de escalera,
se sube á comer moras, tan hambriento,
que el infiel las reparte de manera
que echando una á su hermana, come él ciento,
mientras la niña ansiosa
para coger el fruto, cuidadosa
el faldellín levanta,
mostrando desnudeces seductoras,
y así cogiendo y devorando moras
se unta á un tiempo la cara, come y canta.

VI

¡Perdonad la ignorancia

Digitized by Google

de dos niños alegres que comían
frutos sabrosos que tal vez tendrían
del cuerpo de su padre la sustancia!
¡Esta es la ley impura que sufrieron
cuantos seres nacieron y murieron!
En los huertos romanos
los pájaros se comen los gusanos
que á los dueños del mundo se comieron.
Y esta fuerza, ora muerta y ora viva,
logrará eternizar nuestra miseria
con la fuerza atractiva y repulsiva
que agrupa y desagrupa la materia,
pues por nadie ni nada interrumpida,
en misteriosa evolución convierte
la ley de nuestra vida en ley de muerte,
y la ley de la muerte en ley de vida.

VII

Cuando el niño atrevido,
haciendo la mayor de las locuras,
realiza, sobre el busto sostenido,
una de esas diabluras
que le soplan las brujas al oído,
y la niña menor, de gozo loca,
que, en vez de hablar, gorjea,
abre á un tiempo los ojos y la boca,
aalta, corre, se ríe y palmotea,
se acerca Ana María,
y viendo en los hermanos
aquella borrachera de alegría,
frotándose los ojos con las manos,
no quería creer lo que veía;
y sintiendo la madre
la angustia que anonada la existencia,

al ver á aquellos monstruos de inocencia
bailar sobre los huesos de su padre,
ya perdida la calma,
suprimiendo rodeos y cariños,
«vamos», grita á los niños,
sintiendo un frío que le llega al alma;
y para verlos, aunque malos, bellos,
arregló seis mechones de cabellos,
cuatro de ella y dos de él, les dió la mano,
y arrastrando á la hermana y al hermano,
transida de dolor, huyó con ellos.

VIII

Y andando y recordando aquella orgía,
ya siente con horror Ana María
las acres ironías del destino,
y cree ver por la tierra y por los cielos
las cenizas volar de sus abuelos
mezcladas con el polvo del camino;
y perdiendo la magia
de todas sus primeras ilusiones,
su corazón ya herido le presagia
que es el mundo una selva de leones
y la vida un festín de antropofagia.

IX

Y camina y camina,
y al entrar en su albergue sin aliento
aun ve en su pensamiento
la creación amenazando ruína.
Mas, vuelta en sí después, halla consuelo,
pensando en que el espíritu no muere,

Digitized by Google

y que el Dios de bondad, que tanto quiere,
lo que separa aquí, lo une en el cielo.
Y volviendo á su alma una por una
la fe sus perspectivas celestiales,
cuando cree, entre otras cosas inmortales,
que es el sepulcro una segunda cuna,
cayendo en Occidente el sol rendido
puso fin por fortuna,
tras un día de horror sin parecido,
á una tarde siniestra cual ninguna;
y después, sobre el mundo adormecido,
derramando la calma y el olvido,
su nevada de luz echó la luna.

FIN

Digitized by Google

EL ANILLO DE BODA

POEMA EN UNCANTO

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Lugar de la escena: una plaza. A la izquierda del espectador, hacia el fondo, una tienda de bisutería.—Aparecen hablando, de pie, María y el mozo de la tienda.

¿Dar mi anillo de boda
por tan poco dinero?
¡Ah! no; este emblema de mi vida toda
vale más, mucho más, que el mundo entero.

(El mozo se retira y sigue María adelantándose hacia el proscenio.)

Mas sin razón me inquieto.
Este hombre ignorará sin duda alguna
que, al pasear por el mundo mi esqueleto,
para hacer menos mala mi fortuna
me ha servido este anillo de amuleto.

Digitized by Google

II

(Mirando con éxtasis al cielo.)

¡Perdón, perdón, idolatrado esposo,
si no puede tu amor mirar con calma
la venta de este anillo tan precioso!
¡No ha comido hoy tu hijo, y es forzoso
por un poco de pan vender el alma!
Ya ves desde ese trono inaccesible,
que tu esposa María
podrá ser desgraciada todavía,
pero más desgraciada es imposible.
Soy una miserable
al vender tu recuerdo; mas ¿que quieres?
en materia de leyes y deberes
la vil naturaleza es implacable.
¿Recuerdas aquel día
en que diste este anillo á tu María?
¡Oh, indeleble memoria!
Te contaré la historia
con tenue voz porque no me oiga alguno:
aquel día, tú loco y yo más loca,
nos dimos en la boca
un doble beso, que sonó como uno,
y de él quiso el destino
que brotase aquel sol, llamado Ernesto,
un sol que, por supuesto,
como es igual á tí, nació divino.
¿Qué si es bello? Es tan bello,
que, no igualando á su hermosura nada,
parece en su cabeza iluminada
una raya de luz cada cabello.
Es, por lo reflexivo,

Digitized by Google

un hombre enteramente,
aunque por ser tan vivo
aún toma el chocolate por la frente.
El oirle charlar me vuelve loca,
pues cuando quiere con esfuerzos vanos
contarme lo que mira y lo que toca,
además de los ojos y la boca,
dialoga con los pies y con las manos.
Para él soy lavandera,
madre, sastra, nodriza y pordiosera,
y si pasa mucha hambre algunas horas,
tanto en su bien me afano,
que lo llevo en verano
al campo á comer gratis zarzamoras.
Y aunque hay días enteros
en que su hambre con pan no satisfago,
contándole unos cuentos hechiceros
le entretengo con sueños venideros,
y con pedazos de papeles le hago
mesas, pájaros, flores y sombreros.

III

(Queriendo dirigirse de nuevo hacia la tienda.)

Mas ¡qué memoria! Voy, voy al momento;
se me había olvidado
que hoy me han contado un cuento
de un niño por los cerdos devorado.
¡Justo Dios! De pensar que mi tardanza
puede causar la muerte al hijo mío,
me dan todas las clases de ese frío
que media entre el terror y la esperanza.
Pronto ha empezado á declinar el día.
Ya hay más sombra que luz en mi mirada,

Digitized by Google

y al circular tardía
en mis venas la sangre congelada
parece que me enfría
la niebla de una noche anticipada.
¡Qué desdichada soy! ¡Qué desdichada!
Tal vez cansado de mi eterno duelo,
y sordo á mis querellas,
va echando sobre el mundo un denso velo
por creerme ya el cielo
capaz de hacer mal de ojo á las estrellas.
¡Maldita suerte mía!
Mas sufre aún, sin maldecir, María,
porque lleno de celo
le dijo el señor cura el otro día
que es mal hecho el que un pobre acuse al cielo.

IV

(Apoyándose en la esquina de una casa.)

Voy. Llegaré, como la hiedra, asida,
á darle el postrer beso de mi vida.
No sé lo que me pasa...
En ella sostenida,
tal vez compadecida
esta pared me llevará á mi casa.
¿Si llorará esperando el hijo mío?
¡No! Como es tan pequeño,
aunque se halle muy triste de hambre y frío,
ya pondrá fin á su tristeza el sueño.

Digitized by Google

V

(Cayendo al suelo desvanecida.)

Mas pretendo seguir inútilmente.
No hay para mí consuelo.
Se me van las ideas de la frente,
y me caigo hacia el suelo
con ganas de dormir eternamente.
¡Qué confusión! Entre las sienes siento
cierto vago rumor que crece... y crece...
tanto que me parece
un diálogo de espíritus el viento.
¡Con qué implacable saña
me zumba algo siniestro en los oídos!...
¿Si serán los sonidos
de la muerte que afila su guadaña?...

VI

(Con voz desfallecida.)

Llamaré.—¿Mozo?—Aquí.—Pero estoy loca,
¡cómo han de oir los ecos de mi duelo,
si ya tengo en la boca
la lengua como un témpano de hielo?

(Besando el anillo.)

—Vé tú, querida prenda
del único amor mío,
y al mozo de esa tienda,
á quien no puedo ver sin sentir frío,
le dirás que, por Dios, presto, muy presto,

Digitized by Google

le lleve pan á Ernesto,
que él en cuanto oiga ruído,
con la boca entreabierta
se acercará á la puerta
como se asoma un pájaro á su nido.
¡Corre! ¡corre! Que él viva aunque yo muera.
¡Cuán débil estoy ya!... ¡Si yo comiera
algún poco de pan, me aliviaría!
¡Pan! ¡pan! ¡Pobre María,
para el hijo de mi alma lo quisiera!
Pero, Señor, ¿que es esto?
Esto es que muero de hambre aquí entre el lodo.
¡Ernesto!... ¡Anillo mío!... ¡Ernesto!... ¡Ernesto!
¡Adios!... ¡Os dejo á entrambos!... ¡Adios todo!...

(Muere.)

FIN.

Digitized by Google

LOS AMORES DE UNA SANTA

POEMA EN CARTAS

CARTA PRIMERA

El autor á Florentina

El autor escribe á Florentina, á quien sacó de un convento por encargo de su familia, para que le dé noticias de una monja misteriosa, llamada Carmela del Castillo, la cual entre la comunidad gozaba de opinión de santa.

I

Por esta que te escribo, Florentina,
verás que, fiel á mi galante historia,
no es tu nombre, como otros una ruína
que en el polvo enterré de mi memoria.

Digitized by Google

II

¿Te acuerdas? Soy aquel que, si no miente
el cronicón de las memorias mías,
te amó, más bien ausente que presente,
uno... dos... justamente...
Te amó un año, dos meses y tres días.
¡Yo amar! ¡yo amar! No sé cómo te diga
que aquel joven de ayer ya es un anciano
que para ir á buscar á alguna amiga
se apoya en la pared con una mano.
Y aunque echo mal la cuenta
de los años que escondo,
y despues que he cumplido los sesenta
dí una vuelta en redondo
volviéndome otra vez á los cuarenta,
es lo cierto que hoy día,
si he de hablarte en conciencia,
soy un viejo, muy viejo en la apariencia,
y en realidad más viejo todavía;
y del mundo aburrido,
al marcharme á morir en el olvido,
renuncié á los placeres,
del todo arrepentido
de haber siempre querido
con algo de mal fin á las mujeres.

III

Aun recuerdo la insólita ventura
del día en que, al sacarte de clausura,
dejando mi virtud acrisolada,
te entregué á tus parientes bella y pura,
es decir, *sana, salva y perdonada.*

Digitized by Google

¡Con qué honradez y natural sosiego
te acompañé aquel día,
aunque era en Julio, y de emociones ciego
al marchar junto á ti, me parecía
un rescoldo la tierra, el aire fuego!
Hoy de seguro causará tu espanto
el que un galán que te admiraba tanto
no te hablase de amor, ni mucho menos,
y eso que, al verte, pecaría un santo,
á no ser algún santo de los buenos.

IV

Ya sé que te han contado
que, en mis vicios constante,
como eterno estudiante,
continúo obstinado
en buscar á la gloria un consonante,
procurando en mis versos, como Dante,
gustar á las mujeres del mercado;
y que, mal rimador y vil prosista,
por la bondad de mi infeliz estrella,
aunque indocto humanista,
siempre es el arte mi pasión más bella,
y eso que soy, como moderno artista,
un soldado de honor racionalista
que muere por la gloria y no cree en ella.
¡Sí! mientras voy con el mayor cuidado,
entre burlas y veras,
de mi antiguo tejado
tapando las goteras
con trozos de papel en que he trazado
las más santas quimeras,
de mis días risueños
va cortando las alas de los sueños

la maldita razón con sus tijeras.
Y por eso, ya incrédulo ó cansado
para no ser ó preso ó excomulgado,
voy sorteando á la Iglesia y al gobierno,
poniendo con cuidado
un pie en lo temporal y otro en lo eterno.

V

Mas, suponiéndote harta
de oir tanta miseria,
para cortar mi carta,
dejando todo exordio, entro en materia:
Después de tu salud, saber deseo
la historia de una Sor que, según creo,
á un joven militar rico y honrado
le dejó tan plantado
como yo, cuando vuelvo de paseo,
me dejo las acacias en el *Prado*.
¿Cuál era el hombre de la monja aquella?
¿Era fea? ¿Era bella?
Quiero hacer un poema de su historia,
ya que hoy topé con el recuerdo de ella
en un viejo rincón de mi memoria.
En el solemne día
en que fuí á romper con honra mía
por orden de tus padres tu clausura,
cuando acaso envidiando tu ventura
todo un corro de monjas me veía
con esa candorosa bobería
con que contempla un aldeano á un cura,
—«¿Quién me daría un libro?»—de repente
grité al corro embobado y reverente;
y una monja cubierta con un velo,
solícita á mi anhelo,

Digitized by Google

—«¿De qué clase?»—me dijo cortesmente
con el aire triunfal de una romana.
—«La clase me es del todo indiferente»—
me atreví á replicar—«pues solamente
suelo leer para dormirme, hermana.»—
Y al volver con dos tomos en la mano,
me dijo, hecha una sabia, de este modo:
—«¿Queréis un libro místico ó profano?»
—«Me es igual, contesté, todo está en todo.»
—«Pues si todo está en todo, ahí va cualquiera,»
me replicó, arrojándome una *Guía*
con la acre mansedumbre de una fiera.
Y al irme yo á quedar, mientras leía,
dormido como un santo de madera,
oí que te decía:
—«á ese ilustre jumento
que ha venido á sacarte del convento,
le son indiferentes, por lo visto,
el Angel sin igual *de las escuelas*,
la *Imitación de Cristo*,
ó el *Arte de tocar las castañuelas*.»

VI

¡Jumento! Fué muy justa su sentencia,
pues aunque yo, sin lágrimas lo lloro,
de moral y de ciencia
en la humana experiencia
hallé tan gran tesoro,
que será un pozo de virtud y ciencia
el que llegue á saber lo que yo ignoro.
Mas, respondiendo al juicio
que hizo de mí la Sor ultra-dengosa
con sus aires de reina en ejercicio,
hoy en verso y en prosa

Digitized by Google

le probaré que ella es, más que otra cosa,
una monja cansada de su oficio.
¡Ah, no! No es de jumento la existencia
del que en larga, aunque estéril enseñanza,
bebió el opio del arte y de la ciencia,
y que, al fin, cada grano de experiencia
le ha costado cien onzas de esperanza,
y además mil arrobas de paciencia!

VII

¡Adios! ¡adios! y espero que me pruebes
que aún cuentas como amigo
á aquel bribón que cometió contigo
el cuerdo error de unas locuras breves;
el que tanto te quiere y te ha querido,
que soñó una mañana
que se echaba por tí de una ventana,
quedando, si no muerto, mal herido;
que á Dios le pide y conseguir espera
que convierta tu invierno en primavera,
mientras él moribundo,
combate con paciencia verdadera
la gota, esa constante compañera
de todos los felices de este mundo.

VIII

Oye esto bien: de todas mis amantes,
sólo de tí me acuerdo;
y es que ya, como el héroe de Cervantes,
después de vivir loco, muero cuerdo.
Pero antes de ser cuerdo, locamente
con el candor de un niño
hoy beso con cariño

el pedazo de cielo de tu frente;
pues créelo, vida mía,
desde que te idolatro,
de las horas del día
duerme doce, y te quiere veinticuatro.
tu amigo y algo más, *Ramón María*.

Digitized by Google

Digitized by Google

CARTA SEGUNDA

Florentina al Autor

Florentina la ex-novicia, le remite al Autor las cartas de Carmela, la monja protagonista del poema.

I

¿Recuerdas la persona
de la gran Catalina?
Pues eso es hoy tu amiga Florentina:
fea, adulta, pequeña y gordinflona.
Soy ya la más vulgar de las mujeres,
¡é indigna de tus frases ardorosas.
Tú amar! ¡tú amar! Hasta creeré, si quieres,
que, aunque no un genio en tus ficciones, eres
un poeta de acciones generosas;
pero siempre diré que son mentira
tus viejas ilusiones amorosas.
¡Amar cuando la vida se retira!..
¿No he de dudar un poco de estas cosas,
yo que leí las *Ruinas de Palmira?*

II

¡Infiel! aunque lo dudes,
nunca he sido á tu amor indiferente;

Digitized by Google

y como sólo soy por mis virtudes
una mujer de hielo exteriormente,
hoy mismo, al comentar tus desatinos,
turbada y con más fuerza que donaire,
agito el abanico, haciendo un aire
que podría mover cuatro molinos.
¿Tú amarme? ¿Será cierto?
De escucharlo, mi frente soñadora,
que vive aún sobre mi cuerpo muerto,
con su espíritu árabe está ahora
en lo más abrasado del desierto:
y aunque soy virtuosa
como una actriz que hace el papel de santa,
no extrañaré que, estática y nerviosa,
me dé una amigdalitis amorosa
que me extinga la voz en la garganta,
al ver cuán cariñoso y cuán risueño
me recuerda mis tiernas alegrías
aquel que, siendo el dueño
de las entrañas mías,
fué de mis noches el constante sueño
y la ambición eterna de mis días.

III

¿Conque por burla singular del hado,
ya es la cara del hombre que me escribe
un espejo empañado
que no vuelve la imagen que recibe?
El tiempo á nuestra edad no pasa en vano;
tu vejez á la mía sobrepuja;
mas yo en mal genio y fealdad te gano.
Si todo hombre, ya viejo, es un anciano,
toda mujer puede acabar en bruja.

Digitized by Google

No me causa extrañeza
que un cuerpo tan traído y tan llevado
parezca en lo averiado
que ha servido á otras almas de corteza.
Pero ¿y yo? pero ¿y yo? Si tú eres viejo,
á mí me desconsuela
el mirar que mi cara en el espejo
ya parece el reflejo
del rostro octogenario de mi abuela.

IV

Como te iba diciendo,
recuerdo con tristeza
la tarde aquella en que te estaba viendo
recostado en un poyo, y cometiendo
el pecado mortal de la pereza.
El dormirse leyendo
será muy natural; pero ¿qué quieres?
es uno de los casos más extraños
ver á todo un Prefecto de treinta años
roncando en un convento de mujeres.
Mas haciendo á tus méritos justicia
declaro que, en la tarde que te hablo,
probaste á la malicia
que puede vigilar á una exnovicia
el ángel de la Guarda, en vez del diablo.
¡Honor á ti, que, ardiente y en verano,
en la ocasión suprema
ni intentaste besar mi blanca mano,
aunque en las luchas del amor humano
encontráis natural, dado el sistema,
que se coma á una tórtola un milano!

Digitized by Google

V

Pensé en ti muchos meses. Pero un día
me amó un primo artillero,
y como soy una mujer que, fría,
pongo en mis ojos el amor que quiero,
con mezcla de cristiana y de judía
me casé con el primo y su dinero,
porque aprendí de una mujer astuta,
que, aunque sea del todo verdadero,
nunca es muy duradero
el amor que bebe agua y come fruta.
Pero ¡ay! muerto mi esposo, me contaron
que alguna vez, para aliviar sus penas,
sus ojos ¡ah traidor! se equivocaron,
y á menudo miraron,
en vez de su mujer, á las ajenas.
Mas ¿qué ley autoriza estos horrores?
A todos tus lectores
les gustan las enormes pecadoras;
y, en cambio, tus lectoras
se prendan de los grandes pecadores;
lo que prueba que somos en amores
número igual traidores y traidoras.
Por esto, escarmentada no he podido
caer en la torpeza
de volver al altar, pues ya he sabido
que la mayor belleza
se casa para ver á su marido
hecho un tronco dormido
con gorro de algodón en la cabeza.
¿Quién comete el estúpido heroísmo
de exponerse á un segundo desencanto,
después que ha descubierto con espanto

que sois todos los hombres uno mismo,
y que, por ser tan santo,
es el rezo nupcial un exorcismo
que hace huir al diablillo del encanto?

VI

En fin, á tus deseos obediente,
va adjunto el expediente
de dos ángeles tiernos,
que han hecho en su cabeza santamente
unos viajes de amor á los infiernos.
En las cartas que envío
hallarás las razones
de por qué tan hermosos corazones
vivieron con amor y en el vacío;
y notarás también con qué cuidado
por motivos de honor particulares
he omitido ó alterado
nombres, fechas, sucesos y lugares;
y en cuanto á aquella Sor del velo obscuro
á quien tanto calumnias, te aseguro
que tenía el encanto inexplicable,
de que, viendo lo real abominable,
nunca halló lo ideal bastante puro.
Dejó á un novio, es verdad, mas se adivina
que al faltar por ser monja á un juramento,
no fué por inconstancia femenina.
la causa la sabrás al fin del cuento.
Como á todas nosotras nos fascina
ó la toca monjil ó el casamiento,
cuando Dios no nos lleva al Sacramento
del viejo matrimonio,
como hizo á Ofelia Hamlet, un demonio
nos manda á las mujeres al convento.

Digitized by Google

Sólo yo, como escéptica viuda
que en cuestiones de amor de todo duda,
para fijar mi suerte
ni me quiero casar ni gastar toca,
y pues soy, por desprecio al sexo fuerte,
una mujer más dura que una roca,
voy á ver si me toca
ser la excepción de un juicio sin segundo,
hoy que un inglés va recorriendo el mundo
buscando una mujer que no esté loca.

VII

¿Conque estás, según veo,
atacado del reuma y otros males?
Pues ten paciencia, hermano, porque creo
que quien, cual tú, todo lo dió al deseo,
de todas sus fatigas corporales
no debe echar la culpa al jubileo.
El reuma y el hastío que maldices,
son las plagas felices
con que el cielo irritado
castiga á ciertos seres;
Salomón, circundado
de seiscientas mujeres,
todas alegres, dóciles y hermosas,
se retiró del mundo y sus placeres
proclamando la nada de las cosas.

VIII

Y doy punto final, pues no hallo justo
que turbe yo con las tristezas mías
la salud y las viejas alegrías

de un hombre como tú, que está robusto,
y come, y come bien todos los días.
Se me acaba la luz y me despido
haciéndote saber que á Dios le pido
que le dé, si es posible, más reposo
al hombre que, dichoso,
de pasarlo tan bien, vive aburrido;
mientras yo aquí olvidada,
quedo muy ocupada
en el quehacer plebeyo
de arreglar una funda
á unos muebles del tiempo de Pompeyo
que los perdió con la batalla en Munda.

IX

No olvides que tu letra es un remedio
para este esplín que á ratos me entristece.
y que, á pesar del tedio
que con mis años crece,
cuando veo tus cartas, me parece
que me quito de encima siglo y medio.
Por Dios que al escribir á tu exfutura,
si no me quieres ya, no me lo digas;
pues aunque sea mi mayor locura,
prefiere á tu desdén la sepultura
la más boba y mejor de tus amigas,
Florentina Segura de Segura.

Digitized by Google

Digitized by Google

CARTA TERCERA

—

De Carmela á Pablo.

Carta de Carmela, en la cual participa á Pablo su amante, que ha profesado, mas sin decirle los motivos secretos que ha tenido para hacerlo.

I

Quien tanto te esperó, ya no te espera.
Obedezco al destino, aunque me quejo.
No me preguntes hoy por qué te dejo;
la causa la sabrás cuando yo muera.

II

Ya sé que, al profesar, lleno de luto
el alma de un perfecto caballero
que presiente y adora lo absoluto
de lo bueno, lo bello y verdadero.

III

Mas la suerte es más móvil que la luna,
y es quererla fijar empeño vano.

Digitized by Google

No hay libertad. Todo poder humano,
bueno ó malo, es un golpe de fortuna.

IV

Ya ves que no disculpo mis traiciones,
aunque sé como todas las mujeres
que en materia de amores y placeres
para obrar sin razón siempre hay razones.

V

Respeta mi sagrado juramento.
¿Seré yo la primera que afligida
por miedo á los pesares de la vida
sin tener vocación se fué á un convento?

VI

No me vuelvas á ver, pues sé que quieres
penetrar el dolor que me atormenta,
y el alma es una luz que en las mujeres
á través de sus pies se transparenta.

VII

Ya está sin remisión la suerte echada,
pues por causas mejores ó peores,
se ha cerrado mi alma á los amores
lo mismo que una iglesia excomulgada.

VIII

Mientras Dios de la vida me destierra,

Digitized by Google

á ti, dando el olvido mi memoria,
te quedan otro amor, la fe y la gloria,
las grandes ilusiones de la tierra.

IX

No aspires, ciego, á la esperanza vana
de alcanzar la ventura un solo día.
¿No conoces que el mundo algo valdría
si fuera una verdad la dicha humana?

X

Pero ¡ay de mí! mi corazón no alcanza
á desterrar de sí tu pensamiento,
por más que en los umbrales del convento
arrojé á puntapiés á la esperanza.

XI

¡Ilusa! ¿Querrás creer que, aunque valiente,
entierro en flor las esperanzas mías,
aun pienso que aquel sol de aquellos días
alumbrará mi vida eternamente?

XII

Aun en sueños extática te llamo,
y en todas las ventanas del convento
empaño los cristales con mi aliento
para escribir en ellos:—«¡te amo! ¡te amo!»

Digitized by Google

XIII

Yo te quise olvidar, y no he podido;
mas tal vez me dé el claustro horas serenas,
aunque corre una sangre por mis venas
más ardiente que el plomo derretido.

XIV

Doy, llorando, la eterna despedida
á nuestro amor de un día, al que reemplazan
las dos eternidades que se enlazan
al principio y al fin de nuestra vida.

XV

¡Cuánto angustia la eterna divergencia
de estas cosas humanas y divinas
que dan grandes batallas submarinas
en el fondo del mar de la conciencia!

XVI

El valor me abandona, cuando veo
que, ni orando, mi espíritu se exalta.
No tengo de la fe más que el deseo,
¿y la gracia de Dios? Esa me falta.

XVII

¡Que se incline mi espíritu, Dios mío,
del santo amor por la inmortal pendiente,
pues, así como al mar corre la fuente,
la fe es al alma lo que el cauce al río!

Digitized by Google

XVIII

Viene á buscar la dicha, y es lo cierto
que, presa de este amor que nunca olvida,
está el rincón que ocupo en esta vida
más triste que un lugar donde hay un muerto.

XIX

Lucho y lucho con bárbaro heroismo,
pero, luchando, es mi tortura tanta,
que aparto con las manos ahora mismo,
la sangre que se agolpa á mi garganta.

XX

¡Dad ánimo, Señor, á la que tierna
siente en su pecho ese anhelar profundo
que da por una dicha de este mundo
las dichas todas de la vida eterna!

XXI

La acción de mi tremendo sacrificio
ha de ser por los ángeles cantada
hasta después que terminado el Juicio
circule en paz la tierra despoblada.

XXII

¡*Adios*! oigo en el templo el *Miserere*.
¡Voy á pedir por mi eternal reposo,
herida como el héroe religioso
que cae, mira al cielo, reza y muere!

Digitized by Google

CARTA CUARTA

—

DE CARMELA Á FLORENTINA

Carmela escribe á su amiga Florentina que, atrayendo á Pablo frecuentemente al convento por medio de su habilidad en el canto, consigue que no la olvide.

I

¡Con qué placer tan grande te lo cuento!
Víctima fiel de las memorias mías,
para escuchar mi acento,
el sol de mis primeras alegrías
acude á presenciar todos los días
los oficios divinos del convento;
y yo, que aunque soy monja rigorista,
sin faltar á las leyes del decoro,
por mis fueros de artista
puedo bien desde el coro
ser oída y oir, ver sin ser vista,
le atraigo dulcemente
con el arte bendito
que sin formas ni líneas, vagamente
consigue en lo interior de cuanto siente
juntar lo indefinido á lo infinito;
y aunque ayer contagiado

Digitized by Google

de mi canción por el ardiente fuego
me oía embelesado
aguzando el oído como un ciego,
pasó nuestra pasión desconocida
para el alma dormida
de estas monjas honradas
que tristes y en sus celdas encerradas
ven vegetar sin atrición la vida;
y nadie en el convento,
mientras duró mi canto, ha conocido
que, el uno al otro unido,
desde su pecho al mío era mi acento
un reguero de plomo derretido.

II

No en vano pretendía
que él oyese algún día
el temblor de mi voz apasionada,
porque yo bien sabía
que una mujer amada
oída es más temible que mirada;
y así al buscar, oyéndome, consuelo,
dando ciego al olvido
que es el amor en nuestro obscuro cielo
un sol que para siempre se ha extinguido,
en su pura inocencia
el infeliz no sabe
que siempre es cosa grave
someter el amor á la experiencia;
y por eso no advierte
que oir la voz de una mujer querida,
hace adorar la vida
como un clarín hace afrontar la muerte;
y aunque yo, siempre honrada,

Digitized by Google

como una salamandra ya aguerrida
de mi edad más florida
la hoguera atravesé sin ser quemada,
hasta á mí misma su pasión me aterra,
pues temo que el volcán que mi alma encierra
ante el calor de su recuerdo estalle,
¿dónde hay amor tan puro en que no se halle
levadura del limo de la tierra?
¡Quiera Dios, quiera Dios, que sus dolores
no reanimen de nuevo mis ardores,
como algún día, de sudor cubierto,
recordaban sus íntimos amores
al darle á San Jerónimo temblores
las ráfagas de viento del desierto!

III

Al llegar el instante
en que á hurtadillas veo
su extático semblante
envuelto en una nube de deseo,
del órgano primero acompañada
pulsé con diestra mano
una tierna balada
difundida y mezclada
al monótono son del canto llano,
y así, juntando á las divinas glorias
algo del cieno del humano goce,
con varias inflexiones que él conoce
mis notas impregné de sus memorias,
y en tanto que él me mira
con grandes ojos, de ternura llenos,
yo, con el genio que el amor inspira,
hice, apelando al día de la ira,
al órgano lanzar rayos y truenos.

Digitized by Google

Y cuando estaba de dolor postrado,
sintiendo una agonía permanente,
á un altar apoyado,
para oirme los ojos dulcemente
abría como un niño embelesado,
y á la postrera nota
en que el amor de lo pasado evoco,
más bien que como un loco
miraba el infeliz como un idiota.
¿Qué fué de la ventura
de este hombre de nobleza inmaculada,
que hoy lanza en su terrible desventura
relámpagos de sangre su mirada,
corriendo á toda prisa á la locura?
¡Oh! ¡Cuán honda tristeza
inspira al alma esa común flaqueza
de ver rodar, caída por el suelo,
la indómita fiereza
con que levanta con orgullo al cielo
su torre de Babel toda cabeza!

IV

Conforme él iba atento,
como un ciego de amor de nacimiento,
traduciendo mis notas en cariños,
pues ven por sentimiento
los ciegos, las mujeres y los niños
toda el alma en el timbre del acento;
yo, iniciando con ánimo tranquilo
cierto tema de amor idealizado,
que es Fray Luis de León en el estilo,
por supuesto añadiéndole el pecado,
en escala ascendente
parodiando más tarde vagamente

el plácido gorjeo
del céfiro sutil del mar Ejeo
que el sol suele traernos del Oriente,
copié luego los giros de la brisa
que agitando indecisa
las flores con sonoro movimiento,
va imitando la risa
de niñas que están locas de contento;
y al acabar mi canto, santamente
pedí con voz doliente
para él la dicha y para mí el olvido
á ese gran Dios de las tristezas mías
que la inmortal naturaleza adora,
y á quien manda sus himnos ó alegrías
cuando en la tarde, y al brillar la aurora,
la tierra es un delirio de armonías.

V

Miradle allí rendido,
como si fuese por un rayo herido,
pensando en su locura
«¿por qué entré en el convento?»
cuya triste y eterna conjetura
hace su desventura,
pues no hay carga mayor que el pensamiento.
De este misterio el sin igual tormento
será su torcedor hasta que muera,
y como el ser que espera desespera,
él vivirá desesperado y loco,
y sin dar con la causa verdadera,
así lo irá matando poco á poco
la fiebre intolerable de la espera.
Y yo ¿qué espero? Nada.
Aunque ya escarmentada

Digitized by Google

no olvido, para andar con pie seguro,
que el presente es el filo de una espada,
y el pasado lo mismo que el futuro,
un sueño entre una nada y otra nada;
con humildad cristiana
ya vivo convencida
de que en toda la vida
ni por Dios bendecida hay dicha humana,
y sólo espero, por la muerte herida,
á la tumba cercana,
que el voto que del mundo me destierra
me abra un día en el cielo otra esperanza,
que en el amor, lo mismo que en la tierra,
cuando un mar se retira el otro avanza.

VI

Soy dichosa de veras;
ahora es cuando creo
que la lira de Orfeo
convertía en corderos las panteras,
pues cuando, como un reo,
á locura y á muerte condenado,
me escuchaba aterrado,
dando á mi voz, con afectada calma,
una tierna inflexión que él no ha olvidado,
reanimando su amor, nunca apagado,
le herí de frente en la mitad del alma;
y su dolor ué tanto,
que, apresuradamente,
huyendo con vergüenza de la gente,
del convento salió rompiendo en llanto;
y yo, al verle salir, enardecida,
mandándole una eterna despedida,
con voz, mezcla de hachazo y de lanzada,

Digitized by Google

hice febril apresurar su huída
al que lleva la imagen esculpida
del Dios de mi niñez en su mirada...
¡Adios, noble esperanza defraudada!
¡Adios, único sueño de mi vida!

Digitized by Google

Digitized by Google

CARTA QUINTA

DE CARMELA Á FLORENTINA

Anunciándole la muerte de Pablo y revelándole el secreto de su profesión.

I

Antes que mi memoria
venga á falsear la intemperante historia
que no calla lo suyo ni lo ajeno,
desde este jardín lleno
de flores ignoradas
en donde, aunque no es moda ser cristiano,
se ejercen con esfuerzo sobrehumano
unas viejas virtudes desusadas,
con el alma partida de tristeza
mi espíritu iracundo
se despide de un mundo
en que no hay más virtud que la belleza.

II

Murió presa de un éxtasis divino
el hombre enamorado

Digitized by Google

que siendo tan cortés como un Cruzado
tenía el corazón de un Antonino.
Y aunque por él sentía
el ciego amor que en el delirio toca,
tengo, al saber que ha muerto, una alegría
más triste que el contento de una loca.
Pues por más que ahora mismo el sentimiento
mi corazón destroza
al recordar cuando á escuchar mi acento
se mostraba en la iglesia del convento
como un rey á la puerta de una choza,
sin querer ni saber en qué consiste,
al llegar para mí la eterna ausencia
de un ser que era mi vida y ya no existe,
te declaro en conciencia
que siento, como hay Dios, no estar más triste;
y es porque considero
que para mi alma ardiente es gran fortuna
el que, muerto él primero,
no pueda ser querido de otra alguna,
y bendigo al Señor porque ha dejado
mi espíritu en reposo:
¡qué alegre está un celoso
cuando muere antes que él el ser amado!

III

¡Tiene burlas que espantan el destino!
¡Cuando era más cantada mi belleza
me convirtió en un monstruo el Dios que vino
á hacer una virtud de la tristeza!
Yo soy, amiga mía,
la que pasé por bella entre las bellas,
y á quien Pablo algún día
—«para verte, Carmela», me decía,

«hacen alto en el cielo las estrellas.»—
Pero ¡ay de mí! cuando llegó el instante
de ser la esposa fiel de un fiel amante,
un rayo repentino
cayendo en mi semblante
partió de medio á medio mi destino.
Hoy ya puedo contarte que apartado
este velo que ampara
el recuerdo feliz de mi pasado,
parecen las arrugas de mi cara
oquedades de un mármol oxidado;
y más muerta que viva
te diré que unas pérfidas viruelas
en esta frente altiva,
dejando de su paso las estelas,
hicieron de mi cutis una criba.
Y cauta, en previsión de que el amante,
próximo á ser mi esposo,
no viese este semblante
que es de un ídolo indiano en lo espantoso,
para ocultar las huellas
que dejó en mí la enfermedad traidora,
fuí buscando la sombra protectora
que hace iguales las feas y las bellas;
y, sin perder momento,
huyendo del amor con heroismo,
me vine á este convento
que me atrajo hacia sí como un abismo,
y en él, haciendo al cielo
una noble promesa,
además de mis votos de profesa,
hice voto especial de llevar velo;
pues aunque yo sabía
que es sólo la belleza flor de un día,
quise huír del mayor de los horrores,

y es que Pablo me viese de este modo,
sabiendo que en amores
la realidad lo desencanta todo;
y cierta de que el mundo embelesado
más bien que al corazón mira á la cara,
pues siempre para el hombre enamorado
vale más y es más bello un pie torneado
que un palacio de mármol de Carrara,
del mundo huí con varonil firmeza,
pues, por más que el decirlo es cosa dura,
lo que encanta en la vida es la belleza,
y el alma en la mujer es la hermosura.

IV

Visto el mundo á través de mi tristeza,
y estando convencida
de que el hombre sólo ama la belleza
y en faltando el amor ¡adiós la vida!,
voy á pensar ahora en mi pasado
para poner en orden mi conciencia,
porque es limpiar el alma del pecado
el último pudor de la existencia.
En vez de ir imitando
á estas hijas de Cristo
á quienes va matando
la nostalgia del cielo que no han visto,
yo, fingiendo una santa penitencia,
es tanto lo que lidio
por terminar cuanto antes mi existencia,
que entregada al cilicio y la abstinencia
es mi vida ejemplar un suicidio.
¡Morir! nada hay que consolarnos pueda
de una ilusión perdida,
y más cuando en la vida

la hermosura se va y el amor queda.
¡Morir y morir pronto! he aquí la suerte
que anhelo con empeño:
como el hombre cansado llama al sueño,
busca el triste el consuelo de la muerte.

V

Al ver el santo celo
de estas pobres mujeres
que, atentas á cumplir con sus deberes
por el camino real marchan al cielo,
deseo arrepentida
morir creyendo en Dios y en la otra vida:
y aunque ruegan por mí con fanatismo
estas monjas honradas
que creen que purifican mis miradas
lo mismo que las aguas del bautismo,
aun temo por el fin del alma mía,
porque yo siempre he sido
una grande impostora que ha sabido
inspirar una fe que no tenía;
y aunque hoy, crédula y tierna,
el recuerdo del ser por quien suspiro
es el cristal de aumento con que miro
los horizontes de la vida eterna,
tengo dudas si al fin de la jornada
podrá morir del todo arrepentida
esta desventurada
mirando á lo infinito sin ver nada.

VI

¡Qué malestar! ¿Si empezará, Dios mío,
la muerte del planeta?

Digitized by Google

!Los mármoles estallan con el frío,
y una bruma pesada el mar aquieta!
¡Adios, adios! Voy á morir en breve,
pues cual si fuese, como yo, otro muerto,
sobre el mundo desierto
echa el cielo una sábana de nieve,
y oculta entre la atmósfera sombría,
alguna mano fría
parece que me entierra
entre esa nieve que será algún día
el último ropaje de la tierra.

VII

¡Cuánto adoré y sufrí! ¡Pero, adelante!
¿Qué importa lo sufrido y lo gozado,
si después que los días han pasado
lo mismo son un siglo que un instante?
¡La leyenda irrisoria
de mis tristes errores
pasó ya, como pasa la memoria
de los grandes placeres y dolores!
¡Reyes y emperadores,
siglos de horror y de pasada gloria,
todo caerá en la sima de la historia
como el hoy y el ayer de mis amores!

Digitized by Google

CARTA SEXTA

DE FLORENTINA AL AUTOR

Florentina da noticia al Autor de la muerte de Carmela, explicándole las circunstancias por las cuales murió en olor de santidad.

I

¡Y vuelta á repetirme que me quieres!
Galante en procederes
y en las palabras tierno,
cualquiera dirá que eres
un ave que hace nidos en invierno.
¿No ves, querido mónstruo sin entrañas,
qne al ponderar tu amor como un falsario
á esta pobre aldeana á quien engañas,
te dirán que nos habla un millonario
del placer de vivir en las cabañas?
Es de tu ciencia el singular secreto
que la vida es un viaje sin objeto;
y yo, llamando mónstruo al que me olvida,
no encuentro más que mónstruos en la vida;
y así uno engañador, y otra engañada,
somos dos seres de experiencia llenos,
que si tú sabes que la ciencia es nada,
yo sé que la pasión es mucho menos.

Digitized by Google

II

Empezaba á decir... ¿qué te decía?
¡Ah! sí; que el alma mía
no es fácil que deteste
á un hombre que algún día
estudió en mi garganta anatomía,
y en mis ojos mecánica celeste;
pues recuerdo, embriagada de contento,
que apelando á la noble poesía,
hija y madre á la vez del sentimiento,
tu lira bondadosa
me llamó un día hermosa
é hizo un canto impregnado de tristeza
á la última rosa
que llevé de novicia en la cabeza.

III

Voy, pues, ya que lo ordenas,
de una vida que amé más que la mía
á pintarte las últimas escenas,
mitigando el dolor con mi alegría,
pues sé, Ramón María,
que te fastidian como á mí las penas.
Y ocultando, si puedo, mis dolores,
al rendir el tributo
de mis tiernos loores
á una mujer que tuvo en sus amores
la estúpida virtud de lo absoluto,
te diré que ha acabado su existencia
sintiendo la influencia
de ese inmortal deseo no pagado
de que vuela empapado

Digitized by Google

el soplo de la brisa de Valencia,
fascinadora brisa
que hizo qne ambos tuviesen la gran suerte
de imitar en la vida y en la muerte
el amor de Abelardo y Eloísa.

IV

Sabrás que de la vida de Carmela
hizo al fin el milagro una novela,
pues la hermana Consuelo y otra hermana,
ignoro si por sueño ó desvarío,
refieren que á la luz de la mañana
encontraron su féretro vacío;
y la hermana Consuelo,
que cree que todo el mundo ha de ir al cielo,
y que al velar, durmiéndose, á la muerta,
pudo soñar despierta,
como el hecho del mundo más sencillo
cuenta, de fe exaltada,
con su voz natural desafinada,
que á un fantástico brillo
vió vestida y calzada
á María Carmela del Castillo
subir á lo inmortal transfigurada.
Y como no hay manera
de evitar que en milagros y en agüeros
una madre embustera
pueda engendrar mil hijos embusteros,
la historia de esta monja milagrera
será la que tendrán por verdadera
los bobos de los siglos venideros.

Digitized by Google

V

Y como en cosa de ilusión tan rara
siempre ha habido encontrados pareceres,
me dicen que Sor Clara,
una monja que mira cara á cara
lo mismo que en el siglo las mujeres;
y Sor Juana, que inspira
al capellán, que fué de regimiento,
y qué hipócrita, aspira
á ser la superiora del convento,
andan diciendo ahora
que entre un criado mío y el portero
la sacaron, poco antes de la aurora,
en el carro del pan del panadero.
¡Inútil presunción, pues siempre ha sido
el imán de nuestra alma lo imposible,
y como esto es tan real y tan creible
por lo mismo será menos creído!

VI

Por lo dicho verás que me consagro
á dar fuerza á la idea del milagro,
y es porque así preveo
que el pueblo con su inmenso clamoreo
de mi amiga Carmela hará una santa,
idea que me encanta,
pues además de merecerlo, creo
que la virtud que hay en la tierra espanta.
Fué admirada de tantos,
que es natural que aquellos que la lloran
ya muerta, multipliquen sus encantos,
porque siempre los seres que se adoran
á la fuerza han de ser héroes ó santos.

Y por eso declaro
que mi empeño lo fundo
en que este caso de histerismo raro
se quede en el secreto más profundo.
¡Oh fuerza del misterio! En este mundo
nadie se hace matar por nada claro.

VII

Mas, juzgando el milagro una impostura,
un recto magistrado
que todo el mundo sabe
que es tonto, y para un tonto es todo grave,
con mucha gravedad ha encomendado
á otro insigne letrado,
que busque con premura
el rincón de la tierra
en que estén de ella y de él la sepultura
(secreto impenetrable que se encierra
en mi pecho con triple cerradura),
y que, poniendo mano
en esa indiscernible
frontera de lo real y lo invisible,
certifique por medio de escribano
lo que haya en el milagro de creíble;
y como es su torpeza
igual á la destreza
de otras muchas y grandes dignidades,
que aunque no hacen ni dicen necedades
son necios de los pies á la cabeza,
el famoso letrado
con el mayor cuidado
desplegará cuanta malicia quepa
en un magín de textos incrustado,
probando que el cadaver fué robado

Digitized by Google

por quien ya se sabrá cuando se sepa.

VIII

Y yo que con rodeos,
entre las malas condiciones mías,
acostumbro á ocultar mis baterías
marchando en línea recta á mis deseos,
para hacerle creer cualquiera cosa
ya cuento con su esposa,
mujer por los milagros entusiasta
y buena de tal modo,
que si fuese tan limpia como casta
sería una virtud pura del todo;
pues ella es de esos seres elegidos,
santos hasta el exceso,
que nunca á sus maridos
les dan en tiempo de cuaresma un beso,
y que con alma de rezar sedienta,
amontonando preces sobre preces,
suele leer de fe calenturienta,
los libros de moral hasta las heces,
y en este año leyó, según me cuenta,
el dichoso *Telémaco* diez veces,
que, después de otras treinta, hacen cuarenta;
y ella al fin, anulando con su celo
de su esposo los planes,
inútil hará de él todo el desvelo,
y, por grandes que sean sus afanes,
como suelen decir los alemanes,
no llegarán los árboles al cielo.

IX

Y como siempre Maquiavelo ha sido

para mí una inocente criatura,
pues han hecho entre el médico y el cura
de mi mente un estanque corrompido,
suceda, en conclusión, lo que suceda,
más que la curia he de poder yo sola,
porque, en último caso, á mí me queda
lo que llama Argensola
la grave autoridad de la moneda;
y, al peso del dinero, en el sumario
del milagro se hará pleito ordinario,
y el tiempo, ese tirano sin segundo,
encauzará en lo real lo imaginario,
pues el vulgar deber es el sudario
que envolverá el cadáver de este mundo.

X

¡Carmela del Castillo, alma bendita,
confía en mis cuidados;
sé que el sepulcro es un lugar de cita
de todos los amantes desgraciados,
y ya ves que no olvido
que hablándome de Pablo, me decías:
«¿no habrá algún ser querido
que mezcle sus cenizas con las mías?»
¡Los dos en un sarcófago ignorado
roposaréis en paz, almas inquietas,
y uno del otro al lado
os verá el sol del día en que cansado
deje Dios de su mano á los planetas!

XI

¡Cuánto envidio á estas almas tan honradas,

que, no estando tocadas
de la común miseria,
viviendo en lo fantástico, elevadas
cual Platón, llaman *lo otro* á la materia!
¡Bendigo el santo fuego que redime
á esos seres benditos
que están por su pasión por lo sublime
ébrios siempre de sueños infinitos!
¡Candorosos ensueños de mi cuna,
renovad mis primeras emociones!
¿Qué realidad hace feliz? Ninguna.
Pues si sólo hay verdad en las ficciones,
si sólo, en lo ideal, da dicha alguna
la fe que hace latir los corazones...
¡Quítame, oh Dios, el oro y la fortuna,
pero vuélveme á dar las ilusiones!

FIN

Digitized by Google

¡QUÉ BUENO ES DIOS!

PEQUEÑO POEMA EN DOS CANTOS

A mi amigo el ilustre poeta valenciano

D. TEODORO LLORENTE

CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

EL ÁNGEL FIDEL

I

La bondad de los cielos es tan clara,
que, con verdad os digo,
que Dios, con su clemencia, es quien separa
los actos de la culpa, del castigo.

Digitized by Google

II

Hay una cierta historia
que, uniendo lo divino con lo humano,
va viviendo del mundo en la memoria
como flota en el aire lo lejano;
historia apocalíptica que empieza
en el día infeliz en que nacieron
y en que á Dios le pidieron
talento el hombre y la mujer belleza.

III

El rey de la justicia soberana
es de todos los padres el más tierno,
aunque hay necios que piensan que el Eterno
es un Dios bebedor de sangre humana.
Por eso, aminorando los horrores
de cuanto hay de más negro en el destino,
el Dios de las estrellas y las flores
con su labio divino
dijo al ángel Fidel:—«Que tu pericia
castigue con razón á los humanos»—
y con sus santas manos,
el rayo le entregó de la justicia.
Así fué al brazo de Fidel atada
la justicia divina,
lo mismo que la cólera camina
enroscada en el puño de la espada.
Nombrado ya Fidel, Cid de la altura,
ministro de la muerte y de la guerra,
por ser tan ambicioso, que en la tierra
llegaría hasta Abad, si fuese cura,

al verse tan honrado
con armas defensivas y ofensivas,
se quedó contagiado
del mal de las virtudes excesivas;
y como ya tenía
un genio con tendencias á lo horrible,
y además no sabía
que todo ser cruel siempre es pequeño,
haciéndose el terrible
vivió frunciendo y desfrunciendo el ceño;
y, aunque no de bondad, de orgullo rico,
más que justo, inclemente,
pensó pasar la vida alegremente
como el gran Federico,
que jamás se aburrió matando gente.

IV

Así quedó con providente celo
la mano de Fidel del rayo armada,
cuando Dios sacó el mundo de la nada
y lo metió bajo el fanal del cielo.

V

Aquel rayo forjado el primer día,
con que nunca extermina, aunque amenaza,
lo ostentaba Fidel con gallardía,
paseando su importante medianía
con la altivez de un español de raza;
y, para honrar la celestial milicia,
pensando en poner cara de asesino,
nunca observó su militar pericia
que la bondad, más bien que la justicia,
es lo humano que toca en lo divino.

Digitized by Google

VI

Y pasó un siglo y dos sin pasar nada,
mas juzgando á la tierra consternada
con la muerte de Abel, en el instante
Fidel de rabia ciego,
sintiendo no tener en el semblante,
para que al cielo y á la tierra espante,
alguna cicatriz de arma de fuego,
pregunta á Dios:—«¿mato á ese vil hermano?»—
mas Dios, amigo del dolor humano,
con celestial ternura
le responde á Fidel: —«Espera, espera;
hay horas, en la vida, de locura,
mas la hora de Dios es la postrera.»
Y así el Señor, más justo que terrible,
dejó á Caín de turbaciones lleno
condenando al malvado á la insufrible
inquietud natural del que no es bueno.

VII

Y así fueron pasando
los siglos como sueños de una hora,
Fidel amenazando,
y el Señor perdonando
á todo ser que vive, gime y llora.
Y queriendo ejercer constantemente
el rígido deber que se hace odioso,
el ángel, cada vez más inclemente,
creyendo, cual si fuese un juez celoso
que no existe en el mundo un inocente,
viendo su alma feroz, aunque cristiana,

en cierto siglo una moral malsana,
le preguntó á su Dios: «Señor, ¿qué hacemos?»
Y Dios con su clemencia sobrehumana
miró á la tierra y dijo:—«Ya veremos.»—

VIII

Acusando á la misma Providencia
de ser tibia en su celo,
por no esperar Fidel en su impaciencia
que ninguno al morir piense en el cielo,
al ver á una mujer que acabó en santa
y á muchas que olvidaron sus deberes,
fué su cólera tanta
que le dijo al Señor:—«A esas mujeres
no es posible absolverlas.»—
Mas Dios omnipotente,
con frases que caían dulcemente
como en un vaso de cristal las perlas,
responde con palabras amorosas:
—Fidel, ten más clemencia
con todo el que ha probado en la existencia
la amargura del dejo de las cosas,
y perdona á la pobre Magdalena
que si no es pura, es más que pura... es buena.»

IX

Ya odiando la bondad de un Dios augusto
que sólo perdonando cree que es justo,
murmuraba Fidel frecuentemente:
—«El mundo está perdido,»—
por no tener presente
que, más que á un inocente,
Dios prefiere á un culpable arrepentido:

Y el gran Rey de la altura,
con voz que es una fuente de ternura,
le dice de esta suerte:
—«Deja siempre el castigo para luego,
que el hombre á veces ciego
ve mejor á la hora de la muerte.»—

X

Sigue Fidel por su excesivo celo
estudiando dulzura en las panteras,
como un inquisidor que cree de veras
que, matando, gana almas para el cielo;
y cual siempre, olvidado
de que Dios odia al mal y no al malvado,
exclama á fuerza de rencor, impío:
—«¡Cuánto crimen, Dios mío!
¿No es hora ya, Señor, de que matemos?»—
Dios misericordioso,
sepultando lo justo en lo piadoso,
vuelve á decirle como un rey:—»Veremos,»
Y Fidel iracundo,
queriendo exterminar á medio mundo,
haciendo también guerra
á los que cree dichosos en la tierra,
contra todo feliz, á cualquier hora
quiere lanzar el rayo, porque ignora
que si el hombre es dichoso algún momento,
sus días de aflicción no tienen cuento,
¡y que, del globo en el helado infierno,
la dicha es la excepción de un mal eterno!

CANTO SEGUNDO

—

ATALÍA

I

Y después de pasados
algunos siglos más, un hombre un día
acusaba á Atalía
del mayor y el menor de los pecados.
Atalía es variable de tal modo
que del amor sólo ama los placeres,
siendo de esas mujeres
que cuentan con el diablo para todo.
Con ojos del matiz de la avellana
y el bronceado color de una gitana,
más que uno á uno, en aquel rostro bello
pueden contarse á pares,
como besos del diablo, los lunares
que esmaltan sus mejillas y su cuello.
Mujer de gran talento
que, como todas ellas,
cree que son clavos de oro las estrellas
con que Dios asegura el firmamento.

Digitized by Google

II

Invocando á los cielos
con la cólera amarga de los celos,
el amante exclamó:—«Dios soberano,
castiga por traidora
á esta falsa mujer que solo adora
la fácil musa del amor pagano.
Por infiel, por ingrata y descreida,
mata á este sér maldito,
cuyo nombre está escrito
en la crónica negra de mi vida.
Esta infiel por quien peno,
tan mala como bella,
con el aliento de ella
se puede envenenar hasta el veneno.
Que la ira de Dios se una á la mía,
y si al cielo algún día
se atreviese á llamar, cerrad la puerta;
porque sé que Atalía
ha de ser mala hasta después de muerta.»

III

Al escuchar Fidel tan gran lamento,
con aires de un actor de melodrama,
sin dudar un momento
ni encomendarse á Dios—«Espera»—exclama.
Y con su diestra mano
y su instinto de hiena,
lo mismo que un valiente cirujano
á quien nunca espantó la sangre ajena,
vengando tal falsía
se inclina, el rayo toma,

Digitized by Google

y mirando á la pérfida Atalía
como mira el halcón á la paloma,
á un sol que de la tarde á la caída
ya alumbraba á la Europa de soslayo,
apunta, lo despide, y parte el rayo
cual si fuese una espada retorcida;
y como ésta, al brillar, alumbra y ciega;
mientras al fin de su destino llega,
la atmósfera parece un calabozo,
el cielo un tragaluz, la tierra un pozo,
y perturbado el suelo,
quedó todo lo mismo
que si se hundiese sobre el mundo el cielo,
y el mundo se cayese en un abismo.

IV

En tan breves momentos
el Dios que ve nacer los pensamientos
echó desde su espléndida morada
por delante del rayo una mirada,
y como de este modo
llenó de efluvios de piedad el todo,
por Dios purificado el rayo luego,
empezó á verter luz en vez de fuego,
y siendo un mensajero de venganza,
se convirtió en un rayo de esperanza.

V

Cuando el rayo de muerte
brilló con nitidez fascinadora
como, al tocar las aguas, se convierte
la luz del sol en claridad de aurora,
deslumbrada al fulgor de brillo tanto,

Digitized by Google

con el rostro de un niño que despierta,
Atalía de espanto
pidiendo á Dios perdón, se quedó muerta:
y mostrando una cara
más lívida que un mármol de Carrara,
cual si fuese una lápida mortuoria,
su espíritu ve al fin que para ella
el rayo es una estrella
que le enseña el camino de la gloria;
y de este modo la mujer amada,
á quien llamó su amante un ser maldito,
por el fuego del rayo iluminada
fué á tomar posesión de lo infinito.

VI

Y cuenta el cronicón de una abadía,
que por su mucho celo
en juzgar á Atalía,
perdió el ángel Fidel desde aquel día
su propia estimación y la del cielo;
y que más adelante,
ángel á veces, y demonio á ratos,
se hizo hipócrita, frío, intolerante,
y acabó en francmasón de los beatos.

VII

Y cuando ya á Atalía
un borbotón de llamas la rodea
y la vida futura la atraía
como atrae el abismo que marea,
el pobre amante, de tristeza lleno,
aprendió á perdonar en el Dios bueno;
y subiendo á los cielos Atalia,

«¡que bueno es Dios! ¡que bueno es Dios!» decía,
y fué á gozar las dichas del Eterno,
en vez de ir, por infiel, como temía,
á enseñar nuevos vicios al infierno.

FIN

Digitized by Google

EL PODER DE LA ILUSION

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

(Panteón de familia en el centro de un cementerio.)

I

RAIMUNDO.—(Saliendo del panteón.)

La vista de la muerta ha suspendido
mis terribles batallas interiores.
Al salir y al entrar sólo he sentido
que, impregnado en el aire removido,
el polvo me cegó de mis mayores.

(Tocando el mármol del panteón).

Ya me siento tranquilo
al tocar con mis manos
el panteón, que es el postrer asilo
de mis padres, mi esposa y mis hermanos.
No sólo por España,

por todas las regiones europeas
su imagen fiel me persiguió con saña:
hoy torno á ver su tumba, y ¡cosa estraña!
ha vuelto la salud á mis ideas.
Cuando más de ella huí, con más empeño
me persiguió; y ahora que la toco,
ya dejo de estar loco
y puedo ver la realidad sin sueño.
Y es que sólo en la ausencia
me persigue su sombra inexorable...
¡Nunca pude pensar que en la existencia
lo que hay que temer más es lo impalpable!

II

(Con aire pensativo.)

¡Cuánto abruma el pasado mi presente!
Yo maté de un pesar á aquella santa
cuando, al llamarla *infiel* injustamente,
la ahogó un ¡ay! más allá de la garganta.
¡Pobre Enriqueta mía!
Mirándome aquel día
con sus ojos que ahondó la desventura,
—¡soy honrada y te adoro!—me decía...
¡Con qué gusto daría
mi vida y mi razón por la locura!
Más, ¿cómo era posible que su encanto
mis celos no excitase y mis deseos,
si en teatros, en calles y en paseos
los hombres todos la miraban tanto?...
¡Qué njusticia la mía!
Al verla por los hombres admirada,
yo, sin poderlo remediar, sentía
los celos de una carne sublevada.

Condenando al desprecio
mi celosa ternura
por haber calumniado como un necio
su virtud, queera un pan sin levadura,
maldigo mi demencia
que llegó hasta dudar de su inocencia
porque los hombres la miraban tanto..
¡Oh, qué amargo es el llanto
que cae gota á gota en la conciencia!...

III

(Con resolución)

En fin, todo pasó; vuelvo á la vida.
Las sombras bajan ya de las montañas.
Dejaré en paz á la mujer querida
que desde el fondo amé de mis entrañas,
y después, despertando
la sed de la ambición y de la gloria,
tal vez me iré aliviando
cuando vaya borrando
el óxido del tiempo su memoria.

IV

(Comienza á alejarse)

Pero... ¡Jesús!... ¿Qué es esto? Ya en mi mente
clava su rostro hermoso...
Es inútil luchar inútilmente.
Doy un paso, y, turbando mi reposo,
vuelve á pasar su imagen por mi frente,
convirtiendo lo real en nebuloso;

Digitized by Google

y apenas huyo de ella, cuando empieza
á pesar sobre mí mi mal destino
y á formar el dolor en mi cabeza
del cielo y de la tierra un remolino.
¿Como ha de hallar mi corazón la calma
si dejo el cuerpo y me persigue su alma?
¡Qué horrible desvarío!
Llena de ira y de espanto mi conciencia
siento un calor que se parece al frío,
y, en confusa apariencia,
dando vueltas el mundo en torno mío
parece que voy viendo la existencia
como el que anda volcado en el vacío...

V

(Volviendo á alejarse).

Intentaré de nuevo... Nada... Nada...
¡Vengativa, tenaz, celosa, inquieta,
de mi cuello colgada
su sombra es más pesada que un planeta!
Y, aunque tarde, comprendo
que jamás podré huir de este martirio,
pues conforme me alejo, voy subiendo
la escala del furor hasta el delirio;
y es mi desdicha tanta
que en vano intento adelantar mi planta,
pues sonámbulo eterno de lo mismo,
veo en torno flotar algo que espanta,
y dos manos que se alzan del abismo
me aprietan cual dos garfios la garganta.

Digitized by Google

VI

(Momentos de indecisión).

Todo esto es un horror; pero adelante...

(Se oye el toque de oración de la campana del cementerio).

¡La oración! A su anuncio, vacilante
siento el dolor con el que todo acaba,
y me inspira tal fe, que en este instante
si me acordase de rezar, rezaba.
Perdona ¡oh Dios! si al rezo indiferente
viví en la paz lo mismo que en la guerra
desde el día fatal en que, inclemente,
un puñado de tierra
me apartó de mi madre eternamente.

VII

(Con desaliento).

No quiero luchar más á ser vencido.
¿Qué importa la existencia al que está cierto
de que todo hombre muerto
es tan feliz como el que no ha nacido?
Está echada la suerte.
Voy á dar fin á la existencia mía.
Pase el polvo animado á polvo inerte.
Ya César lo decía:
«vale menos la vida que la muerte.»
¿Para qué he de sufrir tantos horrores
si el vivir es luchar con lo imposible

y el mundo un sustentáculo insensible
de todas nuestras penas y dolores?
Su sepulcro será mi último asilo.
Viví sin paz, mas moriré tranquilo.
Después de entrar en él desesperado,
cerraré el panteón, y de este modo,
por el hambre y la asfixia asesinado
en el polvo caeré, que es fin de todo
¡Voy, voy, ser adorado!
¡Desclava tu memoria de mi frente,
que en tu mismo sarcófago, á tu lado
me acostaré á dormir eternamente!
¡Sueños míos, adios! ¡Muero impasible
al toque funeral de esa campana,
pues me causa un tormento irresistible
la fuerza atroz de la ilusión humana,
el mágico poder de lo invisible!...

(Entra en el panteón, cierra la puerta y cae el telón.)

FIN

EL AMOR DE LAS MADRES

PRIMERA PARTE

LA MADRE Y LA HIJA

I

Luis Alfonso es mi amigo más constante,
mas debo declararos francamente
que hallo poco galante
que me obligue á que os cuente
un hecho atroz, que espantaría á Dante,
hoy que, ya arrepentido, busco el modo
de que vuelva á mentar jamás mi labio
¡*el mal de todos,* como dice el sabio,
y la infinita vanidad de todo!

Digitized by Google

II

¡Qué Enero tan fatídico, Dios mío!
¡Hasta el agua del río
va aprisionando el hielo!
¡Cubre el país la nieve, y luego el frío
hace un cristal en que se mira el cielo!
¡Era blanca la bruma
y estaba todo blanco en aquel día,
pues sólo se veía
nieve en la tierra y en el mar espuma!

III

Según cuenta una historia verdadera,
de Ana la panadera
era tal la elegancia,
que á Pocillo llevó desde Pozuelo
la moda de ponerse, como en Francia,
en forma de coníferas el pelo.
Sólo estuvo una vez enamorada,
pues, viendo á un emigrado de pasada,
la panadera se quedó tan triste,
que lleva desde entonces su mirada
fija siempre en un astro que no existe.
En un carro de varas, que tenía
por toldo una porción del claro cielo,
comerciando con pan iba y venía
de Pocillo á Pozuelo,
guardada por un perro que mordía.
Y sucedió que un día
en que, cual Juno, altiva y agraciada,
en su carro sentada
volvía de la villa

Digitized by Google

de llevar una hornada
de pan candeal de tierra de Castilla,
de su camino hacia el siniestro lado
á la vislumbre incierta
de un sol que parecía amortajado,
vió una muerta con traje destrozado
y á una niña mamando de la muerta.
Mas ¿cómo aconteció? De esta manera:
poco antes de llegar la panadera
la madre, hambienta, alimentar quería
á la niña que de hambre se moría,
y por sacar la leche de su pecho
con sublime despecho
con las uñas la piel se deshacía,
y como ya salía
la leche con la púrpura mezclada,
de una inútil succión escarmentada
la niña, casi yerta,
se quedó tan hambrienta y fatigada,
que se durmió sobre su madre muerta.

IV

¡El rostro de la pobre aún sonreía,
porque expiró cumpliendo en su agonía
el más puro y mayor de los deberes!
¡Van con gusto al martirio las mujeres
cuando el instinto maternal las guía!
Mientras Ana piadosa se adelanta
á dar alivio á desventura tanta,
parecían los vientos desatados
un polvo de cristales triturados
que destrozaba el rostro y la garganta.
Y sintiendo un horror de cuerpo entero,
asustada primero

Digitized by Google

de miedo ante el cadáver se retira,
pues da un frío mayor que el mes de Enero
un muerto que parece que nos mira.
Mas al fin, dominando sus terrores
la fuerza del espanto,
fué cubriendo su rostro bajo el llanto,
un color que no existe en los colores;
y recogiendo aprisa
la niña abandonada,
que, al sentirse abrigada,
no le cabe en la cara la sonrisa,
en el carro, de nieve coronado,
dejó tras sí, con paso acelerado,
más bien que aquel desierto, aquel vacío...
¡Sitio de horror que se quedó más frío
que un campo de batalla abandonado!

V

¡Voló de esta tragedia la noticia;
mas como siempre á nuestro mal se junta
del hado, si es adverso, la malicia,
mientras llegó, corriendo, la Justicia,
los perros se comieron la difunta!

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE

LA HIJA Y LA MUÑECA

I

Con tu venia, lector, sigo contando
esa terrible historia,
que siempre está ondulando
como el vaivén de un sueño en mi memoria.

II

Pasaron tres Eneros, y es ahora
la hija de la antigua pordiosera
una niña hechicera
que aún se queda dormida mientras llora.
Siendo Ana de esas almas escogidas
que sin penas ni grandes desengaños,
como muchas mujeres de treinta años
aún tienen sus muñecas escondidas,
para hacer á la niña más dichosa
le compró en un bazar la panadera
otra muñeca de cartón preciosa
que tenía una crín por cabellera.

Digitized by Google

III

Al volver á Pocillo de Pozuelo,
el viento con las nubes barre el suelo
y en su furor los árboles derriba,
y, quedando apagado el sol arriba,
cae en el mar la claridad del cielo.
A la luz de la tarde que declina,
cubriéndolos de un tinte funerario
como un polvo de nieve, la neblina
los montes envolvió como un sudario.
El granizo primero
cual siempre destructor, pasó un rasero
sobre templos, palacios y cabañas,
y la nieve después aquel Enero
los valles igualó con las montañas.

IV

Mientras Ana dormía,
la niña, que parece que sentía
no tener de mujer trajes y nombres,
pués, sagún un doctor que lo sabía,
cuatro años en mujer, son doce en hombre,
juzgó que la muñeca
como ella misma, con razón querría
que Dios le diese el pan de cada día
untado con un poco de manteca,
y le da de comer torta de huevos,
manjar que la muñeca no comía;
y haciendo para hablar vocablos nuevos,
por no saber los viejos todavía,
hallándose encantada
la llama encantadora,

Digitized by Google

y aspira á los honores de criada,
nombrando á la muñeca su señora.
Al cumplir como madre estos deberes
no cabía de gozo en el pellejo.
¡Variará el corazón de las mujeres
cuando caiga de lo alto el sol de viejo!

V

Y como he dicho, al empezar, que hacía
un frío tan intenso que dolía,
pensó la niña candorosamente
que también la muñeca sentiría
el frío que hace dar diente con diente,
y sin temor al hielo
la muñeca arropó con tierno celo
con sus propios abrigos y sus galas,
mientras que á ella la cubre desde el cielo
el angel de la Guarda con sus alas.
La razón natural es imperiosa,
y, ya desnuda, se cayó de sueño,
como si fuese un pájaro pequeño
que se echase en el fondo de una rosa;
y como al fin sólo quedó cubierta
con los rayos de sol de sus cabellos,
la niña envuelta entre ellos,
se durmió, se enfrió, se quedó muerta.

VI

Ana mira entretanto
al lado del camino, el lugar santo
en que al ir y al volver hacia su casa
reza siempre que pasa
después de santiguarse con espanto,

y en honor de la muerta pordiosera
besó, con boca de granada hendida,
á la niña dormida
cuya cara se ríe toda entera.
Y ¡oh ironías del cielo!
por más que la movía y la besaba,
en lugar de la niña que buscaba
se encontró con un témpano de hielo.
¡Ana infeliz! Vueltas en su mejillas
las rosas encarnadas, amarillas,
llorando por la niña idolatrada,
mira si está en la bóveda estrellada
el equilibrio de los orbes roto,
con faz que no la habrá más espantada
el día en que en la tierra desquiciada,
eche al mar al Moncayo un terremoto!

VII

¡No hay remedio! En cumplir con sus deberes
las niñas y las viejas son iguales,
pues siempre es el mayor de los poderes
la fuerza de las leyes naturales.
Cual su madre también, la niña aquella
por dar á otro calor, murió aterida.
¡Altos juicios de Dios! Fiel á su estrella,
al dejarse morir por dar la vida,
ya el *genio de la especie* hablaba en ella.

FIN

Digitized by Google

EL CONFESOR CONFESADO

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

AL EXCMO. SR.

D. José Cotoner y Allende Salazar

CONDE DE SALLENT

Queridísimo conde:

He puesto en verso, á su instancia, un suceso acaecido más de una vez en nuestros días, y le dedico este juguete literario como una prueba de lo mucho qne le quiere su consecuente amigo,

R DE CAMPOAMOR.

I

Lugar de la escena: habitación lujosa.—Ventana grande y puerta á la derecha de la actriz.—Otra puerta á la izquierda.—Balcón en el fondo.

RAFAELA.—(Dirigiéndose hacia la ventana como si hablase con su marido.)

Como buena cristiana
hoy tengo que ocuparme en cosas graves.
¿Que soy una holgazana?

Digitized by Google

¡Casiano! se conoce que no sabes
que me he ido á confesar esta mañana,

II

(Desde el escenario en tono amenazador.)

¡Vil! he de echarte de cabeza á un río.

(Mostrando una carta.)

En este papelito, esposo mío,
me notició tu indigna travesura
la sobrina del cura,
que confiesa más gentes que su tío.

(Leyendo.)

—«Mi tío—dice—débil y achacoso
enfermó de repente,
y, en su lugar, me consta que, celoso,
hoy os va á confesar traidoramente
vestido de sotana, vuestro esposo.»—

(Volviendo á dirigirse hacia la ventana.)

Has profanado un sacramento, ¡impío!
Pero en vano á tu esposa se la cela,
porque este cuerpo mío
suele ser un navío,
que aunque va á donde va, no deja estela.

(Sigue leyendo el papel·)

—«Ya que él—prosigue—se aventura á tanto,
y estáis bien advertida,
tejedle con astucias un gran manto,

para ocultar, discreta, vuestra vida,
como manda que se haga el libro santo.»—
¡Qué gran mujer! Sólo se toma afanes
por los hombres sencillos:
ama á los monaguillos,
y los deja al llegar á sacristanes.

III

Con efecto, al mirarme arrodillada
ante un confesonario hecho en un muro
en un rincón del templo, tan oscuro,
que aquello no era templo, ni era nada;
de cura disfrazado,
más feo de lo que es, mucho más feo,
mi esposo, avergonzado,
se entró á escuchar mi confesión, sentado,
subiendo hasta los ojos el manteo.
Oyendo el insensato
mentiras de verdades disfrazadas,
un grandísimo rato
lo tuve entre mis uñas afiladas
como un ratón que zarandease un gato.

IV

(Tomando un catecismo que habrá sobre una mesa).

Haciéndome la joven inocente,
saqué este catecismo y el rosario;
y, voluntariamente
dejé oir un sollozo involuntario,
y, vengado el insulto,
de este modo, entre atónito y mohino,
se fué tragando el confesor oculto

Digitized by Google

mentiras como ruedas de molino.

V

(Hojeando el catecismo en cada mandamiento ó imitando el modo de hacer la confesión.)

—«Primero: AMAR Á DIOS. ¡Ay! yo he solido
pecar de idolatría
y en cierto tiempo, cuando Dios quería,
amé tanto como á él á mi marido.
Más ya, desengañada,
á profesar me inclino
este credo del sexo femenino:
tener fé en Dios, pero en los hombres nada.»—
Silencio sepulcral. Con gran paciencia
mis falsos testimonios de conciencia
fué oyendo mi marido,
con la misma inocencia
que si acabase de caer de un nido.

VI

Mi confesión seguí, Ripalda en mano.
—«DOS: NO JURAR SU SANTO NOMBRE EN VANO.
Jurar por Dios lo creo muy odioso.
Soy una buena esposa
que no juro por Dios ninguna cosa;
para mentir lo juro por mi esposo,
por mi esposo adorado,
pues á Dios sólo le hago el juramento
de morir sin ningún resentimiento.
Hasta hoy, señor, todos los he vengado.»—
Cuando esto le decía
con más perfidia que de rabia llena,

Digitized by Google

con un furor de hiena,
por no poderme replicar, tosía.

VII

—»De ninguna manera
faltando en el TERCERO á Dios ultrajo.
Al revés, yo quisiera
santificar los días de trabajo.
Salir á siete misas por semana
es cosa tan divina como humana.
¿Dónde hay guardián que el contrabando atrape
de una devota astuta y diligente,
cuando en los templos hay generalmente
la puerta principal y las de escape?»—
¡Perdónenme los cielos;
pero esta relación era precisa
por si logro que este hombre vaya á misa,
si nó por santa devoción, por celos.

VIII

«¡Qué Mandamiento el CUARTO tan hermoso!
Indefectiblemente
honraré á padre y madre eternamente.
A quien nunca he de honrar es á mi esposo,
pues como siempre he sido
un tipo de costumbres femeninas,
nunca honraré á un marido
que no me da el dinero que le pido,
y se suele acostar con las gallinas.»—
Al oir este ultraje,
no lo ví, pero creo
que el confesor debajo del manteo
se restregó las manos de coraje.

IX

—«El quinto NO MATAR. Siempre he tenido,
según dice el gruñón de mi marido,
el genio tremebundo
de una mujer de Esparta enfurecida.
Celosa, sin dinero y aburrida,
me va mal en el mundo,
pero no quiero mejorar de vida.
¡Cuántas veces, Dios mío,
he pensado en mi duelo
meterme enteramente en un vacío
la espada interminable de mi abuelo!
Lo paso mal, más de mí misma dueña,
por no dejar viudo á mi marido,
hoy, lo mismo que el viejo de la leña,
llamo á la muerte... viene... y la despido.»—

X

—«Sigue al quinto el... el... el... Estoy turbada.
¡Cuánto siento, señor, llegar al SEXTO!...»—
Y aquí ponía yo, diciendo esto,
una cara de mártir degollada.
Y continué diciendo:—«Cierta hermana
me enseñó eu el convento,
que el bordear este santo Mandamiento
es la misión de la flaqueza humana.»—
Y añadí muy despacio:—«Bien mirados,
en este mandamiento mis pecados
son *pecata minuta*.»—
Y él sintiendo un atroz desasosiego
rugió un ¡hem! ¡heml inacabable, y luego

Digitized by Google

los párpados cerró como un recluta
cuando oye al capitán que grita: «¡Fuego!»
—«Acúsome, señor, que en mi retiro,
como estoy tan despacio,
abro el balcón y miro
cuando pasa la guardia de palacio.
Por cierto que me dió muchos cuidados
un cierto subteniente
que tenía los labios escoriados
porque probó una vez el aguardiente.
Para mí, en mis amores ideales,
los hombres de uniforme son iguales;
es decir, son un poco diferentes;
cuando niña, aspiraba á generales,
pero hoy me gustan más los subtenientes.»—
Maldiciendo mi estampa,
y fingiendo una tos que no tenía,
con esta relación se revolvía
como un lobo cogido en una trampa.
Y seguí:—«Tengo un primo á quien estimo...»—
Yo no lo sé, pero seguramente
al escuchar el nombre de mi primo.
una sombra interior nubló su frente.
—«El me amó con locura,
mas yo sólo le amé con la ternura
conque se quiere á un loco.
¿Qué queréis, señor cura?
¡El dejarse querer cuesta tan poco!»—
Y yo, que en el colegio he practicado
todo un curso de astucias femeninas,
añadí:—«El desdichado,
al verse despreciado
se fué á comer arroz á Filipinas...»—
Viendo que en este asunto
ya mis pies resbalaban,

Digitized by Google

poniendo al sexto punto
mis ojos enjugué, que no lloraban.

XI

—«El séptimo NO HURTAR. Nunca he sabido,
para robarle nada,
dónde tiene guardada
la llave de la caja mi marido.
Si cogiese esa llave misteriosa,
le probaría esta infeliz esposa
que tiene la agudeza extraordinaria
de comprender que el lujo es una cosa,
como dice Voltaire, muy necesaria.
Yo, como todas, en resumen, quiero
que me amen mucho, y que me den dinero.
Pero más que dinero, cuento rezos,
por eso soy, y he sido,
una mujer feliz con su marido
que pasa el tiempo en ocultar bostezos.»—
Luego, rompiendo de repente el hielo,
dije:—«Pero, ¡adelante!
sé que llega un instante
en que á fuerza de celo,
siendo un amante irreemplazable el cielo,
se puede reemplazar con otro amante.»—
Rugió aquí con furor, mas ni por eso
dí á su rabia reposo;
era un tigre furioso
á quien puse un bozal como á un sabueso.

XII

—«OCTAVO NO MENTIR. ¡Ay, señor cura!
no soy muy vieja, pero

Digitized by Google

os confieso que, á fuerza de pintura,
no tengo más edad que la que quiero.
Y aunque no entra en mis miras
el imitar esas costumbres malas
de ciertas colegialas
que al mismo confesor le echan mentiras,
por falta de memoria,
aunque nunca he mentido,
cuando cuento los años que he cumplido,
ya miento más que el que inventó la historia.»—

XIII

—«El NOVENO ¡qué horror! De ningún modo
pondría yo un deseo temerario
en la *mujer del prójimo*; al contrario
las detesto, á las guapas sobre todo.»—

XIV

—«El pensar en el DÉCIMO me aterra,
pues sé de algún marido cicatero
que ignora el majadero
que al tocador se da lo que á la guerra;
dinero, y más dinero y más dinero.
Mi cabeza es de hueso toda entera,
y nunca entrará en ella la manía
de esa moda extranjera
de que es una virtud la economía.
¿Economía á mí, cuando deseo
que me den buenos trenes de recreo,
y otros trenes de hechura más barata
para ir á misa, á bailes y á paseo?
Mi médico asegura, y no lo creo,
que es sano andar á pié y á mí me mata.»—

XV

Y pues ya he descargado mi conciencia,
imponerme la pena es cuenta mía;
estoy acostumbrada á la paciencia;
la otra vez prometí, por penitencia,
santiguarme dos veces cada día.
—«En fin, señor, la bendición os pido.
Mas escuchad estas protestas mías:
ó muda de conducta mi marido,
ó, dentro de unos días,
seré un ángel de Dios, pero caído.»—
Mientras fingió otra tos que no tenía,
la vista alcé con celestial arrobo,
y él, tosía, y tosía,
y se marchó, sin conocer el bobo,
la perfecta verdad con que mentía.

XVI

(Tirando el catecismo sobre la mesa).

Así salvé de mi virtud la palma
engañando á un celoso como á un niño,
y así lavé las manchas de mi alma
y me quedé más blanca que el armiño.

(Se oye el paso doble de una música militar).

¡La guardia! corro á verla. (Deteniéndose). Pero ¡alerta!
porque él está, como quien no hace nada,
mirando desde el quicio de la puerta.

(Cerrando la cortina del balcón).

No caeré en la celada,
porque soy tan despierta
que á una legua oigo hablar con la mirada.
Me pierdo un espectáculo precioso;
pero tengo un esposo
que á los jóvenes guapos
los persigue celoso,
lo mismo que un hurón coge gazapos.

(Poniendo atención).

¿Me llama? Sí, me llama. Pues acudo
como tórtola fiel á su reclamo.
¿Iré? ¿No he de ir? Pero, ¿por qué lo dudo?
Es mi marido, y, sin embargo, le amo.
¡Allá voy, allá voy, Casiano mío!
¡Qué lástima que sea un cicatero!
Menos en dar dinero
mi esposo es complaciente como un tío.

(Mirando hacia la habitación de su marido).

¡Confesor confesado!
Yo á fuerza de cuidado te haré tierno,
y eso que eres ¡bribón! tan mal pensado
que sabes lo que pasa en el infierno!
¡Voy! ¡voy! Siempre tendrá en tutela,
y en tutela irrisoria,
la mujer, niña grande de la historia,
al hombre, eterno niño de la escuela!

(Entra en la habitación de su marido lanzando risotadas).

FIN

Digitized by Google

EL LICENCIADO TORRALBA

(POEMA EN OCHO CANTOS)

Al insigne escritor

MI MUY QUERIDO AMIGO EL

SR. D. ANDRES MELLADO

CAMPOAMOR

INTRODUCCIÓN

I

Obediente á tu voz, Andrés Mellado,
canto á Eugenio Torralba, el Licenciado,
idólatra del viejo Pirronismo,
y médico famoso dedicado
á sondar el abismo
de esa fuerza sin nombre, que gobierna
lo que él llamaba la *materia eterna,*
que viene de lo mismo y va á lo mismo.

Digitized by Google

II

Estudió mucho y bien; mas poco á poco
conoció, de las ciencias en desprecio,
que, si el dudar le tornaría necio,
la mucha fe le volvería loco.
De la ciencia escolástica aburrido,
dejó por el amor la teología,
y, cual todos, en física sabía
que el sol es un reloj bien construido.

III

Torralba, como Sócrates, tenía
un genio familiar, más ángel que hombre,
que, aunque llevaba de Ezequiel el nombre,
fué llamado Zaquiel por eufonía.
El genio familiar, rubio y hermoso,
por andar perezoso
en ir un día á la región más alta,
hasta purgar su falta
fué del cielo á este mundo desterrado;
pero él, contra el decreto rebelado,
se atrevió á sostener con entereza
que tan sólo es pecado la pereza
si se une á la pereza otro pecado;
y al mismo tiempo este rebelde quiso
dar al mundo las pruebas
de que á un ángel artista, le es preciso
dejar el paraíso por las Evas,
cuando ellas valen más que el paraíso.

Digitized by Google

IV

Murió una niña, envidia de las rosas,
y, al alborear de un día en que la luna
aún hacía fantasmas de las cosas,
para llevarla á Dios desde la cuna
cuatro ángeles bajaron;
la vieron, la besaron,
y luego alzando el vuelo,
el alma de la niña se llevaron,
de los cuatro, tres ángeles, al cielo.
Cuando subió aquel coro, indescriptible
por su increado hechizo,
y, entrando en la región de lo invisible,
tomó el color del aire y se deshizo,
Zaquiel, el ángel cuarto,
de bienandanzas sin dolores harto,
mirando en un jardín cierta belleza,
del cielo se olvidó por su hermosura;
porque este angel tenía la flaqueza
de morirse en el cielo de tristeza
por falta de museos de escultura.
Así es que cuando quiso
á la puerta llamar del paraíso,
gritó una voz severa, aunque querida:
—«por tu falta de celo,
ó no entrarás jamás en nuestro cielo,
ó vendrás con otra alma redimida.»—
A Zaquiel desde entonces el Eterno
le permite que viva libremente
á elección, en el mundo, ó en el infierno,
lo que es igual, aunque es tan diferente;
y, ya en éste, ó en aquel, cuando quería
era un ángel del cielo, que vestía

Digitized by Google

capa encarnada sobre negro traje,
y para hacer de diablo, se ponía
capa negra y de púrpura el ropaje;
y siempre aventurero
seguía la conducta descreída
de Eugenio de Torralba, el caballero
que en los juegos de azar perdió el dinero
y en los lances de amor gastó la vida.

V

Tuvo Torralba hasta su edad madura
costumbres en amor algo paganas,
y al saber por personas muy cristianas
que, según la Escritura,
algún patriarca era un don Juan con canas,
con frecuencia decía:
—«poniendo por apuesta la belleza,
Dios y el diablo jugaron mi cabeza,
y el diablo la ganó, por dicha mía.»—
Y en conclusión, al ver que en la existencia
no hay cansancio peor que el de la ciencia,
con eterna sonrisa
supo llevar al aire desplegada
la bandera que ostenta la divisa
que dejó Sardanápalo grabada:
—«Come bien, bebe más, goza de prisa,
porque esto es todo, y lo demás es nada.»

Digitized by Google

PRIMERA PARTE

LA MUJER

CANTO PRIMERO

LA MUJER AMA Á UN ÁNGEL

I: Aparición de Zaquiel á Catalina.—II: Amor de Catalina.—III: Amor purísimo.—IV: Amor puro.—V: Amor.—VI: El hombre rivaliza con el ángel.—VII: Lucha entre el cuerpo y el alma.—VIII y IX: El ángel es vencido por el hombre.

I

Exento ya del celestial fastidio,
Zaquiel amó en la tierra como un loco,
aunque, según Ovidio
el que ama demasiado, aún ama poco.
Y todo esto pasó muy fácilmente.
El día aquél por el extremo oriente
madrugó como nunca la mañana,
y á su luz más temprana
el buen Zaquiel, al levantar del suelo
con los otros tres ángeles el vuelo,
mira otra niña de la aurora humana,
en un jardín que era un rincón del cielo.

Digitized by Google

Y ¡qué mujer!, hasta las mismas flores,
para hacer más honor á los amores
de aquella encantadora castellana,
ponían en Abril en su ventana
un traje de rosales trepadores.
Y al mirar que en su cara interesante
las pupilas sus ojos se comían,
después que ya en el rostro en que lucían
se comían sus ojos el semblante,
trazando con placer giros inciertos
enfrente de la joven hechicera,
el ángel se quedó como un cualquiera
con la boca y los ojos muy abiertos.

II

Mientras Zaquiel repara
esa forma indecisa
de los hoyos fugaces de su cara
que se van y se vienen con la risa,
mezclada con la luz del firmamento
advierte Catalina
una figura humana, esto es, divina,
que llega con el viento y como el viento.
Viendo al joven delante,
que es como un alma en oración constante
la niña de mejillas sonrosadas,
más frescas que claveles primerizos,
y que tenía al aíre desatadas
las flotantes guirnaldas de sus rizos,
echa hacia atras su cabellera de oro
para hacer un saludo
á aquel niño de coro
grueso, blanco, sin barba y mofletudo;
y al sentir en el viento

batir de alas de ángel que llegaba,
ella los ojos con pudor cerraba
por no dejarse ver ni el pensamiento.

III

Se habla de amor la angelical pareja,
y se expresan los dos tan claramente
con la misma verdad con que refleja
los objetos el agua de la fuente;
pues se junta á sus almas aniñadas
una conciencia pura,
juventud, inocencia y hermosura.
¡Tres cosas adorables y adoradas!
Todo á admirar convida
el celestial cariño
de una niña y un niño
que ignoran los secretos de la vida.
Y amando, como no aman los humanos,
con un amor sin celos,
son dos niños cogidos de las manos,
son dos flores caídas de los cielos.

IV

A estos seres queridos,
por el amor y la inocencia unidos,
no se asomaba el alma todavía
á la vida exterior por los sentidos,
pareciendo su cándida alegría
la risa de dos ángeles dormidos.
Los que miraban su sonrisa atentos
sin oir sus acentos,
aunque no los oyesen, les veían
los diálogos de ideas que tenían

Digitized by Google

con ojos en que hervían pensamientos;
y al mirar tan ociosas
unas bocas más frescas que dos rosas,
muy pronto se adivina
que aun tenían Zaquiel y Catalina
la celeste ignorancia de las cosas;
y así se están los dos acariciando
sin impureza alguna,
pues son el ángel y la niña amando
dos niños jugueteando en una cuna.

V

Para el sentido que el amor abrasa
pasa lo eterno y lo terreno queda,
mas para el alma que el amor hospeda
queda lo eterno y lo terreno pasa.
Por eso más que el goce, á una alma pura
le atrae la inocencia y la hermosura,
y por eso en la vida
el éxtasis de amor el cuerpo olvida;
y así ella y él con inefable calma
se cuentan sus amores de alma á alma
con frases de abstracción puras y frías,
creyendo que un amante es el modelo
de un ángel que nos trae desde el cielo
expresiones de Dios todos los días.

VI

Mas como no hay amores
que sólo vivan de aire y de oler flores,
llegó ¡quién lo diría!
el crepúsculo obscuro

de ese terrible día
en que el amor más puro
al corazón ya fatigado hastía,
y á tiempo en que los dos á una ventana,
platicando de amores,
estában á la luz de otra mañana
lo mismo que en un tallo están dos flores,
Torralba con sonrisa confiada
mira envidioso la labor divina
de un alma por otra alma acariciada,
y que envuelve Zaquiel á Catalina
en el baño de luz de su mirada;
y seguro el experto licenciado
de que Zaquiel con su infantil semblante
debía parecer, por lo agraciado,
á todas las mujeres repugnante,
ganándole á su genio por la mano,
Torralba que es católico pagano,
á quien gustan las santas bien formadas,
quiere con sus miradas
á Zaquiel suplantar como un villano,
y mirando atrevido
á la gentil doncella,
pretende sepultar en el olvido
aquel cariño neutro de él y de ella.

VII

Y en tanto que con vívida mirada
la ve con ojos de codicia extraños,
ella vuelve la cara avergonzada,
pudor muy natural á los quince años.
Pero sintiendo luego
del amor los ardientes extravíos,
aunque azules y fríos

sus ojos poco á poco echaban fuego;
y es que sin duda alguna
aunque está de Zaquiel enamorada,
ya al sentir de Torralba la mirada
se va inclinando á otra mejor fortuna.
Y aunque ella en la ilusión de su arrebato
juzga en su pensamiento
que el mundo es un convento
y el amor un perfecto celibato,
embriagada en su idea,
entre el ángel y el hombre, bambolea,
porque ¡oh materia vil, cómo avasallas
al corazón amante,
cuando el alma y el cuerpo, en sus batallas,
aquella dice «¡atrás!» y éste «¡adelante!»

VIII

Y adelantó; pues como en ella había
al volver la cabeza algo de infanta,
le echó á Zaquiel una mirada fría,
y helados se quedaron aquel día
los amores de un ángel y una santa.

IX

Es natural; yo os juro por mi nombre
que hay quien encuentra justo
que, una mujer de gusto,
entre un ángel y un hombre, escoja al hombre.

CANTO SEGUNDO

LA MUJER DEJA AL ANGEL POR EL HOMBRE

I: Torralba requiere de amor á Catalina.—II: Huida de Zaquiel.—III: Tendencias á lo real.—IV: Consejos de Torralba á Catalina.—V: Inconstancia femenina.—V: La fuerza del natural.—VII: La vía láctea.—VIII: Zaquiel se marcha ángel y vuelve diablo.

I

No hay Hércules que venza á la ternura,
y es un tiempo perdido
sentir un hambre de conciencia pura,
si un corazón, por el amor herido,
fermenta como el pan con levadura.
Desde el fatal momento
en que mira á Torralba Catalina,
por la primera vez su alma ilumina
la luz de un encendido pensamiento.
Torralba es de esos hombres atrevidos,

Digitized by Google

que si no se las dan, toman las cosas,
que después que robó varias esposas,
las volvió á regalar á sus maridos.
Este hombre sin ventura
se educó en seminario y salió ateo,
y, aunque algún día, creo
que al salir de una orgía se hará cura,
deduciendo aquella alma fementida
que la conciencia es una gran quimera,
la echó al mar en seguida,
logrando aligerar de esta manera
la carga de la nave de la vida.
Buscando en sus acciones,
sin reparar en medios, la fortuna,
variaban en moral sus opiniones,
y no habiendo más que una,
como todo el que estudia religiones
se quedó al fin del curso sin ninguna.

II

¿Y Zaquiel? ¡Quién lo sabe! Se murmura
que para irse al infierno se echó al río,
por no causar á Catalina hastío,
pues nadie se figura
ese dolor sin nombre
que aflige á una mujer, aun siendo pura,
que encuentra un ángel cuando busca un hombre.

III

Fué Torralba un doctor en hechos reales,
pero también, leyendo poesía,
muchas veces el pícaro bebía

el licor de los sueños inmortales,
pues tal pasión, en lo que admira, emplea,
que al ver la causa real de sus amores,
le parece que escucha, entre fulgores,
el ritmo de su talle cuando ondea.
Y desde el punto en que á sentir empieza
de su deseo el celestial martirio,
ya ve de Catalina la belleza,
primero sin delirio y con pureza,
y después sin pureza y con delirio.
Dije bien, sin pureza. No hay ninguno
que renuncie en amor á lo grosero;
que el hombre es medio diablo, y hay alguno
que podría pasar por diablo entero.

IV

Torralba, que era joven y gallardo,
quería sin retardo
la senda del placer cruzar aprisa;
y así como Abelardo
enseñó metafísica á Eloisa,
obligó á Catalina á que aprendiese
que el amor es el cielo, hasta en el cielo,
y á ser tan fiel, que con el tiempo fuese
una gran pescadora que pusiese
la virtud por carnada en el anzuelo.
El predica á las jóvenes hermosas
que todo nos lo enseña la experiencia,
y que ignora la ciencia
los lazos impalpables de las cosas.
Así es que blanca, y colorada luego,
aprendió que es amar jugar con fuego,
y en ciencias, estudiando hasta el martirio,
llegó sólo á saber, como el más lego,

V

Varió de amor la hermosa Catalina,
mas su sexo varió de igual manera
desde aquel día del diluvio, en que era
el Moncayo una roca submarina;
y seguirá variando
hasta que un oceano sin orilla,
los montes y los valles nivelando,
vuelva de nuevo á hacer, el tiempo andando,
lecho del mar los valles de Castilla.

VI

Pese á nuestra pureza,
al que en amor se abrasa,
aunque deje su cuerpo el alma en casa,
la sangre se le agolpa á la cabeza:
y es que, tirana de hombres y mujeres,
venciendo su flaqueza,
les obliga á cumplir con sus deberes
la siempre racional naturaleza.
Pido para ella la piedad divina,
porque hoy nos probarán de Catalina
los grandes devaneos,
que nuestra alma se inclina
hacia el lado brutal de los deseos;
y por eso, al mirar á un hombre enfrente,
pasó del polo al ecuador la mente
de la casta doncella,
y luego comenzó naturalmente
la llama del amor á arder en ella.

¿qué sucede en el mundo? Casi nada;
¡un pesar más, y una inocencia menos!

X

Como es nuestra alma esclava
de la vil realidad que la deprava,
y es el amor más púdico y más tierno
fuente que empieza en el edén, y acaba
de rompiente en rompiente en el infierno,
¡Catalina querida!
¡antes que yo, con alma empedernida,
acrimine el error de tu alma tierna,
quiera el cielo piadoso que mi vida
caiga en el sueño de la paz eterna!
¡Si condenáis, Dios mío,
el amor de las pobres Catalinas,
¿qué será el mundo entonces? ¡Un vacío!
¡una ruina de ruinas de otras ruinas!
¡crucifixión del alma en el hastío!

Digitized by Google

CANTO CUARTO

LA MUJER DEJA AL DIABLO POR LA GLORIA

I: Zaquiel y Catalina en Roma.—II: Descrédito del diablo.—III: Se llama á Catalina la Rosales.—IV: Salcedo y Margano aman á Catalina.—V: Catalina ama la gloria.—VI: Margano artista.—VII: Salcedo teólogo.—VIII: Duelo entre Salcedo y Margano.—IX: Llegada de Catalina.—X: Intervención de Torralba.—XI: Muerte de Catalina.—XII: Huye Torralba con el alma de Catalina.

I

En Roma, más dichosos que en España,
si es que hay vida feliz en tierra extraña,
Catalina y Zaquiel, como si fueran
dos esposos, cruzaban sin rodeos
el campo del placer, en donde imperan
como reyes del mundo los deseos.

II

Pero como es sabido
que es todo amor gozado amor perdido,
después de amarse con furor, ahora
ya empieza Catalina
á ver que es aquel ser á quien adora
un diablo con la forma femenina;

Digitized by Google

y tiene, no del todo justiciera,
por Zaquiel el desprecio más profundo,
después de haber sabido que en el mundo
tan malo como el diablo lo es cualquiera;
y es que, no sin trabajo,
al fin ha conocido
que el hombre es un demonio distinguido,
y el diablo un hombre de escalera abajo.

III

Como era Catalina tan hermosa,
en Roma sus rivales
la llamaban la *Rosa*,
y después por apodo la *Rosales*;
y como ella eclipsaba
á todas las más bellas,
por graciosa irritaba
los celos de ellos y la envidia de ellas;
y ellas y ellos, dudando de sus males,
porque el doctor Morales
tenía buena cara y la asistía,
todo el mundo decía
que Catalina, ó *Rosa*, ó la *Rosales*,
estaba siempre enferma, ó lo fingía;
y es que la gente, de malicia llena,
ignora que cual nueva Magdalena,
es la *Rosales*, aunque no una santa,
una mujer muy buena
que cae, lo confiesa y se levanta.

IV

Con ciego amor y con gentil denuedo,

disputaban su mano
el bravo Tomás Silva de Salcedo,
y el valiente conqués Pedro Margano.
Con fe los dos y con igual deseo,
sostenían con ella
ese eterno bloqueo
en que está siempre una mujer si es bella;
y por más que la amaban tiernamente,
cortés Margano y el de Silva ardiente,
hasta verlos famosos la *Rosales*
los miraba á los dos tan fríamente
como miran los dioses celestiales.
En la *ciudad del alma* ella se ceba
por vanidad en cultivar su mente,
lo mismo que, curiosa antiguamente,
después de oir contar la historia de Eva
le entró gana de ver una serpiente;
y cansada, tal vez por experiencia,
de escenas de pasiones voluptuosas,
de lo alto de la ciencia
quiere ver bien el fondo de las cosas;
y aburrida de amores, con empeño
sólo busca en el arte los placeres.
¡Por no dormirse solas las mujeres,
se acuestan desde niñas con un sueño!

V

Primero protegida
del Cardenal Obispo de Volterra,
Catalina, ya en ciencias instruída,
en Roma tomó el aire de la tierra;
y por eso, cansada de placeres,
se le subió el amor al pensamiento,
y le entró, como á todas las mujeres,

Digitized by Google

la estúpida manía del talento.
Después de ser una doctora en ciencias,
con amor penetró las excelencias
del arte bizantino,
del ojival, del griego y del latino;
y, aunque nadie lo crea,
estudió con Fray Pedro astrología,
y, al mes de estar en Roma, ya sabía
que es cosa de la luna la marea.
Catalina cayó, mas no hallo el nombre
que expreaa bien la singular demencia
de asear, primero á un ángel, luego á un hombre,
después al diablo, y por final la ciencia;
aunque juzgo, á fe mía,
que, de estas cuatro clases de locura
amar la ciencia es la mayor diablura,
pues yo sé quien á Cadmo lo ahorcaría
por ser el inventor de la escritura.
En fin, como sabía
que la ciencia hace un Papa de un porquero,
en amor pretendía
á un hombre que algún día
llegase á dominar al mundo entero;
y vanidosa, al ofrecer su mano
á Salcedo, ó á Margano,
les puso en el secreto
de que en caso dudoso,
prometía al que fuese más famoso
dar su amor para siempre y por completo.

VI

Para llegar entrambos á la gloria,
uno estudió pintura y poesía,
el otro teología,

Digitized by Google

un poco de moral y algo de historia.
Margano se prendó de la pintura,
y, por no pensar más que en Catalina,
dibujaba tan sólo su figura,
y, entregado al desnudo sin rodeos,
pintaba la epidermis femenina,
esa mezcla de luz y de deseos.
Y, aunque á veces las gentes le alabaron
como uno de los vates que encontraron
las poéticas notas
que un día murmuraron
las cañas de la rambla del Eurotas,
acabó por odiar la poesía,
amó las ciencias y olvidó las artes,
llegando así á saber que en todas partes
calienta el fuego y que la nieve enfría.

VII

Salcedo en sus lecturas
aprendió por la historia
que son los monumentos de la gloria
desdichas la mitad, la otra locura;
y supo, con dolor de la *Rosales*,
que la fama no sirve para nada,
y que después de vista y estudiada
la historia es un presidio de inmortales.
Y en moral ¿qué aprendió? lo ya olvidado;
que quiere el cielo el orden,
el infierno el desorden,
y la tierra un desorden ordenado.
Y estudiando también con vivo celo
teología cristiana,
entendió bien cómo se pierde el cielo,
lo que nunca aprendió es cómo se gana.

VIII

En conclusión; después de haber sufrido,
remando en las galeras de la fama,
los dos han conocido
que, más bien que hacer ruído,
es más dichoso el que ama
las sendas que dan fin en el olvido.
Y después que supieron por la ciencia
que es mejor el no ser que la existencia,
y al perder sus queridas ilusiones
de ser ninguno de los dos un hombre
que en la edad venidera haga su nombre
palpitar de placer los corazones,
siendo su amor una inextinta llama,
acuerdan que es preciso que uno muera,
que un español, cuando ama,
si tiene que morir por una dama,
piensa que el Cid era un matón cualquiera.
Y en tanto que lucía un sol de ocaso,
como brilla la luz dentro de un vaso,
se hallaron una tarde frente á frente
á la orilla del Tiber junto á un puente,
y ambos con furia insana,
compatriotas y amigos,
como gente villana
celosos se mataron sin testigos,
siendo hombres de nobleza castellana.
Rivales en amor y hombres sin miedo
no hay razón que sus ímpetus modere,
porque inspira á Margano y á Salcedo
la musa del amor que mata ó muere.
¡En guardia!—gritan ambos. No imagino
cuál caerá de los dos, cuestión de suerte.

Digitized by Google

Tal vez será el más justo y el más fuerte.
Toda espada es de cera ante el destino.
Cuando de entrambos en la fiera lucha,
hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,
Salcedo con furor extraordinario
el pecho atravesó de su contrario;
y como siempre, si el amor anima
á los hombres discretos,
cuando aprenden esgrima
estudian para herir golpes secretos,
valeroso Margano,
cubriéndose la herida con la mano,
con la otra mano hizo vibrar la espada,
y atacando á Salcedo con gran prisa
le dió entre ceja y ceja esa estocada
que después se llamó: «golpe á lo Guisa.»

IX

Y por fin, al caer los dos rivales,
apareció de pronto la *Rosales*,
y tendiendo la mano
una vez á Salcedo, otra á Margano,
iba echando sobre ellos
más que á rizos, á oleadas sus cabellos;
y conforme gentiles los ambientes
derramaban sus rizos,
por los cuerpos de entrambos combatientes
volaban unos fríos corredizos;
y al ver al lado una mujer tan bella
los celos aumentaron su depecho,
y mucho más viendo ondular en ella
los trémulos contornos de su pecho.

Digitized by Google

X

Y ¿Torralba? Torralba el licenciado,
nacido en Cuenca, en Roma recriado,
y que ilustró su nombre,
desmintiendo el adagio que decía
que pierde, cual las plantas, la energía
de patria en patria trasplatando el hombre,
por Zaquiel informado
del duelo comenzado,
sus rencores olvida
y corre á protejer á su exquerida
con paso acelerado,
que, en la balanza del amor, lo amado
pesa más que el honor y que la vida.
Llegó Eugenio Torralba acompañado
de Don Diego de Zúñiga, su amigo,
un hombre que al mirar lo hace de lado
como cierto bribón que yo maldigo;
y al ver los moribundos de soslayo
que Torralba se acerca alta la espada,
le lanzaron los dos una mirada
más ardiente y más rápida que el rayo.
Y viendo ya en Torralba y Catalina
un Plutón que arrebate á Proserpina,
como ya moribundos no pudieron
levantar las espadas,
al puñal acudieron,
y aquellos castellanos cometieron
la infamia de matarla á puñaladas.
¡Gloria al amor! Hasta de aquella suerte
la encontraron más bella,
que á rostros como el de ella
los embellece todo, hasta la muerte:

y al ver á eterna sombra condenado
el amor que sus almas enajena,
cada cual por su lado,
al morir, aquel rostro idolatrado
lo besaron los dos á boca llena.

XI

Viendo la muerte de su antigua amante
rugía el licenciado delirante
como rugen los diablos del infierno,
y desde aquel instante
se quedó en su semblante
la palidez de un estupor eterno.

XII

En esta confusión de confusiones,
cuando mezclados al rumor del río
quejas de amor, suspiros, maldiciones,
lo lleva todo el aire hacia el vacío,
salió de Catalina el alma pura
de su cuerpo hechicero,
y siguiendo el sendero
de su antigua ternura,
voló á Torralba, el hombre que primero
el cendal descorrió de su hermosura.
Y envuelto entre la nube peregrina
del alma, antes infiel de Catalina,
por la margen del Tíber más desierta
huye Torralba tras mejor fortuna.
mientras con luz incierta
alumbra á los tres muertos una luna
que parece la cara de otra muerta.

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE

CANTO QUINTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL ESPÍRITU

I: Torralba se convierte á lo ideal.—II: El alma de Catalina.—III: Amor de Torralba al espíritu.—IV: Torralba no halla la dicha en el espíritu.—V: Maldición contra lo ideal.—VI: Reflexiones sobre el dios Pan.—VII: Deficiencia de la alquimia.—VIII: El astrólogo Fray Pedro.—IX: Torralba, maldiciendo á Platón, marcha en busca de unas hechiceras.

I

Siempre fué muy devoto el Licenciado
del amor sin cendales, pero ahora,
por las luchas del cuerpo fatigado,
la nostalgia del alma le devora;
y ya no está conforme
con la que él proclamó sana doctrina,
de que, en la raza infiel de Mesalina,

Digitized by Google

más que el cuerpo, es el alma lo deforme.

II

Al salir de aquel cuerpo apuñalado
el alma de mujer tan hechicera,
ve Torralba en el aire un ser formado
de una mezcla de real y de quimera;
y cuando ella se aleja, ó se avecina,
como una niebla blanca en la neblina,
del sol ó de la luna á los reflejos,
el alma de la muerta Catalina
parece cerca luz y sombra lejos;
y de la frente de Torralba en torno
el ser indefinible é indefinido,
circula convertido
en el vago contorno
de un sueño no del todo interrumpido,
por lo cual, al hallarse el Licenciado
de aquella sombra celestial rodeado,
se pregunta y responde de este modo:
—«¿Para qué sirve un alma? ¡Para todo!

III

Pasa tiempo, y aunque es un caballero
Torralba el Licenciado,
os diré, santiguándome primero,
que cree que en el amor nada es pecado;
y siempre tentador, encender quiere
en la sombra querida
ese fuego inextinto de la vida
que nace, luce, nos abrasa y muere.
Ella á su amor ardiente
responde con platónica terneza,

y como es tan frecuente
que el mal de amor lo irrite la pureza,
el amante enloquece,
y á fuerza de admirar, pierde el reposo,
y su deseo crece
de aquella alma al aspecto delicioso,
lo mismo que enardece
la pureza glacial de un fruto hermoso;
y Torralba se siente
cada vez más y más enardecido,
al ver que ella le abraza tiernamente
como una madre á su primer nacido:
y, cuanto más en su ilusión se agita,
con tristeza infinita
ve Torralba que un alma pudorosa
que la pasión no excita,
es una tierna esposa
que no da compañía y que la quita.

IV

En la lucha de amor de aquel pagano
con la sombra ideal de Catalina,
ella sentía una afección divina
pero él buscaba en el amor lo humano;
y en su sensual empeño
queriendo ser de su hermosura dueño,
el alma hacia sus labios atraía,
y aquello más que goce parecía
un ósculo de amor dado en un sueño;
y en su incipiente hastío
ve que el aliento de su boca es frío,
que en sus ojos hay luz, pero increada,
y un día en su creciente desvarío
quiso unirse á la sombra idolatrada,

tendió los brazos y estrechó el vacío.
No pudiendo gozar de aquel hechizo
era su rabia tanta
que la sangre, estancada en su garganta,
le ahogaba como un nudo corredizo.
Insiste, pero ¡inútil devaneo!
queriendo realizar su amor de fiera
con su brega amorosa, ni siquiera
terraplena el abismo de un deseo;
y aunque lucha con fe desesperada,
aquel cuerpo gentil de luz rosada,
va enfriando sus labios con sus besos;
y él viendo su ventura defraudada
ya el fastidio gangrena hasta sus huesos;
y jadeante y rendido
ya Torralba confiesa
que más que la materia, á veces pesa
el alma, como un mundo desprendido.
¡Esta raza de Adán, por sus pecados
vive á lucha perpetua condenada!
Traen lo real y lo ideal aunados
la guerra declarada,
y son, uno del otro separados,
lo real la muerte, y lo ideal la nada.

V

Sintiendo ya que es un ensueño vano
aquello que no viste el barro humano,
vuelve á amar su razón arrepentida
la materia, *alma mater* de la vida,
y repite con voz desesperada:
—«¿para qué sirve un alma? Para nada.»
Y queriendo insistente
realizar sus ardores,

Digitized by Google

en aquel ser de luces y vapores,
tanteaba inútilmente,
como el que busca entre la nieve flores;
mas juzgando á aquella alma tan querida
del cuerpo separada,
como una fementida
que deja su pasión irrealizada,
después de apellidarla «¡maldecida!»
dice con voz por el rencor ahogada:
—«¡quien ama sólo el alma, echa la vida
en el fondo sin fondo de la nada!»

VI

Después, teniendo en cuenta
la falsa teoría
de un gran naturalista que creía
que el amor sólo es carne que fermenta
—«Es cierto», se decía:
cuando el dios Pan vivía
ya existían placeres,
y el alma de los hombres y mujeres
no se había inventado todavía.
Y pues me es conocida
la evolución interna
de ese gran Dios de la materia eterna
que juega con la muerte y con la vida,
yo haré, sin alma, una mujer querida,
en honor de ese Dios que, aunque sin gloria,
en los tiempos presentes y pasados
va mirando á otros dioses destronados
rodar por los desvanes de la historia!
Y al hecho; y con la oculta panacea
de cien sabios doctores
fabricaré una máquina de amores,

apartando lo real de toda idea,
y hará mi alquimia una mujer que sea
toda hembra en la expresión de sus ardores.»

VII

Y prepara un matraz donde fermenta
sangre desfibrinada,
mucho almidón de grano de cebada,
y cáseo de la leche de jumenta.
Y añade, revolviendo la mixtura:
—«yo haré una criatura
con todo el arte del amor pagano;
y verán que es locura
el creer que consiste la hermosura
en tener alma sana en cuerpo sano.»
Cuando en el fondo del matraz veía
como una luz espesa y temblorosa
carne de nieve y rosa,
Torralba casi loco de alegría,
en aquella hermosura
por detrás, por delante y por los lados,
esculpió unos contornos redondeados
con cierta plenitud, que no es gordura.
Y con humor de artista consumado,
con una fe más ciega que discreta,
como á la Venus griega, el Licenciado
le hizo un cráneo de estúpida completa.
Y cuando al fin, más muerta que dormida,
mira en el fondo del matraz nacida
una mujer hermosa,
que sería preciosa
para el establo de un harén vendida,
perdió su ciencia, con la fe, la calma,
pues vieron sus sentidos insaciables

que son indispensables
á la antorcha la luz, y al cuerpo el alma.

VIII

Mirando que, del alma despojada,
no dá emoción alguna
aquella carne fresca y nacarada
como un mármol bañado por la luna,
llamó á Fray Pedro, un dominico astuto,
que le dijo al llegar de esta manera:
—«Este cuerpo sin alma es una fiera
que echa el tufillo montaraz del bruto.
Tú sabes bien, porque á Platón leiste,
que todo aquello que la mente crea
la materia lo viste,
y que es cuanto ha existido, y cuanto existe
la imagen corporal de alguna idea.
No has mezclado lo puro con lo impuro,
y á esta mujer le falta de seguro,
por más que tu empirismo no lo estime,
un aliento de arriba que la anime,
ya en forma de oración, ya de conjuro.»
Y dándole un papel le dice:—«Toma;
cuando salgas de Roma
sigue ese itinerario,
y encontrarás á la hechicera Estrella,
que usa traje talar como un sudario,
y que más de una vez sonó por ella
la lira de un poeta secundario;
y ella hará que te den las Hechiceras
el oculto ingrediente
de una ciencia que va rápidamente
retir ando del cielo las fronteras.

Digitized by Google

Con su conjuro, opino
que encontrarás el medio
de hallar el *quid divinum* femenino
que arrastra á la emoción que acaba en tedio.
Después que esté *Muliércula* formada,
la llevarás, para acercarla al foco
del fuego del infierno, y ya tostada,
tendrá, cual debe, la mujer creada,
algo de Dios y del demonio un poco.»

IX

Y obediente á Fray Pedro, que sabía
mucho más que de fe, de hechicería,
dejando la región que el Tíber baña,
Torralba, con constancia verdadera,
se vino á consultar con la hechicera,
y á hacer una visita al sol de España.
Y emprendiendo su marcha convenida,
pensaba así de desaliento lleno:
—«Toda hija de mujer es cieno y vida,
y aunque ésta, torpemente concebida,
como hija de mi ciencia, es sólo cieno,
si he de trocar miseria por miseria,
prefiero en mis amores
mucho mejor que á místicos pudores,
entregarme feliz con la materia
á delirios de amor abrasadores.
¡La balumba ideal! ¡maldita sea!
¿Cómo habrá un hombre racional, que crea
que en la vida no existen más placeres
que aquellos que son hijos de una idea?
¡Oh, divino Platón ¡qué imbécil eres!»

Digitized by Google

CANTO SEXTO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN LA MATERIA

I: Las hechiceras.—II: Llega Torralba á la gruta de las alquimistas.—III: La gruta.—IV Diálogo entre Torralba y la hechicera Estrella.—V: Ingrediente para formar un cuerpo.—VI: Conjuros para animar un alma.—VII: Triunfo incompleto de la ciencia.—VIII: Viaje de Torralba al infierno.—IX: Adios de las hechiceras á Torralba.

I

Fiado en mi memoria
vuelvo á coger el hilo de mi historia,
contando, entre otras cosas verdaderas,
que con su gran pericia
á Torralba Fray Pedro dió noticia
de un buen laboratorio de hechiceras,
excelentes mujeres
que viven, en honor á sus amores,
criando calendarios con las flores
para medir con ellos sus placeres;
y que son además, según se cuenta,
involuntarias vírgenes que mueren,
y, no teniendo gloria merecida,
se quedan en la vida

Digitized by Google

haciéndose invisibles cuando quieren;
y así las hechiceras,
como suelen hacer nuestras quimeras,
por no sé qué razón de nigromancia,
al irlas á tocar, desaparecen,
y después se aparecen
á tres ó cuatro pasos de distancia.
Sabias, aunque inocentes,
nunca huyen de las gentes
por un falso pudor; las hechiceras,
además de ser vírgenes solteras,
por los ardores de su fuero interno
son madres verdaderas
con hijos en la mente del eterno.

II

Un día que tronaba,
abrió un rayo de un tajo
una brecha de un monte, que criaba
el haya arriba, el limonero abajo,
y Eugenio de Torralba, de esta brecha
por el mandato de los cielos hecha,
aunque un poco indeciso
sin continuar la comenzada ruta,
apartó un gran rosal, y de improviso
se encontró en una gruta
que era, más bien que un cielo, un paraíso.

III

¡Qué hermosura, Dios mío!
Mientras vuela una brisa humedecida
con alas impregnadas de rocío,

Digitized by Google

con la torsión de una culebra herida
en rápidos zigs-zags se extiende un río.
Cual si fuese la gruta un santuario
ve Torralba en estado visionario
la aérea inhalación de unas cascadas
por gusanos de luz iluminadas,
y un encaje arabesco y legendario
esculpido en las rocas por las hadas,
y que hacen de la gruta el escenario
de *Las mil y una noches* compendiadas.

IV

Dió Torralba su nombre y su apellido,
y después, comedido
se acercó á doña Estrella, una hechicera
que esperando marido
se pasó sesenta años de soltera,
y le dijo:—«Mi mente soñadora
buscaba en los amores la inocencia;
amé mucho en espíritu, y ahora
aspirando al placer sin turbulencia,
como otros el *Homúnculus*, señora,
yo busco la *Muliércula* en la ciencia.
Y haré una creación, cuya hermosura
despierte en mí pasiones sin locura,
porque amigo del juego y las mujeres,
ya, como hijo de Adán de raza pura,
sólo aspiro á los fáciles placeres.»
—»Está bien, está bien; tú te propones
crear una mujer sin ilusiones,»—
contestó doña Estrella—«y según eso,
vendrás á ser, sin corazón ni seso,
de esos hombres de bien que en sus pasiones
toman la carne del amor al peso.»—

Digitized by Google

Y él replicó:—«Quiero algo que refrene
las locuras extrañas
de mi espíritu inquieto, que sostiene
esta guerra civil que siempre tiene
por campo de batalla las entrañas.»—
Estrella continuó:—«Por ignorante,
tú buscas, hijo mío,
lo que hay en el amor de repugnante.
¡Lo que el alma no llena, está vacío!
Tú, dejando el amor por el amante,
cambiarás la inquietud por el hastío.»—
Y diciendo:—«¡Adelante!»
le muestra en el semblante
una risa de estatua que da frío.

V

A una señal de Estrella, otra hechicera
arrastra hacia Torralba una caldera
en que hay cierto elixir de larga vida,
que lo sabe ella usar de tal manera
que, á más de una existencia indefinida,
hace un joven de un viejo la embustera.
Y echando otro ingrediente misterioso
sobre el antiguo poso,
con un palo el brebaje revolvía,
y el talle, un poco largo lo movía
con esa ondulación de un cisne hermoso.
Para avivar las llamas
grita Estrella con frases imperiosas:
—«Echa al fuego más ramas.
El calor es el alma de las cosas.
No olvides el empleo
de especies incentivas del deseo.
Ponle sangre de ardilla,

Digitized by Google

y escoge una buena arcilla
amasada con agua del Leteo.
Echa eso por igual, y haz bien la cuenta;
á dos partes de sal, dos de pimienta.»
Y después añadía:
—«Más *oleum scorpionum* y más fuego.»—
La ayudanta atizaba y revolvía,
y doña Estrella luego:
«—¡Más *oleum scorpionum*!»—repetía.

VI

Después otro alquimista, en la caldera
filtra un rayo del sol del mediodía,
porque sabe muy bien como hechicera,
que es el clima del alma Andalucía;
junta al rayo del sol otro de luna,
y con arte mezclados
lo sustantivo y lo adjetivo auna,
haciendo con fortuna
hervir dos magnetismos encontrados.
Y después doña Estrella,
que acababa con aire melindroso
de contar á Torralba, que por ella
jubiló á su mujer el rey su esposo,
trazando líneas vagas con un ramo,
emblema, por ser de oro, del dinero,
pronunció en doce idiomas el «¡Te quiero!»
y conjugó en catorce el verbo «¡Te amo!»
Y al fin otra hechicera jubilada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Muliércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

Digitized by Google

VII

Torralba en la ilusión de sus placeres
ve cómo crea su infalible ciencia
ese ambiente de amor, de luz y esencia
que vaga en derredor de las mujeres,
y cuyo aroma en seducción iguala
al acre olor á creación que exhala
la concha de la Venus de Citeres.
¡Qué admiración! *Muliércula* tenía
cierta limpieza natural externa,
como á Venus adúltera dió un día
la espuma en que nació pureza eterna.

VIII

Y sintiendo el prestigio de la pura
exudación de luz de su hermosura,
Torralba la estrechó con ansia loca,
y le duró un minuto la blancura
de un beso que le dió sobre la boca.
Y al ver que de su amor como prefacio
le echa estas flores del jardín de Horacio
á una mujer tan bella
que sería un asombro en un serrallo,
la virgen doña Estrella
piensa... ¿en qué? Yo lo sé, pero lo callo.
Y por fin la hechicera mal pensada,
le dijo conmovida:
—«Al fuego del infierno bautizada,
será su pecho un Etna sin salida.
La llevarás tú mismo
del infierno al abismo,
y á aquel fuego maldito sometida,

Digitized by Google

adquirirá en seguida
el *ánima* del bello paganismo,
que, siendo menos que alma, es más que vida.»
Y así, bien orientado,
llevando enamorado
la hija artificial de su deseo,
fué al infierno á buscar el licenciado
aquel fuego sagrado
que buscaba en el cielo Prometeo.

IX

Para darle un adios, las hechiceras
salieron de su edén. Después, ligeras,
cruzando valles y salvando lomas,
tronaron á sus antros escondidos,
como se vuelven á buscar sus nidos
al palomar, volando, las palomas.

Digitized by Google

CANTO SEPTIMO

—

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL INFIERNO

I: Llegan Torralba y *Muliércula* al infierno.—II: El canónigo Juan García,—III: Las obras de Aristóteles,—IV: El archivero de Butibamba.— V: La moral del diablo.—VI: Petrificación del infierno.—VII: Bautismo de *Muliércula*.—VIII: Aparición de las almas de Zaquiel y Catalina.—IX: Despedida del gran Demo al infierno.—X: El gran Demo se traslada á otro mundo en un cometa.

I

Como Dante algún día
sabios informes del abismo trajo,
en tiempo de Torralba se sabía
que era llana la tierra, y que tenía
el cielo arriba y el infierno abajo.
Caminando derechos
Torralba y su mujer por un atajo,
y atravesando á trechos
por montes empinados
sendas torcidas que parecen lechos
de arroyos por el sol evaporados,
buscaban, por dos montes oprimido,
cierto valle profundo,
que es el antiguo infierno, convertido
en vertedero general del mundo;
y cuánto más al valle se acercaban,

Digitized by Google

la atmósfera cruzaban
unos aires malsanos,
pues conforme pasaban,
las faldas de las nubes se impregnaban
con efluvios de muerte en los pantanos;
y al fin ven que formando una gran calle,
que es hoy lecho de un río en el invierno,
prensado entre dos montes, hay un valle
al que Dante llamaba el *bajo infierno*..

II

Al llegar á la puerta el Licenciado
con *Muliércula* al lado,
con cara de escapado de una orgía,
se presentó á su amigo Juan García,
una grave persona
de mucha autoridad y jerarquía,
sabio en astrología,
canónigo y doctor en Barcelona.
Mas siendo el tiempo en que Martín Lutero
mezcla al pan eucarístico zizaña,
y el mismo en que el ejército de España
patrulla en derredor del mundo entero,
García, aunque católico romano,
ya prefiere, un poquito luterano,
al criterio de Roma, la Escritura,
y formando una ley de su conciencia,
se confiesa con Dios, que es un buen cura
que oye, calla y no impone penitencia.

III

El caso es que celoso el Santo Oficio
tenía á Juan García á su servicio,

Digitized by Google

y á petición de astrólogos y ascetas
al infierno con órdenes secretas
lo mandó en comisión, porque sabía
que en el archivo del infierno había
las obras de Aristóteles completas.
Y honrando al eminente Estagirita,
á quien la Iglesia imita
buscando el imposible
de explicar por lo humano lo divino
y deducir, como Tomás de Aquino,
las ideas y Dios de lo sensible,
con las mañas de diablo que tenía
supo adquirir artero
las obras de Aristóteles, García,
del diablo Butibamba, el archivero,
un sabio que enseñaba á los cristianos
ideas por los griegos olvidadas,
y después de encontradas,
perdidas otra vez por los romanos.

IV

Bajo, rechoncho y con nariz de harpía,
tanto que se creería
que en su primera encarnación fué loro,
Butibamba sabía
las obras de Aristóteles de coro;
y guardaba además el gran tesoro
de un libro en que estampó, para gobierno
de hipócritas y gentes desalmadas,
en reglas de moral muy compendiadas,
los ritos de la iglesia del infierno.
Ved de este libro raro
del docto Butibamba (que por poco
siendo archivero y de saber avaro,

por no poder ser claro
doce veces, ó más, se ha vuelto loco),
las máximas mejores,
por las cuales verán nuestros lectores
que la moral que al diablo más le agrada
es la moral de Cristo exagerada:

V

1

—«A todos los hipócritas que viven,
haciéndose pasar por justicieros
y que creen que los libros que se escriben
son venenos que venden los libreros,
les mando, como á seres superiores,
que estirpen á los *buenos*,
y así tendremos los mercados llenos
de la raza infernal de los *mejores*.

2

«Glorificad esa moral terrible
de que es obligación del hombre recto
pedir la perfección de lo imperfecto
y hacer de la virtud un imposible.»

3

«¡El hombre! Enaltecedle con respeto
como á un Dios destronado,
y jamás le iniciéis en el secreto
de que es sólo un mamífero endiosado.»

Digitized by Google

4

«Amad, en religión, la verdadera;
y acabad con el hierro y con la hoguera
con todo el que presuma de blasfemo.
¡Llevad hasta el extremo
todo aquello que ofusca y desespera!

5

«Elevad el encanto
del santo matrimonio á lo ultrasanto,
y no forméis empeño
en querernos probar que el que se casa
tiene una cama grande, en la que pasa
más horas de fastidio que de sueño.»

6

«Enseñad á esperar; es tan cumplida
la humana confianza,
que se traga el anzuelo de la vida
con el cebo fatal de la esperanza»

7

«Realizad el programa
de que el hombre de ideas generosas
siempre debe matarse por tres cosas:
por su fe, por su ley y por su dama!»

8

«Y cautelosamente
cuando os falte la luz de lo presente,
abrid una ventana en lo futuro,
haciendo así reinar eternamente
los sagrados misterios de lo osbcuro.»—

Juntando á estas diabólicas recetas
las obras de Aristóteles completas,
al morir Butibamba, honradamente,
en honor á la ciencia,
á Juan García las dejó en herencia
por juzgarle su próximo pariente;
y prestó un gran servicio,
pues, gracias á su celo,
con ellas pudo hacer el Santo Oficio
una Babel para escalar el cielo.

VI

Queriendo gozar pronto el Licenciado
de los tristes placeres del pecado,
le dijo á Juan García
señalando á *Muliércula*:—«Es urgente
que á ese fuego infernal, que ya se enfría,
á esta mujer, creada por mi mente,
se la inspire, no una alma cual la mía,
sino esa vida que vejeta y siente.»
—«Verdad»—dijo á Torralba Juan García,
«frío y desalquilado
el infierno ya está, como algún día
el Olimpo de dioses despoblado.
Desde el supremo instante

en que al hombre enseñó su infierno el Dante,
á otra región lo trasladó el Eterno,
y de este mundo lo sacó en el acto,
temiendo que perdiese en su contacto
la honradez de los diablos del infierno.
Mas al ver á la gente condenada,
por no dejar su infierno, sublevada,
frunciendo el entrecejo
todo el infierno viejo
petrificó el Señor con su mirada.
Y ¡oh, patriótico amor! Dios quiere en vano
llevarlos á un planeta más lejano,
que en varias formas y diversos modos,
aceptando el castigo soberano
con placer sobrehumano,
convertidos en rocas, bajan todos
al reino mineral del reino humano.
Trasladado el infierno á tierra extraña
¿cómo podría estar un condenado
en un punto alejado
del idioma español y el sol de España?
El mismo Butibamba entre sus gentes
es, convertido en roca,
un ídolo de piedra en cuya boca
ya se crían nidadas de serpientes.
Y aunque no ha hablado Dante
del suplicio de ser *roca pensante*,
los necios que presumen que están ciertos
de que todo la nada lo devora,
porque tienen los muertos
cierto modo de vida que se ignora,
no conocen las luchas tenebrosas
en que, en los días de dolor, batallan
las cosas con las cosas
que oyen, miran y sufren, pero callan.»

Digitized by Google

VII

Y—"al fin llegó el momento,»
dice á Torralba con seguro acento,
«pues ya, galante corredor de amores,
el polen dispersando de las flores
hace una boda universal el viento.»—
Y sopló Juan García diligente
cenizas que atizaba inútilmente,
mas como el mundo enseña
que es fácil hacer fuego donde hay leña,
el Licenciado luego,
para avivar el extinguido fuego,
al ver la puerta del lugar maldito,
á descolgar de su dintel se lanza
el gran listón en que se hallaba escrito
el ¡DEJAD AL ENTRAR TODA ESPERANZA!
Y al avivar con el listón la hoguera,
dijo Torralba:—«Dios, de esta manera,
hará otro infierno, al que de nuevo lleve
la esperanza maldita,
que cual la sed de Tántalo, se irrita
viendo correr el agua que no bebe.
¡Oh, esperanza tan loca como bella!
¿Qué pena en él á realizar se alcanza,
si no está en el infierno la esperanza
y el desengaño y la inquietud con ella?»—
Y después, dirigiendo unas miradas
al fuego casi extinto
que aun queda en el recinto
de las grandes pasiones depravadas,
García con presteza
se inclina, coge tierra, se levanta,
y de aquella mujer en la cabeza

Digitized by Google

á derramar ceniza se adelanta,
diciéndola: «¡en el nombre de la santa
madre naturaleza!»
Y añadió Juan García:
—«¡marcha ahora á vivir, ama y sé amada!»—
Así fué la *Muliércula* aquel día
con fuego del infierno bautizada.

VIII

Y mientras Juan García
comete estos horrores,
¿qué hacían aquel día
Catalina y Zaquiel, dos pecadores
que no están redimidos todavía?
Sin casquete de cuernos,
adorno natural de los infiernos,
está Zaquiel de Catalina al lado
ya en ángel transformado,
y los dos, con acento inconsolable,
queriendo redimir lo irredimible,
rezan con fe invencible,
por el hombre culpable,
en la punta de un monte inaccesible
donde ya no es el aire respirable.
Ella, fiel de Torralba á la memoria,
con su oración quiere aliviar sus penas,
que, además de un placer, es una gloria
vivir para expiar faltas ajenas.
Y en tanto que, con místico semblante
y labios sonrosados,
dignos de ser besados
de un hermano más bien que de un amante,
pide al cielo del hombre impenitente
el perdón de las culpas y pecados,

Digitized by Google

adornando su frente
con vislumbres extrañas,
un iris se tendía vagamente
sobre el fondo del valle, como un puente
que pusiese en contacto dos montañas;
y con el rostro en las alturas fijo,
—«¡perdonadle, Señor!» la sombra dijo.
Después, llorando repitió la frase
con profunda tristeza,
y la frente inclinó cual si llevase
todo el peso del mundo en la cabeza.

IX

Mirando de improviso Juan García
hacia el lugar por donde nace el día,
—«¡Escuchad, exclamó, como el gran Demo
desde aquella montaña
les dá á sus hijos el adios supremo,
al marcharse á ser rey á tierra extraña!»—
Y miran á través del horizonte
de Demo la figura,
que se eleva en la cúspide de un monte
donde acaba la vida, y no la altura,
y que prorrumpe así:—«Míseros seres,
condenados por Dios á eterno duelo
por disfrutar placeres
que no están en los cánones del cielo;
convertido el infierno en un osario,
hoy os dejo, en unión con los mortales,
el sublime escenario
de los siete pecados capitales;
y pues que vuestro celo
se deja ahí petrificar sin pena,
y que así como al preso la cadena

Digitized by Google

del infierno, el amor os ata al suelo
después que soportásteis los horrores
de un destino inclemente,
proseguiréis gozando eternamente
el gran placer que vive de dolores.
¡No esperéis redención, raza culpable!
¡Como todo en la tierra es miserable,
de miseria en miseria
hará vuestro dolor interminable
en su cópula eterna, la materia!
Corriendo del dolor la inmensa gama,
gozaréis el amor en giro eterno,
desde la pura llama
hasta el odio más tierno,
pese al vulgo que cree que es el infierno
un refugio infeliz donde no se ama.
Entre rocas y plantas venenosas,
seguiréis como larvas tenebrosas
del odio y del amor la cruda guerra,
que es perpetua en la tierra
la hostilidad constante de las cosas.
¡En vano, huyendo del dolor que espanta,
la sustancia mortal se transfigura,
que en el hombre, en el mármol, en la planta,
en el fondo de todo, hay amargura!
¡Y es ley, pueblo querido,
de que todo lo que es y lo que ha sido,
acabe al fin como acabó este infierno,
que es el silencio eterno
el diapasón final de todo ruído!»—

X

Y en prueba de obediencia,
el gran Demo, creyendo

Digitized by Google

que ya estaba de Dios en la presencia,
—«¡voy, Señor!»—exclamaba, respondiendo
á una voz que sonaba en su conciencia.
Y al cumplir reverente
las órdenes divinas,
en tanto que fulguran culebrinas
de tristeza y de espanto por su frente,
mira al valle de nuevo, se levanta,
y hollando con su planta
la nieve de cien siglos de la sierra,
puso el pie en un cometa que pasaba,
á tiempo que su labio murmuraba
—«¡adios, infierno mío!»—
Y cuando ya la noche adelantaba
su silencio, sus sombras y su frío,
obediente el cometa,
de orden del Ser Supremo
cruzando los espacios, llevó á Demo
á ser rey de otro infierno á otro planeta.

Digitized by Google

CANTO OCTAVO

TORRALBA HALLA LA DICHA EN LA MUERTE

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.
—Ya lo veo, respondió Sancho, y plegue
á Dios que no demos con nuestra sepultura.
(QUIJOTE, *parte 2.ª, capítulo IX.*)

I: La ciudad de Cuenca.—II: Torralba en la inquisición.—III: Proceso de Torralba.—IV: Confesión de Torralba.—V: El tormento.—VI: Las sombras de Zaquiel y Catalina.—VII: El auto de fe.—VIII: Muerte de Muliércula.—IX: Torralba muere de asco de la vida.—X: Ultima aparición de Catalina.

I

De montes circundada
está Cuenca, fundada
sobre un cerro de forma de una piña,
y conforme desciende, va, ensanchada,
á buscar más espacio en la campiña.
Valerosa ciudad, que, por su arrojo,
desde los tiempos de los moros pudo
lucir un caliz de oro por escudo
y una estrella de plata en campo rojo.

Digitized by Google

II

En seis de Mayo iba á romper el alba,
cuando en cierta prisión del Santo Oficio,
á Don Diego de Zúñiga, Torralba
—«sois, le decía, un desertor del vicio.»—
—Yo soy, dice Don Diego, un caballero...
—«¡Sí! ¡sí! gritó Torralba presuroso,
que supo delatar á un compañero
al Santo Tribunal, por sospechoso
de ser casi un apostol de Lutero.»—
—«Porque soy un cristiano verdadero...»
—«Porque sois un tramposo
que, engañando la fe de un pueblo entero,
un santo acreditó de milagroso
para ganar ofrendas y dinero.»
—«La Ley de Dios es un deber sagrado.»
Zúñiga repetía;
y Eugenio de Torralba le decía,
—«es muy malo el pecado,
pero es mucho peor la hipocresía
de unos viles hidalgos que, á millares,
aspiráis al honor de familiares
por no ser sospechosos de heregía.»

III

Y cuando lentamente
ya colgado del sol marchaba el día,
entró en la estancia un pelotón de gente;
y en tanto que Torralba los veía
con el aire alocado de un demente,
un fraile, con un libro, que tenía

escrito en la portada
con tinta roja y caracteres gruesos,
—«*Expediente formado*
á Eugenio de Torralba, el Licenciado,
por mentir, por volar y otros excesos,»—
fué haciendo la pesquisa
de todos sus errores y locuras,
mientras él se reía con la risa
que ensayó el ángel malo en las alturas.
Y hablando á un familiar, que parecía
con traje negro un sacristán de aldea,
manda un grave inquisidor que lea
la sentencia fatal, que así decía:
—«*Constando* al tribunal del Santo Oficio
que, gracias al influjo
de un cierto ángel Zaquiel, ya excomulgado,
Torralba el Licenciado
fué alquimista, hechicero, mago y brujo;
«*Constando* que aprendió la ciencia ignota
del cura de la aldea de Bargota,
que en minutos montando en una caña,
iba y venía desde Italia á España;
y que en mago una noche convertido
por el brujo Zaquiel, ángel caído,
pasó á Italia de un salto,
y á las dos ó tres horas de saqueada
supo por él Valladolid pasmada
que Borbón tomó á Roma por asalto;
«*Constando* que no hay dogma que él respete,
que, haciendo una mujer como un juguete,
se fué á vivir en paz entre las fieras,
en una de las grandes cordilleras
que suben desde Cuenca á Tragacete;
añadiendo á todo eso
que permitió, en el valle en que fué preso,

babilónicos lujos,
teniendo con las brujas y los brujos
muchas cenas con pan, con vino y queso;
«*Constando* que es Torralba un codicioso
que intentó descubrir la tan buscada
piedra filosofal, jamás hallada,
y que, emulando al diablo en lo ambicioso,
alimentó el deseo
de crear el *Homúnculus* famoso,
tan hijo de la tierra como Anteo;
y que alcanzó de creador la palma
entre todos los sabios de su secta
formando la *Muliércula* sin alma,
que es la belleza material perfecta;
«*Constando* que, causando su entusiasmo
Martín Lutero y Desiderio Erasmo,
sólo ama la materia, y de este modo
su ciencia es tan profana
que odiando el alma humana,
admira el alma cósmica del todo;
«*Constando* que este monstruo de impostura
para un cercano porvenir augura
la religión del Padre,
sin Hijo, sin Espíritu y sin Madre;
«*Constando* que, según su testimonio,
el Dios-Hijo fué un hombre extraordinario,
y que á veces también, el temerario,
dudó de la existencia del demonio;
por el cielo inspirado
el Tribunal acuerda
que á Eugenio de Torralba, el Licenciado,
se le aplique el tormento de la cuerda.»—

IV

—«¿Estáis arrepentido?—
le preguntó el lector con voz severa.
Sintiendo el odio de Luzbel caído,
Torralba contestó de esta manera:
—«Disponga el Santo Oficio lo que quiera,
pues ya, más resignado que afligido,
no maldigo la hora en que he nacido,
en gracia del instante en que me muera.
En religión desprecio más que el clero
la ignorancia del díscolo Lutero;
y si estudio el problema
de si es peor la vida que la nada,
eso lo ví en Pirrón, cuyo sistema
borró la creación de una plumada.
Con respecto al placer, quise en lo hermoso
buscar el bienestar para el sentido,
después que he conocido
que el alma es la enemiga del reposo.
Inventó la *Muliércula* mi ciencia,
porque hallé en mi conciencia
un insondable abismo,
al meditar en calma
que Dios, al dividirlo en cuerpo y alma,
hizo al hombre enemigo de sí mismo.
No extrañéis que mi juicio
prefiera, con perdón del Santo Oficio,
á una existencia ascética, la muerte;
el amor es la vida en ejercicio,
y abomino á esa turba que convierte
el ceñidor de Venus en cilicio.
Dudo mucho, es verdad, y cuando niego
es que imito el estilo

de aquel divino Sócrates, que ciego
lanzó burlon de su sagrado asilo
con palabras de fuego
las potestades trágicas de Esquilo;
y obedezco tranquilo
al Justo que echó luego
á puntapies, desde el Olimpo griego,
los dioses de Catón y de Camilo.»—

V

Replicó el que leía:—«Según eso,
ya convicto y confeso,
después de oído, el Tribunal declara
que, sufrido el tormento,
Eugenio de Torralba quede exento
de morir, como algunos condenados
que en borricos montados,
teniendo una coroza por sombrero,
en el auto de fe serán llevados
al cadalso llamado el quemadero.
Y manda que, después de atormentado,
sea á la reja de su encierro atado,
para ver á su innoble compañera
asada al natural en una hoguera.»—
Torralba respondió:—"muy bien, señores,
doy con gusto la vida por la nada;
quiero llegar al fin de la jornada,
para dejar mi carga de dolores.»—
Después de sentenciado,
en un lecho de hierro fué tendido
aquel gran pecador, no arrepentido,
que parecía un ser ya amortajado.
Y en tanto que seguía un sacerdote
leyendo de Torralba los excesos,

retorciendo otros frailes el garrote
penetraba la cuerda hasta sus huesos.
Torralba en sus dolores sin medida,
cual les de Job, sus labios balbucean:
—«*Taedet animam meam*...
mi alma siente el tedio de la vida.»—
Y prosigue:—«¡adelante!
no pido que se alargue un solo instante
la vida que maldigo.
Dios dió al Judío Errante
la eternidad terrestre por castigo.»—
Rezan los frailes desfilando, y luego
murmura uno de tantos
de esos que por ser santos
predican religión á sangre y fuego:
—«¡Exterminio al pecado!
La Iglesia mientras haya un desalmado
que haga á sus dogmas guerra,
procurará extinguir sobre la tierra
la raza de Torralba el Licenciado.»—
Y otro santo replica,
mirando al tribunal de inquisidores:
—«¡Mueran los pecadores!
¡La tumba es un crisol que purifica
del barro terrenal nuestros errores!»—

VI

Mientras sufre Torralba la tortura,
ve una cosa muy blanca y la blancura,
y es Zaquiel, que de un vuelo
se acercaba al umbral de la otra vida,
y al llegar, con la amante redimida,
la gloria del señor cantaba el cielo:

Digitized by Google

y al tiempo en que del mundo se alejaron
las almas de Zaquiel y Catalina,
con una luz divina
las puertas del Edén se iluminaron.

VII

Levantado del lecho
y arrastrado Torralba largo trecho
por la turba inhumana,
á la reja le ató de la ventana,
mientras él, de los reos en acecho,
mordiéndose los labios con despecho
parece un bebedor de sangre humana.
Febril por los horrores del tormento,
en tan grave momento
mezcla Torralba con ardor fecundo
las nieblas de las dudas de las cosas,
soñando Apocalipsis religiosas
para augurar el porvenir del mundo.
Y cuando, de repente,
marchando frente á frente
del gran *auto de Fe* mira el gentío,
sintió en su corazón su último frío.
Y al descender la hilera,
de tanto familiar y tanto impío
por una calle que era
barranco, arroyo y río,
en verano, en invierno y primavera,
por el viento agitados
la larga procesión de condenados
más que hilera de vivos, parecía
un huracán de espectros desolados.
Y cuando al fin la procesión subía
del quemadero la empinada loma,

Digitized by Google

Torralba ya miraba, y no veía,
pues de rabia tenía
la cara de un Nerón quemando á Roma.
Sofocando un sollozo que le ahogaba,
mientras el sol poniente
al principio lanzaba indiferente
una luz tan intensa que cegaba,
al ver desde la cumbre
marchar á aquella ciega muchedumbre,
—«¡es lástima,» murmura el Licenciado,
«que encubra tan inmensa podredumbre
la belleza exterior de lo creado.»—
Asomado á la reja del encierro,
desde lo alto del cerro
se dispersan en rayos sus mradas,
y en sus ansias febriles
entre cosas, ya vistas, ya soñadas,
ve en el aire unas aves asombradas,
por tierra deslizarse unos reptiles,
y en derredor, revoloteando á miles,
trasgos, sombras, fantasmas, brujas y hadas!
¡Y, en medio del dolor que le asesina,
ve y oye el Licenciado moribundo
que desde el cielo con amor se inclina,
y «¡arrepiéntete!» exclama Catalina
con la unción de una voz del otro mundo!

VIII

A coro con los ruídos apagados
que forman los cristales triturados
cuando de peña en peña
sorteando las montañas de los lados
haciendo eses el Huécar se despeña,
de unos reos, sin arte amordazados,

se oyen las oraciones,
y de otros condenados
la boca es un volcán de maldiciones.
Y entre tanto, lo mismo que si fuera
lecho de amor el fuego de la hoguera,
Muliércula, ó más bien, la Torralbesa,
no sin cierta hermosura
mostraba en su apostura
la gracia natural de una tigresa.
Aunque sufre, es lo cierto
que, al morir por el que ama,
está sobre la llama
más tranquila que un ave en el desierto.
Teniendo de la bestia lo inocente,
aunque ya la devora
de la hoguera la llama intermitente,
muriendo por el hombre á quien adora
la estúpida es feliz inmensamente;
pues por su instinto natural guiada,
buscando en lo futuro
la paz de la gran nada,
por ser su fin mejor y más seguro,
con el ánimo entero
murió en el quemadero
como en lecho de rosas
aquel cuerpo sin alma
que imitó con su calma
la magestad augusta de las cosas.

X

La ceniza esparcida
como un velo la atmósfera empañaba,
y hasta el sol parecía que empleaba
la luz del postrer día de su vida.

Digitized by Google

Cesó al fin el inmenso desconsuelo
del grupo condenado,
y, después de quemado,
el humo subió al cielo,
y entró todo en la noche del pasado.
¡Es un dolor que muera
tanta inocente y bella criatura,
pero, después de esa tragedia impura,
al llegar otra vez la primavera,
en el monte, en el valle, en la llanura,
se cubrirán los campos de verdura,
la verdura de rosas,
y las rosas después de mariposas!
Y cuando se dibuja vagamente
en Torralba una risa del infierno,
y espera indiferente
último fin de todo, el sueño eterno,
dió vuelta á un huracán de pensamientos,
y por fin en sus últimos momentos,
el humo de la hoguera,
el hedor de la grasa derretida,
el tufo del incienso y de la cera,
el vapor de la tierra humedecida,
todo este vil concierto
de perfumes extraños,
le recuerda, de asfixia medio muerto,
ese olor que despide al ser abierto
un sepulcro cerrado hace mil años.
Y asomado á la reja,
murmuraba iracundo:
—«por no sufrir este asco que da el mundo
vaya con Dios la vida que me deja.»—
Y cuando el alma de Torralba advierte
que llega á esa región indefinida
en que acaba la zona de la vida

Digitized by Google

y comienza el imperio de la muerte,
aunque no halla el impío
esa fe que ve á Dios en el vacío,
murmura la palabra ¡*Miserere*!;
maldice de los males de la tierra;
después de asco y horror los ojos cierra,
siente el hipo final, se enfría y muere.

X

Y ¡oh, divina ilusión! Ya agonizante
cree oir Torralba en el postrer instante
la voz de Catalina que le dice:
—«¡por aquí... por aquí... sigue adelante,
que el cielo por mi mano te bendice!»

FIN

HUMORADAS

—

EL GRAN TORMENTO

Pasando, indiferente, por mi lado,
no le importa á la infiel que ya no la ame;
aún no ha sentido, como yo, esa infame
el tormento de odiar lo que se ha amado.

LO QUE DURA UN MES

Te adoró el primer mes, pero al siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.
¡Paciencia! Hoy como ayer, y ayer como antes,
nace y muere un amor en dos instantes.

CONÓCETE Á TÍ MISMO

A fuerza de burlar y ser burlado
se adquiere este secreto:
que el hombre es un perfecto condenado
y la mujer un ángel incompleto.

EL AMOR DE MUCHAS

O lánzame al horror del fuego eterno,
ó elévame del goce al alto emporio;

Digitized by Google

pues tu amor, que no es cielo ni es infierno,
jamás deja de ser un purgatorio.

EL PASEO

Van y vienen, por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caidas,
la grey de engañadores engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

SUERTE COMUN

Son iguales, Leonor, nuestros destinos.
Morirás, como yo, de mal de amores,
porque siempre, y en todos los caminos,
tu corazón asaltarán traidores
el tedio y el placer: dos asesinos.

OLVIDOS VOLUNTARIOS

¡Qué bien llevas los años que han pasado!
Y los míos, Pilar, ¡qué bien los llevo!
¿Recuerdas cuántos son? Yo lo he olvidado.
Sólo á indicar me atrevo
que, desde el tiempo viejo en que te he amado,
barrió el polvo de un siglo un aire nuevo.

EL PLACER Y EL DOLOR

Sólo recuerdas de tu edad pasada
lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
pero un placer no nos recuerda nada.

Digitized by Google

HEMBRAS DE LEY

¿Qué diabólicas mañas
tendrá esa pecadora,
que cuando llama á ellas, la traidora,
siempre le abren las puertas mis entrañas?

FLORES DE CIENO

Todavía, perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que, con restos de un muerto, cría flores.

SÍNTOMAS

Al ver hoy tan erguido
al galán que vió ayer tan humillado,
el mundo ha conocido
que llegó para ella el bien perdido,
llegando para él el bien logrado.

—

Cuando dudaba de ella, vacilaba;
pero ya no vacilo:
su amor, mientras dudé, me atormentaba;
hoy sé que me es infiel, y estoy tranquilo.

—

Como van las malditas experiencias
nuestra alma invalidando,

en cada año que pasa voy echando
una pata de palo á mis creencias.

—

Lo que yo te decía:
os casásteis, y luego,
si él te amó hasta la víspera con fuego,
tú amastes más desde el siguiente día.

—

Adoré tanto á Estrella,
que, á pesar de su edad y de la mía,
siempre que me habla con los ojos ella,
yo la oigo con los míos todavía.

—

Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya como se besa á un santo.

—

Sin la fe la conciencia es un abismo,
y el peor compañero es uno mismo.

—

A eterna fe nuestra alma condenada,
los que no creen en Dios creen en la nada.

—

Me dijo «sí», con tan discreto modo,

que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo.

—

No deja verte bien ni un solo instante,
la inundación de luz de tu semblante.

—

En cualquiera mujer, reina ó pastora,
se encuentra alguna cosa encantadora.

—

Soy en pensar que me amarás un día
el ciego que soñaba que veía.

—

La novedad del día en las ciudades
es la cola del perro de Alcibiades.

—

Hay quien tiene ictericia
de soñar que le ahorca la justicia.

—

Yo, como muchos, creo
que dura nuestro amor lo que el deseo.

—

Cuando te cases, Lola,

Digitized by Google

te encontrarás con él dos veces sola.

—

Les falta algo de amor, á los amores
que no son un infierno de dolores.

—

Por flaquezas del cuerpo, ó las del alma,
la vida es un pecado que se empalma.

—

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,
que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

—

¿Qué es preciso tener en la existencia?
Fuerza en el alma y paz en la conciencia.

—

Me dicen que es un diablo, mas recelo
que este diablo, al caer, se trajo el cielo.

—

La mujer más estulta
¡con qué artificio el artificio oculta!

—

Siempre es algún consuelo

Digitized by Google

que un marido, por serlo, gane el cielo.

—

Fernanda, pienso en tí con tal empeño,
que si duermo, no duermo: ¡engaño al sueño!

—

Me han hecho sufrir tanto, que he dudado
si el amor será un odio disfrazado.

—

Me dijo, al verme triste, una chilena:
—Siempre hay una mujer junto á una pena.

—

¡Dichosa la mujer que no conoce
que, en los goces tranquilos, falta el goce!

—

Me inspiras compasión, pues dicen que eres
¡oh, infeliz! muy feliz con las mujeres.

—

Acompañado del tintín del oro
toda mujer dormida oye un ¡te adoro!

—

¡Oh! ¡qué niña tan bella!...
En mi tiempo, su madre era como ella.

—

Eres el tipo raro
de esas que hacen un velo del descaro.

—

Tu mano de marfil, que antes ardía,
ya me suele quemar de puro fría.

—

Tratad con indulgencia
á aquel que hace lo innoble con decencia.

—

No olvides un instante
que es quedarse detrás no ir adelante.

—

¿Por qué saben las gentes que has pecado?
Lo saben porque rezas demasiado.

—

Alegra el ver á las mujeres bellas,
como ideeliza al alma el ver estrellas.

—

Digitized by Google

¿Qué saqué al fin de los amores míos?
La cabeza caliente y los pies fríos.

—

Eres después de vieja
sirena inversa que, si llama, aleja.

—

Es cosa entre ellos y ellas convenida,
dar ellas la virtud y ellos la vida.

—

Todos lo han conocido;
¿va con uno y bosteza? Es su marido.

—

Se hace también, merced á la conciencia,
en los lechos de pluma, penitencia.

—

Al pedirme la luna muchas bellas,
yo les dí el sol, la luna y las estrellas.

—

Ya tanto tu virtud exteriorizas,
que á fuerza de pudor escandalizas.

—

Digitized by Google

¡Cuánto desventurado
hay, que cree conquistar y es conquistado!

—

¡Cuán feliz es el que oye eternamente,
el mismo ruído de la misma fuente!

—

Feliz tú que tan solo has disfurado
la embriaguez de lo real en lo soñado,

—

Hay mujer que se juzga tan despierta,
que siempre piensa el mal y nunca acierta.

FIN

Digitized by Google

ÍNDICE

	Páginas.
Por dónde viene la muerte	5
El amor y el río Piedra	17
Los buenos y los sabios	47
Los amoríos de Juana	99
Utilidad de las flores	121
El amor ó la muerte	131
Cómo rezan las solteras	141
La orgía de la inocencia	149
El anillo de boda	155
Los amores de una santa	161
¡Qué bueno es Dios!	205
El poder de la ilusión	217
El amor de las madres	223
El confesor confesado	231
El licenciado Torralba	243
Humoradas	317

Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Princeton University Library
32101 050685435

Digitized by Google